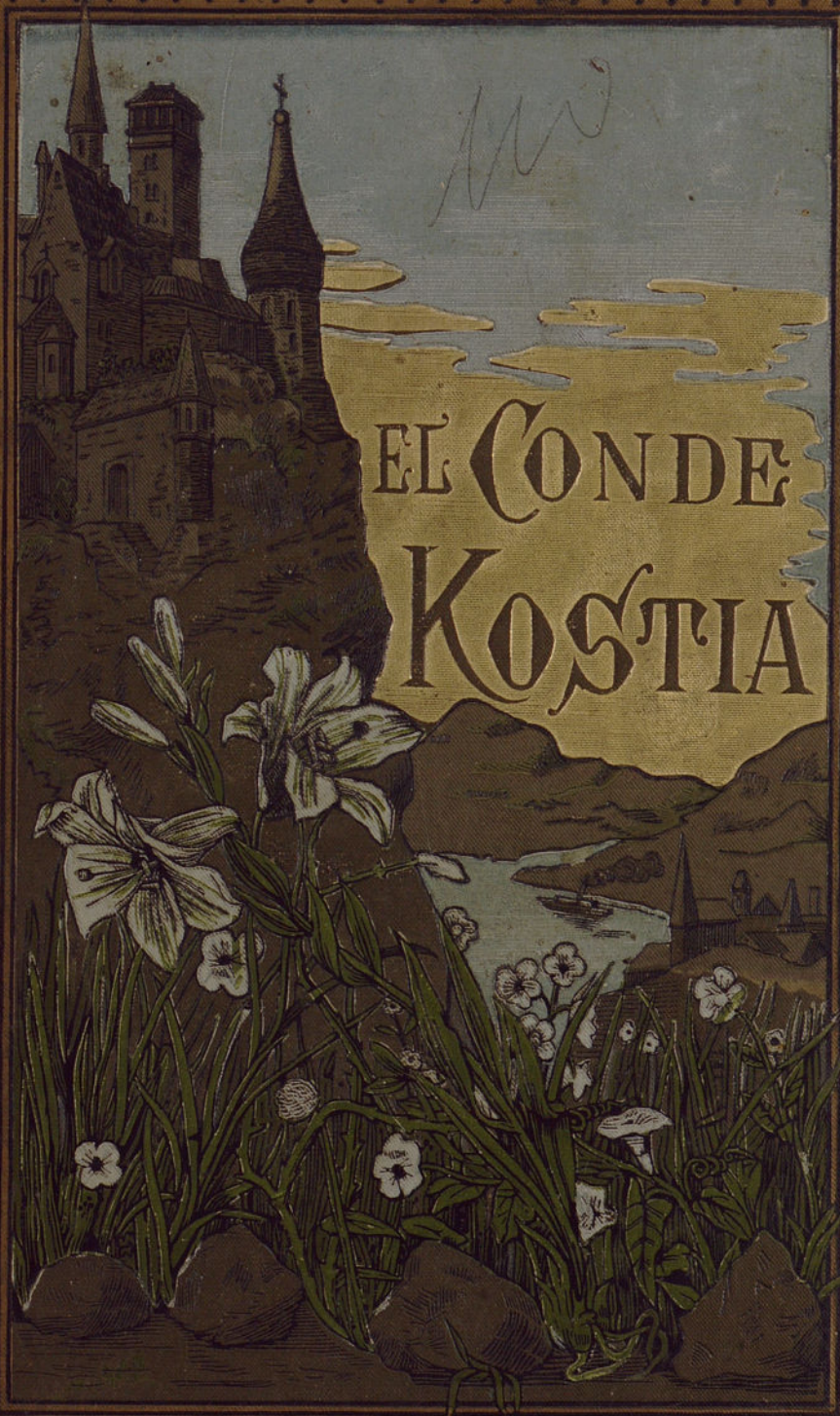


CHERBULIEZ  
EL CONDE  
KOSTIA

7  
98147



EL CONDE  
KOSTIA



7  
98147













EL CONDE KOSTIA



ES PROPIEDAD



R. 607.897

EL

# CONDE ROSTIA

POR

*Charles*

VÍCTOR CHERBULIEZ

(De la Academia Francesa)

—  
VERSIÓN ESPAÑOLA

*arias*

Ilustración de M. Foix y A. Font

GRABADOS DE GÓMEZ POLO



BARCELONA

BIBLIOTECA « ARTE Y LETRAS »

DANIEL CORTEZO Y C.<sup>a</sup>, Ausias-March, 95

1885









# I



principios del verano de 1850, un señor ruso, el conde Kostia Petrovitch Leminof, tuvo el dolor de ver morir de repente, y en la flor de la belleza, á su esposa, que contaba doce años menos que él. Esta terrible pérdida, para la cual no estaba en modo alguno preparado, le causó violenta desesperación, y después de transcurridos algunos meses, buscando distracción á su profundo pesar en largos viajes, abandonó, con intención de no volver nunca más á ellas, sus posesiones de las cercanías de Moscou. Acompañado de sus dos hijos gemelos de diez años de edad, el capellán, que hacía las veces de preceptor y un siervo llamado Iván, se trasladó á Odesa, y allí tomó pasaje á bordo de un buque mercante que partía para la Marti-



nica. Desembarcó en San Pedro y se alojó en una casa aislada, de los alrededores. La profunda soledad de que se rodeó desde un principio no le proporcionó el consuelo que esperaba endulzaría su pesar. No le bastó haber salido de su país; hubiera querido mudar de planeta; quejábese de hallar en todas partes los mismos espectáculos. En ninguna hallaba el olvido de su propia suerte, y en los sitios solitarios por donde paseaba la desesperada inquietud de su corazón, le parecía volver á encontrar los importunos testigos de sus pasadas alegrías y del infortunio en que éstas se habian anegado súbitamente.

Hacia un año que Lemnof habitaba en la Martinica, cuando la fiebre amarilla le arrebató uno de sus hijos. Por una extraña reacción de su vigoroso temperamento, se disipó entonces precisamente su negra melancolía, haciendo lugar á la amarga y sarcástica jovialidad que estaba más en consonancia con su carácter. Desde sus primeros años, habia mostrado cierto ingenio chancero y burlón, sazonado con la gracia irónica propia de los grandes señores moscovitas, que arguye prolongada costumbre de jugar con los hombres y las cosas. Con todo, su curación no fué tan completa que le permitiese saborear de nuevo las dulzuras del trato. El sufrimiento habia amasado en su alma una levadura de misantropía que no se tomaba el trabajo de disimular; su voz trocóse de agradable y cariñosa en áspera y dura, su aspecto era rudo, su sonrisa despreciativa. Todo en él anunciaba á veces una voluntad indomable, que, tiranizada por los acontecimientos, se disponia á tomar el desquite sobre los demás hombres.

Por muy terrible que pareciese á sus acompañantes, el conde Kostia era un diablo civilizado. Así fué que, después de permanecer tres años bajo el cielo de los trópicos, volvió á suspirar por la vieja Europa y se plantó de repente en Lisboa. Atravesó Portugal, España, el mediodía de Francia y Suiza. En Bâle tuvo conocimiento de que á

orillas del Rhin, entre Coblenza y Bona, en un sitio bastante aislado, estaba en venta un antiguo castillo. Se trasladó á él, y compró el antiguo edificio y las tierras anexas sin tomarse el trabajo de regatear el precio, ni de hacerse



cargo de sus dominios. Una vez cerrado el trato, dispuso con toda actividad la ejecución de algunas obras de reparación urgente en uno de los cuerpos del edificio de que se componía su destartalado castillo, conocido con el imponente calificativo de fortaleza de Geierfels, y no tardó



en instalarse allí, prometiéndose pasar el resto de su vida en aquel tranquilo retiro, entregado á la ciencia.

El conde Kostia era hombre de talento vivo y agudo, que había fortalecido con el estudio. Había sido siempre amante apasionado de las investigaciones históricas; pero de nada sabía ni quería saber más que lo que los ingleses llaman *the matter of fact*. Profesaba un profundo desprecio por las ideas y las abandonaba de buen grado á los soñadores; burlábase de todas las teorías abstractas y de los cándidos que las toman por lo serio; sostenía que todo sistema no es más que un despropósito razonado, y las únicas locuras perdonables las que se aceptan por lo que son en sí; para él, sólo era propio de pedantes atiborrarse de teoremas. En general, la pedantería era á sus ojos el vicio menos excusable, y por tal comprendía la presunción de remontarse al principio de las cosas, «como si las cosas tuvieran principios, y la casualidad se sometiera al cálculo.» Esto no le impedía, por supuesto, que derrochara mucha lógica en demostrar que no la hay ni en la naturaleza ni en el hombre. Inconsecuencias son estas que los escépticos no piensan en reprocharse, ocupados toda su vida en razonar contra la razón. En una palabra, el conde Kostia no respetaba más que los hechos; según su opinión, bien mirado no había otra cosa en el mundo, y el universo, concebido en conjunto, era una colección de accidentes en oposición continua.

Miembro de la *Sociedad de Historia y Antigüedades* de Moscou, había publicado en otro tiempo importantes memorias sobre las antigüedades eslavas y algunos puntos controvertidos de la historia del Bajo-Imperio. Apenas instalado en Geierfels, se ocupó en reconstituir su biblioteca, de la cual se llevó una pequeña parte á la Martinica. Expidió orden á Moscou para que le remitieran la mayor parte de los libros que había dejado allí, é hizo al mismo tiempo importantes pedidos á varios libreros de Alemania. Cuando su *serrallo* (esta era su palabra) estuvo casi com-

pleto, se abismó de nuevo en el estudio, y en particular en el de su querida *Byzantina*, de la que tenía el honor de poseer la edición del Louvre en treinta y seis tomos en fólleo, y poco después concibió el ambicioso proyecto de escribir una historia completa del imperio bizantino desde Constantino el Grande hasta la toma de Constantinopla. Preocupóle tanto su gran pensamiento, que casi no comía ni bebía; á medida que adelantaba en sus investigaciones, le espantó más y más la inmensidad de la empresa, y de aquí que se le ocurriera procurarse un auxiliar inteligente, al cual encomendar una parte de su pesada tarea. Como se propuso escribir en francés su voluminosa obra, en Francia debía buscar el *útil viviente* que le hacía falta, y confió su pensamiento al doctor Lerins, uno de sus antiguos conocidos de París. «Hace cerca de tres años, le escribió, habito en un verdadero nido de buhos, y os quedaré sumamente reconocido si me proporcionáis una ave-cilla nocturna que fuese capaz de permanecer dos ó tres años en una miserable topera sin morirse de fastidio. Fijaos en lo que digo: necesito un secretario que no se contente con tener buena mano para escribir el francés un poco mejor que yo; quisiera un filólogo consumado y un helenista de primera fuerza, un hombre de esos que no escasearán en París, nacido para académico, y á quien el encadenamiento de causas secundarias contraria la vocación. Si conseguís descubrir y proporcionarme ese precioso compañero, le daré la mejor habitación de mi castillo y doce mil francos de sueldo. Mucho desearía que fuese despejado. De su carácter nada digo; ya me hará, si quiere, el obsequio de tener el que á mí me convenga.»

M. Lerins tenía relaciones de amistad con un joven lorenés llamado Gilberto Savile, sabio de gran mérito, que algunos años antes había salido de Nancy para ir á París á probar fortuna. Á los veintisiete de su edad, había tomado parte en un concurso abierto por la Academia de las Ins-



cripciones, con una *Memoria* sobre la lengua etrusca que obtuvo el premio, y que fué declarada por unanimidad obra maestra de erudición. Aguardó durante algún tiempo que este brillante éxito, que le había dado nombradía entre los hombres sabios, le ayudara á obtener algún puesto lucrativo y á salir de la precaria situación en que se hallaba. No fué así. Su mérito hizo que fuera estimado; sus modales y su trato encantador le ganaron muy buenos amigos, sus relaciones eran numerosas; se veía bien acogido y acariciado en todas partes. Obtuvo, hasta sin solicitarlo, la entrada en algunos salones, donde se codeaba con hombres que estaban en posición de serle útiles y asegurar su porvenir. Todo esto sin embargo de nada le servía; el empleo no llegaba. Lo que más le perjudicaba, era la independencia de carácter y de opiniones que tenía en la masa de la sangre. Á simple vista, se adivinaba en él á un hombre incapaz de dejarse atar las manos, y la única lengua que este hábil filólogo no pudo aprender era la jerga insustancial que se usa en las tertulias. Añadiremos á esto que Gilberto era un alma contemplativa y por tanto orgullosa é indolente. Dar pasos, agitarse, solicitar, era para él un suplicio. Se podía dar al olvido impunemente cualquiera promesa que se le hubiera hecho, porque era hombre incapaz de recordarla. Por otra parte como no se quejaba jamás, nadie caía en la tentación de compadecerle. En una palabra, entre las mismas personas que hubieran llegado á abrigar la intención de protegerle, y contribuir á su elevación, unas decían sin pensarlo: «¿Qué necesidad tiene de nuestra protección? Hombre tan notable no necesita el auxilio de nadie.» Otros pensaban sin decirlo: «Mucho cuidado; éste es otro Letronne. Una vez ponga el pié en el estribo, sabe Dios hasta dónde llegará.» Otros en fin decían y pensaban: «Este joven es encantador. ¡Es tan discreto!.. no se parece á fulano ni á zutano...» Indiscretos que estaban empleados.

Las dificultades de su existencia habían vuelto á Gilber-

to serio y reflexivo, sin que por eso se le oprimiera el corazón ni se apagara el fuego de su mente. Era demasiado juicioso para rebelarse contra la suerte, pero estaba decidido á permanecer superior á ella.

—Eres lo que puedes—decía dirigiéndose al destino; —pero no te vanaglories de que servirás de medida á mis pensamientos.

Gilberto tenía un carácter muy singular. Cuando había sufrido algún disgusto ó decepción, cuando veía desvanecida alguna grata esperanza, cuando alguna puerta entreabierta se le cerraba de repente, abandonaba por algunas horas sus habituales ocupaciones, se iba á herborizar por los alrededores de París, y esto era bastante para que lo diese todo al olvido.

Después de haber leído la carta de M. Leminof, el doctor Lerins fué á encontrar á Gilberto: le hizo un retrato del conde Kostia tal como se lo representaban sus recuerdos un tanto lejanos, y hasta le invitó, antes de adoptar una resolución, á pesar con madurez el pro y el contra; pero en el momento de separarse de su joven amigo:

—Después de todo, creo que rehusará—dijo para sí; —esto sería una fortuna demasiado inesperada para ese boyardo! De su rostro de moscovita, sólo recuerdo un enorme par de cejas, más espesas y altaneras que nunca; tal vez todo quede reducido á eso. ¡Hay algunos hombres que no tienen más que cejas! ¡Qué contraste con mi querido Gilberto! Esa mezcla de fuerza y dulzura que se advierte en él, la nobleza de su rostro, la frente ancha y despejada, sus grandes ojos azules en los que se pinta tan benévola curiosidad, ese aire de grave recogimiento, agraciado por una sonrisa fresca y juvenil que está en consonancia con la limpidez de la mirada; la voz pura, sonora y franca, un tanto armónica, que sabe imprimir á las emanaciones del espíritu una especie de acento salido del corazón... ¿qué hará de todo eso el conde Kostia? No niego que á veces sabía mostrarse amable, gracioso, se-



ductor; pero en el fondo se ocultaba su rapacidad. No hay duda; entregarle nuestro Gilberto, sería arrojar una perla entre las patas de un leopardo!

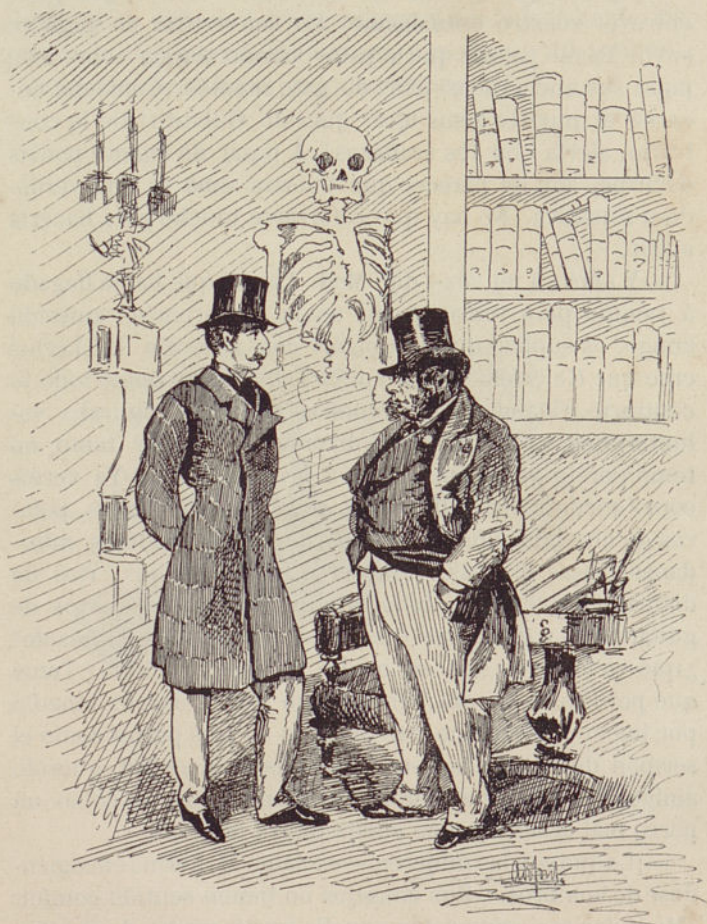
Así raciocinaba M. Lerins; pero dos horas después Gilberto recibió una carta que le decidió á partir á Geierfels. Se la había escrito uno de los conservadores de la Biblioteca imperial, anunciándole que acababan de adjudicar una plaza vacante en el negociado de los manuscritos á un competidor suyo, mucho menos recomendable por su mérito, pero sin duda nacido con mejor estrella. Los últimos renglones decían así: «No os desaniméis; lleváis el bastón de mariscal en la cartuchera. Un hombre como vos tiene asegurado su porvenir.»

—Me estarán repitiendo eso hasta la víspera de mi muerte!—se dijo á sí mismo Gilberto irguiendo la cabeza; y sin dilación corrió á casa de M. Lerins.

El doctor intentó quebrantar su resolución; luégo viendo que era tiempo perdido:

—Querido Gilberto—acabó por decirle:—ya que estáis decidido, permitidme que os dé algunos consejos al parecer insignificantes. Á ese gran señor moscovita con quien vais á vivir mano á mano en su silvestre retiro, tengo el honor de conocerle, y, según creo, muy á fondo. Os ruego que no os dejéis dominar por la gracia de su talento ni la seducción de sus modales. Por el amor de Dios, no os vayáis á prender de ese hombre, no le déis ni la cien milésima parte de vuestro corazón; todo eso perderiais, y más adelante tendriais el pesar de llamaros á engaño... Luégo ya podéis figuraros, que si da un sueldo de doce mil francos á su secretario, es porque piensa ser muy exigente con él. Dáviva por dávida, ojo por diente. No echéis en olvido ese párrafo de su carta: «Ese joven pájaro nocturno me hará el favor de tener el carácter que á mí me convenga.» El conde Kostia os exigirá doce mil francos de abnegación. ¿Estáis al cabo?... No hay que desperdiciar nada. Os pido por favor que seáis consecuente, y después de haber

aceptado la proposición no vayáis á solicitar alguna rebaja. Tales argucias no darían resultado y padecería vuestra



dignidad. Este es mi segundo consejo; ahora os daré el tercero, porque siempre es bueno hablar de todo con el orden debido. El buen señor está desengañado de todo, es el rey de los escépticos, y habéis de saber, amigo mío, que



el descreimiento de un ruso adquiere proporciones indecibles. Es hombre que no cree en nada y hasta dudo que tenga opinión fija de nada. No le dejéis pues entrever vuestro entusiasmo. Lo convertiría en juguete suyo. Ya me parece que le estoy viendo alargar sobre esta pieza sus encorvadas uñas de gato montés. Conviene hacerse el muerto á sus ojos, querido Gilberto! De lo contrario, alerta con los arañazos! Á pesar de cuanto podáis decirme, soy de parecer que vuestra alma es una verdadera sensitiva. No hay que esforzarse mucho para hacerla sufrir.

—Y ahora á mi vez—dijo Mad. Lerins que había llegado á tiempo para tomar parte en la conferencia—querido amigo, os suplico que me oigáis con atención. M. Lerins cree que Geierfels es una nueva Tebaida; yo opino todo lo contrario. Cuando M. Leminof estaba aquí, figuraba voluntariamente en nuestras diversiones, y por tanto no tomo por lo serio su afición á vivir retirado. Ya veréis cómo encontraréis allí fiestas, regocijos, cabalgatas, polacas de aire gazmoño, princesas de teatro, bellezas mundanas, rosas blancas, sombreros con penachos, ríos de diamantes, aventuras, billetes almibarados, conciertos de guitarra... ¿y qué sé yo qué más? ¡Ah! ¡pobre filósofo! ¿qué va á ser de vos en medio de ese torbellino? Temo que perdáis la cabeza; un consejo voy á daros; tenedlo por bueno, aunque no esté dividido en tres partes como el sermón de M. Lerins:—no cometáis la necedad, querido amigo, de arrojar el corazón al mundo que es como un perro mal criado que no suelta nunca la presa.

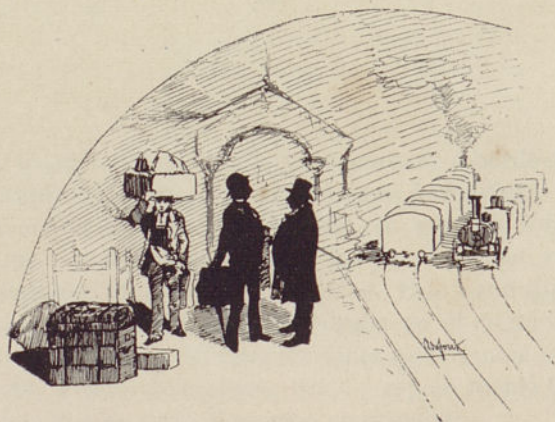
—¡Lo que son las mujeres!—exclamó M. Lerins encogiéndose de hombros.—Sus consejos no tienen sentido común. ¡Mi mujer raciocina como aquella buena madre de familia, cuyo hijo partía para ir á trabajar en unas minas, y le ponía en la maleta un preservativo contra las insolaciones!

Gilberto no podía menos de observar que le aconsejaban demasiado, y que Boileau era hartó indulgente cuando

decía: «*Hay que preferir siempre un consejo á una alabanza.*»

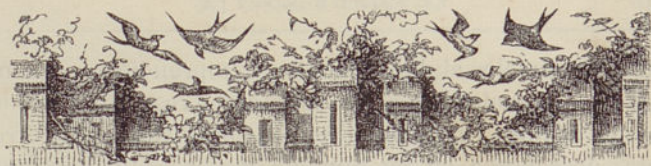
—Si alguna belleza me destroza el corazón, contestó riendo á la señora Lerins, recogeré cuidadosamente los pedazos, os los traeré, los juntaré, y me haréis otro nuevo.

Ocho días después se puso en camino.









## II

**A**L llegar á Colonia, Gilberto se embarcó á bordo de un buque de vapor para subir el Rhin hasta diez ó doce leguas arriba de Bona. Por la tarde, se extendió sobre el río y sus orillas espesa niebla y fué preciso echar anclas y permanecer al paio toda la noche. Este contratiempo puso triste á Gilberto, que encontraba en él cierta semejanza con su destino. El también tenía que remontar una corriente, y más de una vez, triste y espesa niebla le había ocultado á su vista el camino emprendido.

Á la mañana siguiente, se despejó la atmósfera: levaron anclas, y á las dos de la tarde Gilberto desembarcaba en un punto distante dos leguas de Geierfels. No tenía prisa por llegar. Por más que, según le echaba en cara M. Lerins, «había nacido riendo,» temía el momento en que se cerraran tras él las puertas de su prisión, y por lo tanto procuró gozar durante algunas horas más de su querida libertad. «Puesto que vamos á separarnos, se decía, tomémosnos tiempo á lo menos para despedirnos.»

En vez de alquilar un coche que le llevase á él y su equipaje, entregó los baúles á un comisionista que se obli-



gó á remitírselos al día siguiente, y emprendió el camino á pié con la maletilla debajo del brazo y resuelto á tomarlo con calma. Una hora después, desviado de la carretera, descansaba en un humilde mesón, situado en una alturita poblada de hermosos árboles. Se hizo servir bajo un emparrado la comida, que consistió en una tajada de jamón y una tortilla con perifollo, rociada con un vinillo clarito sin punta de agrio. Este festín, á lo Juan-Jacobo le pareció delicioso, sazonado con aquella libertad que permite un mesón, más estimada del autor de *Las Confesiones*, que la misma libertad de escribir.

Cuando acabó de comer, tomó Gilberto una taza de café, ó sea el negruzco brebaje que en Alemania llaman café. Bebiólo no, sin pena, recordando el excelente moka que preparaba por su mano Mad. Lerins. Esto le trajo á la memoria á la amable señora y á su marido.

—«Es singular—decía entre sí—¡cuánto me quieren y cuán poco me conocen! Todos los consejos que me daban el otro día, se dirigían á un Gilberto fantástico. No comprenden hasta qué punto soy razonable. Hay momentos en que me figuro que he vivido ya otra vez, de tal manera se amolda mi alma fácilmente á todas las actitudes que imponen las circunstancias.»

No tardó mucho Gilberto en olvidar París y á Mad. Lerins, y quedó sumido en vaga meditación. Transcurrían los primeros días del mes de mayo. Los árboles empezaban á reverdecer. Momento solemne y dulce, en que la naturaleza despertando de su largo sueño, lanza al espacio lánguidas miradas y á través de las sombras que velan todavía sus ojos, entrevé confusamente el sol! Se diría que reconoce en él al fantasma adorado, en el cual soñaba cuando dormía. La alegría se apodera de ella, y la vida que hierve en su seno, brota en raudales de savia en el naciente tallo de las flores y en los nudosos troncos de las viejas hayas rejuvenecidas... Y esta savia primaveral hervía también en el corazón de Gilberto; sentíase aturdido,

abrumado. La acariciadora brisa suspiró en el naciente follaje de un castaño vecino, y un pajarillo se puso á cantar. Le pareció á Gilberto que aquel canto y aquel suspiro, salían de lo profundo de su sér. Cuando se medita, el corazón repite como un eco la gran música del universo; parecido á las conchas marinas, de las cuales parece que sale, al acercarlas al oído, el confuso y majestuoso murmullo del Océano.

Pero la meditación de Gilberto tomó de pronto otra dirección. Desde el banco donde se hallaba sentado, divisó el Rhin, el camino que corría á lo largo de la orilla, y más cerca de él, la blanca carretera, por donde pesadas carretas y sillas de posta levantaban, á intervalos, grandes nubes de polvo. Ese camino polvoroso absorbió bien pronto su atención por completo. Le parecía que le miraba con dulzura, que le llamaba y le decía:

—«Sigueme, juntos iremos á países lejanos; noche y día, infatigables entrambos, marcharemos al mismo paso, atravesaremos ríos y montañas, y cada mañana mudaremos de horizontes. Ven, te aguardo, dame tu corazón, soy el amigo fiel de los vagamundos, soy el divino dueño de los ánimos esforzados, que consideran la vida como una aventura...»

Gilberto no era hombre que se entregase largo rato á la fantasía.

Volvió en sí, se levantó y echó á andar.

— Un momento há me creía muy juicioso — se dijo; — no lo parece. Vamos, valor, empuñemos de nuevo el bastón y partamos para el Geierfels.

Cuando entró en la cocina del mesón para pagar su escote, encontró en ella al mesonero ocupado en lavar con agua tibia la ensangrentada mejilla de un rapazuelo. Durante esta ocupación el niño lloraba y el mesonero echaba votos. En esto, salió su mujer.

— ¿Qué le ha sucedido á Guillermo? — preguntó.

— Le ha sucedido — contestó el mesonero encolerizado —



que ahora mismo pasaba á caballo el señorito Esteban por el camino del molino, y el niño iba delante con los cerdos. El caballo del señorito se ha asustado, y éste que apenas ha podido contenerle ha dicho al niño: «De cuándo acá, crees tú, imbécil, que mi caballo ha nacido para tragar el polvo que levantan tus marranos? Hazte á un lado, llévalos al ribazo y déjame el paso libre.» «Dirigios vos hacia el bosque, el sendero está á dos pasos,» le ha contestado ese. Con esto se ha incomodado el otro, y viendo que el niño se echaba á reír, ha corrido hacia él y le ha cruzado la cara con el látigo. ¡Voto á cribas! que vuelva por aquí ese señorito, y yo le enseñaré á vivir. Como pueda, el mejor día le ato á un árbol y le rompo en las costillas diez varas de fresno!

—¡Cuidado con lo que dices, Pedro! — repuso su mujer con espanto. — Si tocaras á ese joven, en mal paso te metías.

— ¿Quién es ese Esteban? — preguntó Gilberto.

El mesonero, á quien la advertencia de su mujer le recordaba que debía ser prudente, le contestó con sequedad:

— Esteban es Esteban, los curiosos son curiosos, y los borregos han venido al mundo para ser esquilados.

Y se lo probó al momento. El pobre Gilberto pagó su frugal comida cinco ó seis veces más de lo que valía.

— ¡Qué antipático es el tal Esteban! — se dijo al salir. — Por él, me desuellan. Pero ¿qué culpa tengo yo?

Gilberto al salir se encontró de nuevo en la carretera; esto no le agradó mucho; harto sabía á dónde debía conducirse. Por el camino se informó de si estaba todavía muy lejos del Geierfels. Le contestaron que á buen andar, estaría allí en menos de una hora. Gilberto reprimió la velocidad de su paso; decididamente no tenía prisa por llegar al término de su viaje.

La primavera había sido siempre para él la estación de la melancolía. Cuando los árboles se cubrían de nuevo follaje, le parecía natural que también su existencia rever-

deciera; pero por más que miraba el extremo de las ramas no descubría el más pequeño botón. Le parecía que su destino tenía color de hoja seca, y sin embargo salían de su corazón perfumes y murmullos primaverales, porque á pesar de todo, continuaba siendo joven.

—No, no es mi corazón joven—se dijo mientras andaba—es mi imaginación. El buen doctor me toma por una sensitiva; y no conoce hasta qué punto domino mis sentimientos. Y, á decir verdad, no me dan mucho qué hacer; jamás conmigo han librado grandes batallas. El próximo día de san Medardo cumpliré treinta años, y no sé todavía más que de oídas qué sea esa locura que el mundo llama amor; país de encantos al cual no he arribado jamás... Porque de mis amorcillos cuando tenía veinte años no hay que hablar; nada he aprendido en ellos... Sin duda la naturaleza, al crearme, no ha querido meterse en gastos, no me ha vestido de nuevo, y me dió un corazón que ya había servido. Ese corazón lleva en sí las cicatrices de heridas que yo jamás he recibido, conserva lejanos recuerdos de pasiones que no recuerdo haber experimentado nunca. En mi existencia actual, no soy más que un apasionado contemplador. ¡Si pudiera mi espíritu conservar siempre su juventud! ¡Oh Verdad Eterna! no me niegues nunca las alas para volar hacia ti!... No obstante; la ambición es un manantial de sufrimientos. La vida es fácil para el buho, á quien no atrae el espacio; pero el águila quiere remontarse hasta el sol, aunque deba descender medio ciega y entregar sus despojos á las olas... pero... á lo menos el esplendor del cielo habrá apagado la ardiente ambición de sus ojos y saciado su sed... Yo, Gilberto, que no pertenezco á la familia de las águilas, las he seguido de lejos en sus aéreas ascensiones, y más de una vez he sentido el doloroso placer del vértigo. Estas son las únicas aventuras de mi vida. ¡Ah! Dios haga que no lllore nunca tan gloriosas fatigas.

Y añadió, exaltándose más y más:



—Sólo puede vanagloriarse de haber vivido, el que un día poseyó la verdad, el que estrechó con labio puro la Santa hostia, y sintió estremecerse su carne con este alumbramiento sagrado y esparramarse como un torrente en sus abrasadas venas la vida divina!... Y sin embargo, esto mismo no me bastaría. Quisiera hallar la ocasión de cumplir un acto, un solo acto en el que pudiera vaciar mi alma entera, un acto del cual dijeran: « ¡ahí está Dios! » un acto de fe, de abnegación cuyo recuerdo perfumara mi existencia. ¿Se presentará esta ocasión? ¡Ay de mí! En materia de virtud, el destino parece condenarme á la medianía.

Mientras se entregaba á estas reflexiones, Gilberto seguía andando. Se hallaba á más de media legua de distancia del castillo, cuando advirtió que á su derecha, un poco más arriba del camino, había una fuentecilla al abrigo de una gruta natural. Á ella conducía un sendero, y este sendero ejerció sobre Gilberto atracción irresistible. Fué á sentarse en el reborde de la fuente, apoyando los piés sobre una piedra musgosa. Allí debía hacer alto por última vez, porque la noche se venía encima. Al ruido del agua que borbotaba en el pilón, Gilberto había reanudado el hilo de su conversación interior, cuando vino á distraerle de súbito el galopar de un caballo que subía por el sendero. Levantó los ojos, y vió dirigirse hacia él, montado en corpulento alazán, un joven de diez y seis años, de rostro macilento y enjuto, pelo castaño claro, que caía en bucles sobre sus hombros, bajo de estatura y muy esbelto y bien formado. Los rasgos de su fisonomía, aunque nobles y regulares, despertaron en Gilberto más sorpresa que simpatía. Tenían cierta dureza y melancolía en la expresión; en aquel hermoso rostro de adolescente no brillaba ningún atractivo juvenil.

El joven jinete se fué hacia él, y cuando se halló á dos pasos de la fuente, gritó en alemán, con imperioso acento:

—Á ver... buen hombre, hacéos á un lado, que mi caballo tiene sed.

Gilberto permaneció inmóvil.

— Amiguito, no levantéis tanto la voz — le contestó en la misma lengua, que poseía perfectamente, pero que pronunciaba á la diabla, quiero decir, á la francesa...

— Amigazo, ¿ cuánto lleváis por vuestras lecciones de buena educación? — le replicó el joven remedándole.

Luégo añadió en francés con irreprochable acento:

— Vamos, despachad pronto, que no me gusta esperar. Y chasqueó el látigo.

— Señorito Esteban — dijo entonces Gilberto que no había echado en olvido la aventura del niño Guillermo—ese látigo acabará por causaros algún disgusto.

— ¿ Quién os ha dado el derecho de averiguar mi nombre? — exclamó impetuosamente, irguiendo la cabeza.

— ¡ Toma! Es ya célebre en el país — repuso Gilberto — le habéis escrito hace poco en caracteres bien inteligibles en las mejillas de un porquerillo.

Esteban, porque era él, se puso rojo de cólera y levantó el latiguillo con aire amenazador; pero Gilberto con su bastón, se lo arrancó de las manos, y lo arrojó á una zanja, que estaba próxima.

Cuando miró de nuevo al jovencito, se arrepintió de lo que acababa de hacer; causaba espanto verle; de pálido se había vuelto lívido; el rostro contraído, convulso; en vano intentaba hablar, la voz espiraba en sus labios, parecía que iba á morir. Se quitó precipitadamente un guante y quiso arrojarlo á la cara de Gilberto, pero con trémula mano lo dejó caer al suelo. Estuvo contemplando un momento con aire de reproche aquella delicada mano cuya impotencia maldecía. Luégo, abundantes lágrimas brotaron de sus ojos, se inclinó sobre el cuello del caballo, y con ahogado acento murmuró:

— Por Dios, si no queréis que muera de rabia, devolvedme... devolvedme...



No pudo acabar, pero ya Gilberto se había lanzado á la zanja á recoger el latiguillo y se lo devolvió con el guante. Esteban, sin mirarle, le contestó con ligero ademán; tenía los ojos fijos en el fuste delantero de la silla como si procurase ponerse sobre sí. Gilberto se compadeció de su estado, y se desvió para no importunarle con sus miradas, pero en el momento en que se inclinaba para coger su bastón y su maletilla, el joven, con certero latigazo, le quitó el sombrero que fué rodando al fondo de la zanja; cuando Gilberto, indignado y sorprendido, quiso precipitarse sobre el traidor, éste había ya lanzado su caballo al galope y en un abrir y cerrar de ojos se plantó en la carretera, por la cual desapareció envuelto en nubes de polvo.

Gilberto se sintió afectado por esta aventura más de lo que podía esperarse de su filosófico criterio. Pensativo emprendió de nuevo su camino; veía siempre delante de sí el rostro pálido y descompuesto del joven.

— Ese exceso de desesperación — se decía — arguye un alma orgullosa y apasionada; pero la perfidia con que ha correspondido á mi generosidad, es vileza y depravación...

Y dándose un golpe en la frente:

— Pero ahora caigo; á juzgar por su nombre, ese jovenito podrá ser muy bien el hijo del conde Kostia. ¡Ah! qué amable compañero me está reservado para endulzar mi cautiverio! M. Lemnof debiera habérmelo prevenido y anotado como partida de cargo.

Sintió que se le oprimía el corazón; se veía ya condenado á defender incesantemente su dignidad contra las ruindades é insolencias de un niño mal criado, y esta perspectiva le entristecía. Se abismó tan profundamente en sus melancólicas reflexiones que equivocó el camino. Pasó más allá del punto en donde debía desviarse de la carretera para subir por la colina escarpada cuya cima coronaba el castillo. Felizmente encontró á un viandante que

volvió á orientarle. Habia anochecido ya cuando nuestro viajero entró en el patio de aquella vasta posesión. Aquel agregado de disparatadas construcciones se le apareció como una masa sombría cuyo peso le aplastaba. Distinguía solamente una ó dos torrecillas altas, cuyos puntia- gudos techos se perfila- ban en el estre- llado fir-



mamento. Estaba reconocien- do el sitio cuando enormes perros furiosos se lanzaron sobre él, y hubiera sido devorado, si, al oír los ladri- dos, un ayuda de cámara de seis piés de estatura y ancho de espaldas, no hubiera salido á su encuentro con



una linterna en la mano. En cuanto Gilberto le dijo su nombre, le rogó que le siguiera. Atravesaron un terraplén, viéndose obligados á cada paso á desembarazarse de los mastines que gruñían sordamente.

Siguiendo á su guía, Gilberto subió por una escalerita de caracol, y cuando llegaron á la meseta del tercer piso, el ayuda de cámara abriendo una puerta cimbrada, le hizo entrar en una vasta sala circular donde habian colocado una cama con pabellón.

—Esta es vuestra habitación—le dijo con sequedad.

Y después de haber encendido dos bujías que puso en una gran mesa circular, salió para volver á los veinte minutos con una fuente en la que habia un *samovar*, un pastel de venado, y aves en fiambre. Gilberto cenó con buen apetito, sintiéndose agradablemente refrigerado.

—Mis necios ensueños—se decía—no me han echado á perder el estómago.

Gilberto estaba todavía de sobremesa cuando volvió á entrar el ayuda de cámara, y le entregó un billete del conde que decía:

«M. Leminof da la bienvenida á M. Gilberto Savile. Mañana por la mañana tendrá el gusto de haceros una visita.»

—Mañana empezaremos seriamente una nueva existencia—decía para sí Gilberto saboreando una taza del más exquisito the verde,—y en verdad que estoy de ello muy contento, porque no apruebo el uso que he hecho de mis

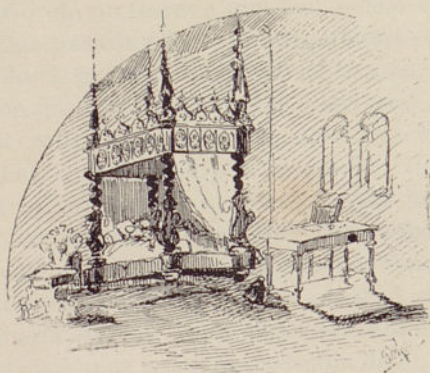


ratos de ocio. He pasado todo el día racionando sobre mí mismo, disertando sobre mi talento y sobre mi corazón. ¡Qué necio pasatiempo!

Y sacando del bolsillo un libro de apuntes, escribió en él estas palabras; «Olvidate de ti, olvidate de ti, olvidate de ti.» Gilberto al obrar de esta manera hacía como el filósofo Kant, el cual, no pudiendo consolarse de haber perdido un antiguo criado llamado Lampe, escribía en su diario: «Acuérdate de olvidar á Lampe.»

Permaneció breve rato en pié delante del alféizar de la ventana, contemplando la bóveda celeste en la que brillaban mil relucientes estrellas; luégo se metió en la cama, pero su sueño no fué tranquilo: Esteban se le apareció en sueños... Hubo un momento en que creyó verle arrodillado á sus piés, con el rostro inundado de lágrimas, y que cuando se acercó á él para consolarle, el joven sacó de su seno un puñal y le atravesó el corazón.

Gilberto despertó sobresaltado, y le costó gran trabajo volver á conciliar el sueño.









### III

**G**RATO placer aguardaba á Gilberto al despertar; se levantó cuando empezaba á salir el sol, y en cuanto se hubo vestido, corrió á la ventana para examinar el paisaje.

La rotonda que era su habitación, formaba por sí sola el piso superior de un torreón que flanqueaba un ángulo del castillo. Este torreón y la cuadrada y robusta torre del otro extremo de la fachada, daban al norte; por este lado la roca estaba cortada á pico y tenía á sus piés un precipicio de aspecto muy imponente y de unos trescientos piés de profundidad. Cuando Gilberto se asomó á la ventana, su mirada se fijó en el abismo, donde flotaba una especie de vapor azulado que el sol naciente atravesaba con doradas flechas; este espectáculo le entusiasmó. Tener un precipicio debajo de su ventana, era una novedad que le causaba extraordinaria alegría. Aquel precipicio era feudo suyo, su propiedad; sus ojos tomaban posesión de él. No se cansaba de contemplar aquellas rocas escarpadas como espesos muros, y cuyas paredes cubrían á trechos malezas y achaparrados zarzales. Hacía mucho tiempo que no había experimentado tan viva sensación, y debió convenir en que



si su corazón era viejo, sus sentidos eran todavía muy jóvenes. Lo cierto es que en aquel momento, Gilberto, el grave filósofo, era feliz como un niño, y oyendo el murmullo solemne del Rhin, al cual se unían el graznido de un cuervo y los estridentes chillidos de los vencejos que rozaban con sus inquietas alas las buhardas de la torre-cilla, se forjó la ilusión de que el río ahuecaba la voz para saludarle, que los pájaros le obsequiaban con una alborada, y que la naturaleza toda celebraba en su honor espléndida fiesta.

Mucho le costó separarse de la ventana para desayunarse, y estaba de nuevo contemplando el panorama cuando M. Leminof entró en su cuarto. No le oyó entrar, y fué preciso que el conde tosiera tres veces para hacerle volver la cabeza. Al ver á su lado al enemigo, Gilberto se estremeció al principio, pero se serenó muy luégo. Sin embargo, aquel estremecimiento nervioso que no había podido reprimir, hizo sonreír al conde; esta sonrisa le disgustó. Creyó que M. Leminof adaptaría su conducta al concepto que formara de él en esta primera entrevista, y procuró mantenerse sobre aviso.

El conde Kostia era hombre de mediana edad, bien formado, de estatura elevada, anchas espaldas, aire aristocrático, frente severa y altiva, nariz aguileña, la cabeza erguida y ligeramente inclinada hacia atrás, grandes ojos grises y hendidos de mirada penetrante y vaga al propio tiempo, fisonomía expresiva de corte regular, en la que Gilberto no halló nada desagradable como no fueran las cejas demasiado espesas y los pómulos algún tanto salientes; pero lo que no le gustó en manera alguna, fué que M. Leminof permaneciera en pié mientras le invitaba á sentarse, y que como se excusara, el conde le interrumpiera con gesto imperativo acompañado de un fruncimiento de cejas...

—¡ Señor conde—se dijo Gilberto—no saldréis de aquí sin haberos sentado!

—Caballero—dijo el conde, paseándose por el aposento con los brazos cruzados sobre el pecho—muy apasionado vuestro es el doctor Lerins. Mucho elogia vuestro mérito; se ha permitido insinuar que yo no era digno de poseer en mi casa semejante tesoro de sabiduría y erudición. También me recomienda especialmente que os guarde los mayores miramientos; me da á comprender que respondía de vos ante el universo y que éste me pediría cuenta en su día. ¡Qué suerte tenéis, caballero, con poseer tan buenos amigos! favor particular concedido á pocos.

Gilberto no contestó; se mordía los labios y miraba al suelo.

—M. Lerins—continuó el conde—me advierte también que sois á la vez tímido y arrogante y me suplica que os mime mucho. Supone que sois capaz de arrostrar grandes sufrimientos sin proferir la menor queja. Rarísima virtud en nuestros días. Lo que me disgusta, es que nuestro amigo M. Lerins, según las trazas, me cree una fiera. De veras, sentiría causaros miedo.

Y volviéndose de medio lado hacia Gilberto:

—Veamos, miradme bien, ¿tengo acaso garras?

El pobre Gilberto maldecía *in petto* á M. Lerins y su indiscreto celo.

—¡Oh! señor conde—contestó con la mayor firmeza y tranquilidad—jamás recelé de las garras de mis prójimos. Pero si llego á sentir las, chilló y me defiendo como puedo.

La voz de Gilberto, y la expresión de su semblante, admiraron á M. Leminof. Le llegó su vez, sino de estremecerse (no se estremecía nunca), á lo menos de quedar atónito. Miróle un instante en silencio, y luégo prosiguió en tono sardónico:

—No he concluído aún; M. Lerins (¡qué admirable amigo!) parece indicarme también que sois, caballero, un gran corazón. ¿Qué es un gran corazón? Lo que es yo lo ignoro... (Y al hablar así, de cuando en cuando, parecía que buscara una mosca en el techo ó una aguja en el



suelo.)—¿Qué voy á hacerle? En toda suerte de materias, mis ideas son muy atrasadas; no entiendo ni un ápice el vocabulario de mi siglo. Sé muy bien lo que es un caballo bonito, una mujer hermosa, ¡pero un gran corazón! ¿Sabriais explicarme, caballero, qué es eso?

Gilberto no contestó. Estaba enteramente absorto dirigiendo al cielo la plegaria del filósofo: «De mis amigos guárdeme Dios, que de mis enemigos me guardaré yo.»

—Mis preguntas os parecerán tal vez indiscretas—prosiguió M. Leminof;—quejáos si acaso de esto á M. Lerins. Su última carta me ha causado vivas inquietudes. Me hizo de vos tal pintura como si fuérais un sér excepcional; me parece que estoy en lo justo tomando mis informes. Detesto los misterios y las sorpresas. He oído hablar de un principillo de Abisinia que, para demostrar su gratitud al misionero que le había convertido, le envió como regalo una gran caja de madera de sándalo. Cuando el misionero abrió la caja, encontró dentro un hermoso cocodrilo vivo. ¡Juzgad qué grata sorpresa! Estas aventuras le hacen á uno precavido. Cuando nuestro excelente amigo Lerins me envía como presente un gran corazón, es natural que yo le reciba con precauciones, y antes de instalarle en mi casa, procure saber lo que hay dentro... ¡Un gran corazón! —repitió con acento menos irónico, pero más seco—á fuerza de pensar en ello, adivino que seréis aficionado á fruslerías en materia de sentimiento. En ese caso, caballero, permitid que os dé un consejo. La señora Leminof tenía extremada afición á las baratijas de China y atestaba de ellas el salón. Por desgracia, tengo los movimientos algo bruscos, y me sucedió más de una vez que hice caer los veladores cargados de porcelanas y otras frioleras. ¡Juzgad el placer que esto le causaría! Caballero, sed prudente, encerrad cuidadosamente vuestra china en un armario y guardáos las llaves.

—Mucho agradezco el consejo—contestó Gilberto con dulzura;—pero siento mucho que os hayan dado de mí

tan falsos informes. ¿Me permitís, caballero, que os haga mi retrato tal como soy?

—No tengo en ello inconveniente.

—No soy en manera alguna un gran corazón, un alma hermosa—repuso Gilberto;—soy sencillamente un alma buena, ó si queréis más bien, un joven honrado que toma las cosas tal como vienen y á los hombres tales cuales son, que no se pica por nada, ni es presuntuoso, y que le importa un comino lo que los demás puedan pensar de él. No niego que en mis primeros años haya sufrido como cualquiera otro lo que un hombre de talento llamaba *hechizo de las boberías*; pero pronto me rebelé contra él. El destino me deparó un maestro melancólico y algo brutal, que me enseñó á disciplinazos el arte de vivir en sociedad. Por lo tanto todas mis ideas romancescas se refugiaron en mi cabeza y mi corazón se ha vuelto muy razonable. Si hubiera tenido la dicha de ser á la vez rico y artista, hubiera tomado la vida como un juego; pero como no soy ni lo uno ni lo otro, la considero un negocio. Creedme, caballero, la vida es para mí un negocio como cualquier otro, ó, por mejor decir, un poco más espinoso, un poco más complicado, y no me tomo el trabajo de echarle en cara que no sea un idilio ni una ópera. Pero á veces conviene tomarse algún descanso, y cuando quiero reposar de mi gran ocupación, que es vivir, cierro la tienda y me voy al espectáculo... Yo llevo aquí—añadió dándose en la frente—un lindo teatro de títeres. El escenario no es muy vasto, pero mis títeres son muy graciosos y amables; representan á maravilla y ejecutan con igual talento la tragedia y la comedia. Con sólo una palabra, salen de la caja, se visten, se dan una mano de bermellón, se ilumina la escena, se levanta la cortina, empieza la representación y soy el más feliz de los hombres!

M. Leminof no se paseaba ya por el aposento. Estaba inmóvil ante el alféizar de la ventana y contemplaba el valle.



—Yo os obligaré á pesar vuestro á sentaros, señor conde—decía por lo bajo Gilberto.

—Excitáis mi curiosidad—contestó M. Leminof después de un corto silencio.—¿Me enseñaréis esos muñecos?

—¡Imposible!—contestó Gilberto.—Mi polichinela, mis arlequines y mis colombinas son tan tímidos que no se atreverán jamás á arrostrar el fuego de vuestras miradas. Aunque no tenéis garras, caballero, me parece que sois muy poco complaciente con las ilusiones de los demás; con sólo acercaros ¡se quedarían tan corridos! Mis pobres muñecos hartó saben que su repertorio no sería de vuestro gusto!

M. Leminof emprendió de nuevo su paseo, y al pasar por delante de Gilberto miróle con altanería y cariño á un tiempo, como mira un gran mastín á un perrillo de aguas, que sin recelo se acerca familiarmente á su majestad colmilluda y hace ademán de jugar con ella. Gruñe sordamente pero sin intención de enfadarse. En los ojos de los perros de aguas hay un no sé qué que obliga muchas veces á los mastines á tomar en buena parte sus libertades.

—¡Ah! caballero—dijo el conde—por confesión propia sois un egoísta consumado. Vuestro gran negocio es vivir, y vivir para vos!

—Eso es, poco más ó menos—contestó Gilberto;—sólo que me resistía á pronunciar esa palabra, un poco dura... No es que yo haya nacido egoísta—prosiguió—pero he llegado á serlo. Si tuviera todavía mi corazón de veinte años, hubiera traído aquí ideas muy románticas. Os vais á reir, caballero; figuráos que diez años atrás hubiera venido á vuestro castillo con la intención muy decidida de amaros mucho y hacerme amar por vos.

—En tanto que hoy...

—Hoy conozco un poco el mundo, y me digo que entre ambos sólo pueden mediar las relaciones del negocio; los mejores, son los que traen más ventaja á ambas partes.

—¡Sois un hombre muy terrible!—exclamó el conde con

risa zumbona.—¡Destruís todas mis ilusiones desapiadadamente! ¡atentáis á la poesía de mi alma! En mi sencillez, me imaginaba que íbamos á apasionarnos mucho el uno por el otro. Proyectaba hacer de mi secretario un amigo íntimo, el querido confidente de todos mis pensamientos, y cuando voy á abrirle los brazos, el ingrato viene á decirme con aire reposado: «Caballero, no se trata entre nosotros más que de una venta; yo soy el vendedor, vos el comprador, yo os vendo griego, y vos me lo pagaréis en metálico sonante.» ¡Demonio! ¡ese gran corazón no rebosa poesía!... ¡Perfectamente! Cuidaré de recordarlo. Sólo se trata entre los dos de un negocio. Seré, pues, si así lo queréis, el explotador, vos el explotado, y no os quejaréis si os trato como un turco á un moro.

—Perdonad—contestó Gilberto;—vuestro interés bien entendido os obliga á guardarme ciertos miramientos. Vos me daréis mucho que hacer, yo no economizaré tiempo ni fatiga, y por vuestra parte cuidaréis de no abrumarme. No soy muy exigente; sólo os pido que me concedáis algunas horas de descanso y de soledad para contemplar en paz mis muñecos.

M. Leminof se detuvo de repente y se colocó enfrente de Gilberto, con las manos apoyadas en la cadera.

—¡Os sentaréis, os sentaréis, señor conde!—murmuró Gilberto entre dientes.

—De todo esto—dijo M. Leminof, mirándole fijamente—saco en consecuencia que sois un egoísta contemplativo. Á lo menos espero que tendréis las virtudes que requiere vuestro estado; quiero decir, que ocupándoos mucho de vuestra persona, estaréis exento de curiosidad indiscreta. El egoísmo carece de todo su valor si no va acompañado de cierta indiferencia despreciativa por cuanto se refiere á los demás. Oídme: yo no vivo absolutamente solo aquí; deseo, sin embargo, que estéis conmigo en continuas relaciones. Las dos personas que habitan esta casa no saben el griego, ni una ni otra; no tienen pues el



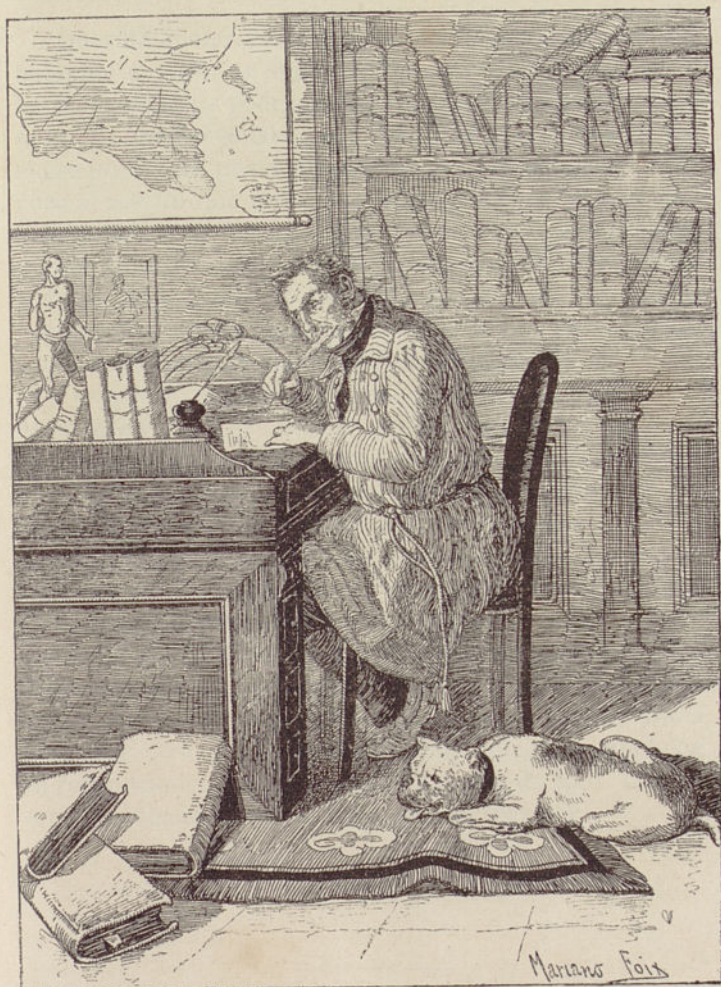
derecho de excitar vuestro interés. Acordaos que tengo el defecto de ser celoso como un tigre; exijo, pues, que me pertenezcáis por completo. Y por lo que respecta á vuestros muñecos, si lo tenéis á bien, me hallaréis siempre dispuesto á admirarlos; pero no se los enseñaréis á nadie, ¡ya lo oís, á nadie!

El conde Kostia pronunció estas últimas palabras con tal energía que Gilberto quedó sorprendido. Estuvo á punto de pedirle explicaciones, pero la mirada severa y casi amenazadora del conde le hizo renunciar á su deseo.

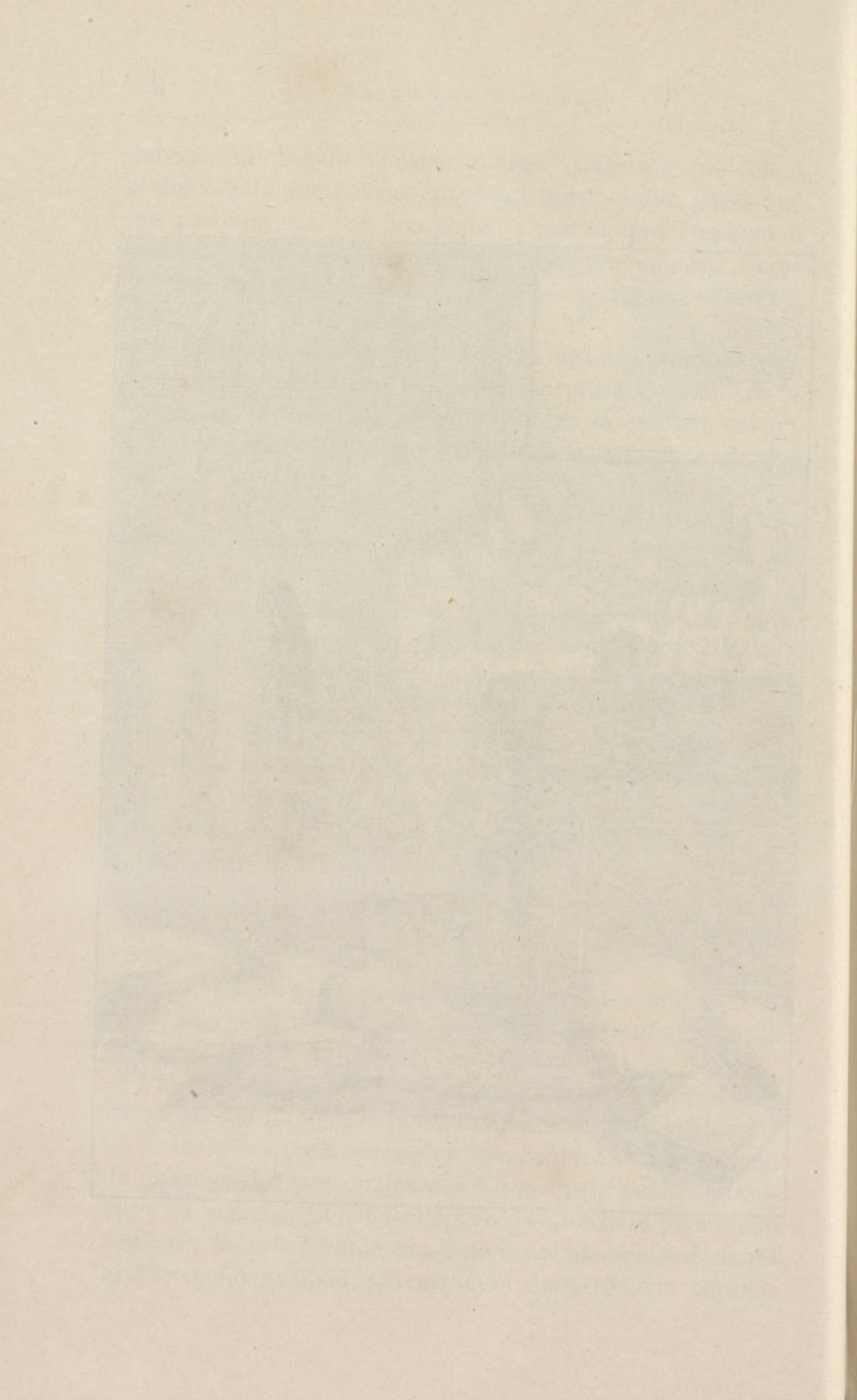
—Vuestras prevenciones, caballero—contestó—son superfluas. Para terminar mi retrato debo añadir que no soy expansivo y que mi carácter es muy poco afable. Á deciros verdad, mi elemento es la soledad que tiene para mí extremado atractivo. ¿Queréis hacer una prueba? Encerradme en este aposento bajo llave, y con tal que me proporcionéis cada día lo necesario para vivir, introduciéndolo por la gatera, dentro de un año me hallaréis sentado delante de esta mesa, tan fresco, tan tranquilo y tan campante... Á menos—añadió—que á mi vez no me sienta atacado de nostalgia. En ese caso podría suceder muy bien que el día menos pensado me saliese volando por la ventana; pero el mal no sería de consideración. Encontrando la jaula vacía diriais: «¡Á ese joven le han nacido alas. Buen provecho le haga!»

—¡No quiero yo eso!—exclamó el conde.—Señor secretario, sois de mi agrado, y para prevenir cualquier accidente haré poner una reja á esa ventana.

Y al decir esto arrastró un sillón y se sentó enfrente de Gilberto, que hubiera batido palmas con mucho gusto ante un desenlace tan satisfactorio y agradable. La conversación de nuestros dos personajes versó únicamente sobre Bizancio y su historia. El conde expuso á Gilberto el plan de su trabajo y le indicó á qué clase de investigaciones desearía que se dedicara. Esta conversación duró todavía algunas







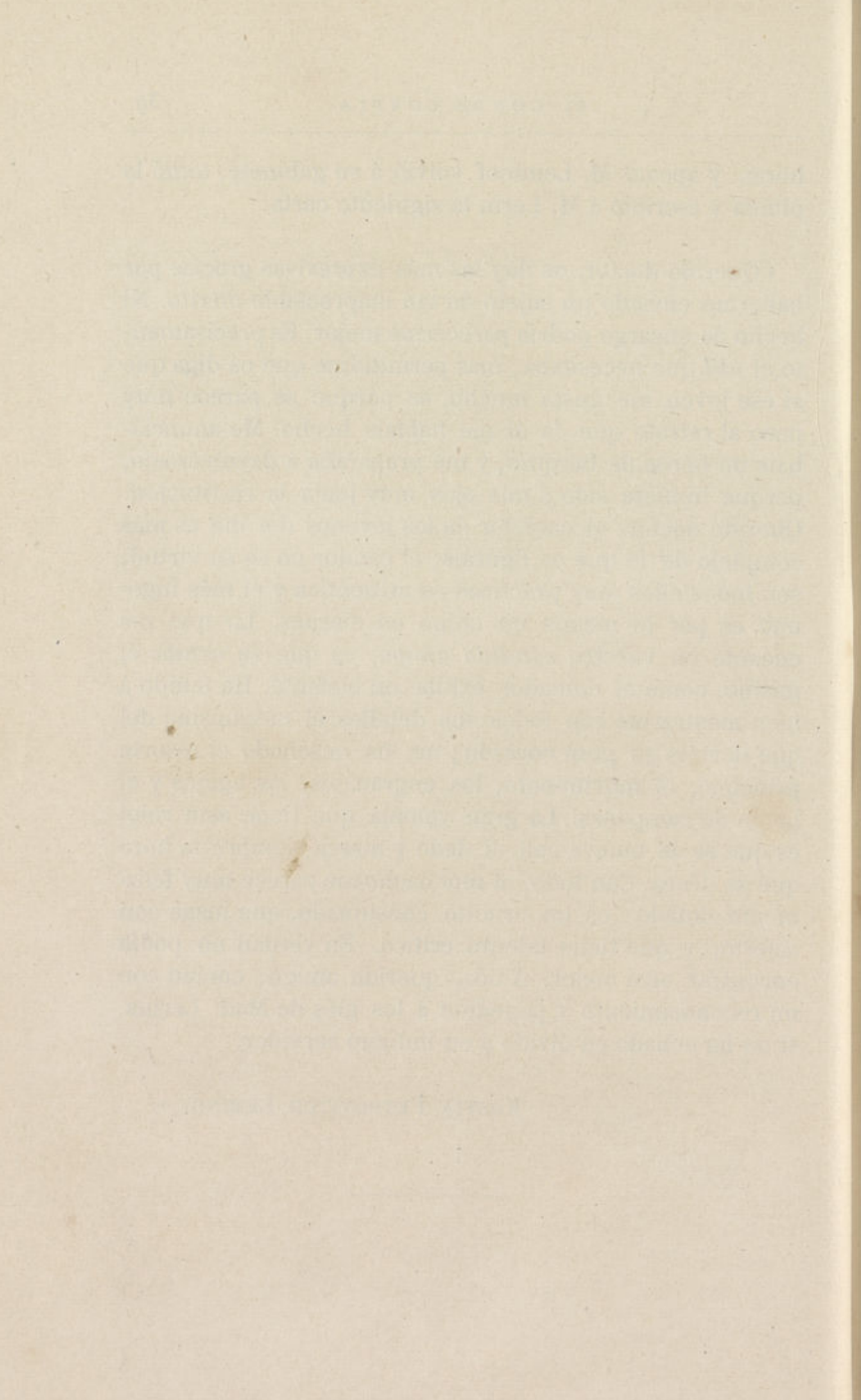
horas, y apenas M. Lemínof volvió á su gabinete, tomó la pluma y escribió á M. Lerin la siguiente carta:

« Querido doctor: os doy las más expresivas gracias por haberme enviado un sujeto de tan inapreciable mérito. Ni hecho de encargo podría parecerme mejor. Es precisamente el *útil* que necesitaba; mas permitidme que os diga que si ese joven me gusta mucho, es porque se parece muy poco al retrato que de él me habíais hecho. Me anunciábais un héroe de Berquin, y me preparaba á devolvérselo, porque hubiera sido á mis ojos muy justa la restitución. Querido doctor, el carácter de los jóvenes del día es más complejo de lo que os figuráis; el candor no es su virtud; son todos ellos muy prácticos en aritmética y el más ingenuo es por lo menos un chino en ciernes. Lo que me encanta en vuestro *cándido amigo*, es que se *exhibe* él mismo, como el domador exhibe un elefante. Ha tenido á bien mostrarme con todos sus detalles el mecanismo del que llamáis su gran corazón; me ha enseñado el resorte principal, el movimiento, los engranajes, las agujas y el juego de campanas. La gran ventaja que tiene este reloj es que se le mueve con el dedo y marca siempre la hora que se desea. Con todo, el muchacho me parece muy felizmente dotado; es un erudito consumado, que juzga con acierto, y que tiene talento crítico. En verdad no podía encontrar otro mejor. Adiós, querido amigo; contad con mi reconocimiento y ponedme á los piés de Mad. Lerins, si no ha echado en olvido á su indigno servidor.

KOSTIA PETROVITCH LEMINOF.»

---







#### IV

QUINCE días después, Gilberto escribía á sus amigos una carta concebida en estos términos: «Señora, no he encontrado aquí fiestas, ni cabalgatas, ni galas, ni beldades. ¿Qué haríamos nosotros, á ver, de esas beldades? ó por mejor decir, ¿qué harían ellas de nosotros? Vivimos en medio de los bosques; nuestro castillo es un castillo muy viejo; por la noche, al resplandor pálido de la luna, tiene el aspecto de una aparición fantástica. Lo que me agrada más en él, son sus largos y sombríos corredores por donde se pasea el viento á su sabor; pero os aseguro que no he visto todavía en ellos ningún traje blanco, ni sombreros con plumas. Únicamente, noches pasadas, un murciélago que había penetrado por un cristal roto me azotó el rostro con sus alas y por poco me apaga la luz. Esta es hasta ahora mi única aventura... En cuanto á vos, caballero, debo deciros que no me he dejado alucinar por las seducciones de mi tirano, por la sencilla razón de que éste no se esfuerza ni poco ni mucho en mostrarse seductor. Sabed también que no me fastidio. Estoy contento; gozo de aquella tranquilidad de espíritu que produce una situación bien definida, regularizada, y después de todo, muy soportable. Ya no me veo obligado á empujar mi exis-



tencia y enseñarle el camino ; se mueve por si misma y la sigo. Luego, que no me faltan placeres ni distracciones. Vais á verlo.



»Nuestro castillo es una larga hilera de construcciones agrietadas, del cual habitamos lo único que hay habitable. Estoy alojado solo en un torreón que tiene una vista mag-

nífica. Debajo de mi ventana hay un gran precipicio. Ya puedo decir: ¡*mi torreón, mi precipicio!* Oh pobres parisienses míos, no comprenderéis jamás cuánto se encierra en estas dos palabras: *mi precipicio*. Y ¿qué es un precipicio?—exclamará Mad. Lerins...—Es un gran hueco. Si señora, sí, señora, es un gran hueco; esta mañana ese hueco era de un color azul oscuro, y esta tarde al ponerse el sol, era... así, del color de vuestros capuchones. He abierto la ventana y me he asomado á aspirar el olor que despedía el admirable precipicio, porque he descubierto que por la tarde los precipicios despiden olor... un olor... ¿cómo os lo explicaré? el perfume que trasciende de las peñas tostadas por el sol, al cual se mezcla sutil aroma de yerba seca, formando un conjunto exquisito, delicioso. Estaba en mi ventana cuando hacia la derecha á cuatrocientos veinte piés debajo de mí, he visto aparecer detrás de una espesura los cuernos y la cabeza de una cabra blanca. Conviene advertir que, del lado del Rhin, mi despeñadero ó mi abismo, como queráis llamarle, está flanqueado por un cerro cubierto de césped por cuya pendiente serpentea un sendero. Por allí se había encaramado esa amazona de patas blancas y de buena gana hubiera subido más arriba, pero ¿cómo? Se hallaba al pié de una formidable cordillera de peñascos que desafío á escalarla al más ágil gamo que exista. La pobre cabra se afligía al verse detenida en su camino por un obstáculo tan inesperado; en su despecho se puso á dar cornadas contra la maleza, luégo me miró balando y yo la miraba sonriendo; á intervalos entrambos volvíamos la cabeza para contemplar el río, matizado de trecho en trecho por grandes manchas de púrpura y oro... Decidme, señora, ¿no me envidiáis mi ventana, y no cambiaríais por mi cabra blanca todas las vendedoras que veis pasar por la calle Jacob?

» Ahora os suplico que deis conmigo un paseo al redor de nuestra hermosa posesión. El arrogante peñón cuya plataforma ocupo, al que cuadra muy bien su nom-



bre de *nido de águilas*, lo limita al norte lo que ya sabéis, y al oeste una torrentera que le separa de otros montecillos poco elevados y graciosamente cortados, cuya cadena se tiende á lo largo del río. Esta línea de alturas no es con-



tinua, está cortada por estrechas gargantas que desembocan en el valle y que dejan llegar hasta nosotros los últimos rayos del sol. La otra tarde, al ponerse, reflejando sus rojizos resplandores en una de las gargantas, me ilusionaba de tal manera, que me parecía ver salir llamas de la tierra; se hubiera dicho que era aquello la boca de un horno. Al este, el Geierfels domina el Rhin desde las escarpadas vertientes de su terraplén, del cual sólo

le separan la carretera real y un mal camino de herradura. Al Sur, comunica por empinados senderos con una vasta planicie que forma como si dijéramos el piso superior, y que está cubierta de una selva de hayas surcada por varios arroyuelos. Únicamente por este lado es accesible nuestro castillo, pero no hay que pensar en subir á él en coche; una jaca se vería en apuros para llegar hasta nosotros; todas nuestras provisiones las traen á hombros ó en mulo... Montañas, rocas cortadas á pico, torreones suspendidos sobre un precipicio, bosques inmensos y sombríos, áridos senderos, riachuelos que se despeñan formando cascadas, todo esto, ¿verdad, señora, que hace mi existencia aquí muy selvática y romancesca?... Á la orilla derecha del Rhin, que se extiende á nuestros ojos, el espectáculo es muy diferente. Figuraos un país en extremo agradable, gran llanura cultivada que se eleva suavemente hasta el pié de una lejana cordillera de montañas cuya cima dibuja en el cielo sus aéreos dentellones. Seguramente, señora, las dos riberas del Rhin no están consagradas á la misma divinidad. Al rededor del Geierfels, en el misterioso horror de los bosques, reina la primitiva y terrible diosa de la naturaleza cuyos servidores, feroces como ella, enrojecían con su sangre el musgo de las rocas, en tanto que en derredor de ellos delirantes sacerdotisas, suelta la cabellera, parecía que imitaban con sus frenéticas danzas la carrera desordenada de los astros inciertos todavía en el camino que debían seguir, y el desarreglo del antiguo caos. Abajo, en la llanura, todo lo contrario; todo reconoce el imperio de Ceres, de la rubia Ceres, de la Ceres coronada de espigas, divinidad tutelar y benéfica que se deleita aspirando los vapores de la tierra rasgada por el arado, y oyendo el ruido chillón de la carreta, los prolongados mugidos de los ganados y las canciones del segador atando sus doradas gavillas...

» Precisamente frente al castillo, al otro lado del Rhin, se despliega como un abanico, al rededor de una ensena-



da semicircular, un pueblecito de casas limpidas, cuidadosamente blanqueadas con cal. Á la derecha de este pueblecito, al extremo superior de rústica iglesia, reluce á los rayos del sol la flecha del campanario cubierto de zinc; á la izquierda, grandes molinos de casca mueven lentamente sus ruedas, y detrás de los molinos, de la iglesia y del burgo, se extiende la fértil campiña que intentaba describiros hace poco y que no sé encareceros bastante. ¡Oh! ¡qué paisaje tan encantador! Á mediodía, me ocupaba en devorarle con la vista, cuando ha venido á distraerme la cabra blanca, seguida de una pastorcilla que sospecho que ha de ser muy linda, pero he olvidado á una y otra viendo desfilar por delante de mí en sentido contrario, un buque de vapor que remolcaba lentamente una flotilla de barcas cubiertas con sus toldos y escoltadas por sus gabarras, y un vasto tren de maderas de la Selva Negra montado por cincuenta ó sesenta bateleros que, unos delante, otros detrás, dirigían su curso con recios golpes de remo. Aquí mis miradas desviándose de las blanquecinas aguas del río, se han paseado á su vez por los ligeros recodos que ofrece la ribera, por las sinuosidades de un riachuelo, en busca de aventuras por la pradera entre dos cortinas de sauces y álamos, ó con la sombra prolongada de los árboles producida por los tenues resplandores del sol, y que dormitaban tranquilamente en el seno de los barbechos. Aquí se ve un verde prado donde ramonean tres carneros rojos guardados por una pastorcilla desde una gran piedra, mientras la vaca negra con manchas blancas se empina para mordiscar las apetitosas ramas de un vallado; á lo largo del prado, el extremo de un camino hondo por donde camina un molinero montado en un caballazo gris; más lejos, una cabaña cuyo rajado techo deja escapar imperceptible hilo de humo azulado que sube ondulante hacia el cielo... Á cierta distancia de mí, un ave de rapiña de inmensa envergadura descendía lentamente hacia el valle; con sus alas al parecer inmóviles, y suspen-

dida en el aire, trazaba en él grandes curvas regulares y concéntricas. Por lo visto, estaba, como yo, abismada en soñadora contemplación á la cual no podía resistir, y cuando alguna vez intentaba sustraerse á la fascinación que la tenía encadenada, y agitando sus alas emprendía el vuelo hacia el firmamento, el hechizo triunfaba en seguida de sus esfuerzos, volvía á bajar y volvía á revolotear, aprisionada al parecer en un círculo mágico y fascinada á su pesar por los atractivos de aquellas encantadas orillas.

» Pero lo que me agrada más que todo, es que el Geierfels puede compararse á un salón acústico á donde suben incesantemente, gracias á su especial situación, todos los rumores del valle. Por la tarde, el sordo murmullo del río, la respiración anhelosa del remolcador, el tañido de la campana de lejana iglesia, el canto de una lugareña lavando ropa en la fuente, el balido de un carnero, el tic-tac de los molinos, el sonido de las campanillas de una larga hilera de mulas que arrastraban una barca por medio de una cuerda, el retumbante clamoreo de los bateleros arriando toneles á una gabarra... todos esos diversos ruidos llegaban á mis oídos vibrantes, claros, limpios, hasta que un soplo de viento se los llevaba de repente, y sólo se percibía vaga música que parecía descender del cielo; pocos momentos después las trémulas voces salían de nuevo del torbellino de confusa armonía, y de nuevo cada cual, sonora y distinta, contaba á mi regocijado corazón algún episodio de la vida del hombre y de la naturaleza... Y luégo, señora, cuando anochece, á estos ruidos del día reemplazan otros más secretos, más penetrantes, más melancólicos. ¿Os gusta el chillido del mochuelo? Antes hay que saber si le habéis oído alguna vez. Es un grito... no, no es un grito, es una queja dulce, ahogada; pesar monótono y resignado que toma por confidente la luna y las estrellas. Un triste mochuelo se anida á dos pasos de mí, en el hueco de un árbol, y en cuanto anochece se complace en cantar un dúo con el viento que



suspira. El Rhin se encarga del acompañamiento, y su voz grave, ahogada, canta las notas de bajo subiendo y bajando de tono, según le acomoda. Noches pasadas me vi privado de ese concierto; ni el viento ni la lechuza estaban en voz. Sólo el Rhin gruñía por lo bajo, pero me proporcionó una sorpresa; probóme que sabe por sí solo producir armonías algunas veces. Á eso de media noche, una barquilla que llevaba un farolito en la proa se ha destacado de la orilla y ha atravesado el río; oía el choque de las ondas en el flanco del batel, el hervor de los remolinos que formaba tras de sí, el quejumbroso ruido del remo al sumergirse, y más dulce luégo, al salir, el lloriqueo del agua que dejaba caer gota á gota... ¡Qué contraste con la música que había oído la vispera á la misma hora! Soplabá desde la tarde el viento del Norte, y hacia las once se había convertido casi en vendabal; llenaba el espacio de fúnebres aullidos con indescriptible rabia. Las veletas chillaban, las tejas rozaban unas con otras, las vigas de los techos temblaban, las paredes se estremecían hasta sus cimientos. De cuando en cuando una ráfaga se precipitaba contra mi ventana con salvajes bramidos; desde mi cama parecíame divisar á través de los vidrios los sangrientos ojos de una manada de lobos hambrientos. En los cortos intervalos en que aquella batahola exterior se apaciguaba, extraños murmullos partían del interior del castillo; las ensambladuras crugían lúgubrememente, no había ninguna rendija en los tabiques ni hendidura en el techo por donde no saliese un suspiro ó un ronco gemido. Y cuando todo esto callaba á la vez, oía solamente al extremo de los corredores como un ligero cuchicheo de fantasmas que charlaban en la sombra casi pegados á las paredes; de repente emprendían su carrera, los pavimentos retemblaban bajo sus duras pisadas, descendían tumultuosamente por la escalera que conduce á mi aposento, y venían á humillarse al umbral de mi puerta con indescifrables lamentos.

»Basta ya de hablar de la casa, me diréis tal vez; habladnos un poco de su dueño. Ese hombre terrible, creedlo, me es mucho menos antipático de lo que os podáis figurar. Por de pronto habéis de saber que no pasamos todo el día juntos. Al siguiente de mi llegada, me remitió una larga lista de pasajes difíciles ó alterados para que los interpretara y se la devolviera; tarea algo larga á que me consagro después de comer todos los días. Ha hecho traer á mi aposento algunos de sus más hermosos in-folio. Vivo aquí como un ratón dentro de un queso de Holanda. Paso, es verdad, las mañanas en su gabinete, donde celebramos doctas conferencias que edificarían á la Academia de anti-güedades. Lo que más me place es que, desde el anoche-cer, puedo disponer de mi persona como me parece. Hasta hemos llegado á convenir que después de las siete, podré encerrarme bajo llave en mi escondrijo, y nadie, por ningún pretexto, vendrá á sacarme de él. Privilegio que M. Lemínof me ha otorgado con la mayor condescendencia, y ya podéis juzgar lo reconocido que estoy... Esto no quiere decir que sea un hombre amable, ni que se tome el trabajo de parecerlo; pero tiene muy buen sentido y talento. Me ha comprendido en seguida, y sacará partido de mí. Soy ahora como un caballo que se siente montado por hábil jinete.

»Le echáis en cara, doctor, su absoluto escepticismo...

»Pero, señor; si sólo á este precio puede uno ser ruso. ¿Qué es la Rusia? El lazo de unión entre Europa y Asia. Nosotros nos creemos muy cosmopolitas, porque á fuerza de ingenio, llegamos á convencernos de que Dante, Goethe y Shakespeare, no estuvieron enteramente desprovistos de sentido común. ¡Qué gracia! En Rusia se hablan más de treinta lenguas. En Rusia se adora á todos los dioses de la tierra. En Rusia hay alemanes, griegos, lapones, tchuvaches, samoyedos, kamtchadales, tchukotches... Un verdadero ruso debe tener tantas almas como gobiernos hay en el imperio, debe descifrar de pronto un corazón *manchud* ó *tcheremisa*; debe respetar la *Sanagia*,



sin reñir con el *Dalaï-Lama*; debe ser capaz de aclimatarse y naturalizarse en cualquier parte, comprenderlo todo sin apasionarse por nada...

»—Nosotros los rusos—me decía anteayer M. Leminof—estamos llamados á fundar la unidad del género humano.

»—¿Cómo?

»—Muy sencillo; nos hemos constituido en misioneros de M. Scribe, y aspiramos á proseguir nuestra obra en Asia.

»—Y en desquite—le dije—¿no propagaréis el *Dalaï-Lama* en Europa?

»—Nada de eso, me ha replicado. Á cada pueblo su catecismo. La religión divide á los hombres, el *vaudeville* los une.

»Digo mal: los rusos no están condenados sin apelación al escepticismo absoluto. Su cosmopolitismo puede convertirse en simpatía universal. En cierta ocasión conocí en París á un moscovita de verdad, del mismo Moscou, que era un hombre admirable. Unía á una inteligencia fría, muy clara, un corazón ardiente y tierno; lo sabía todo y no despreciaba nada; no se forjaba ilusión alguna sobre los hombres, y estaba pronto á la abnegación por ellos; unía la tolerancia sin límites de un filósofo, á la ardiente caridad de un santo. Había pasado su vida en ver las cosas tales cuales son, y persistía en su creencia que en Dios se encierra el secreto de todo. Le pregunté un día qué misión atribuía él á Rusia, y me contestó con esta definición: «Pacificarlo todo, comprendiéndolo todo...» Utopia ó no, vale mucho más esto que propagar el *vaudeville* entre los salvajes... Los rusos por lo visto no son de vuestro agrado, querido doctor; con frecuencia los habéis denigrado delante de mí, y no os he interrumpido; hoy que vivo en Rusia, me creo obligado á contestaros. Los llamabais cal-mucos y esto es eludir la cuestión y escaparse por la tangente. Los rusos son unos occidentales que tienen los juanetes y la imaginación orientales. Que los temáis, lo comprendo, pero esa no es razón para injuriarlos. Rusia tiene la mirada penetrante y el oído fino; con la mirada

llega hasta Pekin, y emplea sus oídos en escuchar cuánto se habla en Europa. ¡Oh! podéis estar seguro de que no se le escapa ni una palabra. Por su parte, tiene muchas cosas que decirnos, sólo que para hacernos sus revelaciones, aguarda el día en que pueda hacer oír su voz desde Constantinopla hasta Lisboa. Todo esto es muy poco tranquilizador, pero no impide que el pueblo ruso sea un gran pueblo. La raza eslava es de todas las razas de la tierra, la más maleable, la más dúctil; arcilla plástica capaz de recibir todas las impresiones y revestir todas las formas. También posee el talento natural de la imitación y el dón de las monerías, pero tal flexibilidad del ingenio, se halla unida á un carácter elevado, y esa feliz alianza produce efectos maravillosos. El alma de un eslavo, que tenga alma, se dilata más que otra, sin que por eso sea menos profunda; entre sus virtudes, tiene la de la tolerancia, que nosotros reservamos tan sólo para nuestros vicios.

»Después de esta declaración de principios, vais á quedar completamente convencidos de que adoro á mi tirano. ¡Añadid, si queréis, que adoro también á su hijo! Á propósito, creo haber encontrado en el camino real á ese amable joven el día de mi llegada; desde entonces no le he vuelto á ver. He comido siempre solo en mi aposento. En la sala-comedor me han dicho que estaban haciendo algunas reparaciones los albañiles. Ahora están terminadas y en adelante comeremos en familia. ¡Ah! ¡queridos amigos, con vosotros quisiera yo comer mañana! ¿Cuándo volveré á tomar vuestro aromático café?...»





Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.



## V

EL siguiente día era domingo y para Gilberto día de libertad. Á mediodía salió á dar un paseo por el bosque. Anduvo errante por espacio de una hora, cuando, al volverse, vió á sus espaldas un grupo de niños, vistiendo extraños trajes. Los dos de más edad llevaban túnicas azules y mantos encarnados, y cubierta la cabeza con sombreros de fieltro, rodeados de un círculo de papel dorado que figuraba una aureola. Otro más chiquito ostentaba una especie de escapulario gris, lleno de diablos pintados y llamaradas. Los cinco últimos iban vestidos de blanco, con alas de gasa color de rosa pegadas á los hombros, y en la mano, ramas de boj á guisa de palmas.

Gilberto anduvo más despacio, y cuando los niños estuvieron junto á él, reconoció en el que iba vestido con el sambenito, al porquerillo maltratado por Esteban. El niño, que mientras andaba, se complacía en contemplar las llamas y los diablos de que se hallaba salpicada su vestidura, se adelantó hacia Gilberto y sin aguardar á que le interrogase, le dijo:—«Yo soy Judas Iscariote; este es San Pedro y este San Juan. Los otros son ángeles.



Vamos todos á la aldea de R... á una gran procesión que se celebra allí cada cuatro ó cinco años. Venid, venid, os divertiréis mucho... Yo cantaré un solo, San Pedro también y los demás cantarán un coro.»

Dicho esto, Judas Iscariote, San Pedro, San Juan y los ángeles, prosiguieron su marcha y Gilberto decidió seguirles. Las primeras casas de la aldea de R... se hallan al extremo de la plataforma poblada de árboles, que se extiende al mediodía de Geierfels. Al cabo de media hora, la infantil caravana hizo su entrada en la aldea, á través de la muchedumbre considerable que había acudido de todos los caseríos cercanos. Gilberto se encaminó á lo largo de la calle Mayor, decorada con colgaduras y altares, y desembocó en una plaza plantada de olmos, en uno de cuyos lados se hallaba la iglesia. Á poco sonaron las campanas echadas á vuelo, se abrieron las puertas del templo y salió la procesión. Á la cabeza iban los curas, los frailes y laicos de ambos sexos, con cirios, cruces y banderas. En pos de ellos, seguía una larga hilera de niños representando personajes de la Pasión. Uno de ellos, muchacho de diez años, desempeñaba el papel de Cristo; llevaba en la cabeza una corona de espinas, y sobre los hombros una gran cruz de madera; parecía próximo á sucumbir bajo su peso. Á sus lados iban los dos ladrones, uno de los cuales hacía muecas, en tanto que el otro, con los ojos bajos y la cabeza inclinada, mostraba ser víctima de los más atroces remordimientos. Rodeábalos un numeroso grupo de guardias armados de lanzas, amenazándolos é insultándolos con el gesto y con la voz; luégo seguía una niña, cuyo negro ropaje estaba atravesado por un puñal sobre el corazón. Esta joven Virgen de los Dolores iba escoltada por los doce Apóstoles. El cortejo terminaba con una numerosa escolta de ángeles, llevando en la mano unos, ramas de boj, y otros, incensarios que balanceaban graciosamente en el aire. La procesión dió dos veces la vuelta á la plaza, y luégo se detuvo. Cesó el ta-

ñer de las campanas; tocó una orquesta colocada en un tablado, con música muy dulce y conmovedora, y acabado el preludio, el coro de ángeles entonó un cántico á cuatro partes, que conmovió á Gilberto hasta lo profundo del alma.

La muchedumbre guardaba religioso silencio, los hombres juntaban las manos, las mujeres se arrodillaban. Los jóvenes coristas mostraban gravedad y recogimiento; sobre sus cabezas inclinadas ondeaban las banderas ostentando sagradas imágenes. De vez en cuando enrarecian el aire espesas nubes de incienso; ligera brisa estremecía el conmovido follaje de los viejos olmos, y el cielo, de un azul puro y sin mancha, parecia escuchar con avidez las armonías que se exhalaban de aquellos labios infantiles, y aquella otra música más secreta y profunda, que resonaba en el fondo de los corazones.

Gilberto el filósofo, no pertenecía á la raza de los des preocupados, que trocando la fe por la sabiduría, obedece á una fatalidad interior, deplorándola sin poderla resistir; esclavos cuyas cadenas se han roto á pesar suyo y que echan de menos su antigua servidumbre, y quisieran recobrar á cualquier precio su perdido candor y los santos goces con que la religión embelleciera su infancia. ¿Qué fué de aquellos éxtasis en que les abismaba el tañido de las campanas convidando á los fieles á la oración, el perfume del incienso flotando en los atrios y el esplendor de los viriles en la sombra augusta del santuario? ¡Ay! han sentido agotarse en su corazón, invadido por la luz, los vivos manantiales de las piadosas emociones y de los sublimes arrebatos, y maldicen el implacable sol que ha secado la cisterna donde apagaba la sed su alma ardiente. ¡Helos ahí condenados á pensar, á raciocinar, á discutir, á criticar cuando quisieran sentir, amar, adorar! ¡Qué desoladora esterilidad la suya!... ¡Cuán gustosos no cederían su triste sabiduría por un momento de amor y devoción!... Esas almas infortunadas se asemejan á



las abejas á quien dotara el Hacedor de un aguijón con la sola y expresa condición de perder el precioso órgano con que extraen ó chupan la odorífera esencia de las flores. Contrariadas en sus deseos, recorren con inseguro vuelo los celestes jardines, y contemplan con torvos ojos las plantas queridas que un decreto fatal acaba de arrebatár á sus anhelos; algunas veces, en su delirio, se precipitan sobre la embalsamada corola, la rozan con sus alas y la atraviesan con su acerado dardo sin poder aspirar el néctar. ¡ No así liban las abejas celestes miel divinamente perfumada que derrama sobre las heridas del alma suprema dulzura!

Nunca había experimentado Gilberto esos combates y esos dolores intensos; la ciencia y la crítica, al penetrar en su alma, no habían causado en ella la menor perturbación; sus convicciones se habían transformado por una especie de metamorfosis lenta, insensible, cuyo curso no había llegado á interrumpir ni atropellar ninguna crisis dolorosa. Educado por una madre devota, nunca había tenido necesidad de abjurar su fe; ésta había ido creciendo y desenvolviéndose en él sin que lo advirtiera, y se puede decir que había permanecido fiel á sus primeras creencias; sólo que las interpretaba de otro modo, y el sentido más profundo que les daba hacía que fueran para él más queridas y respetadas. Gilberto raciocinaba mucho y siempre encontraba á Dios como final de sus razonamientos. Por este proceder había podido saborear impunemente los frutos del árbol de la ciencia, sin que jamás se le apareciera la llameante espada del querubín, ni su temeridad fuese castigada con los dolores del destierro; los floridos jardines del Edén habían permanecido abiertos para él; entraba en ellos cuando le parecía bien y se encontraba allí como en su casa.

Gilberto miraba y escuchaba embelesado á los tiernos coristas. Su ingenuidad é inocencia, su modesta apostura, en la que se pintaba la cándida devoción, sus voces fres-

cas y argentinas, sus sencillos acentos, que prestaban un carácter infantil á los gozos y á los dolores de la Pasión, todo esto le sumía en dulces emociones. Comparábalos con aquellos ángeles de los cuadros de Rubens que no son amorcillos, ni artistas, ni abstracciones vivientes, sino niños alados que sin descifrar su oculto sentido, se complacen en las cosas divinas, aman á Cristo aun cuando no puedan comprenderle, y no penetrando el secreto de su humanidad, parece que se preguntan por qué no tiene alas como ellos. «Revolotead, les dice Cristo sonriendo, revolotead, pajarillos del cielo; á los ángeles toca volar; á Dios y el hombre andar.»

Cuando más absorto estaba Gilberto en sus reflexiones, una voz que no le era desconocida murmuró á sus oídos estas palabras que le hicieron estremecer:

—Por lo visto os interesa mucho esta ridícula comedia! Esta interrupción causó á Gilberto el efecto que produce en un concierto un instrumento que desafina. Sintióse vivamente agitado contra su profano interlocutor. Volvió vivamente la cabeza y reconoció á Esteban. Éste acababa de apearse del caballo, que había confiado á su criado, y se había abierto paso á través de la muchedumbre, sin hacer caso de las reclamaciones de aquella buena gente cuyo devoto recogimiento interrumpía.

Gilberto le contempló un instante con aire severo, luego, dirigiendo de nuevo sus miradas hacia la procesión, intentó, pero en vano, olvidarse del importuno muchacho á quien no había vuelto á ver desde la aventura de la fuente, y cuya presencia le causaba en aquel momento indecible malestar. La mirada reprensiva que había lanzado al joven, lejos de intimidarle, dió nuevo incentivo á su burlona verbosidad, y después de guardar silencio durante algunos segundos, sostuvo en francés el monólogo siguiente, en voz baja, pero tan clara, que Gilberto, con gran pesar suyo, no perdió de él ni una palabra:

—¡Que ridículos están esos chiquillos! Y parece que



toman por lo serio el papel que representan! ¡Qué vulgaridad de tipos! ¡Qué caras tan cuadradas y huesudas! ¿No forman extraño contraste con las alas esas fisonomías ordinarias y estúpidas?... ¡Mirad ese rapazuelo cómo tuerce la boca y mueve los ojos! Su aire compungido es á todas luces edificante. Días pasados le pillaron robando sarmientos en casa de su vecino. Ese ángel no necesita alas para volar... ¡Ah! ¡ese otro pierde las suyas! ¡Oh! ¡qué funesto fracaso! Se baja para recogerlas y se las mete debajo del brazo como un sombrero de muelles. ¡Qué feliz idea! Gracias á Dios, han concluído las letanías. Ahora le llega el turno de cantar á san Pedro. El tunantuelo tiene buena voz, y recita de corrido su lección. Algún trabajo habrá costado metérsela en la cabeza. El maestro de aldea sin duda le ha enseñado á tener alma á fuerza de disciplinazos. El procedimiento es infalible... Pero no te aflijas tanto, buen Pedro, tu arrepentimiento es excesivo. No negaste á tu maestro sino tres veces y eso no vale la pena. Con tres villanías sobre la conciencia, aún puede un hombre figurarse que es honrado... ¿Sabéis cuál de esos actores me gusta más? Pues es Judas. ¡Oh! Está perfectamente en carácter. Tiene la verdadera fisonomía del apóstol á quien representa. Siento particular afecto por ese galán joven. Mirad cómo contempla cariñosamente la bolsa de cuero que tiene en la mano! Es la dama de sus pensamientos... Ya empieza á cantar. ¿Qué irá á decirnos?... ¡Justo cielo! ¡también él deplora su pecado! ¡Como si la innumerable raza de los Judas conociera el arrepentimiento! ¡Pues no son sus traiciones proezas de que se sienten orgullosos?... ¡Oh! así, retiro mi amistad á ese joven traidor; me revientan sus melosos acentos!

Hacia largo rato que Gilberto paseaba en derredor suyo inquietas miradas; buscaba una salida para evadirse, pero la concurrencia era tan compacta que obstruía el paso por completo. Se vió pues obligado á permanecer en su sitio y sufrir hasta el fin el desagradable monólogo de Esteban.

Fingía no oírle, y disimulaba en lo posible su impaciencia, pero tan viva era que se traslucía á pesar suyo, no sin contento de Esteban; que saboreaba malignamente el éxito de sus tretas. Felizmente para Gilberto, cuando Judas acabó de cantar, la procesión echó á andar de nuevo para hacer una segunda estación en el otro extremo de la aldea; esto obligó á moverse á los numerosos espectadores que abrieron paso. Gilberto aprovechó este desorden para escapar, y se perdió entre el gentío, donde los penetrantes ojos de Esteban no pudieron encontrarle.

Se apresuró á salir de la aldea y emprendió de nuevo el camino del bosque.

—Decididamente, se decía, ese Esteban es un importuno. Hace tres semanas que vino á sorprenderme junto á una clara fuentecilla, donde yo soñaba deliciosamente y ahuyentó por completo mis sueños. Hoy con su impertinente charla ha venido á interrumpir una fiesta que me interesaba y entretenía. ¿Qué me reservará para el porvenir? Lo malo es que, á pesar mío, me veré condenado á alternar con él todos los días. Hoy mismo, dentro de algunas horas, le encontraré en la mesa con su padre. Los presentimientos no siempre engañan; á primera vista, creí reconocer en él un enemigo jurado de mi reposo y de mi felicidad, pero ya sabré mantenerle á buena distancia. No debo darme mal rato por una nimiedad. ¿Qué sería entonces de la filosofía, si la felicidad de un filósofo estuviera á merced de un niño mal criado?

Hechas estas reflexiones, sacó de su bolsillo un libro que le acompañaba á menudo en sus paseos: era un tomo de las obras de Goethe, que contenía el admirable tratado de las *Metamorfosis de las plantas*. Se puso á leer, alzando de vez en cuando la vista, para contemplar una nube que cruzaba por el espacio ó un pajarillo que saltaba de un árbol á otro. Hacía una hora que se hallaba entregado á tan agradable pasatiempo, cuando oyó á sus espaldas el relincho de un caballo. Volvió la cabeza y vió aparecer á



Esteban que llegaba á rienda suelta, montado en su magnífico alazán y escoltado por su groom, que le seguía á diez pasos de distancia, montando un caballo gris. Gilberto abrigó por un momento la idea de lanzarse en un sendero que había á su izquierda y por él internarse en la espesura; mas no quiso proporcionar á Esteban el placer de que creyera que le tenía miedo, y continuó tranquilamente su ruta, con el rostro inclinado sobre el libro.

Esteban le alcanzó en breve y poniendo el caballo al paso:

—¿Sabéis, caballero—le dijo—que sois muy poco atento? Me habéis dejado de golpe, sin dignaros ni siquiera saludarme. ¡Qué extraño proceder! Me parece que ignoráis hasta los primeros rudimentos de la buena educación.

—¿Qué queréis, caballerito?—contestó Gilberto—estuvisteis tan amable, tan agasajador conmigo, la primera vez que tuve el honor de encontraros, que eso me ha descorazonado. Me he persuadido de que por mucho que haga, nunca he de lograr complaceros.

—Sois rencoroso, señor secretario—contestó Esteban.—¡Y qué! ¿no habéis olvidado todavía aquella aventura?

—Me parece que no pusisteis gran empeño en hacérmela olvidar.

—Es verdad, he obrado mal—contestó en tono zumbón;—aguardad un momento, voy á apearme, me pondré de rodillas en medio del camino, y os diré con voz lastimera: Caballero, estoy desconsolado, afligido, desesperado... ¿De qué? No sé. Caballero, decidme por favor, ¿de qué debo pedir os perdón? porque, si mal no recuerdo, vos empezasteis por levantar el bastón contra mí.

—Yo no levanté el bastón contra vos—contestó Gilberto indignado y fuera de sí—me contenté con parar el golpe que ibais á descargar me.

—Mi intención no era pegaros—replicó impetuosamente Esteban.—Y, por otra parte, sabed una vez por todas, que

entre nosotros no hay igualdad de ningún género, y aun cuando yo llegase á provocaros, seriais un miserable si levantarais sobre mí un dedo solamente!

—¡Oh! ¡eso ya pasa de raya!—exclamó Gilberto, echándose á reir.—¿Y por qué, amiguito?

—Porque... porque...—balbuceó Esteban; y se calló súbitamente.

Amarga tristeza pintóse en su rostro; se puso cejijunto y con la mirada fija. De igual manera había empezado aquel terrible acceso de desesperación que tanto impresionara á Gilberto, la primera vez que le encontró. Felizmente esta vez la explosión fué menos violenta. El bondadoso Gilberto pasó pronto de la cólera á la piedad; díjose que aquel corazón ocultaba alguna herida secreta, y se persuadió más de ello cuando, después de larga pausa, Esteban recobrando el uso de la palabra, le dijo con entrecortado acento:

—El otro día estaba enfermo, cosa que me sucede algunas veces... y á los enfermos hay que guardarles ciertos miramientos.

Gilberto no contestó; temía exasperar con alguna palabra dura aquella alma apasionada y tan poco dueña de sí; pero no por eso dejaba de pensar que los días en que Esteban se sintiese mal, haría muy bien en no salir de su aposento.

Fueron andando un rato sin decir palabra hasta que, saliendo de su abstracción:

—¡Habéis hecho mal en alejaros tan pronto de la fiesta!—exclamó Esteban, en tono amistoso. Si hubiéseis permanecido hasta el fin, hubiérais oído cantar á Cristo y á su madre: habéis perdido un dúo delicioso...

—Dejemos esa conversación—dijo interrumpiéndole Gilberto—no podríamos ponernos de acuerdo. Hay ciertos chistes que me hacen muy poca gracia.

—¡Pedante!—murmuró Esteban, volviendo un poco la cabeza. Luégo añadió animándose:—Precisamente porque respeto la religión, no me gusta verla disfrazada, ni paro-



diada. Si se me apareciese un ángel verdadero, apresurárame á rendirle homenaje; pero me encolerizo cuando veo grandes alas de serafín, prendidas con hilo blanco, á las espaldas de esos miserables pilluelos, zafios, ladrones, embusteros, cobardes, serviles. Su aire gazmoño no me impone, ¡leo en sus ojos la bajeza de sus instintos! Y los cánticos que salen de sus labios, esparcen en el aire miasmas impuros que me sofocan... En general,—continuó con creciente vehemencia en el acento que asustó á Gilberto,—en general, detesto los dengues y las monerías. Tengo la desgracia de ver á través de toda clase de máscaras, y he descubierto que todos los hombres se cubren el rostro con ellas, á excepción de algunos grandes personajes que se sienten bastante fuertes y bastante temibles para dejar ver su cara al público; déspotas que, con el látigo en la mano, hacen adorar á los otros su fealdad natural, y ante los cuales, la gran mascarada se deshace en reverencias y cortesías. Tal es la sociedad.

—Esos son conceptos muy maduros para unos labios tantierños—contestó tristemente Gilberto.—Paréceme, joven, que repetís una lección que os han enseñado.

—¿Y quién os ha dicho mi edad?—exclamó Esteban encolerizado.—¿De qué la deducís? ¿Los rostros son acaso relojes que marcan las horas y los minutos de existencia?... Pues bien! sí; sólo tengo diez y seis años, pero he vivido más que vos. Yo no soy un ratón de biblioteca, no: no he estudiado el mundo en los in-folio. Á Dios gracias, la Providencia, para facilitar mi instrucción, ha congregado á mi vista muestras de la especie humana que me han servido para formar juicio del resto, y cuanta mayor ha sido mi experiencia, más me he convencido de que todos los hombres se parecen. Por esto los desprecio á todos, á todos sin excepción.

—¡Os doy sinceramente las gracias por mí y por vuestro groom!—contestó Gilberto sonriendo.

—No os toméis ese cuidado por mi groom—replicó Es-

teban haciendo caer de un latigazo el follaje que le estorbaba el paso.—En primer lugar no sabe el francés, y luego me gusta decirle en ruso que le desprecio, sin que le cause eso gran cuidado. Bien alojado, bien mantenido y bien vestido, ¿qué le importa mi desprecio?... Por otra parte, sabed para vuestro gobierno, que mi groom no es mi groom; es mi carcelero. Soy un prisionero con guardas de vista; estos bosques son un patio donde sólo puedo pasear dos veces á la semana, y el excelente Iván es mi guardián. Registradle los bolsillos y encontraréis en ellos unas disciplinas...

Gilberto se volvió para examinar al groom, quien contestó á su mirada escrutadora con una sonrisa inteligente y jovial. Iván representaba el tipo del siervo ruso en toda su original belleza. Era bajo, algo rechoncho, pero vigoroso y robusto; tenía un aire frío y reposado, gruesas mejillas y sonrosadas, cabellos de un rubio claro, ojos grandes, mirada cariñosa y larga barba castaña en la que se destacaban ya algunas plateadas hebras. Su fisonomía era de las que se encuentran con frecuencia entre los individuos del pueblo eslavo, plácida y enérgica á un tiempo.

Cuando Gilberto le hubo contemplado á su sabor:

—Caballerito—dijo á Esteban—no creo en las disciplinas de Iván.

—¡Ah! Así sois todos los pedantes de salón!—exclamó Esteban con un gesto de cólera.—Admitís sin reflexión y como artículo de fe las monstruosas consejas que encontráis en vuestros librajos, y las cosas más ordinarias de la vida os parecen prodigios absurdos, indignos del menor crédito.

—No os enojéis. Las disciplinas de Iván no son precisamente artículos de fe. Se puede no creer en ellas sin correr el riesgo de condenarse. Por lo demás, estoy pronto á retractarme de mi herejía; pero os confesaré que nõ hallo nada de feroz ni avinagrado en el rostro del pobre Iván... En todo caso, es un carcelero que no ata corto á sus pri-



sioneros ó que quebranta algunas veces su consigna, porque me parece que el otro día os ví correr solo por los campos, y en verdad que el uso que hicisteis de vuestra libertad...

—El otro día hice una locura—contestó Esteban.—Por la primera vez me divertí en burlar la vigilancia de Iván. Quería hacer una prueba, pero me salió mal y no tengo intención de repetirla. ¿Queréis ver por vuestros propios ojos lo que me ha reportado esa linda hazaña?

Arremangando entonces la blusa de terciopelo negro, mostró á Gilberto una muñeca fina y delicada en la que se veía marcado un círculo rojizo que debía provenir del roce continuado de una anilla de hierro. Gilberto no pudo contener una exclamación de sorpresa y compasión, y se arrepintió de sus chanzonetas.

—He estado sujeto quince días á una cadena con dos esposas de las que creí no verme libre jamás—replicó Esteban—y esto me ha inducido á serias reflexiones. ¡Ah! razón teniais de acusarme de que repetía una lección estudiada. El lindo brazalete que adorna mi brazo es mi maestro de pensar, y si me atreviera á repetir todos los consejos que me da...

Luégo interrumpiéndose:

—¡Miento!—exclamó con amargura, calándose la gorra hasta los ojos.—La verdad es que he salido del calabozo manso como un cordero, suave comò un guante, y sería capaz de hacer mil bajezas para evitarme el honor de volver á entrar en él. Soy un cobarde como cualquiera otro, y cuando os he dicho que desprecio á todos los hombres, no creáis que haga alguna excepción en favor mío.

Y al decir esto aplicó tan violentamente la espuela á su caballo, que el arrogante alazán, irritado por tan brusco ataque, dió una vuelta y se encabritó. Esteban le contuvo con la sola influencia de su acento amenazador y altanero; luégo excitándole de nuevo, le lanzó á escape tendido, y se dió la satisfacción de pararle en seco tirando súbita-

mente de la rienda; de vez en cuando le hacía bailar y dar vueltas sobre el terreno, ó lanzándole á través del camino, le obligaba á dar impetuosos botes, salvando las zanjas y las pendientes que le rodeaban. Después de algunos minutos de tan violento ejercicio, le puso al trote corto y se alejó, seguido por su inseparable Iván, dejando á Gilberto sumido en sus reflexiones que no eran por cierto agradables.

Aun cuando Gilberto había nacido poeta, el destino hizo de él un hombre de orden y de disciplina; había tenido que suprimir de su existencia la aventura y la fantasía; se había prescrito una regla de vida, observándola siempre con exactitud casi militar y, á fuerza de practicarlo así, la costumbre de poner cada cosa en su sitio y de hacerlo todo á su debido tiempo llegó á constituir para él una segunda naturaleza. La regularidad de su vida se revelaba en su persona; todos sus movimientos eran correctos y precisos; por su andar, por sus maneras, por sus miradas tranquilas y arrogantes, se hubiera tomado á este amigo de los titeres por un ayudante mayor retirado antes de la edad reglamentaria. Lo cierto es que Gilberto consideraba como supremo bien la calma inalterable del espíritu; por una vigilancia severa ejercida sin cesar sobre sí mismo, había conseguido dominar su carácter y sus impresiones, tanto á lo menos como lo permite la fragilidad humana; y la pobreza, que es un manantial de dependencia, obligándole á pesar suyo á tratarse con muchos hombres cuya sociedad no le agradaba, le obligó á contraer el hábito de observar fríamente los caracteres y de conservar en todas ocasiones el dominio sobre sí mismo. Por lo tanto, estaba muy atónito de lo que acababa de acontecerle. Había sentido, conversando con Esteban, una inquietud, un secreto malestar que no recordaba haber experimentado jamás. El carácter apasionado de aquel joven, sus rudos modales, en los que se notaba cierta gracia libre é indómita, la exageración de su lenguaje, que dejaba entrever el



desorden de un alma mal regida, la rapidez con que se sucedían sus impresiones, la dulzura natural de su acento, cuyas cariñosas melodías entrecortaban á lo mejor ardientes inflexiones de voz y acentos rudos y ásperos, sus ojos grises, que en los accesos de cólera ó de emoción, se tornaban casi negros y centelleantes, el contraste que formaban la nobleza y distinción de su fisonomía y de su continente con el arrogante desprecio de las conveniencias, en que parecía complacerse; en fin, cierto no sé qué doloroso, misterio impreso en su frente y en su sonrisa, todo esto daba mucho qué pensar á Gilberto y le causaba turbación profunda. La aversión que sintió al principio contra Esteban se había trocado en compasión, desde que el pobre joven le mostrara aquel brazalete rojo, que él llamaba «su maestro de pensar,» pero la compasión que no se acompaña de la simpatía es un sentimiento al que nadie se entrega con toda espontaneidad. Gilberto se echaba en cara su demasiado interés por aquel joven, á quien no tenía motivo alguno para querer; se incomodaba mucho más todavía porque se mezclaban en su compasión secreto espanto, y secretas aprensiones. En verdad, se desconocía á sí mismo; él tan sabio, tan razonable, se veía asediado por ingratos presentimientos y le parecía que Esteban estaba destinado á ejercer gran influjo en su suerte, á introducir el desorden en su existencia.

Sentóse en el barranco al pié de un gigantesco nogal que extendía sobre el camino las nudosas ramas y las nacientes hojas pardo-rojizas.

—¡ Si me volveré estúpido! —se decía.—Decididamente tengo trastornada la imaginación. Ese sol de primavera ha enardecido mi cerebro, y casi, casi soy capaz de tomar por lo serio las necias quimeras que turban mi espíritu.

Volvió á abrir el libro, que había conservado siempre en la mano, y procuró leer; pero entre el libro y sus ojos se interponía obstinadamente la imagen de Esteban. Creía verle, con la tez pálida, los ojos chispeantes, inclinada la

gorrita sobre la oreja, y largos cabellos castaños flotando en desorden sobre sus hombros. Aquella esfinge le miraba con sonrisa triste y burlona á la vez, y le decía amenazadora: «Desciframe si puedes; va en ello tu felicidad.»

De pronto se oyó el trote de un caballo, y volvió á aparecer Esteban. El joven, al ver á Gilberto, detuvo el caballo y exclamó:

— Señor secretario, os buscaba.

Y echándose á reir:

— Os voy á hacer una declaración muy tierna. Sabed que desde hace muchos años no me había ocurrido ir en busca de persona alguna; he sido muy poco cortés con vos, y como me precio de proceder como es debido, quiero obtener vuestro perdón adulándoos un poco.

— Esa es demasiada bondad—contestó Gilberto.— No os toméis tanto trabajo. El mejor proceder conmigo es ocuparos de mi persona lo menos posible.

— ¿Y me ofrecéis la recíproca?

— ¡Ah! recordad que las circunstancias no son iguales entre los dos. Yo soy un insecto, y os es muy fácil no verme, en tanto que...

— ¡Qué disparate!—replicó Esteban.— Mirad ese escarabajo verde que atraviesa el camino: yo le veo y él no me ve... Pero dejad ese tono burlón; no hay necesidad de que ocultéis vuestro carácter. Lo que en vos me complace, es vuestro espíritu candoroso que me divierte... Á propósito, hacedme el favor de decirme qué libro es ese que no soltáis de la mano, y que os tiene tan abstraído. Formalmente — añadió con mimoso acento — reveladme qué contiene ese libro que estrecháis contra vuestro corazón con tanta ternura?

Gilberto se levantó y le presentó el libro.

— «*Ensayo sobre las metamorfosis de las plantas.*» Según eso, las plantas tienen el privilegio de metamorfosearse!... ¡Dios mío, qué felices son! Deberían revelarnos alguno de sus secretos.



Luégo cerró el libro y lo devolvió á Gilberto, exclamando:

— ¡Hombre venturoso! ¡vivís entre las plantas de los bosques como en vuestro elemento! ¿Quién sabe si tenéis algo de planta? Juraría que, de repente, habréis suspendido en más de una ocasión vuestra lectura para decir á las primaveras y á las anémonas que tapizan este ribazo: «Soy hermano vuestro.» ¡Dios mío! ¡cuánto me arrepiento de haber turbado esa encantadora conversación! Mirad, precisamente vuestros ojos participan del color de la clemátide, flor de muy raro mérito: su perfume es escaso, pero en cambio carece de espinas... Ya comprendo por qué hace poco escuchabais con tal beatitud las salmodias de aquellos serafines de Carnaval. Es tal vuestra pasión por las plantas que las veis en todas partes, y vuestro corazón comparaba á los rústicos muchachos con hermosos lirios blancos, emblema de candor y de inocencia... Y yo, cruel, he ido á destruir de un soplo vuestras ilusiones; y os he dicho: «Inocente, mirad á esos ángeles y veréis el diablo en el fondo de sus ojos. La humanidad no es un jardín de rosas y lirios, sino un campo inculto y abandonado donde crecen á porfía la ortiga, la belladona y la fría cicuta.» ¡Oh! ¡cómo debéis maldecir mi impertinencia y mi misantropía!

—Tranquilizaos, joven—le contestó Gilberto con plácida sonrisa. — Exageráis demasiado el efecto que pueden producir vuestras palabras. Yo las he tomado por lo que valen en sí, es decir, por arrebatos de un adolescente. No sé qué razones podéis tener para despreciar á vuestros semejantes, pero la intemperancia de vuestro lenguaje deja traslucir vuestra juventud é inexperiencia. Á vuestra edad, el hombre es decidido, resuelto, absoluto en sus juicios. Erige sus impresiones en sistemas, dogmatiza en prosa y verso, gusta de colores chillones, y en su espíritu y en su tono escasean las medias tintas. En todo tiempo la intolerancia fué patrimonio de los novicios; los monjes ancianos

son los más indulgentes; no ven tan fácilmente el diablo en los ojos del prójimo. ¿Qué digo? saben que el mismo diablo no es tan negro como le pintan. La edad juvenil es la estación de las quimeras; así lo dispuso naturaleza; sólo que no todas las quimeras son de color de rosa, las hay también que tienden al color negro. Las vuestras son algo sombrías y lo siento por vos, amiguito.

Esta breve advertencia y el tono grave y mesurado con que fué pronunciada, irritaron profundamente á Esteban. Irguió la cabeza y miró á Gilberto con aire despreciativo; ya se disponía á volver grupa y abandonar la compañía de aquel mentor insoportable, cuando una mirada que dirigió hacia el camino disipó súbitamente su mal humor. Acababa de divisar á lo lejos á Guillermo y á sus camaradas que volvían de la fiesta, regresando á sus hogares.

—Venid acá, hijos míos—les gritó empinándose en los estribos.—Venid acá, corderillos, tengo que hacer os proposiciones de la mayor importancia.

Al oír que los llamaban, los niños atendieron y reconociendo á Esteban, se detuvieron y celebraron consejo. Las insolencias algo brutales del joven ruso le habían creado muy mala nombradía, y los aldeanitos se desviaban gustosos de su camino antes que arrostrar su mal humor y las caricias de su terrible látigo.

Los tres apóstoles y los cinco ángeles, después de haberse consultado, se disponían prudentemente á tocar retirada, cuando Esteban, sacando de su bolsillo una gran bolsa de cuero, la agitó en el aire gritando:

—Aquí hay dinero que ganar. Venid, hijos míos. Os juro que quedaréis contentos de mí.

La gran bolsa llena que Esteban sacudía con entrambas manos, pareció cebo hartamente seductor á los ocho niños, pero el látigo que llevaba debajo del brazo izquierdo, era un espantajo que les aconsejaba la prudencia. Perplejos entre el miedo y la codicia, permanecieron clavados en



su sitio, como el asno de Buridán entre sus dos haces de heno; pero Esteban tuvo la feliz inspiración de coger su latiguillo con la mano derecha y lanzarlo á la cima de un árbol, donde quedó colgado. Esta acción produjo un efecto mágico, y los niños, de común acuerdo, decidieron acercarse, bien que con paso lento y vacilante. Sólo Guillermo, obedeciendo á su rencor ó á su desconfianza, echó á correr por un sendero y desapareció en la espesura.

La infantil cuadrilla se detuvo á diez pasos de Esteban, formando un grupo. Los más pequeños procuraban ocultarse detrás de los mayores. Todos arrollaban en sus dedos los extremos flotantes de sus cinturones; todos mantenían la cabeza baja, el aire torpe y avergonzado, y no levantaban la vista del suelo sino para mirar de reojo la gran bolsa de cuero con la cual jugueteaba Esteban.

—Vos, san Pedro, vos san Juan—dijo con gravedad—y vosotros cinco, queridos angelitos del cielo, prestadme atención. Habéis cantado hoy tres lindos cánticos en loor de Dios: él os recompensará un día en el otro mundo; pero yo, por lo que me habéis gustado, os doy ahora la recompensa. Por lo tanto, cada uno de vosotros recibirá de mí, al instante, un hermoso thaler de Prusia, si consiente en prestarme el insignificante servicio que voy á indicar. Se trata sólo de besar con gracia y delicadeza la fina punta de mi bota. Os lo repito, esa sencilla ceremonia os producirá á cada uno un hermoso thaler de Prusia, y además del dinero tendréis la satisfacción de haberos adiestrado en un ejercicio que nunca se practica de sobra en el mundo; como que es el medio de alcanzarlo todo.

Los siete niños miraban á Esteban sobrecogidos y con la boca abierta, sin hacer el menor ademán. Su inmovilidad y los siete pares de ojos fijos y redondos clavados en él, le impacientaron:

—Vamos, corderillos míos!—les dijo con voz cariñosa—¡no abráis así los ojos! Cualquiera diría que son puertas cocheras abiertas de par en par. Hay que proceder con

aplomo, con gracia. ¡Gran Dios! Muchas cosas como estas veréis, y haréis otras peores en vuestra vida. Todo es principiar... Vamos, despachemos. Un thaler vale treinta y seis silbergros, y un silbergro vale diez peniques, y por cinco peniques se puede comprar un pastelillo, un bollo ó un dulce con jugo de regaliz...

Y agitando cuanto podía la bolsa de cuero, gritaba:

—¡Oh! ¡qué lindo sonido! ¡qué hermoso retintín! ¡Hijos míos! ¡qué dulces parecen al oído! Comparada con ésta, toda música es discordante. Suspended vuestros cantos, rruiseñores y currucas! Nuestro canto vale más que el vuestro! Queridos niños, yo soy un músico de lugar que toca en su violín vuestra canción favorita. ¡Ea! comenzad el baile, amorcillos míos!

Los siete niños mostrábase todavía indecisos. La emoción teñía de rojo sus mejillas, y con la mirada se consultaban mutuamente. Por fin, el más joven, lindo rubito, tomó su resolución.

—Al caballero *le sobra una cuña* — les dijo, lo cual significa en castellano: «Está loco!»

Y añadió riendo:

—Al fin y al cabo, esto no es más que una chanza y se presenta ocasión de ganar un thaler.

Y así diciendo, se acercó á Esteban con ademán resuelto y estampó un beso en la punta de su bota. Roto estaba el hielo; todos sus camaradas siguieron el ejemplo, unos con paso grave y mesurado, otros sonriendo ligeramente. Esteban triunfaba y batía palmas.

—¡Bravo, queridos amigos!—exclamó—¡con qué presteza hemos terminado el negocio!

Sacó siete thalers de la bolsa; luégo arrojándolos al camino con un gesto de desprecio:

—Ahora, señores apóstoles y serafines—dijo con voz tonante—recoged pronto ese dinero y echad á correr. ¡Viles engendros, id á contar á vuestras madres la gloriosa aventura á que debéis esa ganancia!



Y mientras los niños se retiraban presurosos, volviéndose á Gilberto :

—¡Y bien ! hombre de las plantas, ¿qué opináis de esto ?—le dijo, cruzando los brazos.

Gilberto había contemplado la escena con cierta tristeza no exenta de asco. Hubiera dado cualquier cosa por que uno de los muchachos se hubiese resistido á la insolente exigencia de Esteban, pero como no pudo lograr esta satisfacción, disimuló la pena que aquel espectáculo le causara.

—Y esto ¿qué prueba ?—contestó con sequedad.

—Me parece que esto prueba muchas cosas, y entre otras la siguiente : que ciertos entretenimientos son muy ridículos, y que ciertos mentores conocidos míos, que se meten á dar lecciones á los demás...

No pudo proseguir, porque en aquel momento un guijarro disparado por una mano vigorosa, silbó en sus oídos, y le tiró la gorra al suelo. Se estremeció, lanzó un grito de cólera, y dando un fuerte espolazo á su caballo, se lanzó á galope al través del vallado. Gilberto recogió la gorra y se la entregó á Iván. Éste le dijo, en mal alemán :

—Hay que perdonarle, está enfermo.

Y partió presuroso, en seguimiento de su joven señor.

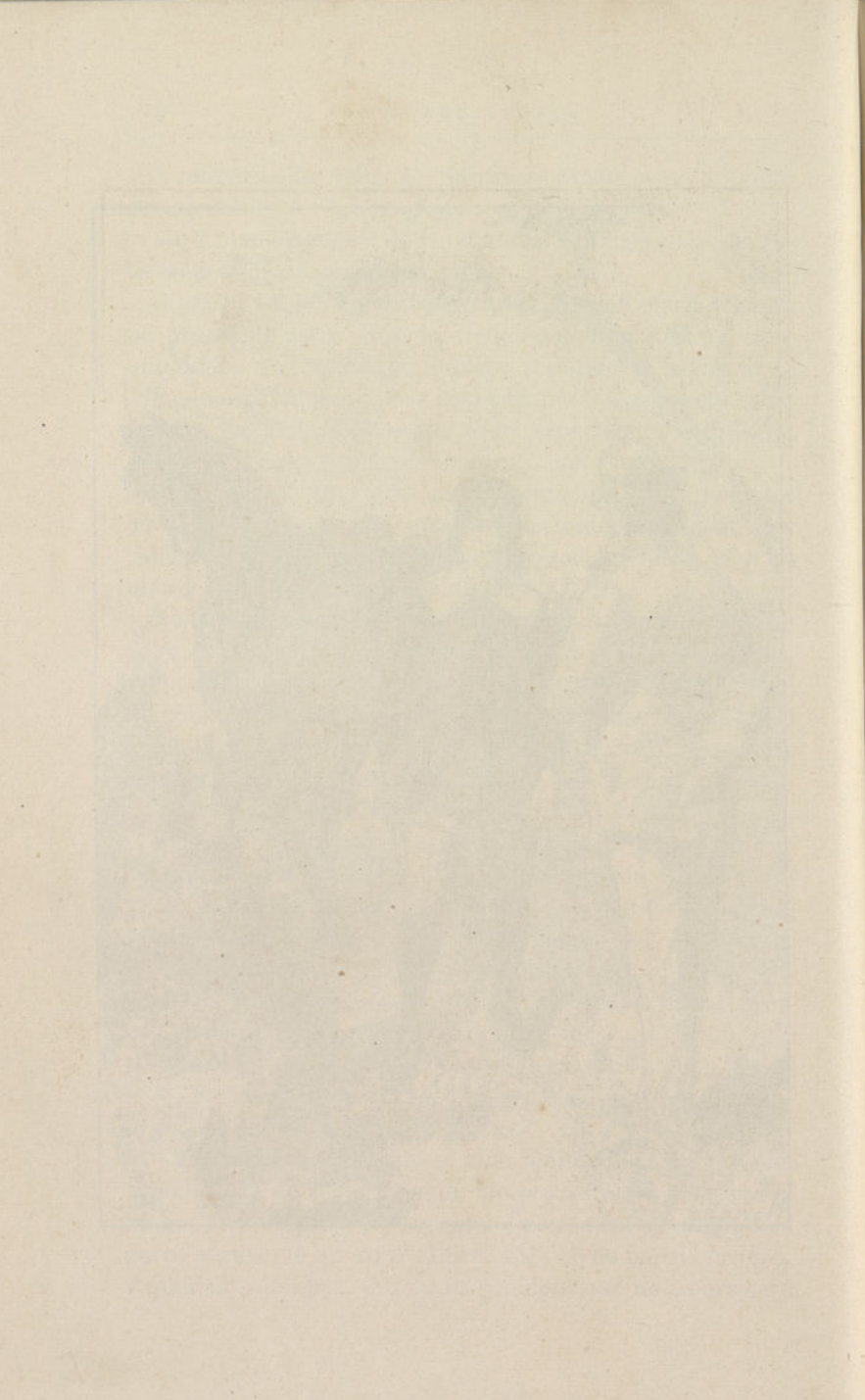
Gilberto corrió en pos de ellos. Cuando los alcanzó, Esteban se había apeado, y estaba en pié, con los puños cerrados, delante de un niño, que sofocado por la carrera, se había dejado caer desfallecido al pié de un árbol. Gilberto reconoció á Guillermo. Huyendo, había hecho giros su sambenito, y le miraba con ojos torvos, y sólo respondía con monosílabos á las amenazas de Esteban.

—¡ Estás en mi poder !—dijo al fin éste. Seré clemente, si me pides perdón de rodillas.

—No haré tal—contestó el niño poniéndose en pié—de nada os he de pedir perdón. Me cruzasteis la cara con el látigo, juré vengarme. Soy muy diestro ; he apuntado á la gorra seguro de no errar el tiro. Esto os ha puesto furioso, y quedamos en paz. Ahora os prometo que no os arrojaré







más piedras, á condición de que tampoco me deis más latigazos.

—Lo que propone es muy razonable—dijo Gilberto.

—No os pido vuestro parecer, caballero—contestó Esteban con altanería, y volviéndose hacia Iván—Iván, querido Iván—prosiguió—en el caso presente has de obedecerme. Bien sabes tú que padre no me quiere, pero no consiente en manera alguna que nadie me insulte; es un derecho que se reserva para sí. Apéate y obliga á ese tullanuelo á que se arrodille y me pida perdón.

Iván movió la cabeza.

—Vos le pegasteis primero—contestó—¿por qué ha de pedir os perdón?

Esteban agotó en vano las súplicas y las amenazas. El siervo permaneció inflexible, y durante la conversación Gilberto acercándose á Guillermo, le dijo en voz baja:

—Huye en seguida, pero acuérdate bien de lo que has prometido; si lo olvidas, tendrás que habértelas conmigo.

Esteban le vió escapar y quiso lanzarse tras él, pero Gilberto le cerró el paso.

—¡Iván!—gritó Esteban retorciendo los brazos—¡échale fuera!

Iván meneó nuevamente la cabeza.

—No quiero hacer daño alguno al joven francés—contestó—parece muy bondadoso y ama á los niños.

Á causa de su desesperación, Esteban tenía el rostro demudado, temblaban sus labios, miraba sucesivamente con ojos torvos á Gilberto y á Iván. Finalmente, con voz ahogada y como si hablara consigo mismo, dijo:

—¡Desgraciado de mí! ¡soy débil como un gusanillo y mi debilidad no es respetada!

Luégo, bajando la cabeza se acercó á su caballo, montó y atravesó lentamente el vallado. Cuando llegó al camino real, mirando fijamente á Gilberto:

—Señor secretario—le dijo—mi padre cita con frecuencia á aquel diplomático que decía que todos los hombres



están en venta, y que la cuestión estriba sólo en el precio. Desgraciadamente no soy bastante rico para compraros: valéis mucho más de un thaler, pero permitidme que os dé un buen consejo. Al volver al castillo, repetid al conde Kostia ciertas ideas que he dejado escapar de mis labios en vuestra presencia. Os lo agradeceré infinito. Tal vez os nombre su espía en jefe, y sin hacerse de rogar, os doblará el sueldo. No hay negocio más provechoso que encender cirios al diablo, y en eso haréis maravillas como cualquier otro.

Dicho esto, saludó á Gilberto y se alejó á trote largo.

— ¡El diablo! ¡El diablo! no habla más que del diablo! —se decía Gilberto encaminándose al castillo. Y añadía:— ¡Pobre Gilberto! estás condenado á pasar algunos años de tu vida entre un tirano que es amable á ratos, y una víctima que no lo es nunca!





## VI

EN el momento en que Gilberto entró en el castillo de regreso de su excursión, M. Lemínof se paseaba por la terraza. Divisó desde lejos á su secretario y le hizo seña para que fuera á reunirse con él. Dieron juntos algunas vueltas á lo largo del parapeto, y mientras se paseaban, Gilberto estudiaba al padre de Esteban con mucha mayor atención todavía que antes; lo que le impresionaba sobre todo, eran aquellos ojos de color gris mal definido, cuyas miradas vagas, volubles, indescifrables, llegaban á ser en algunos momentos frías, abrumadoras, pesadas como el plomo. Por lo demás, nunca había estado M. Lemínof tan amable con su secretario; le hablaba con acento jovial y le miraba con simpática bondad. Un cuarto de hora iba transcurrido en su conversación cuando el tañido de la campana les avisó que la comida estaba servida. El conde Kostia condujo á Gilberto al comedor. Era éste una inmensa habitación abovedada con artonados de encina negra, que recibía la luz por tres ventanitas ojivales que daban á la terraza. Los arcos del techo estaban decorados con antiguos frescos apocalípticos que el tiempo había deteriorado. En el



centro se veía el Cordero con siete cuernos, sentado en un trono; en derredor agrupábanse los veinte y cuatro ancianos vestidos de blanco. En la parte inferior de las pechinas, hallábanse las pinturas en un estado tan deplorable que era imposible reconocer lo que significaban. Se veían acá y allá alas de ángeles, trompetas, brazos sin manos, bustos cuyas cabezas habían desaparecido, coronas, estrellas, crines de caballo y colas de dragón. Aquellos tristes restos formaban geroglíficos misteriosos y amenazadores. ¡Extraña decoración para un refectorio!

Á aquella hora del día, por las tres ventanas ojivales penetraba una luz opaca y escasa; por lo tanto se había suplido la falta de claridad con tres lámparas de bronce suspendidas del techo por cadenas de hierro, y cuya brillante llama conseguía con dificultad esparcir la luz por todo el ámbito de aquella cavernosa estancia. Debajo de las tres lámparas estaba colocada una larga mesa en la que cabían cómodamente veinte personas; en uno de sus ángulos, había tres cubiertos y tres sillas de cuero dispuestas en semicírculo; al otro extremo un solo y único cubierto correspondía á un sencillo taburete de madera. El conde se sentó é indicó á Gilberto que hiciese lo propio á su derecha; luégo, desdoblado la servilleta, dijo secamente á un corpulento ayuda de cámara alemán:

—¿En qué consiste que mi hijo y el padre Alejo no están presentes? Id á buscarlos.

Algunos momentos después se abrió la puerta y apareció Esteban. Atravesó la sala con los ojos bajos, y, haciendo una inclinación, tocó ligeramente con sus labios la larga y seca mano que su padre le presentaba sin mirarle. Esta prueba de deferencia filial debía serle muy costosa, porque sintió aquel estremecimiento nervioso que le aquejaba cuando experimentaba emociones fuertes. Gilberto no pudo menos de decir para sí:

—Bien vengados quedan los serafines y los apóstoles de la humillación que les habéis infligido.

Parecía que el joven adivinaba el pensamiento de Gilberto, porque levantando la cabeza, le lanzó una mirada feroz; luégo se sentó á la izquierda de su padre y permaneció inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en el plato.

En tanto, el llamado padre Alejo no comparecía, y el conde impaciente, soltando de golpe la servilleta sobre la mesa, se levantó á buscarle; pero en el mismo instante, se abrió la puerta y Gilberto vió aparecer un rostro barbudo que expresaba turbación y miedo. Sofocado y jadeante, el capellán dirigió hacia su amo y señor una mirada escrutadora. Del rostro del conde dirigió su vista al taburete vacío; es de presumir que hubiera dado con gusto su dedo meñique á trueque de poderse deslizar sin ser visto hasta su poco comfortable asiento.

— Padre Alejo, con vuestros eternos mamarrachos os distraéis demasiado! — exclamó Leminof volviendo á sentarse.— Ya sabéis que no me gusta esperar. Profeso indudablemente apasionada admiración por las burlescas obras maestras con que decoráis las paredes de mi capilla; pero no puedo sufrir que se me falte, y os ruego que no sacrificuéis otra vez los miramientos que me debéis á vuestra necia pasión por la pintura de brocha gorda; ó de lo contrario el día menos pensado enterraré vuestros sublimes chafarrinones bajo una triple capa de cal.

Esta reprimenda pronunciada con voz tonante, produjo en el padre Alejo la más dolorosa impresión. Su primer movimiento fué levantar los ojos y los brazos al techo. Tomaba por testigos á los veinte y cuatro ancianos.

— ¡Ya lo oís! — les decía. — El profano osa calificar de mamarrachos los incomparables frescos que transmitirán el nombre del padre Alejo hasta la más remota posteridad!

Pero bien pronto el terror reemplazó á la indignación en el corazón del pobre hombre. Dejó caer sus brazos, y encorvándose hacia el suelo, escondió la cabeza entre los



hombros y se esforzó en achicarse como asustada tortuga escondiéndose en su concha, y temiendo todavía no tener bastante espacio en ella.

— ¡Y bien! ¿qué significan esas gesticulaciones? ¿Pre-tendéis hacernos esperar vuestro *benedicite* hasta mañana?

El conde pronunció estas palabras con tanta dureza como un cabo manda á los reclutas la carga en doce tiempos. El padre Alejo dió un salto como si le hubieran largado un latigazo en los riñones, y en su turbación, lanzándose hacia su taburete, tropezó violentamente contra el ángulo de un aparador esculpido; este terrible choque le arrancó un grito de dolor, pero no pudo amortiguar el ímpetu, y fro-tándose el muslo, se sentó precipitadamente, balbuceó con acento gangoso y voz poco inteligible un largo *bene-dicite* deprisa y corriendo, y después de haber hecho todos la señal de la cruz, se sirvió la comida.

— ¡Qué extraño papel representa aquí la religión!—se decía Gilberto, llevando la cuchara á la boca.— ¡No se atre-ven á comer antes de que bendiga la sopa, y, sin embargo, la relegan al extremo de la mesa, como un leproso cuyo contacto impuro temieran!

Durante la primera parte de la comida, la atención de Gilberto se concentró en el padre Alejo. La figura de aquel sacerdote excitaba su curiosidad. Á primera vista, parecía impresa en él cierta majestad que realizaban su ropaje negro de anchos pliegues y el crucifijo de oro sobre su pecho. El padre Alejo tenía la frente ancha y despejada; su gran nariz muy aguileña daba á su fisonomía cierto carácter de mago; coronaban los negros y rasgados ojos, bien arquea-das cejas, y su larga barba algo gris, armonizaba con las mej-illás de pálido matiz y surcadas por venerables arrugas. Mirado con calma, aquel rostro tenía un carácter de belleza austera é imponente. Si se hubiese contemplado al padre Alejo durante su sueño, fácil hubiera sido confundirle con un santo anacoreta recientemente salido de su Tebaida, ó me-

jor dicho, con una especie de San Juan contemplando con los ojos cerrados, desde lo alto de la roca de Pathmos, las sublimes visiones del Apocalipsis; pero tan luego como el



rostro del buen hombre se animaba, desaparecía el encanto. Era simplemente aquel rostro una máscara expresiva, movable, á veces grotesca, donde se pintaban las impresiones fugitivas y superficiales de un alma dulce, inocente y bonachona, pero sin elevación y sin ideal. En cuanto se desvanecía la figura del monje, del anacoreta, no quedaba en



realidad más que un niño de sesenta años, cuya fisonomía, inquieta y risueña, de vez en cuando, sólo expresaba pueriles preocupaciones, ó alegrías más pueriles aún. Esta transformación era tan rápida, que se asemejaba á un verdadero juego de escamoteo. Se buscaba á San Juan y no se le encontraba, y daban tentaciones de exclamar: «Oh padre Alejo, ¿qué se ha hecho de vos? El alma que se refleja actualmente en vuestro semblante, no es la vuestra.»

El padre Alejo era un excelente sujeto; por desgracia sentíase harto inclinado á los placeres de la mesa. También podía echársele en cara una dosis bastante regular de vanidad; pero su amor propio era tan cándido, que hubiera alcanzado gracia ante los jueces más rigurosos. El pobre hombre había conseguido persuadirse á sí mismo de que era un gran artista, y esta presunción causaba su felicidad. Lo cierto es que manejaba la brocha y el pincel con notable destreza, y que le bastaban algunas horas para ejecutar una pintura al fresco de cuatro ó cinco piés cuadrados. Las doctrinas del monte Athos, que había visitado en su juventud, no tenían secretos para él; la estética bizantina se había infiltrado en su carne y en sus huesos: sabía de memoria la famosa *Guía de la Pintura*, redactada por el monje Dionisio y su discípulo Cirilo de Kio. En una palabra, conocía á fondo todas las reglas, mediante las cuales se hacen obras de genio, y á fuerza de ayudarse con el compás, pintaba de memoria imágenes de santos bastante parecidos á ciertas figuras que se destacan sobre fondo dorado en los conventos de Lavra y de Iverón. Sólo una cosa apenaba y mortificaba al padre Alejo, y era que el conde Kostia Petrovitch se resistiese á creer en su genio; en desquite le consolaba un poco que el buen Iván manifestase por sus obras declarada admiración; así es que le agradaba conversar sobre el arte y la pintura con este piadoso adorador de su talento.

—Mira, hijo mío—le decía á veces, enseñándole y levanta-

tando, muy grave, el dedo pulgar, el índice y el anular de su mano derecha—¿ves estos tres dedos? basta pronunciar una palabra, y saldrán de ellos San Jorge, San Miguel, San Nicolás, los patriarcas de la antigua alianza, los apóstoles de la ley nueva, y el mismo Dios con toda su sacra familia!

Dicho esto le daba á besar la mano, lo cual practicaba el buen siervo con humilde veneración.

Sin embargo, si el conde Kostia se complacía con manifiesta crueldad en calificar de *marrachos* las pinturas del padre Alejo, no era tan cruel que le impidiese cultivar su querido arte; hasta había llegado á conceder últimamente á este discípulo del gran Panaclinos, fundador de la escuela bizantina, un favor inesperado por el cual el buen padre ha-



bía ofrecido guardarle eterno reconocimiento. Una de las alas del castillo de Geierfels contenía una capilla, bastante espaciosa, que el conde había apropiado á los usos del culto griego; un día, cediendo á las instancias reiteradas del padre Alejo, le autorizó á cubrir las paredes y la bóveda de *marrachos*, como decía. El padre puso en seguida manos á la obra. Esta gran empresa absorbía la mitad á lo menos de sus pensamientos; consagraba á ella muchas horas del día y por la noche veía en sueños grandes patriarcas de oro y azul que se inclinaban hacia él y le decían:



« Querido Alejo, nos recomendamos á tu buena voluntad ; que tu genio perpetúe nuestra gloria en el universo.... »

En una palabra, el padre Alejo estaba tan encantado con sus frescos, que ocupado en contemplar la blanca barba de un Noé colosal que había pintado la vispera, no había oído sonar la campana que llamaba á comer. Así se devoran mutuamente nuestras pasiones y con frecuencia las pequeñas se comen á las grandes.

M. Leminof al principio permaneció silencioso. Tal vez quería dar tiempo á Gilberto para que observara ; pero cuando hubieron retirado la sopa, rompió el silencio y enabló una conversación animada con su secretario. Como poco antes en la terraza, le hablaba con más afecto que de costumbre. Las inflexiones cariñosas de su voz, las miradas benévolas con que las acompañaba, la curiosidad simpática que mostraba al interrogarle, la atención que prestaba á sus respuestas, todo atestiguaba la gran estima en que le tenía. Sin duda alguna obedecía este proceder á una intención preconcebida, y Esteban y el padre Alejo podían darse por debidamente avisados de que el recién venido era un sér aparte, un personaje importante, llamado á cierta privanza, una especie de primer ministro cuyo poder oculto era temible. El aviso fué comprendido. El padre Alejo, por muy ocupado que estuviera con lo que tenía en el plato, no dejó de dirigir á Gilberto á hurtadillas, más de una ojeada investigadora. No recordaba que en ningún tiempo el conde Kostia hubiese tributado á otro sér humano iguales consideraciones. Verdad es que el conde prodigaba siempre las más vivas atenciones á su mono, llamado Solón, encantador tití, pésimamente criado y cuyas travesuras todos aplaudían ; pero en los cuidados que le prestaba, el matiz de respeto era menos visible. Así lo echó de ver el padre Alejo con motivada sorpresa ; por lo cual miraba con los ojos muy abiertos á aquel curioso animal que amenazaba suplantar á

Solón. Por su parte, Gilberto observaba á Esteban : sentía que por momentos iba agrandándose el abismo que entre los dos mediaba ; pero no advirtió nada, su mirada era inmóvil y sin expresión.

La conversación recayó por fin sobre las varias cuestiones que el conde se complacía en debatir cada día con su secretario. Hablaron del Bajo-Imperio, que M. Leminof miraba como la edad más próspera y gloriosa de la humanidad. Era poco aficionado á Pericles, á César, á Augusto y á Napoleón; opinaba que el arte de reinar no había sido comprendido más que por los Justinianos y los Alejos Commeno. Y como Gilberto, en nombre de la dignidad humana, protestara vivamente contra esta tesis :

—¡Alto ahí!—le dijo.—¡Nada de palabras retumbantes ni declamaciones! Escuchadme. Esos faisanes están buenos. Mirad cómo se regala con ellos el padre Alejo. ¿Á quién se debe ese olorcillo que le encanta? Á la alta sabiduría de mi cocinero, que les ha dejado el tiempo necesario para ponerse en sazón. Nos los ha servido á punto. Algunos días antes, hubieran estado duros, algunos días después, estarían pasados y llenos de gusanos..... Con las sociedades, querido amigo, ocurre lo mismo que con la caza. El momento oportuno para ellas es cuando se hallan en vía de descomposición. En su juventud, tienen la dureza de la barbarie : en cambio, hay cierto grado de descomposición que compromete su existencia. ¡Pues bien! Bizancio poseía el arte de adobar las almas y mantenerlas en sazón. Por desgracia se llevó ese secreto á la tumba.

Después se puso á declamar contra la caballería y la revolución, que consideraba como dos variaciones compuestas sobre el mismo tema.

—Godofredo de Bouillon—añadía—es el tatarabuelo de Robespierre. Aquél decía, blandiendo la espada : «Mi corazón y Dios lo quieren!» Y éste exclamaba, mirando al cielo de reojo : «¡La virtud por objeto y el terror por medio!...» Ambas divisas no forman más que una. Son en



resumen fórmulas de la abstracción, proclamada soberana del universo; frases del primer loco advenedizo que se arroga el derecho de arreglar el mundo á su guisa; tiranía nueva, sin precedente, la tiranía de las buenas intenciones; ¡mirad lo que con el tiempo han hecho del Occidente las buenas intenciones!

—Mucho habría que contestar á esto—replicó Gilberto.

—No discutamos, querido Gilberto—prosiguió—y observad conmigo que la caballería cuyo objeto ostensible era someter todos los negocios humanos á la decisión de ese tribunal revolucionario que se llama corazón, debía profesar el mayor respeto á esa mitad del género humano que representa al natural las debilidades, los caprichos, las locuras del sentimiento. No lo echó en olvido. Rebelde á las lecciones que le daba la sabiduría de Bizancio, en lugar de sepultar á la mujer en las sombras del gineceo, la colocó en un trono. ¡Cuántos desórdenes no ha engendrado en la sociedad esa absurda idolatría!

—¡Oh! por de pronto—exclamó Gilberto—esa es una tesis que no admitiré jamás!

—Vamos, sed sincero—replicó el conde Kostia.—Estamos entre hombres, podemos hablar sin dificultad y cantar la verdad á esas señoras. Olvidad por un momento los principios de fatua galantería que nos ha legado el romanticismo de la Edad Media, y que la revolución ha erigido de nuevo sobre un pedestal. ¡Negaréis que la mujer sea un sér inferior, incapaz de ilación en sus ideas, ávida de emociones dramáticas, siempre en lucha con el buen sentido, pronta siempre á sacrificar los intereses generales á sus pasiones? ¡Dios poderoso! Consiento en perdonarle sus desatinos. No es responsable de ellos. Cruel fatalidad pesa sobre la mujer. El error y la desgracia están en que desde el punto de vista de la naturaleza, atenta á perpetuar la especie, la mujer, que no es más que un medio, no puede prescindir de considerarse á sí misma como un fin. Me acuerdo de una pobre galguilla que empleaban en

dar vueltas al asador y que no podía persuadirse de que el asado no fuese para ella. Cada día sufría una nueva decepción, y no debo ocultar que el asado corrió peligro más de una vez. Pues bien, bueno sería que el asado, quiero decir la sociedad, tomara sus precauciones contra los apetitos de felicidad de ese sér á la vez débil y violento, que es incapaz de comprender su verdadera misión. Y no sé encontrar otro medio mejor que la cautividad del gineceo bizantino ó del harem musulmán, para recordar á las hijas de Eva que no tienen derecho á vivir por su propia cuenta.

M. Leminof desenvolvió este bello sistema con mucha verbosidad y animación. Gilberto consideraba este lenguaje medianamente respetuoso para la memoria de Madame Leminof, y mirando á Esteban, decía entre sí al conde Kostia: «—Bonita instrucción le estáis dando!» Pero Esteban parecía no oír nada; hacía rato que había dejado de comer, y con el rostro impasible, miraba fijamente un plato vacío.

—Lo chistoso es—continuó M. Leminof, terminando su peroración—que las mujeres agradecen muy poco á la sociedad sus absurdas complacencias, con respecto á ellas. Á creerlas, gimen bajo un yugo intolerable. Esas extrañas criaturas tienen tal sed de dominación, que quisieran tratar á baqueta al sol, á la luna y á las estrellas, y para colmo de extravagancia hay pretendidos amigos del progreso que apoyan sus aspiraciones! Esos mismos innovadores son los que piden la supresión de las cuarentenas, porque la manumisión de la mujer y la emancipación de la peste, son dos cuestiones estrechamente enlazadas... Como hombre juicioso que sois, amigo Gilberto, uníos á mí para pronunciar un brindis en favor de los harems y de los lazaretos!

—¡Amén!—exclamó el padre Alejo, que no escuchando más que con un oído, no sabía de qué se trataba; pero que á la palabra brindis se había estremecido, porque era cosa que jamás rehusaba.



Aquella exclamación atrajo sobre él la atención del conde.

—El padre Alejo es de mi opinión—dijo á Gilberto—y tiene sus razones para ello. Pedidle que os cuente la historia de sus amores.

—Temo que el relato no interese á este excelente joven—objetó timidamente el padre.

—¡Usad otro lenguaje!—contestó el conde con severidad.—M. Gilberto Savile no es un excelente joven, es un sabio muy distinguido cuyo carácter y conocimientos estimos infinito, y deseo que sea respetado aquí como otro yo.

—Mi posición se define; heme ya convertido en favorito del tirano!—pensó Gilberto.

Vió cruzar por los labios del inmóvil Esteban una sonrisa desdeñosa y casi imperceptible, que significaba: «¡Lo había adivinado!»

—Vamos, padre—repuso el conde—no os hagáis el interesante; recitadnos vuestra historieja ó de lo contrario me encargo de hacerlo á mi manera.

El buen padre se apresuró á cumplir los deseos del conde. Preferimos siempre azotarnos nosotros mismos á que nos azoten otros. Empezó su relato con voz temblona, y mientras hablaba, miraba melancólicamente de reojo algunos platos á los que no había dado todavía más que el primer asalto. No reproduciremos fielmente la narración que hizo de sus desventuras conyugales. Baste decir, que había tenido la desgracia de enlazarse con una mujer del gran mundo, muy orgullosa, muy coqueta, de quien fué más bien esclavo que marido. El padre Alejo contó sus largas tribulaciones con una candidez que sublevó á Gilberto. Sentía ojeriza contra M. Leminof, por haber obligado á aquel santo varón á descubrir así, á un extraño, los secretos de su vida íntima; pero el padre Alejo no creía, bajo ningún concepto, haber comprometido su dignidad: no le daba el naípe por la metafísica, y no entendía nada de abstracciones; únicamente le desagradaba que le hablasen de su mujer, ó que le obligasen á hablar de ella, porque esto le traía á

la memoria los recuerdos más dolorosos de su vida. Terminó su historia con edificantes reflexiones, y se preparaba á citar á San Basilio, cuando observó que M. Leminof se había dormido profundamente. Creyóse dispensado de acabar su homilia, y no se ocupó más que en vaciar los platos de higos y alfónsigos, que no había cesado de devorar con la vista.

Profundo silencio reinó en la espaciosa estancia, interrumpido únicamente por el cadencioso ruido que producían las mandíbulas del buen padre. Esteban permanecía con los codos apoyados en la mesa; su postura en que se veía impresa soñadora melancolía, la cabeza inclinada y apoyada en la palma de la mano derecha, la túnica sin cuello que dejaba descubierta una garganta de irreprochable blancura, los largos y sedosos cabellos cayendo blandamente sobre sus espaldas, los contornos puros y delicados de su hermoso rostro, la boca, cuyos ángulos se arqueaban levemente, todo recordaba en él el retrato de Rafael pintado por el mismo; todo, menos la expresión, que era muy diferente. Las miradas de un Sanzio son alados mensajeros que anuncian con mudo lenguaje las felicidades contemplativas de un gran corazón inspirado, y publican sus desposorios con la eternal belleza del universo; las miradas de Esteban, cuando la pasión no las animaba, expresaban de vez en cuando una curiosidad fría y desdeñosa ó la desconfianza de un alma que procura hacerse invisible y se oculta á los rayos de la luz. En aquel momento contemplaba las pinturas apocalípticas de la bóveda; se hubiera dicho que encontraba en ellas la expresión simbólica de sus pensamientos; sus ojos acabaron por fijarse en una cabeza de dragón, muy deteriorada por la acción del tiempo y que por lo mismo era más repugnante; al parecer interrogaba á aquel monstruo sobre su destino. Su inmovilidad, casi estatuaría, y la fijeza de su mirada, hicieron estremecer al pobre Gilberto: desvió sus ojos de aquella frente juvenil, coronada de mis-



teriosa tristeza, y los dirigió hacia el sacerdote, pero el aire de resignación beatífica del padre Alejo, le pareció tan melancólico como el sombrío tedio de Esteban. Tristeza profunda se apoderó de su corazón. No veía nada en derredor suyo que atrajera su simpatía, ni le invitara á expansionarse un poco. Á su izquierda la figura repulsiva de un tirano adormecido, á quien el sueño hacía más repugnante todavía; en frente de él, un joven misántropo perdido, por entonces, en los espacios imaginarios; á su derecha, un viejo epicúreo que se consolaba de todo comiendo higos, y encima de su cabeza, los dragones del Apocalipsis. Luego, aquel gran salón abovedado estaba frío, sepulcral; se respiraba en él un aire cavernoso; hendiduras y escondes se sumían en densas sombras, y las ensambladuras negras que tapizaban las paredes, tenían lúgubre aspecto. En el exterior se oían ruidos espantosos; soplaban el vendabal y lanzaba prolongados mugidos como un toro herido, á los cuales respondían el rechinar de las veletas y el fúnebre grito de los buhos.

De repente le ocurrió á Gilberto la idea de que el conde no estaba realmente dormido, y que aquel súbito adormecimiento era un ardid de guerra, planteado para dejar en libertad las encadenadas lenguas de sus comensales. Gilberto temió que Esteban, saliendo de su abstracción, creyese que podía dirigirle impunemente cualquiera frase atrevida, que el atento oído del dueño cogería al vuelo. Adoptó la resolución de fingirse dormido también, y recostándose en el respaldo de la silla, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Esta situación se prolongó por algún tiempo; cansábase ya Gilberto de representar el papel de hombre dormido, cuando por fortuna el padre Alejo, que acababa de comerse el último higo, lanzó un suspiro prolongado. Éste fué un pretexto suficiente para que el conde despertara; se incorporó, pasó la mano por los ojos, llamó para que sirvieran el the, y en cuanto lo hubieron tomado, estrechó amigablemente la mano á Gil-

berto, y salió de la estancia, seguido por Esteban y el padre.

Cuando Gilberto hubo entrado en su aposento, abrió la ventana para oír mejor el majestuoso rugido del río. En el mismo instante, una voz llevada por el viento y que salía de la gran torre cuadrada, le gritó :

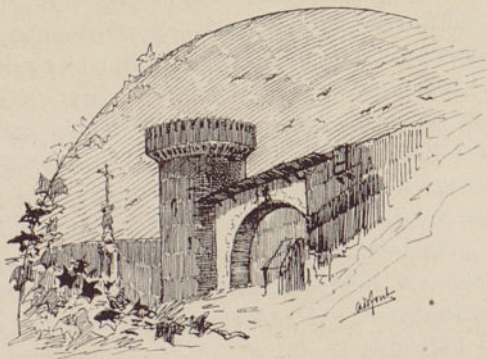
— ¡Señor gran visir, no olvidéis encenderle muchas velas al diablo ; es el consejo que os da vuestro más fiel súbdito, en cambio de las profundas lecciones de sabiduría que habéis proporcionado hoy á su inexperiencia !

Así fué como Gilberto tuvo conocimiento de que Esteban era vecino suyo.

— Lo que me consuela — pensó — es que á menos de tener alas, le desaffo á que llegue hasta aquí...

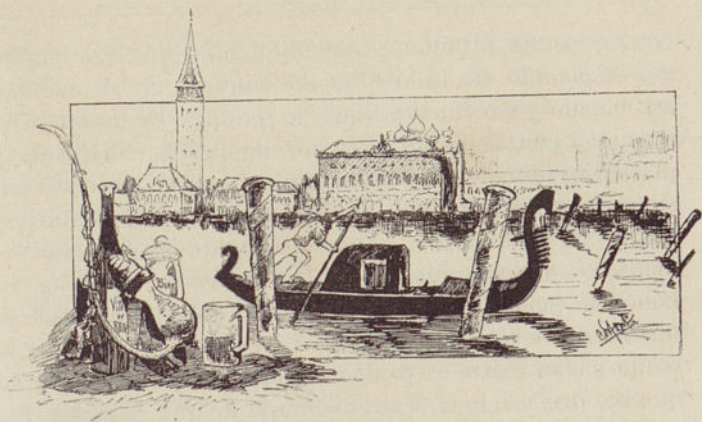
Y añadió, cerrando la ventana :

— Suceda lo que quiera, bien hice en escribir ayer á Mad. Lerins ; hoy no me encuentro tan satisfecho.









## VII

**H**E aquí lo que Gilberto escribía en su diario, seis semanas después de su llegada á Geierfels:

« Un hijo que abriga para con su padre los sentimientos del esclavo hacia su amo, un padre que demuestra á su hijo, en los hábitos de la vida, gran desafecto próximo al odio, tales son los tristes objetos de estudio que he venido á buscar aquí. He querido persuadirme, al principio, de que M. Lemínof era simplemente un carácter seco y frío, un escéptico por temperamento, por inclinación, un gran señor estragado que se cree obligado á manifestar abiertamente su desprecio por todas las necedades del sentimiento. Y sin embargo no hay tal. El conde es un espíritu enfermo, un alma atormentada, un corazón corroído por secreta úlcera, que se venga de sus sufrimientos haciendo padecer á los demás. Si, ese misántropo busca el medio de vengarse de algún sangriento insulto que le han inferido los hombres ó el destino; su ironía respira odio y



cólera, oculta profundos resentimientos que estallan de vez en cuando en su voz, en su mirada, en su ademán arrebatado y violento, porque no siempre es dueño de sí mismo: á ciertas horas, el barniz de helada cortesanía y glacial jovialidad con que encubre ordinariamente sus pasiones, se descascarilla súbitamente, cae hecho polvo y aparece la desnudez de su alma. Durante las primeras semanas se contenía mucho en mi presencia, hoy tengo el honor de poseer su confianza, y no se cree obligado á ocultarme su rostro. Además, no procura obligarme á la reciprocidad y esta es ya una ventaja. Hasta me lisonjeo de que me profesa toda la benevolencia de que es capaz. Estima mi saber, me agradece que le sea útil y hasta casi necesario, sin encomiar mis servicios. Por otra parte, me atribuye tal vez la discreción interesada de un pobre diablo que desea conservar su destino y que se siente obligado á guardar mucha reserva en sus palabras y acciones. En una palabra, me considera como un hombre de buen sentido á quien adornan las virtudes de su profesión, y aun cuando me eche en cara algunas veces lo que él llama mis *visiones metafísicas*, me estima demasiado para suponer que puedan ejercer influjo alguno en mi conducta. La abstracción tomada como regla de conducta, he ahí decididamente su fiera pesadilla, monstruo horrible, dice, verdadero dragón del Apocalipsis, cuyos dos hijuelos, deformes y repugnantes como su madre, son la caballería y la revolución...

»¡ Ah queridos títeres míos, no debéis ser más que un espectro para mis ojos y un solaz pasajero para mi espíritu! ¡Guardaos de abandonar el escenario donde representáis con tanta gracia! Los quinqués de la batería marcan las fronteras de mi imperio! No se os ocurra jamás saltar por encima de ella para descender á ocupar un sitio entre los vivientes! ¡Oh, mis queridas muñecas! una vez terminada la representación, volved á vuestras cajas, entrelazad fraternalmente los alambres, cerrad los lindos ojos, hijas

mías, y dormid tranquilamente... Pero ¿qué oigo? esas muñecas hablan ó cantan dormidas; de sus cajas bien cerradas salen ligeros cuchicheos y una especie de música secreta, embriagadora, no sé qué eco de los celestiales conciertos... ¡Gilberto, Gilberto, ponte en guardia! tus títeres no son tan inofensivos como quiere creer el conde Kostia.

»Desconfía también de tus ojos, Gilberto; son demasiado parlanchines... Es singular; yo me creía enteramente dueño de mis miradas. Á pesar mío, en más de una ocasión muestran demasiada curiosidad. El otro día, mientras trabajaba á su lado en su gabinete, noté en él, de pronto, un aire distraído y meditabundo; su frente se anubló, no me veía ni oía... Cuando salió de su meditación sus ojos se encontraron con los míos fijos en su rostro, y ha visto que le observaba con demasiada atención.

» — ¡ Señor mío! — me dijo bruscamente — acordaos de nuestras condiciones: somos dos egoistas que hemos hecho un convenio. Los egoistas no son curiosos; lo único que les interesa en el alma del prójimo, es el dominio útil.

»Y luégo, creyendo haberme ofendido, ha continuado en tono más dulce:

» — Soy el alma que menos interesa conocer. Tengo los nervios muy irritables; sabed una vez por todas que este es el secreto de todos los desórdenes que podáis observar en mi triste máquina.

»—No, conde Kostia, no es ese vuestro secreto! — estuve dispuesto á contestarle. — No son vuestros nervios los que os atormentan. Apostaría más bien que á despecho de vuestra negación habéis creído antes de ahora en algo ó en álguien que os ha hecho traición.

»Pero si yo no me hubiese abstenido de hacerle partícipe de mis suposiciones, creo que me habría devorado. La cólera de este hombre es terrible, y no siempre me evita el espectáculo de sus furores.





» Ayer, sobre todo, se entregó á arrebatos de que me avergoncé por él. Esteban había salido á dar un paseo á caballo con Iván. La campana dió la señal de comer, y todavía no habían vuelto. El conde en persona se dirigió á la entrada del patio á esperarlos. Sus labios estaban pálidos, su voz era sorda y ronca, velada por una carraspera que le aqueja en cuanto se encoleriza. Cuando los culpables aparecieron al extremo del sendero, corrió á su encuentro, y midió á Esteban de piés á cabeza con una mirada tan amenazadora que el adolescente se estremeció; pero su cólera fué á descargar de rechazo contra Iván. El pobre carcelero podía sin embargo alegar excusas que merecían ser tomadas en consideración; el caballo de Esteban había dado una caída y fracturádose una rodilla, por lo cual habían tenido que volver al paso. El conde, al parecer, nada oía. Hizo seña á Iván de que se apeara; luégo le cogió por el cogote, le arrancó su varilla de acebo y le apaleó como á un can. El desventurado siervo se dejó zurrar sin pestañear, sin exhalar un quejido, y no le ocurrió siquiera la idea de intentar la fuga ni defenderse. Clavado en su sitio, con los ojos cerrados, era la imagen viviente de la servidumbre resignada á los mayores ultrajes. En verdad, creo que durante esta ejecución, padecí más yo que él. Me faltaba la respiración y la sangre hervía en las venas. Mi primer movimiento fué arrojarme sobre el conde, pero me contuve; una intervención violenta hubiera agravado la suerte del pobre Iván. Junté las manos, y con ahogado acento grité:

» — ¡ Perdón ! ¡ perdón ! ...

» El conde no me ha oído. Entonces me he lanzado entre la víctima y el verdugo. Estupefacto, con el brazo levantado é inmóvil, el conde me ha mirado algunos momentos con chispeantes ojos; se ha calmado poco á poco y su rostro ha recobrado la expresión ordinaria.

» — Pase por esta vez — me ha dicho al fin con voz apa-

gada — pero en adelante no os mezcléis más en mis asuntos!

» Luégo ha soltado la vara de acebo y se ha alejado presuroso. Iván ha levantado hacia mí sus ojos inundados de lágrimas; su mirada expresaba á la vez, la ternura, el reconocimiento y la admiración. Me ha cogido las manos y me las ha besado, después de lo cual se ha pasado el pañuelo por el rostro bañado en sudor, espuma y sangre, y tomando las bridas de los dos caballos, los ha conducido tranquilamente á la cuadra. He vuelto á encontrar al conde en la mesa; había recobrado su buen humor; me ha disparado algunos dardos sobre *mis herejias* en materia de historia. He tenido que hacer esfuerzos para contestarle, porque en aquel momento me inspiraba tal aversión que me costaba mucho disimularla, pero me veía obligado á reconocer la victoria que había alcanzado sobre sí mismo abreviando por consideración á mí el suplicio de Iván. Después de comer ha llamado al siervo, que se ha presentado con la frente y las manos llenas de ensangrentadas cicatrices. Agitaba sus labios su habitual sonrisa, que es un misterio para mí. Su amo le ordenó que se quitara la túnica y se bajara la camisa hasta los riñones, le hizo arrodillar, y sacando de su bolsillo una botellita que contenía cierto bálsamo cuyas virtudes elogió en alto grado, le curó por su mano las heridas. Terminada la operación:

» — Esto no será nada, hijo mío, vete — dijo. — Vete y no vuelvas á pecar.

» Después de lo cual, el siervo se levantó y salió del aposento sonriendo siempre. La sonrisa de Iván es una planta exótica que yo no conocía, y que no crece más que en país eslavo; sonrisa extraña, verdadero prodigio de bajeza, ¡ó tal vez de heroísmo! ¿Cuál de los dos? No lo sé.

» Á pesar de mi turbación, he podido observar el rostro de Esteban al principio de la ejecución. Al pronto, un relámpago de gozo triunfante ha brillado en su rostro; pero



al ver brotar la sangre, se ha puesto horriblemente pálido, y ha llevado una de sus manos á la garganta, como para impedir que se le escapara un grito de horror, y con la otra se cubría los ojos para no ver nada, pero no pudiendo resistir más, ha huído presuroso... ¡Dios sea loado! la compasión había sofocado, en su corazón, la alegría de ver castigar á su carcelero. Hay en esta alma joven, agriada por largos sufrimientos, un fondo de bondad y generosidad; pero ¿acaso no perderá con el tiempo hasta los últimos vestigios de sus cualidades nativas? Dentro de tres años, ¿Esteban se tapaná todavía los ojos para no presenciar el suplicio de un enemigo suyo? Dentro de tres años, ¿el hábito del sufrimiento no habrá ahogado la piedad en su corazón? Mañana, mañana tal vez, ¿no habrán lanzado sus entrañas el último quejido?

»¡Pobre Esteban! Compadezco á ese joven desde el fondo de mi alma. ¡Cuán desgraciado es! No sólo es triste su existencia, sino que temo que su imaginación se encargue de envenenarla. Hay en esa naturaleza secretos que ignoro y que me la hacen inexplicable; pero lo que veo con respecto á sus penas basta para que le compadezca. Su carácter es vivo, inquieto, alborotado, expansivo; necesita aire, luz, libertad, movimiento. Tiene necesidad de emplear sus fuerzas, de ocupar su vida y de satisfacer sus aspiraciones de felicidad. Este potrillo anhela que le dejen retozar en campo raso, brincar por los verdes prados, aspirar á satisfacción la perfumada brisa de las selvas, hundir su generoso petral en la plateada espuma de las aguas corrientes. El aire que siente le impele á la carrera, arde en deseos de seguirle, de adelantarse á él, sus orejas se enderezan, sus ojos centellean, va á saltar, á lanzarse al espacio... Pero ¡ay! tiene trabados los piés, una correa implacable le detiene atado á uno de los postes del camino, y el amo está allí, con la mirada amenazadora y el látigo en la mano... ¡Pobre Esteban! ¡cuán estrecha cautividad es la tuya, y qué espantosa soledad! Fuera de los dos días de

paseo por semana, en compañía y bajo la custodia de Iván, pasa la vida en su gran torre solo, absolutamente solo. ¿Qué hace en esa prisión, de donde no sale más que á la hora de comer? Por el tono con que se expresa sobre los libros y las bibliotecas, no parece que tenga afición al estudio. ¿En qué pasa el tiempo? Calla y se aburre. ¿Basta eso para vivir? ¿basta eso para morirse?...

» ¡ Ah ! ¡ pobre niño sombrío y taciturno ! Cuando te contemplo sentado á la mesa de tu padre, creo ver el ángel de la juventud acercarse á ti inclinándose á tu oído para decirte en s6n de reproche : « ¿ Qué has hecho de aquella fresca corona con que me habia complacido en adornar tu frente ? ¿ Por qué la adormidera, símbolo del descanso, por qué el romero silvestre y la ruda de los jardines de lúgubre perfume han reemplazado en tus cabellos á los alegres follajes humedecidos por el rocío que mis manos habian entretejido formando guirnaldas ? ¿ Por qué han palidecido tus mejillas ? Por qué tienes los ojos hundidos ? ¿ qué mortifero viento ha secado esa sonrisa que florecia en tus coralinos labios ? ¿ Qué hiciste, niño, de tus primaverales gracias ? ¿ Por qué mi espíritu no reside ya en ti ? ¿ qué es lo que te obliga á envejecer prematuramente ? ... » Y tú, por única contestación, le señalas con la vista á tu padre sentado á tu lado ; á tu padre, sombrío y feroz, cuyos labios jamás han sonreído, cuyos brazos no se abren nunca para estrecharte en ellos, cuyo desecado corazón se ha desviado de ti, cuya voz áspera y ruda no conoce esos acentos que hacen descender la paz del cielo al seno de una pobre alma fatigada. ¡ Oh ! ¡ cuánto te compadezco, á ti cuya cabeza no ha descansado jamás en esa almohada divina que se llama el corazón de un padre ! ...

» ¡ Lástima que ese silencioso joven no sea sordo ! Puesto que no tenéis palabras de ternura que dirigirle, conde Kostia, quisiera á lo menos poder cerrar sus oídos para que no oyese las desoladoras lecciones que le dais. ¿ No veis que su destino se encarga bastante de enseñarle á odiar á



los hombres y la vida, sin que tengáis necesidad de poner nada de vuestra parte? No conoce á la humanidad más que por lo que ve á través de las rejas de su prisión. Se le figura que no hay en la tierra más que tiranos caprichosos y esclavos trémulos y envilecidos. ¿Por qué matar así, en ese corazón, todo germen de entusiasmo, de esperanza, de creencia viril y generosa? Hace tiempo que murió su madre, tal vez la ha olvidado ya; las mujeres son para él un misterio completamente ignorado; ¿por qué le enseñáis á despreciarlas?... Hijo mío, ven á encontrar á Gilberto, al insensible Gilberto, á ese Gilberto que tal vez no ha amado nunca, y ese hombre de hielo te enseñará, que el despreciar á la mujer es la suprema depravación del corazón del hombre; te enseñará que está corrompido hasta los huesos el que se atreve á ultrajar con su pensamiento los tesoros de suave inocencia ó de sublime sabiduría que encierra el corazón de una virgen ó de una madre; te enseñará, niño, á inclinarte ante esa fuerza que adquiere los rasgos de la debilidad, ante esa debilidad sagrada que es la más heroica de todas las fuerzas... ¡Ah! se negaría á escucharme, y mi voz se perdería en el vacío. Lo que tiene de insolente la tiranía, es que sus víctimas, al maldecirla, se convierten en discípulos y apóstoles suyos. Escuchad á los esclavos; por mucho que odien á sus amos, repiten á porfía sus máximas.

»No han transcurrido más que seis semanas desde que ví por primera vez á ese efebo; no hace más que un mes que paso algunos momentos á su lado, y, sin embargo, sé á qué atenerme sobre el estado actual de su alma. Su enfermedad está tan á la vista que se revela á los ojos menos perspicaces; la puedo definir en pocas palabras. Esteban es una naturaleza noble para quien la poesía y la religión son letra muerta... La religión, ¡gran Dios! está representada á sus ojos por el padre Alejo. La ve sentarse al extremo de la mesa, en la persona de ese sacerdote grotesco, y devorar cada día con igual apetito, su bal-

dón y un ala de ave trufada. La religión se reduce para él á algunos *oremus*, algunas genuflexiones, una imagen de latón dorado besada por unos labios helados y distraídos, una misa gangueada cada domingo por anciano sacerdote cuyos pensamientos pertenecen á la tierra. ¡Ay! sin duda Esteban cree sinceramente en los santos misterios que se representan en los altares; pero, ¿conoce acaso esos otros misterios de esperanza y de consuelo que la fe realiza en nosotros? ¿Ha sentido jamás su alma, agitada por las tempestades del amor divino, zozobrar con delicia en el océano de la luz eterna? Padre Alejo, padre Alejo, ¡cuánto daño causáis á ese joven!

»¿Sería acaso Esteban un niño vicioso de quien su padre justamente irritado procura mortificar los instintos perversos con implacable disciplina? ¡No, y mil veces no! Eso es falso, es imposible. ¡Dios de bondad! para convencerse, basta mirarle. Su fisonomía es, con frecuencia, dura, seca, desdeñosa; pero jamás expresa un pensamiento innoble, no muestra jamás una mancha en el alma, una corrupción precoz del espíritu. Se descubre en su frente cuando se serena, un sello de pureza infantil. Me he equivocado completamente al suponer que su alma había envejecido. Á lo menos ha conservado la facultad de rejuvenecerse á intervalos. Hay momentos en que sacude la pesada carga de sus penas para descansar y tomar aliento. En esos momentos, Esteban llega á parecer más joven de lo que es en realidad. Su mirada, que recobra la limpidez, su tez delicada y transparente, sus mejillas tersas y unidas, su barba, donde no apunta el bozo, todo esto caracteriza perfectamente una fisonomía de niño... Pero en cuanto se presenta el amo, pierde aquella fisonomía su gracioso carácter; sus apretados labios expresan tedio mortal, y diríase que, cual otro San Juan Silenciarío, hace cuarenta y ocho años que calla. Tan luego como el amo se ausenta, parece que vuelve á ser un niño, de catorce á lo sumo. Se advierte la



juventud en la violencia de su lenguaje, en su gusto desordenado por la hipérbole, en esos torrentes desbordados de palabras con que desahoga su oprimido corazón. El otro día, bajó al comedor antes que su padre, y al verme solo, me disparó un aluvión de mordaces y contundentes frases.

»—Tómame sin escrúpulo por blanco de tus iras!—dije aparte para mí;—esa esgrima te hace bien.

»Otra muestra de inocencia, es el frescor y la vivacidad de sus impresiones. Aunque procure ocultarlo, se afecta profundamente por cosas insignificantes, y no ha perdido la facultad de vivir *al pormenor*, testimonio el más seguro de que su alma no ha salido todavía de la infancia. En una palabra, no ha tomado el partido de ser desgraciado, y por pesada que sea la cruz que lleva sobre sus hombros, se baja para recoger los pequeños consuelos, los insignificantes placeres que se le presentan en su camino. En su pleito con el destino, ha perdido lo principal, pero no ha renunciado á disputar los accesorios. En esto veo una prueba de que los resortes de su alma no están enteramente rotos... ¡Ah! si la esperanza ilumina todavía con pálido y vacilante fulgor un rinconcito de ella, respetad, vientos del cielo, esa humilde lamparilla, no extingáis el humeante pábilo! El brillo de una sola estrella en las profundidades de la noche, sustituye al día para el que sufre.

»¡Ah! ¡Con qué cruel aspereza no le disputan los pocos placeres que le restan! Á pesar de sus chanzonetas sobre las plantas, es aficionado á las flores, y había conseguido del jardinero de su padre que le concediera una porcióncita de terreno para cultivarla á su guisa. El conde, al parecer, había ratificado este favor; pero esta condescendencia inaudita no era por su parte más que un refinamiento de crueldad. De algún tiempo acá, cada tarde después de comer, Esteban pasaba una hora en su pequeño parterre; arrancaba las malas yerbas, plantaba, regaba, vigilaba

con mirada paternal el renacimiento de sus queridas crías... Ayer, una hora después de la sangrienta fustigación, mientras su padre curaba las heridas de Iván, alejóse Esteban de puntillas. Transcurridos algunos minutos paseándome por la terraza, le vi entretenido con grave recogimiento en su gran tarea de regar las plantas. Estaba yo á cortos pasos de distancia, cuando se acercó el jardinero, provisto de un azadón, y sin chistar descargó un tremendo golpe en medio de un cuadro de verbenas que crecían en uno de los extremos del acirate. Esteban se irguió bruscamente, y creyendo que el jardinero se había vuelto loco, abalanzóse sobre él gritando:

»—¡ Miserable! ¿ qué haces?

»—Hago lo que su excelencia me ha mandado—contestó el jardinero.

»En aquel momento el conde se encaminaba hacia nosotros, con las manos en los bolsillos, tarareando un aria, y con expresión de amable bondad. Esteban ha tendido los brazos hacia él; una de esas miradas que le petrifican, le ha impuesto silencio. Inmóvil en medio del sendero, contemplaba con espanto el fatal azadón que destruía una á una todas las plantaciones de su querido parterre. En vano se esforzó en ocultarnos su desesperación; le flaqueaban las piernas, latíale con violencia el pecho; fijó, en sus queridos tesoros devastados, sus grandes ojos, de los que se desprendieron dos gruesas lágrimas que ví rodar lentamente por sus mejillas... Pero cuando el destructor instrumento se acercó á una magnífica clave-llina, que era el más bello adorno de su jardín, entonces le faltó el valor, lanzó un grito, y alzando las manos al cielo, huyó sollozando. El conde le vió correr, y asomó á sus labios una sonrisa atroz... ¡Ah! Si ese padre no odia á su hijo, no sé lo que es odio, ni cómo se manifiesta en el rostro humano. No obstante, me he lanzado interponiéndome entre el azadón y la clavellina, como una hora antes entre el knout é Iván. La desesperación



de Esteban me había conmovido; quise á toda costa salvar de la destrucción aquella flor, que le era tan querida: el semblante de Kostia Petrovitch me robó toda esperanza. Parecía decirme:

»—Os hacéis todavía el sentimental, y esto podría no agradarme tal vez.

»—¡Es tan bonita esa flor!—le dije.—¿Á qué destruirla?

»—¡Ah! ¡Os gustan las flores, querido Gilberto!—ha contestado con aire de diabólica malicia.—¡Me alegro mucho!

»Y volviéndose al jardinero:

»—Llevaréis cuidadosamente todas esas flores y las colocaréis en una jardinera con que decoraremos la habitación de este caballero. Tengo una satisfacción en proporcionarle ese gusto.

»Y así hablando, se frotaba alegremente las manos, y volviéndome la espalda, comenzó de nuevo á tararear su arieta. Evidentemente estaba satisfecho de la jornada.

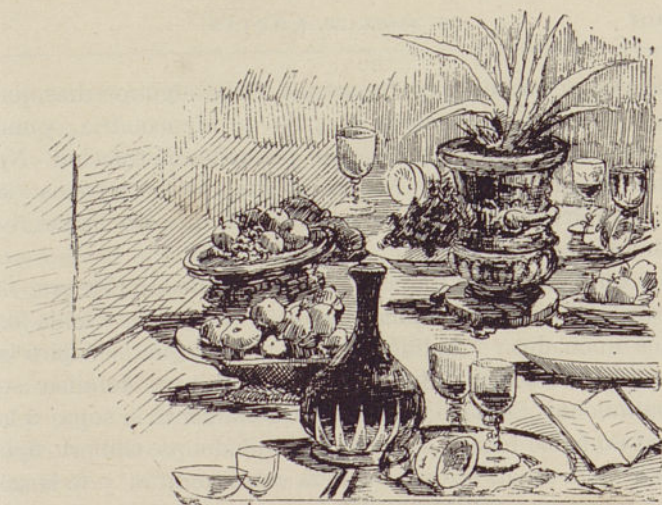
»Ahora las flores de Esteban están aquí, ante mis ojos, han venido á ser propiedad mía. ¡Oh! si él lo supiera... No puedo dudarle, M. Leminof desea que su hijo me aborrezca; y lo ha conseguido. Colmado de atenciones, de cuidados, mimado, elogiado, ensalzado, tratado como favorito y gran visir, ¿cómo no ser objeto de aversión y de desprecio para esa pobre víctima? ¡Ah! ¡Si él pudiera leer en mi corazón!... Y en resumidas cuentas, ¿qué leería? Una compasión impotente que sublevaría su orgullo. No puedo hacer nada por él; no depende de mí aliviar su mal, verter algún bálsamo en sus heridas... ¡Ea, Gilberto, ocúpate de Bizancio! ¡acuérdate de tus compromisos! El dueño de esta casa te arraneó la promesa de que no te mezclaras en sus asuntos. Traduce el griego, amigo mío, y en tus ratos perdidos, diviértete con tus títeres. Fuera de esto, ojos cerrados y boca muda, he ahí tu divisa!... Pero, dices tú, viendo sufrir á ese niño, temo ser

presa de la melancolía. Pues bien, si tu inútil piedad se convierte en carga pesada para ti, dentro de diez meses saldrás de tu destierro, recóbrarás tu libertad, y con tres mil escudos en el bolsillo, podrás emprender, antes de regresar á París, el viaje á Italia, objeto de tus secretos ensueños y de tus más ardientes votos!... Feliz entonces, armando tu mano con el blanco bordón del peregrino, sacudirás el polvo del Geierfels, y te irás á olvidar, contemplando las fachadas de los palacios venecianos, los sombríos misterios de un antiguo castillo gótico mal habitado.»









## VIII

**M**IENTRAS Gilberto trazaba rápidamente estos últimos renglones, sonó la campana llamando al comedor. Bajó corriendo á la espaciosa estancia y los encontró á todos sentados á la mesa.

—Vamos á ver—le dijo jovialmente el conde Kostia—¿qué os parece nuestro nuevo comensal?

Gilberto percibió entonces la presencia de un quinto convidado cuya fisonomía no le era enteramente desconocida. Este nuevo invitado estaba sentado á la derecha del padre Alejo, quien parecía muy poco complacido del nuevo comensal. Era éste nada menos que Solón, el favorito del amo, un titi de los que llaman vulgarmente en algunos países monos enlutados, de negro pelaje, y con la cara, manos y piés de color pardo rojizo.

—Espero me perdonaréis—prosiguió M. Leminof—que



haga comer á Solón con nosotros. Hace algunos días que ese pobre animal parece atacado de hipocondría, y me complazco en procurarle esta pequeña distracción. No dudo que le divertirá. Aborrezco los rostros tétricos; la hipocondría es el refugio de los tontos que no hallan recursos en su talento.

Pronunció estas últimas frases dirigiéndose á Esteban. El rostro del joven estaba más sombrío que nunca; tenía los ojos hinchados y hundidos. La indignación que le inspiró la brutal frase de su padre le dió fuerzas para dominar su abatimiento. Se puso á comer resueltamente la sopa, á la cual no había tocado todavía, y sintiendo que Gilberto fijaba la vista en él, irguió la cabeza con prontitud y le lanzó una mirada centelleante. Gilberto creyó adivinar que le pedía cuenta de su clavellina, y no pudo menos de ruborizarse, tan cierto es que no basta ser inocente para tener la conciencia tranquila.

—Francamente—continuó el conde bajando la voz—¿no halláis alguna semejanza entre los dos personajes que se sientan al extremo de la mesa?

—No me parece muy notable esa semejanza—contestó friamente Gilberto.

—¡Oh, por Dios! No quiero decir que sean idénticos en todos sus puntos. Concedo sin pena que el padre Alejo hace mejor uso de sus pulgares; concedo también que en su cabeza hay algunos granos de fósforo más, porque, ya lo sabéis, los sabios de hoy día, á su costa y riesgo, han reconocido que el espíritu humano no es más que una cerilla fosfórica.

—Esos mismos sabios—dijo Gilberto—consideran el genio como una neurosis. ¡Buen provecho les haga! ¡No son hombres!

—Tratáis muy ligeramente á la ciencia; pero contestadme con ingenuidad: ¿no halláis cierta analogía entre esos dos personajes vestidos de negro y con el rostro rojizo?

—Mi opinión—dijo Gilberto impaciente, interrumpién-

dole — es que Solón es bastante feo y el padre Alejo muy guapo.

—Vuestra contestación me pone en grave apuro — repuso el conde — y no sé si debo daros gracias por el cumplimiento dirigido á mi capellán ó incomodarme por la dureza con que habláis de mi mono... Lo cierto es—añadió —que mi mono y mi capellán... no he dicho bien, mi capellán y mi mono se parecen en una cosa: los dos tienen una afición decidida á las trufas. Mirad!

Acababan de servir un guisado con trufas. Solón devoró una porción en un abrir y cerrar de ojos, y como su instinto le inducía á codiciar el bien ajeno, fijó en el plato de su vecino miradas llenas de amorosa concupiscencia. Ágil, diestro y atento á las oportunidades, aprovechó el momento en que el padre llevaba el vaso á los labios, para alargar la pata. Coger una trufa y tragársela, fué para él negocio de medio segundo. Fuera de sí de indignación, el buen hombre se volvió rápidamente y miró al ratero con centelleantes ojos. El titi se afectó poco por aquel arranque de cólera, y para celebrar el feliz éxito de su fechoría, se agarró con sus cuatro manos al respaldo de la silla, y se entregó á zarandeos desordenados y frenéticos. El buen padre movió tristemente la cabeza, alejó su plato y continuó comiendo, no sin vigilar con el rabillo del ojo los movimientos del enemigo. Pero en vano se mantenía alerta: á despecho de sus precauciones, nuevo ataque, nuevo hurto, y nuevo zarandeo de gozo del titi. Esta vez le faltó la paciencia al padre Alejo, y el mono recibió en pleno hocico un vigoroso papirotazo que le arrancó un grito agudo, pero al mismo tiempo el capellán sintió hincarse en su mejilla izquierda dos hileras de afilados dientes. Trabajo le costó retener un grito; abandonó la partida; dejó á Solón que se comiera su parte en sus mismas barbas, y no se ocupó más que en restañar la sangre, que manaba abundante de su herida.

El conde fingió no ver lo que acababa de ocurrir; pero



sus ojos chispeaban de contento, atestiguando que no había pasado inadvertido para él el menor detalle de aquella tragi-comedia.

— Parece que desconfiáis de Solón, padre—dijo, viendo que éste retiraba la silla y se mantenía á alguna distancia del mono.—No tengáis cuidado, es manso é incapaz de una mala acción. No tiene más sino que ahora está un poco triste, pero en su melancolía observa todas las reglas de la urbanidad... en cuyo caso no se encuentran todos los melancólicos —añadió dirigiendo una mirada oblicua á Esteban, el cual, presa de súbito acceso de tristeza, acababa de apoyar los codos en la mesa, cubriéndose los ojos con la mano derecha para ocultar sus lágrimas á la mirada de aquel desnaturalizado padre.

El mismo Gilberto sentíase próximo á desfallecer, y se retiró de la mesa lo más pronto que pudo. Felizmente nadie le siguió á la terraza. Esteban ya no tenía flores que cultivar y fué á encerrarse en la gran torre. Por su parte, el padre Alejo se apresuró á ir á curarse la herida; en cuanto á M. Leminof, estaba descontento del aire de frialdad, y según él, de compostura con que Gilberto había escuchado sus chanzonetas, y volvió á su gabinete prometiéndose dar á su señor secretario, del cual por otra parte hacía gran aprecio, ese último grado de flexibilidad y de dulzura que le faltaba todavía. El conde Kostia estaba en una edad en que el alma mejor templada experimenta por momentos la necesidad de expansionarse, se hubiera alegrado de tener á su lado un sér complaciente, y su gozo fuera completo si pudiese hacer aceptar este empleo á su secretario.

Gilberto atravesó presuroso la terraza y apoyándose de codos en el parapeto, contempló durante algún tiempo el camino real donde reinaba profundo silencio. «¡Diez meses todavía!» se dijo, y frunciendo las cejas, volvió sus miradas hacia el odioso castillo donde su destino le encarcelara. Parecía que la vetusta morada quisiese vengarse

de su mal humor: jamás había estado revestida de tan sonriente aspecto. Un rayo del sol poniente bañaba cual luminosa faja sus anchurosos tejados; de los ladrillos brotaban ambarinos destellos, los remates nadaban en polvillo de oro, y los eaballetes y veletas despedían chispas. El aire estaba embalsamado; las lilas, el toronjil, el jazmín y la madreSelva mezclaban sus perfumes, que el soplo casi imperceptible del viento del norte esparcía por los cuatro ángulos de la terraza, y estos perfumes errantes se impregnaban, al paso, de otros olores más delicados y sutiles; de cada hoja, de cada pétalo, de cada brizna de yerba se éxhalaban secretos aromas, palabras mudas que las plantas cambiaban entre sí, y que revelaban al corazón de Gilberto el gran misterio de felicidad que estremece el alma de las cosas.

Entregado á la embriaguez de sus sentidos se felicitó de poder saborear todavía los goces contemplativos que le habían hecho tan feliz en las dos primeras semanas de su permanencia en Geierfels. Encaminóse hacia la plazuela central de la terraza. Allí, entre una acacia de follaje elegantemente recortado y un catalpa de hojas color verde pálido, había un estanque de mármol cuyo resquebrajado brocal estaba cubierto de musgos y mastuerzos. Un agua límpida llenaba aquella concha engastada en el aterciope-lado césped. En el centro, sobre un pedestal de pórfido, se elevaba una estatua amarillenta y deteriorada por el tiempo, que representaba un fauno jovial. En sus labios asomaba olimpica sonrisa. La cornuda deidad se inclinaba desde lo alto de su pedestal para mirar en el agua su temblorosa imagen, á la cual los nenúfares que bordeaban el estanque formaban verde marco. Al parecer, se complacía en ver reflejar su desordenada alegría en el líquido espejo, que plegándose á intervalos, multiplicaba su risa, y la desparramaba en todas direcciones. Al mismo tiempo el gollete del canal subterráneo que conducía el agua al estanque, manando pausadamente, prestaba voz



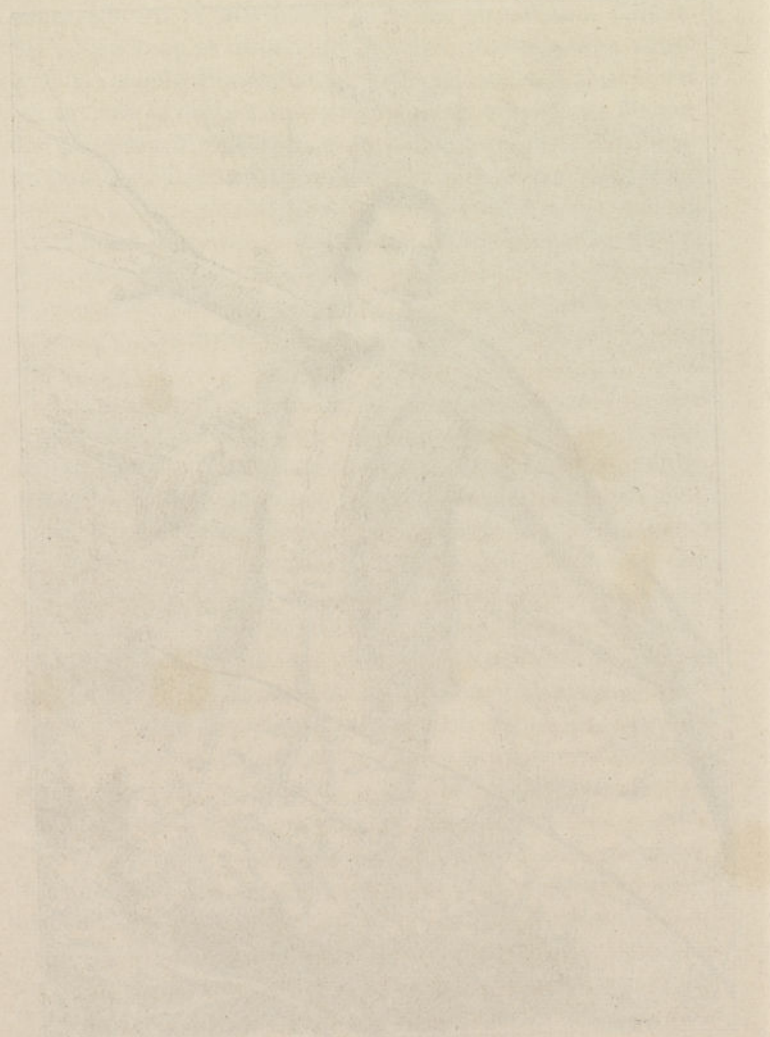
á aquella alma muda é irónica que el escultor había encerrado en el marmóreo seno de su estatua. Gilberto, apoyado en el tronco del catalpa, contemplaba aquel cuadro risueño y encantador; pero la burlona alegría del fauno nada le decía á su corazón, y sus miradas se fijaban con preferencia en una magnífica ninfea que, erguida sobre un largo pedúnculo, se extendía en la superficie del agua. Aquella corola, de blancura deslumbrante, le parecía el símbolo de los puros y profundos goces que penetran en el corazón del hombre cuando Dios consiente en descender del cielo para habitar en él, y por instantes se repetía á media voz la divisa sagrada del budhismo: *¡Paz eterna en el loto!*

Al cruzar por el césped que rodeaba el estanque, sus miradas se fijaron en algo que formaba mancha en tan risueño parterre. Era un rincón de tierra inculta, un sitio sombrío, triste... el pobre jardín de Esteban devastado. Ante aquella vista se le oprimió el corazón: alejose presurosamente y se refugió en la extremidad norte de la terraza. Allí crecía un vigoroso sauce llorón cuyas ramas barrián casi el suelo, formando una encantadora glorieta. Por entre sus ramas, un citiso inmediato dejaba colgar como girándulas, algunos de sus racimos color amarillo de oro, exhalando exquisita fragancia. Un banco circular rodeaba el tronco del sauce. Sentóse en él muy enojado contra sí mismo, al advertir que la imagen del desconsolado Esteban le perseguía de nuevo importuna.

—« ¡Y bien! — se dijo, — ese joven acaba de sufrir un nuevo acceso de desesperación, es posible que en este instante llore todavía, encerrado en su torre, apoyados los codos en la mesa, solo, entregado á sí mismo, sin un amigo que le interrogue sobre los motivos de su aflicción, ni le consuele, ni le compadezca, ni le anime... Pero yo no puedo enjugar sus lágrimas. ¿Por qué me he de ocupar de él? Malhaya esa inútil compasión que turba mi existencia sin aprovechar á nadie! »







Gilberto estaba decidido á anegar aquella tarde sus penas en las divinas armonías de la naturaleza. Para conseguir mejor su objeto, llamó en su ayuda á la poesía, porque los grandes poetas son los eternos mediadores entre el alma de las cosas y nuestros débiles corazones de arcilla y limo. Recitó los disticos en que Goethe describe en un lenguaje digno de Homero y de Lucrecio, las metamórfosis de las plantas. Este trozo que figuraba á manera de preámbulo al principio del libro que llevaba consigo en sus paseos, lo había aprendido de memoria pocos días antes. Para penetrarse mejor del sentido de aquellos admirables dísticos, procuró traducirlos en alejandrinos franceses, tarea á que se había dedicado algunas veces. Este ensayo de traducción le pareció en seguida superior á sus fuerzas. Sabido es que sólo la poesía alemana es capaz de hacernos sentir el nacimiento de la yerba en el seno de la tierra y el giro de las esferas celestes en el espacio. Cada lengua tiene sus pedales y sus registros particulares; la musa tudésca es la única que puede ejecutar esos motivos graves que es necesario tocar á la sordina... Gilberto, durante más de una hora, se consumió en vanas tentativas, y, al fin, exasperado, contentóse con recitar de nuevo en alta voz, el poema que desesperaba de poder traducir. La primera mitad la dijo con el fuego del entusiasmo, pero su acento se entibió al pronunciar el pasaje siguiente :

«Cada flor, querida mía, te habla con voz clara y distinta, cada planta te anuncia claramente las leyes eternas de la vida; pero esos geroglíficos sagrados de la diosa que descifras en su perfumada frente, los vuelves á encontrar en todas partes, ocultos bajo otros emblemas. ¡La oruga, que al principio se arrastra, no tarda, ligera mariposa, en lanzarse rápida por los aires! ¡así el hombre, modelándose en el crisol del progreso, hace que su alma recorra el círculo de sus metamórfosis! ¡Oh! recuerda solamente, cómo el lazo que anudó nuestros espíritus, fué germen del que surgió con el tiempo dulce y encantadora simpatía, y



en breve la amistad, á su vez, reveló su poderío á nuestros corazones, hasta que el amor, llegando por último, la coronó de flores y frutos...»

Al llegar aquí una ligera nube de tristeza cruzó por la frente de Gilberto; sentía una secreta desesperación por haber encontrado en los versos de su poeta favorito un pasaje cuya aplicación no podía hacerse á sí mismo.

—Á lo que parece—se dijo después de haberse tomado el trabajo de reflexionarlo—hasta hoy no he encontrado el alma, hermana gemela de la mía, que Dios destina á mi ternura, ó bien, si la he encontrado, no me ha dado tiempo suficiente para conocerla. En asuntos de pasión, no soy de los que precipitan los desenlaces. Mis sentimientos se hallan sometidos á la ley del progreso insensible, no conocen las expansiones súbitas y milagrosas. Si, un simple conocimiento, para empezar lazo... luégo la costumbre, más adelante la amistad... y el amor en fin, es decir, el desenlace, la oruga convertida en mariposa desplegando sus azuladas alas, el árbol cubriéndose de flores y frutos... Algún día, tal vez... en mi peregrinación por Italia... *Chi lo sa?*

En esto había llegado la noche, noche parecida á un día fresco y sereno. La luna brillaba radiante en el zenit, inundaba de suave blancura los celestes campos, sacudía su antorcha sobre el Rhin y hacia centellear la cresta de sus movedizas aguas; esparcía sobre las copas de los árboles una lluvia de plateados resplandores; suspendía en sus ramas collares de zafiros y diamantes azulados que la brisa frotaba juguetona. Los grandes bosques dormidos se estremecían al contacto de aquel rocío de claridad que bañaba sus soberbias frentes, y sentían que algo divino se insinuaba en el horror de sus sombríos retiros. Á ratos, un ruiseñor lanzaba al viento algunas notas sonoras y sostenidas: parecía que la selva dejaba oír su voz hablando adormecida y que su alma arrobada en éxtasis, exhalaba su embriaguez en largo suspiro de amor.

Gilberto había velado hasta muy tarde las noches precedentes; desde que había resuelto pasar poco tiempo en Geierfels, se dedicaba afanoso á sus estudios sobre los bizantinos, con la esperanza de que adelantando algún tanto la terminación, el conde Kostia consintiera más fácilmente en su partida. El exceso de trabajo, por muy robusta que fuera su constitución, acabó por fatigarle y reivindicando la naturaleza sus derechos, el sueño se apoderó de él en el momento en que pensaba levantarse del banco para ir á entablar en su aposento un rato de conversación nocturna con Agathias y Procopio.

Cuando despertó, la luna había recorrido ya largo camino y declinaba hacia el horizonte. Al abrir los ojos quedó sorprendido, figurándose no haber dormido sino cortos momentos. Se levantó y sacudió sus miembros entorpecidos por la humedad. En este momento, el reloj del castillo dió dos campanadas. Por fortuna, era el único habitante de Geierfels que tenía libre la salida y la entrada; el torreón que ocupaba tenía comunicación con la terraza por una escalera secreta y una puertecita excusada, cuya llave poseía. Felizmente, también, los perros habían aprendido á conocerle, y no intentaron estorbar su retirada. Llegó á la puertecilla sin tropiezo, la abrió, y después de haber encendido una bujía que llevaba en el bolsillo, subió con precaución la escalera, cuyos peldaños estaban rotos en más de un sitio.

Acababa de llegar á la primera meseta á que daba el vasto comedor que dominaba á lo largo de la fachada principal paralela á la terraza, y se disponía á franquearla, cuando oyó de pronto un largo y doloroso suspiro que salía de lo profundo de la galería. Se estremeció y permaneció algunos momentos inmóvil, con el cuello tendido, el oído atento y sondeando con la vista la oscuridad de donde esperaba ver salir alguna fúnebre aparición; pero casi al mismo tiempo una ráfaga de viento, penetrando por la ventana de una claraboya, la hizo girar sobre sus goznes



produciendo un sonido plañidero, que repitieron los ecos del corredor. Gilberto presumió que lo que había creído un suspiro no era más que el gemido del viento, remendando en sus melancólicos juegos, la voz del dolor humano. Se puso á andar de nuevo y había subido ya algunos escalones del segundo tramo, cuando un nuevo suspiro, más lúgubre todavía que el primero, llegó á herir sus oídos y á helarle la sangre en la venas. Ya no cabía duda, el viento no tiene semejantes acentos: era un quejido áspero, estridente, desgarrador, que parecía salir de las entrañas de un espectro.

Mil siniestras suposiciones exaltaron el ánimo de Gilberto, que no se dió tiempo para profundizarlas. Conmovido, palpitante, con la frente ardiendo, se lanzó de un salto á la meseta y, dirigiéndose á la entrada de la galería, exclamó con acento conmovido y sin saber lo que decía:

—¿Quién está ahí? ¿quién necesita socorro? Yo, Gilberto, estoy pronto á acudir en su auxilio...

Su voz se engolfó y se perdió bajo las sombrías bóvedas del corredor. Nadie contestó; las tinieblas permanecieron mudas. Con la viveza de su movimiento, Gilberto había apagado la bujía; disponíase á encenderla de nuevo, cuando un murciélago, lanzándose bruscamente sobre él, le azotó la frente con sus alas. El estremecimiento que le produjo este ataque imprevisto fué causa de que dejara caer la vela; se bajó para recogerla y no la pudo encontrar. Á pesar de este contratiempo no dejó de andar hacia adelante. Un débil rayo de luna, que penetraba por la claraboya y proyectaba á la entrada del corredor una larga línea de azulada luz, le sirvió para guiar con seguridad sus primeros pasos. En seguida se encaminó á tientas, con los brazos extendidos y tocando la pared. Á cada tres pasos, se detenía aplicando el oído y repetía con voz ahogada por la emoción:

—¿Quién está ahí? ¿Puedo hacer algo en vuestro servicio?

No obtuvo otra respuesta que los latidos de su corazón y el murmullo del viento, que continuaba haciendo rechinar los goznes de la claraboya.

La galería en que se había internado Gilberto interrumpíase á la mitad de su longitud por dos escalones á cuyo pié se encontraba una gran puerta de hierro que permanecía abierta durante el día, y que al oscurecer se cerraba con doble vuelta de llave. Al acercarse, Gilberto entrevió un débil resplandor que surgía por debajo de la puerta. Bajó los escalones, y cuando aplicó sus ojos á la cerradura, de la que habían quitado la llave, lo que vió transformó la horrible angustia que acababa de experimentar en gran sorpresa mezclada de terror.

Á veinte pasos de él se erguía la espantosa figura de un fantasma. Estaba envuelto en un gran lienzo blanco-arrollado varias veces al rededor de su cuerpo, y pasando por debajo de su brazo derecho, volvía á caer por encima de su hombro izquierdo. En una manó tenía una antorcha y una espada, en la otra un cuadro de ébano de forma oval, del que Gilberto no veía más que el dorso, y que debía contener un retrato. El rostro de este fantasma era pálido, flaco, de longitud desmesurada; su marchita piel parecía incrustada en los huesos; sudor abundante corría por su frente y pegaba los cabellos á las sienes. No hay palabras para expresar el espanto que producía su mirada. Le pareció á Gilberto que aquellas ardientes pupilas se clavaban en él á través de la puerta, y sin embargo no veían nada de cuanto las rodeaba, el rayo visual estaba vuelto hacia dentro; el invisible objeto en que se encarnizaba aquella mirada era un corazón habitado por espectros.

De repente, los labios del nocturno rondador se entreabrieron, y dejó escapar un nuevo suspiro más terrible aún que los dos precedentes. Se hubiera dicho que su oprimido pecho quería sacudir, por un violento esfuerzo, una montaña de pesares cuyo peso le aplastaba, ó, por mejor decir, el alma quería exhalar en ese gemido deses-



perado. Sintióse sobrecogido Gilberto de inexplicable turbación, y erizáronse sus cabellos. Quiso huir; pero una curiosidad más poderosa que su terror le impidió moverse de aquel sitio y le clavó en la puerta. En aquellas cejas, en aquellos pómulos, á pesar del desorden de aquella faz, había reconocido al conde Kostia.



Por fin el siniestro sonámbulo salió de su inmovilidad, y avanzó á paso lento; su marcha era la de un autómeta. Después de haber andado diez pasos, se detuvo, paseó la mirada en derredor suyo, y se inclinó ligeramente. Los dilatados rasgos de su fisonomía recobraron sus proporciones naturales, la vida se reanimó en su frente, la inercia cadavérica de su rostro cedió el puesto á una expresión

de melancolía y abatimiento. Durante algunos segundos, movió los labios sin pronunciar una sílaba, como para darles flexibilidad y prepararlos de nuevo al uso de la palabra; luégo con voz dulce que Gilberto no le conocía y con el plañidero acento de un niño doliente:

—¡Cuánto pesa este retrato!—murmuró.—No puedo sostenerlo; quitadlo de mis manos; me abrasa. Por favor, apagad ese fuego, extinguidlo. Tengo un tizón en el pecho. Cubridlo de ceniza; cuando no le vea más, sufriré menos. Mi mayor padecimiento está en los ojos. Si estuviera ciego, podría volver á Moscou...

Y con voz más apagada:

—Verdad es que podría destruir este retrato; pero *al*

*otro*, no puedo matarlo. ¡Maldición sobre mí! Este es el más parecido de los dos... Son sus cabellos, es su boca, es su sonrisa... ¡Ah! ¡Dios sea loado! He matado la sonrisa. La sonrisa no existe ya. He logrado enterrarla... Pero en un ángulo de la boca hay el lunar. Le he besado mil veces; quitad ese lunar, me hace daño! Sin ese lunar, yo padecería menos. ¡Misericordia divina! siempre está allí... Pero ya he enterrado la sonrisa. La sonrisa no existe... La he encerrado en el fondo de un ataúd de plomo. No saldrá de allí...

Luégo, cambiando repentinamente de acento, y con voz tranquila, pero hueca, fijos los ojos en la enmohecida espada que empuñaba su mano derecha:

—La mancha no se quita—dijo.—El acero no quiere absorberla. No era esta la sangre que apetecía. Ya hallaré la otra, y la beberá. ¡Ah! Ya veréis como la beberá.

Dicho esto, volvió á guardar silencio y al parecer reflexionó profundamente, hasta que irguiendo la cabeza, gritó con entonaciones fuertes y vibrantes, que hicieron temblar la puerta de hierro en sus goznes:

—Morlof, ¿con que no eres tú? ¡Ah! querido compañero, me engañé... ¡Ea! No echés de menos la vida. No es más que el sueño de una lechuza... Créeme, amigo mío, quisiera morir, pero no puedo. Es necesario antes que sepa... es necesario que descubra... ¡Ah! Morlof, Morlof, deja tus manos entre las mías, ó creeré que no me perdonas... ¡Dios mío! ¡qué frías están esas manos... frías... frías!

Y al decir estas palabras, un estremecimiento agitó todo su cuerpo; su cabeza se movió convulsivamente sobre sus hombros, rechinaron sus dientes, pero, á poco, calmándose:

—Yo quiero saber el nombre—murmuró.—¡Yo lo sabré! ¿No habrá quien me diga ese nombre?

Al expresarse así levantó el retrato á la altura de su rostro, y con la cabeza inclinada, y alargando el cuello, se



hubiera dicho que procuraba descifrar en aquel lienzo un escrito microscópico ó bien oscuros geroglíficos.

—¡El nombre está aquí!—decía.—Está escrito en el lugar del corazón, en el fondo de ese corazón; pero no puedo leerlo, la letra es muy fina, es letra de mujer; no sé leer la letra de las mujeres. Emplean un carácter cuya clave sólo posee Satanás. Tengo la vista turbia, siento en mi cerebro el zumbar de mil abejorros. Hay uno sobre todo que me oculta siempre ese nombre. ¡Oh! por favor, por compasión, quitad el abejorro y traedme unas tenazas... Con buenas tenazas, iré á buscar ese nombre hasta las últimas fibras de este corazón que ya no late...

Y añadió, con terrible acento :

—Los muertos no despegan jamás los labios. El que vive, hablará. Ya veréis como le obligo á hablar... Arrancadle su negro ropaje, tendedle sobre esta tabla. ¡Los borceguíes! ¡Los borceguíes! ¡apretad los borceguíes!

Luégo, interrumpiéndose bruscamente, levantó los ojos y los mantuvo fijos en la puerta. Una expresión de furor mezclada de espanto apareció en su rostro, como si acabara de ver de pronto algún objeto horrible y alarmante. Su fisonomía se descompuso, se le torció la boca cubriéndose de espuma; sus pupilas, desmesuradamente dilatadas, despidieron fuego, lanzó un sordo rugido, dió algunos pasos hacia atrás y de pronto, dejando caer al suelo el candelero se apagó la luz, y gritó con horrenda voz :

—¡Detrás de esa puerta hay unos ojos!... ¡hay unos ojos!... ¡unos ojos!...

Sobrecogido de horror, desatinado, fuera de sí, Gilberto se volvió y emprendió la fuga. Á pesar de la oscuridad, encontró milagrosamente su camino. Corriendo á través el corredor, subió en tres saltos la escalera, se lanzó en su aposento, á cuya puerta echó el cerrojo, encendió precipitadamente una bujía y después de haber paseado la mirada en derredor suyo, para asegurarse de que el fantasma no había entrado detrás de él en su reducto, se

dejó caer en una silla, aturdido y sin aliento. Cuando hubo reposado algunos momentos, se avergonzó de sus temores, pero á su pesar, la turbación era tal que á cada leve rumor que oía, creía percibir los pasos del conde Kostia subiendo la escalera del torreón. Sólo después de haber rociado con agua fría su enardecida frente, recobró alguna calma, y, queriendo, por un esfuerzo supremo, exorcizar las espantosas imágenes que le asediaban, se sentó á su mesa de trabajo y abrió resueltamente uno de los folios de la *Byzantina*. Iba á emprender la lectura, cuando sus miradas tropezaron con una carta abierta, que habían dejado sobre la mesa durante su ausencia. La desplegó; su contenido era el siguiente:

«Óigame el de las frases retumbantes, te escribo para participarte todo el odio que me inspiras. Sábelo bien; desde el día en que te ví por vez primera, tu andar, tu figura, tus maneras, toda tu persona, fueron para mí objeto de desconfianza y aversión. Creí reconocer en ti á un enemigo y los sucesos han probado que no me equivocaba. Ahora te detesto, y te lo declaro francamente, porque no soy hipócrita, y deseo que sepas que hace un momento, en mis oraciones, he rogado á San Jorge que me proporcione una ocasión para vengarme de ti...

»¿Qué has venido á buscar á esta casa? ¿Qué hay entre los dos? ¿Hasta cuándo pretendes imponerme el suplicio de tu odiosa presencia, de tus sonrisas irónicas y de tus miradas insultantes?... Antes de tu llegada, faltaba algo para completar mi desgracia. ¡Dios sea loado! tú te encargaste de dar la última mano. En otro tiempo yo podía llorar á mi sabor, sin que nadie se ocupara en contar mis lágrimas: quien las causa no descende á esas nimiedades, tiene confianza en mí, sabe que al cabo del año la cuenta será justa; pero tú, tú me observas, tú me espías, tú me estudias. No se me oculta que al mirarme te entregas á breves diálogos íntimos, y esos diálogos me son insoportables. Atiende bien lo que te digo, te prohibo



que me estudies, te prohíbo que procures definirme. Esa es una afrenta que no tienes derecho á inferirme; y yo tengo el derecho de ser indefinible, si me parece bien. ¿Crees que no he adivinado, poco há, que tenías los ojos fijos en mí? Al momento he levantado la cabeza, te he mirado fijamente, y te he obligado á ruborizarte... Sí, te has ruborizado, no intentes negarlo... ¡Qué consuelo para mí! ¡Qué triunfo!... ¡Ay! esto no impide que yo no me atreva á asomarme á la ventana, por temor de verte mirando al cielo, haciendo con aire sentimental declaraciones de amor á la naturaleza.

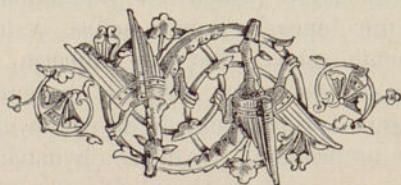
»Explícame, hombre hábil, ¿cómo te compones para combinar tanta sensiblería con una destreza tan refinada? Tierno amigo de la infancia, de la virtud y de las puestas de sol, ¡qué diestro cortesano eres! Desde el primer día que llegaste aquí, el amo te honró con su confianza y su ternura. ¡Cuánto te quiere! ¡cuánto te estima! ¡Cuántas atenciones! ¡cuánto favor! ¿No nos mandará acaso mañana que besemos el polvo que pisas?... Si algo te importa, sabe que lo que más me subleva contra ti, es la inalterable dulzura de tu carácter y de tu semblante. Tú conoces á ese fauno que se mira noche y día en el estanque de la terraza; siempre ríe y siempre está contemplando su risa. Á ese eterno reidor, le detesto desde el fondo de mi alma como te detesto á ti, como detesto al mundo entero, exceptuando sólo á mi caballo Solimán. ¡Á lo menos en su alegría hay buena fe, se muestra tal como es, la vida le divierte, buen provecho le haga! Pero tú envuelves tu dicha en intolerable gravedad. Tu aspecto tranquilo me consterna, tus grandes miradas de satisfacción parece que dicen: «¡Me siento perfectamente bueno, tanto peor para los que están enfermos!...» Una palabra todavía. Tú me consideras como á un niño, y quiero probarte que no lo soy, mostrándote hasta qué punto te he adivinado. El secreto de tu sér, es que has nacido sin pasiones. Confiesa, si procedes de buena fe, que no, nunca has sentido en

tu vida un impulso de desesperación, de cólera, ó de compasión. ¿Hay acaso, dime, hay una sola pasión cuya influencia hayas experimentado, y la conozcas por algo más, que por lo que dicen los libros? Tu alma es como el nudo de tu corbata, siempre el mismo, y que tiene no sé qué aire tranquilo y razonable que no puedo sufrir. Sí, ese nudo de corbata me exaspera. Los dos extremos tienen exactamente la misma longitud, y acusan una *incompatibilidad* que llegaría á enfurecerme. No pretendo decir que ese famoso nudo no sea elegante. ¡Oh! ¡no por cierto! ¡Oh! ¡mil veces no! pero es tan correcto, que causa desesperación. He aquí precisamente la historia de tu alma. Cada noche al acostarte, vuelves á doblarla por los mismos pliegues; ¡todas las mañanas la desdoblas cuidadosamente, sin arrugarla! ¡Y te atreves á enorgullecerte de tu sabiduría! ¿Qué prueba esa pretendida sabiduría? Nada, sino que tienes la sangre pobre, y que al nacer tenías cincuenta años... Hay, sin embargo, una pasión que no te se puede negar... Ya me entiendes... Hombre de la lengua dorada y corazón de víbora, tienes la pasión del bien del prójimo!... ¡Ah! me olvidaba; al empezar esta carta, quería ocultarte que lo he descubierto todo. Temía causarte demasiado placer participándote que sabía... ¡Oh! ¡que no pueda hacerte comparecer en este instante á mi presencia! ¡cómo te confundiría! ¡como te obligaría á postrarte á mis piés, á pedirme perdón!...

»¡Oh mis queridas flores, mi cruz de malta, mis verbenas, mis rosales matizados, y sobre todo mi hermosa clavellina empenachada, que ha debido abrirse hoy! ¿sólo para él, sólo para regocijar la vista de ese insolente parásito, os había yo plantado, regado y cuidado con tanto esmero? ¡Ah queridas flores, no entraréis también á formar parte de mis resentimientos? ¡Desde cada uno de vuestros cálices, de cada una de vuestras corolas, salga un insecto devorador, alguna avispa de afilado aguijón, algún tábano furioso y todos juntos arrójense sobre él, le asaeten, le



persigan con sus amenazadores zumbidos y le destrocen el rostro con sus emponzoñados dardos! ¡Y vosotras mismas, queridas hijas, cuando se os acerque, cuando os mire, replegad vuestros hermosos pétalos, negadle vuestros perfumes, engañad sus cuidados, defraudad sus esperanzas, que la savia se agote en vuestras fibras, y que tenga el pesar de veros secar entre sus manos y caer convertidas en polvo! ¡Y pueda, ese hombre sin fe, á la vista de vuestras corolas marchitas y lánguidos tallos, secarse él mismo de pena, de despecho, de cólera y de remordimientos!...»





## IX

**L**A servidumbre de M. Leminof se componía de un cocinero francés, de un ayuda de cámara alemán llamado Fritz, y del fiel y robusto Iván. Tenía además á sueldo un jardinero y un mandadero; pero estos no formaban parte de la casa, y cada tarde se volvian al pueblo inmediato donde pasaban la noche.

El cocinero y el ayuda de cámara hacia pocos meses que habían entrado al servicio del conde Kostia. Uno y otro dormían en el entresuelo, y durante la noche todas las comunicaciones con el piso superior quedaban interrumpidas por una gruesa puerta de encina situada al pié de la escalera principal, que el conde cerraba por sí mismo dando doble vuelta á la llave. En cuanto á Iván, su posición no era la de un subalterno vulgar. En su calidad de siervo, era la propiedad, era la cosa de su amo; pero su



inteligencia y su abnegación le habían valido la honra de llegar á ser *su hombre*, un apéndice de su persona, su alma condenada, decia Esteban. Hacia más de treinta años que no se apartaba del conde; en Moscou, ó viajando, le había servido con irreprochable fidelidad; se había visto mezclado en todas las aventuras grandes ó pequeñas de su vida, le había dado especiales pruebas de su adhesión y de su destreza; y lo que es más importante todavía, sin haber recibido la menor confianza, poseía todos sus secretos y no lo daba á entender. Es un verdadero tesoro para un amo tener un servidor que posee el dón de leer en su corazón, y que no deja traslucir su perspicacia ni por una palabra, ni por una sonrisa, ni por una mirada! Por lo mismo, Iván poseía toda la confianza del conde, y gozaba de esa semi-libertad que es patrimonio de los agentes responsables. Pero desgraciado de él si cometía la más mínima falta! La menor negligencia, el descuido más excusable le exponía á severos castigos, y expiaba cruelmente el honor de su responsabilidad. Á decir verdad, por peligroso que fuera este honor, estaba orgulloso de él, porque Iván tenía dignidad á su manera. No significa esto que en otro tiempo no hubiese deseado su emancipación: había soñado en su juventud hacerse mercader ambulante é ir recorriendo los caminos, pero desde que empezó á encanecer su barba, había tomado gusto á la vida sedentaria, y si su amo le hubiese manumitido, no hubiera sabido qué hacer de su libertad. Sentirse necesario; he aquí lo que constituía su felicidad; y su felicidad era positiva. Tal era el secreto de aquella perpetua sonrisa que tanto daba que pensar á Gilberto. También es necesario advertir que habitualmente, y cuando no tenía nada que reprocharle, M Lemínof trataba con humanidad á su siervo. Si el día precedente le castigó con tanto rigor por una falta de que no era responsable, fué porque estaba en descubierto por otras anteriormente cometidas. Seis semanas antes, como se ha podido ver, la infatigable vigilancia de

Iván se había dejado burlar por su prisionero, y Esteban por la primera vez en su vida, había recorrido los campos sin su guardián. Esta imprevista escapatoria causó á Iván tal exceso de desesperación, que el conde Kostia le tuvo lástima.

—¡No te desespere, hijo mío! —le dijo.—Por esta vez te perdono, pero no transijo con las reincidencias, y al más pequeño pecado que cometas, pagarás doble.

Aun así, después de haberle apaleado, el conde curó con su propia mano sus heridas, testimonio de benevolencia, que sin disputa nada tenía de común. Al día siguiente, cuando el padre Alejo recibió la mordedura del odioso Solón, ¿lavó acaso el conde Kostia con su mano la ensangrentada mejilla del pobre capellán?... ¿Ocurriósele siquiera ofrecerle su bálsamo?... ¡Ah! es que en el *tchin* de sus afecciones su siervo y su limosnero no ocupaban el mismo puesto!

Así pues Iván tenía motivos para no estar descontento de su amo, y los tenía mejores todavía para estar contento de sí mismo. Había en su carácter cierta nobleza natural mezclada de dulzura; sus maneras eran graves y mesuradas; de genio sesudo, jamás ningún hombre libre se respetó tanto. Satisfecho de su suerte, nunca se le ocurriera olvidar sus penas en las sobreexcitaciones de la embriaguez; jamás bebía licores fuertes, pero en cambio tenía una afición decidida al the; el conde Kostia se lo dejaba beber á discreción, y cuando había consumido cinco ó seis tazas, se hallaba en un estado de éxtasis tranquilo gozando plenamente de la vida y de sí mismo. En estos momentos, cantaba con voz pura y melodiosa, acompañándose con la guitarra, una de las canciones populares de su país cuya belleza ha impresionado á todos los viajeros... ¡Pobres nervios enfermos de Esteban, qué dolorosos estremecimientos os causaban ese canto y esa guitarra!... Añadamos que Iván no conocía otra clase de embriaguez, muy común entre la gente servil: nunca se emborrachaba ha-



blando. En presencia de su amo y lejos de él, jamás abandonaba su mesurado porte, y era tan discreto en sus discursos como en su proceder. De robustez nada común, manejando en ocasión oportuna, con incomparable destreza, la hachuela que llevaba siempre suspendida del cinto, capaz, con su ayuda, de construir un barco, un coche ó una casa, según fuese necesario, poseía, sin tener sus vicios, todas las cualidades de cuerpo y de espíritu de los campesinos rusos que serán tal vez uno de los primeros pueblos de la tierra cuando hayan sacudido el yugo de la miseria y de la servidumbre.

No obstante, una cosa apenaba á Iván. Iván era muy sensible, y hubiera querido ser bienquisto de todos los que le rodeaban. Á eso, precisamente, aspiraba su sonrisa. Hubiera dado cualquier cosa por captarse el cariño de Esteban, pero este empeño era problema tan difícil de resolver como la cuadratura del círculo. ¿Cómo pudiera amar Esteban á aquel cuya vista le recordaba sin cesar toda la miseria de su condición, al séide del tirano, al portero de su prisión? Y al decir prisión, no es en sentido figurado. La vida de Esteban era casi la de un prisionero, y si no había rejas en su ventana, era porque daba á un tejado muy pendiente que lindaba con un precipicio, y esto bastaba para hacer inútiles las rejas. El aposento de M. Leminof se hallaba á un extremo de la plazoleta donde desembocaban las dos largas galerías paralelas que conducían, una al torreón de Gilberto, y la otra á la torre cuadrada habitada por Esteban. La galería de la izquierda estaba cortada, á mitad de su longitud, por una gran puerta de encina, como la de la derecha por una puerta de hierro; pero aquella puerta de encina no se abría jamás; sólo tenía practicable un portillo cuya llave guardaba Iván. Á algunos pasos de la puerta se abría en el muro un largo y estrecho gabinete: era el alojamiento del siervo. Á cuarenta pasos de distancia, en el fondo del corredor se encontraba la caja de la escalera de caracol que conducía al aposento

de Esteban, situado en el segundo piso de la torre, y compuesto de tres grandes habitaciones. Esta torre no tenía ningún escape secreto, como la que habitaba Gilberto; no se podía salir de ella más que por el corredor, ni del corredor más que por el postigo. El joven estaba perfectamente guardado. Es preciso advertir que el postigo no se abría sino el domingo por la mañana á la hora de misa, dos veces á la semana á la hora del paseo, y los demás días sólo á la hora de comer, es decir, á la caída de la tarde! El resto del tiempo vivía en reclusión, y para distraerse salía á la ventana y miraba al cielo, ó bien se paseaba como un leoncito enjaulado, á lo largo del abovedado corredor, que recibía luz por dos estrechas claraboyas, y se detenía pensativo, con los brazos cruzados, delante de la enorme puerta de encina, contemplando melancólicamente las hojas, las herrajes y las robustas jambas, que parecían lanzar un reto irónico á sus débiles brazos y á su pobre corazón devorado.

Así, el dominio privado de Iván se componía de una puerta, una galería, una torre y un niño, y nadie cazaba jamás en sus tierras á excepción del padre Alejo, que cada sábado iba á enseñar el catecismo á Esteban durante dos horas. Iván era el único que estaba autorizado para prodigar sus cuidados al prisionero; lavaba y recosía la ropa blanca, y hasta cortaba y cosía sus vestidos, oficio que desempeñaba á las mil maravillas, con hábiles dedos, y natural disposición... Es sabido que en Rusia el hombre del pueblo tiene innatos instintos de elegancia que se revelan en todas las obras que salen de sus manos... Como si no le bastara ser ayuda de cámara, sastre y portero, ejercía también las funciones de ayo, porque M. Leminof, que se ocupaba lo menos posible de su hijo, no daba respecto á él sino instrucciones generales, dejando á su siervo el cuidado de arreglar los detalles. Iván se sentía inducido al uso más moderado de sus poderes, y si hubiese seguido los impulsos de su corazón, el famoso portillo estaría más



tiempo abierto que cerrado; pero sabía por experiencia que en interés de su pupilo mismo, debía atarle corto: su demasiada complacencia habría provocado los rigores del amo y empeorado la suerte de la víctima. El año precedente, repitiéndose los paseos á caballo con demasiada frecuencia, el conde indicó un día que vendería á Solimán. Esto hubiera sido un golpe terrible para Esteban. Solimán, como se lo había escrito á Gilberto, era el único sér á quien quería en el mundo. Otra vez, acudiendo á las vivas instancias del mancebo, Iván consintió en conducirle varias tardes seguidas á respirar el fresco en la terraza. Al cabo de ocho días, el conde, á quien nada pasaba inadvertido, dijo á Iván:

—Hijo mío, á tu amo le ha crecido mucho el pelo, el mejor día voy á mandarte que se lo cortes.

Esta amenaza hizo estremecer á Iván, porque Esteban, que antes se ocupaba poco de su persona, de algún tiempo á aquella parte se había prendado apasionadamente de su magnífico cabello rizado, lo cuidaba mucho, peinándolo y perfumándolo con esmero. Un día que lo contemplaba en el espejo con excesiva complacencia, Iván se sonrió:

—No te rías—exclamó volviéndose con presteza— mira, estos cabellos, ya los ves, son el único lazo que me retiene en el mundo!

¡Cortar el cabello de Esteban! la mano de Iván hubiera temblado al ejecutar tan bárbaro mandato; pero Esteban no creía en sus buenas intenciones. La idea de verse gobernado por un siervo sublevaba el orgullo de este arrebatado joven y así lo demostraba su conducta, pues él, que temblaba en presencia de su padre, trataba ordinariamente con imperiosa arrogancia á aquel sér inferior que le tenía en su poder, y que con la yema del dedo meñique podía doblegarlo como una caña. Sin embargo, como á pesar de sus diez y seis años, y de su triste vida, era más niño de lo que pudiera creerse, acariciaba de continuo la esperanza de dominar á su carcelero, y para ello empleaba medios

cuya ineficacia había reconocido ya más de cien veces. Ora apelaba á argumentaciones que se perdían de vista; ora, y con mayor frecuencia, se encolerizaba prodigándole toda clase de denuestos. Á veces también con la gorrilla inclinada sobre la oreja, bajaba con paso ligero la escalera de la torre, atravesaba rápidamente el corredor, y al llegar al postigo:

—Iván—gritaba con desenfado—ábreme la puerta, y ensilla mi caballo. Vamos, pronto, que tengo prisa.

Iván se encogía de hombros.

—Estáis soñando—le contestaba.

—Y tú, durmiendo. ¿Me has entendido? El tiempo está hermoso; quiero salir, quiero correr, quiero pasar todo el día en el campo.

—«Queréis»—contestaba Iván, moviendo melancólicamente la cabeza.

Ciertamente que esa palabra *quiero* pronunciada por Esteban causaba extraño efecto. Entonces el niño se incomodaba, gritaba, se ponía furioso; y le decía Iván:

—¡No habléis tan alto! vuestro padre os oirá...

Esto le hacía bajar la voz; pero sus expresiones no eran por ello menos duras ni menos violentas. Para terminar, el siervo cogía la guitarra y hacía como que la templaba, en vista de lo cual Esteban huía tapándose los oídos... Estos eran sus días buenos. Había otros en que, concentrado profundamente en sí mismo y cediendo al rigor de su suerte, guardaba sombrío silencio y permanecía horas enteras acurrucado en el suelo en uno de los rincones de su aposento, con la cabeza entre las manos, contemplando con los ojos cerrados, los velados é insondables horizontes de su existencia, estremeciéndose ante la idea de que las horas iban á seguir á las horas, los días á los días, y los años á los años, sin producir cambio alguno en la monótona aridez de su destino.

Gilberto jamás tenía conversaciones con Iván. Le veía algunas veces en el gabinete de M. Leminof, pero no ha-



bían cambiado dos palabras entre sí desde su primer encuentro en la selva. El honrado siervo, que era inteligente en fisonomías, había sentido por Gilberto desde el primer momento un afecto respetuoso. Sus simpatías fueron todavía más vivas, como se deja comprender, desde que Gilberto intercediera en su favor, y á sus simpatías se mezclaba la admiración, sabiendo como nadie cuánto valor era necesario para hacer frente á su terrible amo, cuando la cólera le dominaba. Á consecuencia de lo que acabamos de decir, odiaba de muerte á Fritz, el ayuda de cámara, por las descorteses conversaciones que tenía con los demás criados tocante al joven secretario. Ese Fritz, cuya estatura no bajaría de seis piés, era un payaso de antecámara, que se creía un personaje. Á Gilberto le afectaban poco su falta de atención y su arrogancia, pero un día el perillán se emancipó de tan rara manera, que dió al traste con su paciencia. Esto sucedió á la mañana siguiente á aquella noche agitada durante la cual Gilberto había experimentado tan diversas emociones. Fritz eligió mal la ocasión. Hay momentos en que el importuno zumbido de una mosca basta para sacar de sus casillas al hombre más cachazudo y más bonachón del Universo.





## X

**S**ONABAN las ocho en el reloj del castillo, cuando Gilberto saltó de la cama. ¿Osaríamos decir que mientras se vestía y cuando iba á hacer el lazo á la corbata, tuvo un momento de vacilación? Sin embargo, después de reflexionarlo, la anudó como de costum-

bre, advirtiendo que ese famoso lazo, tan regular, lo hacía siempre sin fijar en ello la menor atención. Cuando hubo terminado, se acercó á la ventana. El tiempo había cambiado repentinamente; una lluvia fría y menuda caía á plomo y sin



ruido. No hacía casi viento, los horizontes estaban envueltos en espesa niebla; una larga hilera de nubes bajas, en forma de gigantescos peces, se paseaba lentamente por el valle y acompañaba al Rhin en su curso; el cielo, de color gris oscuro, destilaba tedio y melancolía; la tierra, el agua, todo tenía color de cieno. Gilberto dirigió la vista á su querido precipicio: á la sazón parecía una barranca de horrible fealdad. Se dejó caer en un sillón. Sus pensamientos estaban en armonía con el tiempo y formaban un lúgubre paisaje por donde se deslizaba silenciosamente largo cortejo de sombríos aburrimientos y de siniestras aprensiones, cortejo parecido á aquellas nubes bajas que erraban por las orillas del Rhin.

—¡No, mil veces, no!—se decía;—yo no puedo permanecer mucho tiempo en esta casa; perdería en ella mis fuerzas, mi alegría y mi salud. Ser objeto del odio ciego de un desgraciado niño á quien sus pesares hacen delirar, ser comensal de un sacerdote sin dignidad y sin nobleza que devora en silencio los mayores ultrajes, convertirme en familiar, en lisonjeador de un gran señor cuyo pasado es siniestro, de un padre desnaturalizado que aborrece á su hijo, de un hombre que á ciertas horas se transforma en espectro, y que con el corazón atormentado por los remordimientos ó alterado por la sed de venganza, turba el silencio de los corredores de su castillo con salvajes rugidos..., semejante situación es insoportable; he de salir de ella á toda costa! ¡Este castillo es un lugar malsano, sus paredes me son odiosas! ¡No quiero aguardar para abandonarlo, á conocer más profundamente sus secretos. Partamos, partamos...

Y Gilberto se devanaba los sesos discurriendo un pretexto que le permitiera alejarse de Geierfels inmediatamente. Mientras se ocupaba en esto, llamaron á la puerta: era Fritz, que le llevaba el desayuno. Aquella mañana brillaba en su faz la animación del necio que ha premeditado una tontería á costa de gran trabajo y que llega el

feliz momento de darla á luz. Entró sin saludar, colocó sobre la mesa la bandeja que llevaba en las manos; luégo, dirigiéndose hacia Gilberto, que se había vuelto á sentar, le dijo, guiñando los ojos:

—¡Buenos días, camarada! ¡Camarada, buenos días!

—¿Cómo decís?...—objetó Gilberto, admirado y mirándole fijamente.

—Digo: ¡buenos días camarada!—contestó Fritz con amable sonrisa.

—¿Y con quién habláis?

—Hablo con vos, con mi camarada, y os digo: ¡Buenos días, camarada; camarada, buenos días!

Gilberto le miraba fijamente, procurando explicarse aquel extraño despropósito y aquel exceso de insolencia que le dejaba estupefacto.

—Tendréis la bondad—continuó al cabo de unos segundos—¿tendréis la bondad de decirme quién os ha dado permiso para llamarme camarada?

—Es... es...—contestó Fritz titubeando. Reflexionó un momento, y procurando recordar bien su lección para no equivocarse al recitarla.—Pshe, continuó; es muy sencillo, su excelencia el señor conde, y no concibo vuestra extrañeza.

—¿Habéis oído jamás al señor conde—repuso Gilberto, que sentía hervir la sangre en las venas—le habéis oído—repitió—llamarme en términos precisos-vuestro camarada?

—¡Sin duda!—contestó soltando una carcajada.—Todos los días, cuando salgo de aquí, el señor conde me dice: ¿Cómo está *vuestro camarada Gilberto*? ¿Y por otra parte no es esto muy natural? ¿No comemos acaso en el mismo cuerpo de guardia? ¿No estamos vos y yo á sueldo de un mismo amo? Y no veis que...

No pudo continuar; Gilberto se había levantado precipitadamente de la silla, gritando:

—¡Id á decirle á vuestro amo, que no lo es mío, que yo no tengo amo!



Y abalanzándose sobre el ayuda de cámara, le agarró por el pescuezo. Gilberto era mucho más bajo que su adversario, pero tenía puños de hierro. Por el contrario, á pesar de las apariencias, el gran Fritz era desmazalado y flojo. Sumamente sorprendido por aquel inopinado ataque, no supo hacer más que abrir mucho la boca y exhalar algunos sonidos inarticulados. Gilberto le había arrastrado hasta la meseta de la escalera. Una vez allí, cuando Fritz, repuesto de su primera sorpresa, intentaba desasirse, le faltó el pié, tropezó y cayó cuan largo era, rodando hasta el primer tramo. Gilberto estuvo expuesto á verse arrastrado por Fritz en su caída, pero felizmente se asió de la barandilla. Viéndole caer, temió haberse dejado llevar demasiado por su arrebató, pero se disiparon sus escrúpulos cuando vió que se levantaba, tentándose el cuerpo, frotándose los riñones, volviéndose para amenazarle con el puño, y alejándose cojín-cojeando.

Gilberto entró de nuevo en su aposento y almorzó con la mayor tranquilidad.

—He aquí una aventura que viene á pedir de boca. Ahora mismo voy á presentarme duro, terco, quisquilloso y si no hago la maleta antes de la tarde, me declaro el hombre más torpe.

Recogió y colocó debajo del brazo un legajo de papeles que necesitaba para la conferencia de aquel día, salió de su habitación con la cabeza erguida y la imaginación exaltada, pero apenas hubo bajado algunos escalones, cuando su exaltación cedió el sitio á otros sentimientos. No pudo ver sin estremecerse, la meseta de la escalera donde había permanecido como petrificado al oír el horrible suspiro del sonámbulo. Se detuvo y mirando los papeles que llevaba debajo del brazo:

—Voy á conferenciar con un espectro—se dijo—sobre la historia de Byzancio.

Luégo, prosiguiendo su marcha, llegado que hubo á la puerta del gabinete de M. Lemínof, parecióle que iba á ver

levantarse ante sus ojos la formidable aparición de la noche precedente, y que una voz sepulcral le gritaría :

—Los ojos que estaban detrás de la puerta, eran los tuyos...

Permaneció algunos segundos inmóvil, con la mano sobre el corazón. Por fin llamó, y se oyó una voz :

—Abrid, entrad...

Abrió y entró. ¡Dios mío! ¡cuan erróneas eran sus aprensiones!

M. Lemínof estaba tranquilamente sentado junto al alféizar de una ventana, y contemplaba la lluvia, jugando con su mono. En cuanto se presentó su secretario lanzó una alegre exclamación, y después de haber encerrado á Solón en un aposento contiguo, acercándose á Gilberto, le cogió entrambas manos, las estrechó cordialmente entre las suyas y le dijo con tono afectuoso :

—¡Bienvenido seáis, querido Gilberto! os aguardaba con impaciencia. He meditado mucho desde ayer sobre nuestro famoso problema de las invasiones eslavas, y estoy muy lejos de conformarme con vuestra opinión. ¡En guardia, caballero, en guardia! Voy á tiraros dos estocadas que pararáis con dificultad.

Gilberto, que había recobrado toda su calma, se sentó y empezó la discusión. El punto en litigio era la cuestión del grado de importancia y de extensión que tomaron durante la Edad Media los establecimientos de los eslavos en el imperio bizantino. Sobre esta cuestión, debatida con bastante frecuencia en los últimos tiempos, el conde Kostia había emitido la opinión más favorable á las ambiciosas miras de la política moscovita. Pero, no obstante, renegaba de su país, le censuraba despiadadamente, y se había desnacionalizado hasta el punto de no hablar jamás la lengua patria y prohibir que se hablase en su casa. El caso es, que el idioma de Voltaire le era más familiar que el de Karamsine, y hacía algún tiempo que hasta pensaba en francés. Á pesar de ello y de lo que pudiera decir, había continuado



siendo ruso de corazón : ¡ cualidad que no se pierde jamás!

Dieron las doce cuando más empeñado se hallaba el debate.

—Si queréis creerme, querido Gilberto—dijo M. Lemínof—descansaremos un poco. Verdaderamente sois un hombre terrible, no hay medio de venceros. Os ruego que almorcemos en paz y como dos buenos amigos, después volveremos á batallar.

Este almuerzo se componía invariablemente de algunas tostadas con cabial y de un vasito de vino de Madera. Cada día, al dar las doce, suspendían por algunos momentos su trabajo para hacer juntos aquella ligera colación.

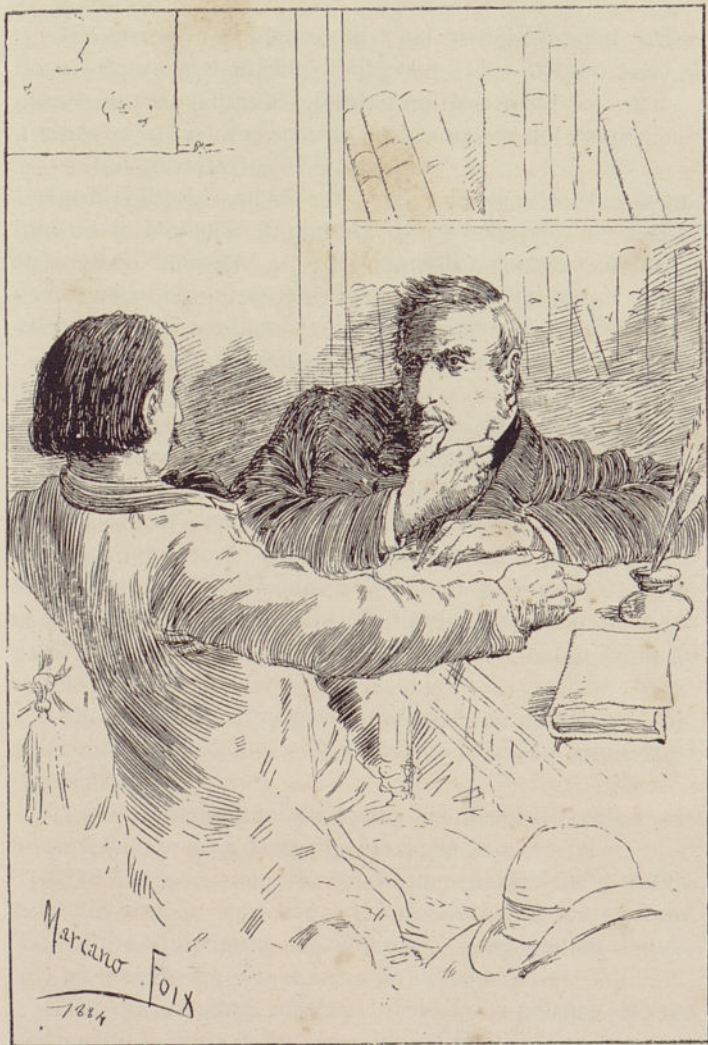
—Haceos cargo de mi presunción—dijo de pronto M. Lemínof subrayando, si así puede decirse, cada una de sus palabras — he pasado *la noche última* (y acentuó mucho estas tres palabras) debatiendo contra vos la causa de mis eslavos. Mis argumentos me parecían irrecusables, y os daba una buena paliza. Soy como esos espadachines, admirables en una sala de armas y que hacen un triste papel sobre el terreno. Tenía yo una elocuencia prodigiosa *la noche última*; no sé qué se ha hecho de ella. Por fuerza se habrá desvanecido como un fantasma al primer canto del gallo.

Al pronunciar estas palabras el conde Kostia fijaba en el rostro de Gilberto penetrantes miradas que iban á registrar hasta los últimos pliegues de su alma. Gilberto sostuvo el fuego con admirable sangre fría.

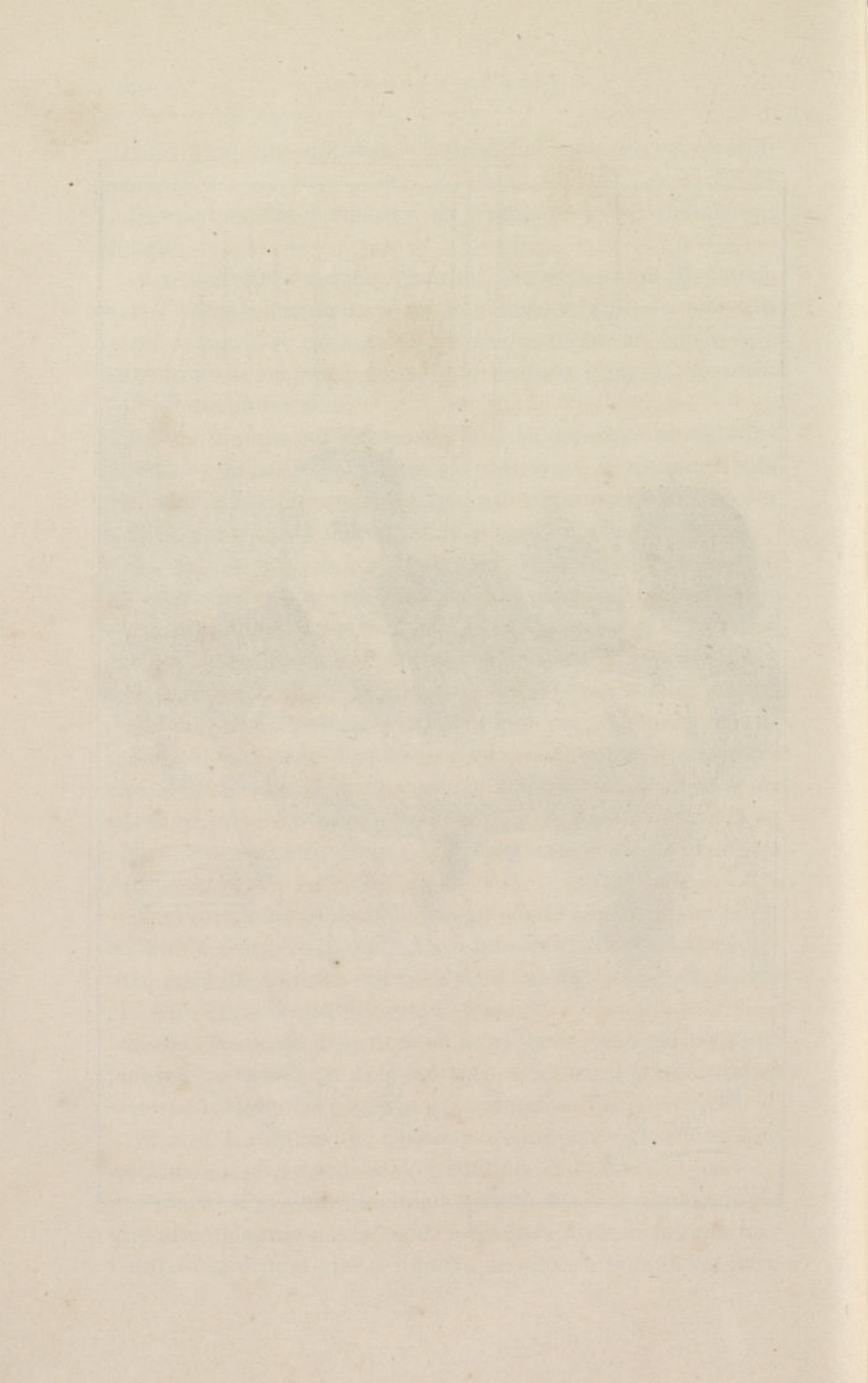
—No sé cómo discutís por la noche—contestó tranquilamente;—pero os aseguro que á la luz del día sois el argumentador más temible que conozco.

El aire tranquilo de Gilberto dispó las sospechas que abrumaban al parecer á M. Lemínof.

—Sois—dijo con jovialidad—como esos conquistadores que se consagran á enaltecer á los generales á quienes han batido. Su propia gloria reporta de ello un beneficio; pero







¡bah! nuestras armas son comunes y el primer día tomaré el desquite.

—Me atrevo á suplicaros que no tardéis mucho, caballero—contestó Gilberto con gravedad.—¿Quién sabe si pasará yo todavía mucho tiempo en Geierfels?

Estas palabras despertaron las sospechas del conde.

—¿Qué queréis decir?—exclamó.

Aquí, Gilberto refirió con vivo y firme acento la aventura de la mañana. Á medida que adelantaba su relato, aumentaba también su acaloramiento; repitió con indignado acento las frases que Fritz había atribuido al conde y acentuó enérgicamente la contestación que le había dado:

—¡Id á decirle á vuestro amo que no lo es mío, que yo no tengo amo!

Había presumido irritar al conde; ya le veía levantar la cabeza y hablar con arrogancia. Este día estaba destinado á equivocarse en todas sus conjeturas. Desde las primeras palabras de su elocuente narración, el conde Kostia parecía aliviarse del peso de una preocupación que le inquietaba. Esperaba otra cosa y estaba muy contento de haberse equivocado. Escuchó hasta el fin con aire impassible, arrellanado en el sillón, los ojos fijos en el techo y cuando Gilberto concluyó:

—Os suplico que tengáis la bondad de contarme—dijo sin cambiar de postura— qué castigo le habéis impuesto á ese bribón.

—Le he agarrado del pescuezo—contestó Gilberto—y le he precipitado de cabeza por la escalera.

—¡Diablo!—exclamó el conde incorporándose y mirándole con aire de sorpresa y admiración, casi con ternura. Y decidme—prosiguió sonriéndose;—¿ese animal doméstico ha muerto á consecuencia de la caída?

—Tal vez se habrá roto los brazos y las piernas. No me he tomado la pena de informarme de ello.

M. Leminof se levantó y cruzando los brazos sobre el pecho:



—Cada vez me convenzo más de que es muy fácil equivocarnos en nuestros juicios, y reconozco la sensatez de aquel proverbio ruso que dice: «Se necesita más de un día para dar la vuelta á un hombre.» Anteayer teniais un aire tan sentimental, tan patético, cuando me permití administrar á mi siervo una ligera corrección, que os había tomado buenamente por un filántropo. Ahora me retracto. Querido Gilberto, vos pertenecéis á esa clase de tiranos que se enternecen y apiadan de las víctimas de los demás. ¡Pura envidia! Pero—prosiguió—hay en ello algo que me admira mucho, y es que vos, Gilberto, hayáis podido creer ni por un instante...»

Interrumpióse, inclinándose hacia Gilberto, y le contempló atentamente formando un abanico con sus dos huesosas manos, colocadas sobre sus enormes cejas; luégo, cogiéndole del brazo, le llevó al alféizar de una ventana, y como si se operara en su persona un cambio súbito que le transformase por completo:

—Habéis obrado perfectamente al precipitar á ese belitre de cabeza por la escalera, y si efectivamente no ha muerto del golpe, no tardaré en expulsarlo de mi casa sin ningún género de contemplación ni miramiento; pero que hayáis podido creer que yo, conde Leminof... ¡Oh! eso es grave, muy grave... me parece un sueño... No, vos no sois el Gilberto á quien conozco, ese Gilberto á quien amo, aunque no lo demuestro...

Y luégo, cogiéndole ambas manos, añadió:

—Ese hombre ha cometido la necedad de deciros que yo era vuestro amo, y le habéis contestado con un acento á lo Mirabeau: «Id á decirle á vuestro amo...» Querido Gilberto, en nombre de la lógica, os invito á que recordéis que lo verdadero no es jamás lo contrario de lo falso, sino una cosa distinta, y nada más; y á ello añado que al contestar como lo habéis hecho, os habéis comprometido cruelmente. Regla general: no hay que replicar á un necio; de lo contrario, corremos el peligro de ponernos á su nivel.

Gilberto se ruborizó. No intentó sin embargo excusar á nadie y recobrando su aire placentero:

—Os suplico—dijo sonriendo—que no despidáis á ese hombre. Deseo que permanezca aquí para recordarme en cualquier ocasión que estoy expuesto á insolentarme con él.

Dió orden el conde de que se presentase su ayuda de cámara, y después de preguntarle:

—Vos no habéis hecho eso motu proprio. ¿Habéis recibido órdenes? ¿quién os las ha dado?

Fritz contestó balbuceando:

—¡Dignese perdonarme vucencia! M. Esteban, ayer tarde, me regaló dos escudos de Prusia á condición de que durante ocho días, dijera todas las mañanas á M. Savile al entrar en su aposento: «Buenos días, camarada.»

Un rayo de alegría brilló en los ojos del conde. Se volvió hacia Gilberto, y estrechándole la mano:

—Por de pronto—le dijo—agradezco cordialmente que me hayáis expuesto vuestras quejas. El caso es más grave de lo que creía. Tenemos aquí un absceso maligno que es menester operar una vez por todas.

Esta comparación quirúrgica hizo estremecer á Gilberto; maldecía su acaloramiento y su estupidez. ¿Cómo no adivinó quién pudiera ser el verdadero culpable? ¿Era acaso necesario que quedara justificado el odio que le había jurado Esteban?

—¿Y cómo, señor galopín—prosiguió el conde Kostia menos enojado—cómo os permitis tener conversaciones reservadas por la tarde con mi hijo? ¿Desde cuándo habéis entrado á su servicio? ¿Ignoráis que no tenéis que recibir de él órdenes, ni mensajes, ni comunicaciones de ninguna especie?

Fritz, que bendecía con toda su alma la admirable invención de los pararrayos, explicó como mejor pudo, que la víspera por la tarde, al subir al aposento de su Excelencia, había encontrado en la escalera á Iván, que bajaba al sa-



lón en busca de la gorra olvidada por su joven amo. Por lo visto se había olvidado de cerrar el postigo, porque Fritz, al salir, encontró en la galería á Esteban, que acercándose á él, callandito, le había dado con tono misterioso aquel encargo, y cuando Iván volvía á subir sin la gorra:

—«¿No ves, imbécil, que la llevo puesta?»—había dicho el joven sacándola del bolsillo, calandósela con arrogancia y volviéndose satisfecho á su habitación.

Al terminar su relato, disponíase Fritz á deshacerse en protestas de arrepentimiento servil y lacrimoso; el conde le salió al encuentro, declarándole que por intercesión de Gilberto, consentía en perdonarle, pero que á la primera queja que tuviera de él, no le concedería más que dos horas de tiempo para hacer la maleta. En cuanto salió, M. Leminof tiró de otro cordón de campanilla que daba al alojamiento de Iván. Compareció éste.

—¿Sabes, hijo mío—le dijo el conde en alemán—que eres muy descuidado de algún tiempo á esta parte? Tu espíritu decae, tu vista se enturbia. Te vuelves viejo, pobre amigo mío. Ya no eres más que un desdichado sabueso envejecido, sin dientes y sin olfato, y que no sabe rastrear la caza ni atraparla. Hay que introducir alguna reforma. Ya he pensado en quien debe reemplazarte... ¡Oh! ¡no te hagas ilusiones! ¡No te esfuerces en encogerte de hombros, estás en un error al creerte necesario! Pagando bien, encontraré fácilmente quien valga tanto como tú...

Á Iván se le encendió la mirada.

—No os creo—contestó en ruso;—sabéis perfectamente que no sois amable, y sin embargo, os amo; aun cuando gastarais cien mil rublos, no conseguiríais que el que me reemplazara tuviese por valor de un kopeck de cariño hacia vuestra persona.

—¿Por qué hablas en ruso?—contestó el conde.—Ya sabes que te lo he prohibido. Por lo visto quieres que nadie más que yo comprenda las frases cariñosas que me diriges. ¡Ea, dilo gritando por los tejados, si así te agrada,

pero yo jamás he exigido que me amases : exijo solamente que me sirvas bien, y te aseguro que tu sustituto cuando su amo le diga : «Vé á buscar mi gorra que he dejado en el salón,» le contestará tranquilamente: «No soy ciego, señorito; la tenéis en el bolsillo.»

Iván miró atentamente á su amo, y la expresión de su rostro debió parecerle muy tranquilizadora, porque se sonrió.

—Mientras—dijo el conde—y en tanto que te conservo en tus funciones, aplícate á tenerme contento. Vete á reflexionar á tu habitación, y al cabo de un cuarto de hora traeme aquí al señorito. Tengo que hablar con él, y te permitiré escuchar, si te place.

En cuanto se hubo retirado Iván, Gilberto instó á M. Leminof para que 'diese por terminado aquel insignificante asunto.

—He castigado á Fritz—dijo—con una severidad tal vez extremada; vos mismo le habéis reprendido y amenazado; me declaro suficientemente satisfecho...

—Perdonad, perdonad... En todo esto Fritz no ha sido más que el instrumento. No sería justo que el verdadero culpable quedase impune.

—Á ese culpable, no me cuesta gran pena perdonarle—exclamó Gilberto con una vivacidad que no pudo dominar—¡es tan desgraciado !

M. Leminof clavó en Gilberto una mirada altanera y llena de enojo. Dió en silencio algunas vueltas por la habitación, con las manos cruzadas atrás; luégo, con el aire bondadoso de un príncipe absoluto que accede á algún capricho poco razonable de uno de sus favoritos, haciendo sentar á Gilberto en el sofá, y ocupando un asiento á su lado:

—Querido amigo—le dijo—las últimas palabras que acabáis de pronunciar muestran por vuestra parte singular olvido de nuestro recíproco convenio. Recordad que aceptasteis la condición de no ocuparos aquí más que de mí y



de vos. Fuera de esto, ¿qué os importa que mi hijo sea feliz ó desgraciado? Sin embargo, puesto que habéis suscitado este asunto, consiento en daros una explicación, pero con la condición expresa de que jamás, nunca jamás, volveréis á ponerla sobre el tapete. Ya comprendéis bien que si vuestra sociedad me es agradable, es porque tengo el placer de olvidar á vuestro lado los disgustillos de la vida doméstica. Ahora, hablad con franqueza, y decidme, ¿qué os hace pensar que mi hijo es desgraciado?

Gilberto tenía á este propósito mil cosas que replicar, pero era bastante difícil decirlas. Por lo tanto, titubeó un momento en contestar, y anticipándose el conde:

—Voy á salir al encuentro de vuestras acusaciones; es una condescendencia de la que me atrevo á esperar que quedaréis agradecido. Tal vez me echaréis en cara que no demuestro bastante cariño á mi hijo en nuestra vida habitual. ¿Qué queréis? Los Lemínof no son cariñosos. Yo, por mi parte, no recuerdo haber recibido de mi padre la más insignificante caricia. Le vi alguna vez halagar con la mano á sus perros de caza ó dar un terrón de azúcar á su caballo; pero os aseguro que jamás participé de sus halagos, ni me prodigó una sonrisa, y en la actualidad le doy las gracias. La educación que me dió, endureció mis fibras; el mayor servicio que un padre puede prestar á su hijo. La vida es una madrastra, querido Gilberto; ¡cuántas sonrisas habéis visto cruzar por sus labios de cobre!... Por otra parte, tengo razones particulares para no tratar á Esteban con demasiada blandura. Os parece desgraciado; lo sería para siempre si no me dedicara á disciplinar sus inclinaciones y á corregir la indocilidad de su carácter. Ese niño nació con mala estrella. Débil y violento á la vez, una pasión muy ardientes á una deplorable puerilidad de espíritu; incapaz de todo pensamiento formal, las menores bagatelas le conmueven hasta producirle calentura, y dice muchachadas con todos los ademanes y gestos de la pasión. Lo peor es, que interesándose enormemente á sí propio,

hallaría muy natural que ese interés lo compartiera todo el mundo. No creáis que sea un corazón sensible que siente necesidad de expansiones. Procura ponerse en evidencia, y tomando sus impresiones por acontecimientos, aspira á ocupar con ellos hasta á los habitantes de la luna. Su alma es como un lago agitado por un viento tempestuoso que hiciese correr veinticinco millas por hora á un navío de línea; pero en ese lago, Esteban no hace navegar sino cáscaras de nuez, y las contempla cómo van y vienen y viran de bordo, cómo zozobran y cómo naufragan. Lleva su libro de guíndola con toda exactitud, registra pomposamente todos los naufragios, y como esos espectáculos le causan arrebatos de admiración, se indigna de no verlos compartidos por el mundo entero. Ved ahí lo que le hace desgraciado, y convendréis en que no es mía la culpa. El régimen que impongo á mi enfermo puede pareceros acaso un poco severo; pero es el único con que confío alcanzar su curación. Llevando una vida regular, uniforme y bastante triste, convengo en ello, se hartará poco á poco de sus propias emociones, cuyos objetos no se renuevan nunca, y acabará, así lo espero, por buscar distracciones en el estudio y en el trabajo. ¡Ojalá pueda descubrir un día que una proposición de Euclides es más interesante que el naufragio de un cascarón de nuez! Ese día entrará en convalecencia, y no será el último en regocijarme.

M. Leminof hablaba con tanta seriedad y aplomo, que Gilberto estuvo á punto de ver en él á un pedagogo exponiendo gravemente sus máximas de educación; pero no podía olvidar la expresión de feroz alegría que se pintó en su semblante cuando Esteban huyó sollozando del jardín, y se acordaba también del sonámbulo que la noche precedente había proferido ciertas frases entrecortadas, entre las cuales destacábanse: *un retrato viviente y una sonrisa enterrada*. Estas palabras misteriosas, terribles por su oscuridad, le había parecido que se referían á Esteban, y se armonizaban mal con el aire de paternal solicitud que



M. Leminof se dignaba afectar desde hacía pocos instantes. No obstante, había en su discurso cierta apariencia de razón, y el retrato que acababa de hacer de su hijo, si bien estaba cruelmente recargado, no dejaba de parecerse en más de un punto. Sólo que Gilberto tenía motivo para pensar que el conde confundía deliberadamente las causas y los efectos, y que la enfermedad de Esteban era obra del médico.

—¿Me permitís, caballero—contestó—que os diga lo que siento?

—Hablad, hablad, aprovechad la ocasión: os juro que no se volverá á presentar más...

Y mirando el reloj:

—Tenéis todavía cinco minutos para hablarme de mi hijo. Apresuraos; no os concederé dos segundos más.

—He oído decir—prosiguió Gilberto—que en cuestión de puentes y calzadas, los mejores diques son los que *halagan* las olas del mar. Son unos diques en talud inclinado que en lugar de romper bruscamente la corriente, amenguan por grados su movimiento y la reducen sin violentarla.

—¡Veo que sois aficionado á los anodinos, señor médico galénico!—exclamó M. Leminof.—Cada cual tiene su temperamento, y ha de conformarse con él. Yo soy muy violento, muy arrebatado, y cuando, por ejemplo, un criado me falta, le tiro de cabeza por la escalera. Esto me sucede cada día.

—De vuestro hijo á vuestro ayuda de cámara, hay muchísima diferencia—contestó Gilberto algo picado.

—¿No proclamó vuestra famosa Revolución francesa la igualdad absoluta de todos los hombres?

—Ante la ley, lo concedo; pero no ante el corazón de un padre.

—¡Dios de bondad!—exclamó el conde—no sé si tengo para mi hijo el corazón de un padre, sólo sé que me preocupa mucho su suerte y que trabajo, según mis fuerzas, á

fin de corregirle de defectos muy graves que amenazan comprometer su porvenir. Sé también, de ciencia cierta, que ese quejumbión goza de ciertas distracciones de que muchos jóvenes de su edad se ven privados; por ejemplo: tiene un criado destinado exclusivamente á su servicio, un caballo, y tanto dinero como quiere para sus gastos menores. No ignoráis el uso que ha hecho de ese dinero, ni los dos thalers gastados ayer para sobornar á mi ayuda de cámara, ni los siete escudos con que pagó el otro día, en vuestra presencia, según me ha contado Iván, el envidiable placer de hacerse besar el pié izquierdo por una cuadrilla de pilluelos. Y á propósito, os diré también que Iván me contó que ese mismo día Esteban se remangó uno de los brazos para haceros admirar una cicatriz que tenía en la muñeca. Hacedme el favor de decirme qué farsa os contó sobre el particular...

Esta pregunta inesperada turbó algún tanto á Gilberto:

—Sin ocultaros nada—contestó balbuceando—me dijo, que, por una escapatoria que había hecho, le habían condenado á pasar quince días maniatado en un subterráneo.

—¡Y le disteis crédito!—exclamó el conde encogiéndose de hombros.—La verdad es, que durante una quincena he obligado á mi hijo á pasar cada noche una hora en una sala deshabitada de este castillo; mi intención era menos castigarle por un acto de insubordinación que curarle de los necios terrores de que se ve atormentado, porque ese niño de diez y seis años, que á veces se muestra bravo hasta la temeridad, cree en los espectros, en las apariciones, en los vampiros, y me he visto precisado á autorizarle á que tenga en su compañía á mi más fiero bulldog durante la noche, para que le guarde. ¡Vaya qué raro personaje me ha dado Dios por hijo!

En este momento, se oyeron pasos en el corredor.

—En nombre de la buena amistad que me mostráis, caballero—exclamó Gilberto apoderándose de una de las manos de M. Leminof—os suplico que no castigéis á ese



joven por una diablura que le perdono de todo corazón!

—No puedo negaros nada, querido Gilberto—contestó con aire risueño;—le hago gracia de las supuestas esposas. Me atrevo á esperar que me lo tendréis en cuenta.

—Mil gracias; pero aún hay más: las flores de que le privasteis...

—¡Dios mío! puesto que así lo queréis, le devolveremos sus flores, y para complaceros, me contentaré con que os pida perdón en toda regla.

—¡Que me pida perdón!—exclamó Gilberto consternado;—¡ese será para él el mayor suplicio!

—Lo dejaremos á su elección—dijo secamente el conde. Y como Gilberto insistiera:

—¡Por esta vez, pedís demasiado!—añadió en un tono que no admitía réplica.—Es cuestión de principios y sobre esos no transijo.

Gilberto comprendió que en interés del mismo Esteban, debía desistir; pero comprendió también hasta qué punto iba á padecer el orgullo del joven, y se maldijo mil veces por haber hablado.

Llamaron á la puerta.

—¡Entrad!—gritó el conde con ronco acento; y Esteban se presentó seguido de Iván.





## XI

**E**STEBAN se quedó en pié en medio del aposento. Estaba más pálido que de costumbre y tenía los ojos bajos; pero su apostura era digna y afectaba un aire de resolución excepcional en presencia de su padre. El conde permaneció silencioso unos momentos, contemplando con dura mirada el cuerpo esbelto y delicado de su hijo, su talle de exquisita elegancia, sus facciones finas y delicadas á las que servía de marco su cabellera de color rubio-oscuro. Jamás la belleza de su hijo había llenado el corazón de aquel padre de mayor amargura. En cuanto á Gilberto, no tenía ojos sino para mirar una ligera mancha negra que acababa de percibir por vez primera en la tez mate y unida de Esteban: era como una mosca casi imperceptible colocada debajo de la comisura izquierda de la boca.

—Este es el lunar—pensó; y creía oír la voz del sonámbulo gritando en el silencio de la noche:

—¡Quitad ese lunar! ¡me hace daño!...

Estremeciéndose á este recuerdo, estuvo á punto de lanzarse fuera de la habitación, pero una mirada del conde



le puso sobre sí: hizo un esfuerzo enérgico para dominar su emoción, y con los ojos fijos en la ventana, contemplaba la lluvia.

—¡Una pregunta, ante todo!—dijo de pronto el conde dirigiéndose á su hijo;—hacedme el favor, caballero, de decirme cuánto tiempo pasasteis en lo que vos llamáis vuestra prisión, pues yo no lo recuerdo.

El rostro de Esteban se cubrió de vivo carmín; vaciló un momento y luégo contestó:

—Pasé en junto quince horas, que me parecieron largas como quince días.

—¡Ya lo veis!—dijo el conde mirando á Gilberto.—Ahora, continuó, vamos al caso: ha ocurrido esta mañana aquí una escena en alto grado inconveniente. Fritz, mi ayuda de cámara, al presentarse en la habitación de mi secretario, que es al mismo tiempo mi amigo, se ha permitido decirle, por tres veces: «¡Buenos días, camarada! ¡Camarada, buenos días!»

Al oír estas palabras, los labios de Esteban se contrajeron ligeramente como próximos á sonreír; pero la sonrisa no llegó á ser perceptible.

—Mi historieta os divierte, al parecer—prosiguió el conde irguiendo la cabeza.

—Lo que me divierte es la increíble necedad de Fritz,—contestó Esteban.

—Su necedad me choca menos que su insolencia—repuso el conde;—pero, en fin, no disputaré sobre las palabras, y me alegra que desaprobéis su conducta. No debo ocultaros que ese belitre ha intentado hacerme creer que había obrado así por orden vuestra, y ya me disponía á castigaros con extremada severidad. Veo que ha mentido, y no me queda que hacer sino expulsarle vergonzosamente.

Gilberto temía ya que la veracidad de Esteban sucumbiera en el lazo que le tendían; pero el joven no titubeó un instante.

—Yo soy el culpable—contestó con firmeza—yo, quien debe ser castigado.

—¡Cómo!—exclamó M. Leminof;—¡mi hijo entregado á los únicos recursos de su ingenio, ha concebido esa idea verdaderamente feliz!.. La invención es admirable y honra vuestro talento... Pero si Fritz no ha hecho más que ejecutar vuestras sublimes concepciones, ¿por qué os burláis de su necedad?

—¡Oh! ¡qué necio!—repuso Esteban animándose—¡oh! ¡qué borrico! ¡cómo ha echado á perder mi idea! Yo no le había ordenado que llamase camarada á M. Savile, sino que le tratara como á camarada suyo, lo cual es muy distinto. Desgraciadamente no tuve tiempo para detallarle mis instrucciones, y el necio no me ha entendido; pero en fin, ha hecho lo posible para ganar en conciencia su propina. ¡Pobre hombre! hay que perdonarle. Lo repito, yo soy el único culpable, y el único merecedor de castigo.

—¿Y se puede saber, caballero—dijo el conde—qué fin os proponíais haciendo insultar á M. Savile por un subalterno?

—Quería humillarle, causarle disgustos, obligarle á que se marchase del castillo.

—¿Y por qué motivo?

—¿Por qué motivo? ¡porque le odio!—contestó con sombrero acento.

—¡Siempre exageraciones!—replicó el conde fisgándose. —¿Cuándo lograréis libraros, caballero, de ese detestable hábito de extremar perpetuamente la expresión de vuestro pensamiento? Que no pueda yo grabar profundamente en vuestra imaginación las máximas que profesaban respecto al particular dos hombres de igual talento: M. de Metternich y Pigault-Lebrun! El primero de esos hombres ilustres solía decir que los superlativos son el sello de los tontos; y el segundo ha escrito estas inmortales palabras:

«Todo lo exagerado es insignificante.»



Luégo, extendiendo el brazo:

—¡Odiar! ¡odiar!—exclamó—poco cuesta decirlo. ¿Sabéis acaso lo que es eso, odiar? Vos podéis conocer el pesar, la cólera, la envidia, la antipatía, la aversión, todo eso, sí; pero el odio! el odio!... No tenéis derecho á pronunciar esa terrible palabra... ¡Oh! qué tarea tan ruda la del odio! es un suplicio de cada momento, es una cruz de plomo que se lleva áuestas, y para soportar su peso sin desfallecer, son necesarios hombros más robustos que los vuestros!

En este momento, Esteban se atrevió á mirar de frente á su padre. Levantó lentamente los ojos hacia él, inclinándolo atrás la cabeza. Su mirada significaba: «Tenéis razón, os creo, bajo vuestra palabra; entendéis eso mucho mejor que yo...» pero el semblante del conde era tan terrible que el adolescente cerró los ojos y recobró su primera actitud. Un ligero temblor agitó su cuerpo todo. El conde advirtió que acababa de extralimitarse, y regolfando la amarga oleada que á su pesar le subía de las entrañas á los labios:

—Por lo demás, mi buen amigo es la persona menos odiable del mundo—prosiguió con acento tranquilo.—Juzgad, sino: hace poco defendía vuestra causa con tanto calor, que me ha arrancado la promesa de no castigaros por lo que ha tenido la bondad de llamar una simple travesura. Hasta me ha exigido que os devuelva las flores, que, según él, constituyen vuestras delicias, y antes de una hora Iván las habrá transportado á vuestro aposento. Para terminar, cuanto reclama de vos son dos palabras de excusa. Convenid en que no cabe encontrar un carácter más acomodaticio, y que no esperabais saldar tan fácilmente vuestra cuenta.

—¡Excusas!... á él!...—exclamó Esteban con un gesto de horror.

—¡Vaciláis!... ¡Oh! eso es demasiado! ¿Deseáis volver á visitar cierto cuarto algo sombrío?

Esteban se estremeció; temblaron sus labios.

—Por favor—exclamó—imponedme cualquier otro castigo, pero no el que decís! ¡Oh! no! no quiero volver á aquel horrible cuarto! ¡Oh! os lo suplico, privadme de mis paseos habituales durante seis semanas, durante seis meses; vended á Solimán, hacedme cortar el cabello, rapadme la cabeza... Todo, sí, todo, antes que volver á poner los piés en aquel horrible calabozo! Me moriría, ó me volvería loco! ¿Supongo que no queréis que me vuelva loco?

—Cuando á los diez y seis años se tiene la desgracia de creer todavía en aparecidos y fantasmas—repuso el conde—debería uno ocultar con cuidado tan ridícula debilidad.

Un temblor general recorría el cuerpo de Esteban. Dió algunos pasos tambaleándose, y cayendo de rodillas ante su padre, se asió á uno de los faldones de su levita.

—No soy más que un pobre niño enfermo—decía—tened piedad de mí! Vos sois todavía mi padre, ¿no es verdad? ¿y yo soy todavía vuestro hijo? ¡Dios mío! ¡Dios mío! estoy seguro de ello, vos no queréis que vuestro hijo muera!

—Terminemos tan ridícula comedia—exclamó el conde rechazando á Esteban.—Yo soy vuestro padre y vos sois mi hijo: es cierto; no hay nadie que se permita dudarle; pero vuestro padre, caballero, tiene horror á las escenas dramáticas. Esta ha durado demasiado; acabemos de una vez. Os halláis ya en la posición requerida. ¡Lo más difícil está hecho, lo demás es una bagatela!

—¿Qué decís?—le contestó impetuosamente el joven intentando levantarse.—¡Sólo ante vos me he prosternado! ¡Ah! gran Dios! yo, arrodillarme delante de ese hombre! es imposible!... ¡Ya sabéis que es imposible!...

No obstante el conde, apoyando la mano sobre su hombro, le obligaba á permanecer de rodillas y á volver su rostro hacia Gilberto.

—Yo os digo, que estáis de rodillas delante del hombre á quien habéis ofendido. Así es como todos lo entendemos.



¿Lo entendía así Gilberto? Inerte, impasible, con los ojos fijos siempre en la ventana, parecía enteramente extraño á cuanto en derredor suyo acontecía.

Esteban exhaló un grito de angustia y su rostro se alteró notablemente. Tres veces se esforzó en levantarse; tres veces la mano de su padre pesó de nuevo sobre su hombro y sus rodillas no pudieron despegarse del suelo. Entonces, como anonadado por el sentimiento de su debilidad y de su impotencia, se resignó, y tapándose los ojos con ambas manos, murmuró estas palabras con voz ahogada y convulsa:

—Caballero, cediendo á la violencia... os pido perdón por mi odio...

Aquí le abandonaron las fuerzas, y se desmayó; como un lirio tronchado por el huracán, inclinó la cabeza, y habría caído de espaldas si su padre no hubiera hecho una seña á Iván, quien le levantó como una pluma con sus robustos brazos y lo sacó corriendo del aposento.

El primer cuidado de Gilberto al volver á su torreón fué encender una bujía y quemar la carta de Esteban. En seguida, abrió un armario y empezó á preparar su maleta. Cuando estaba en lo mejor de su tarea, llamaron á la puerta. Sin tiempo más que para cerrar el armario y la maleta, vió aparecer á Iván con un canasto en el brazo. El siervo iba á buscar los tiestos de flores que tenía orden de transportar al aposento de su joven amo. Cargó cinco ó seis en el canasto, y cuando iba á salir, volviéndose hacia Gilberto, le dió á entender, en su jerga tudesca mezclada de francés, que tenía algo importante que comunicarle. Gilberto, malhumorado, le contestó que no tenía tiempo para escucharle. Iván meneó la cabeza con aire pensativo, y se retiró. En seguida Gilberto se sentó á la mesa y en el primer pedazo de papel que le vino á mano, trazó apresuradamente los siguientes renglones:

—«¡Pobre niño! no os dé gran pena la humillación que acabáis de sufrir. Vos mismo lo habéis dicho; habéis cedi-

do sólo á la violencia y vuestras excusas son nulas á mis ojos. Creed que no he exigido nada. ¡Cuánto siento no haber adivinado esta mañana que Fritz hablaba en vuestro nombre! No hubiera hecho caso de la ofensa, porque no se dirigían á mí vuestros insultos, sino á cierto Gilberto de vuestra invención á quien no conozco. ¿Pero de qué os sirve sostener luchas cuyo desenlace se conoce anticipadamente? La mano que poco há se apoyaba en vuestra espalda, es una mano de hierro. ¿Esperáis, acaso, sustraeros tan pronto á su presión? Creedme, someteos á vuestro destino y cansad sus rigores con la paciencia, hasta el día en que podáis atreveros á contemplarle cara á cara, y arrojarle el guante de reto. ¡Pobre joven! el único lenitivo que puedo ofrecer á tu desventura, sería yo muy culpable en rehusártelo. ¡Dame las gracias! mañana será para ti día de júbilo. No pasaré aquí más que una noche; guárdame sólo el secreto durante veinticuatro horas, y recibe la despedida de ese Gilberto á quien no has sabido conocer. Un día cruzó junto á ti, y te miró... y tú creíste leer ofensiva curiosidad en sus ojos. Júrote que estaban llenos de lágrimas.»

Gilberto plegó el billete en cuatro dobleces y lo deslizó en el puño de una de las mangas; cogiendo en seguida la llave de la puerta excusada, fué á apostarse á lo alto de la escalera y aguardó el regreso de Iván. En cuanto oyó sus pasos en el corredor, bajó rápidamente y tropezó con él en la meseta que estaba al nivel de la galería.

—No sé qué hacer—le dijo Iván;—el señorito no se tranquiliza... ha quebrado en mil pedazos los primeros tiestos de flores que le he llevado.





—Id á recoger los otros—le contestó Gilberto, mostrándole la llave que hacía saltar en la mano.—Depositadlos provisionalmente en vuestro cuarto y cuando se halle más sosegado no cabrá en sí de gozo volviendo á ver sus flores.

—¿No sería mejor—dijo Iván—que las guardarais vos hasta que las pida?

—No quiero guardarlas ni una hora más—replicó bruscamente Gilberto; y bajó los primeros escalones de la escalera secreta.

—Puesto que vais á la terraza—le gritó el siervo—no olvidéis, caballero, cerrar la puerta tras de vos.

Gilberto se lo ofreció. «¡Perfectamente!—pensó.—Su recomendación me prueba que el postigo está abierto.» No se equivocaba. Para transportar cómodamente las flores, el siervo lo había dejado entreabierto, después de haber tomado la precaución de cerrar con doble vuelta la puerta principal. Gilberto aguardó á que Iván llegara al segundo piso, y en seguida, volviendo á subir de puntillas, se lanzó en el corredor, le siguió en toda su longitud, volvió á la derecha, pasó por delante de la habitación del conde, dió una segunda vuelta á la derecha, se internó en la galería que conducía á la torre cuadrada, penetró por el postigo y llegó sin tropiezo al pié de la escalera de la torre. Encontró los peldaños llenos de cascotes y restos de plantas destrozadas. Cuando empezaba á subir, oyó grandes voces; por un momento creyó que M. Leminof estaba al lado de su hijo. No por ello desistió de su proyecto; estaba dispuesto á no retroceder. «Rogaré al conde—pensaba—que él mismo lea mi carta de despedida á su hijo.» Llegó á la meseta, atravesó un vestibulo y se introdujo en una larga alcoba oscura, que sólo recibía luz por una gran puerta vidriera que daba á la habitación ocupada habitualmente por Esteban. Esta puerta estaba entornada, y la escena extraña que se presentó á la vista de Gilberto al acercarse le retuvo inmóvil á algunos pasos del dintel.

Esteban, vuelto de espaldas, estaba en pié, con los bra-

zos cruzados sobre el pecho. No hablaba á su padre, sino á dos imágenes de Santos suspendidas en la pared y alumbrados por una lamparilla. Aquellas dos pinturas sobre madera, obra del padre Alejo, representaban á San Jorge y San Sergio. El adolescente les dirigía centelleantes miradas, los apostrofaba con voz encolerizada y trémula, y por intervalos, golpeando el suelo con el pié, restregaba con furor entre sus manos su larga cabellera en desorden. Ilustres santos de la Iglesia de Oriente, ¿habéis oído jamás semejantes conceptos?

—¡ Ah! ya sabéis—les decía—cuánto os he amado siempre cuánto os he querido, ensalzado, venerado y adorado. Noche y día os imploré tendiendo hacia vosotros mis brazos suplicantes. Jamás he dejado extinguir la luz de esa lámpara que arde á vuestros piés. Echaba en ella por mi mano, aceite perfumado. Más de una vez me levanté de noche para avivar la moribunda llama. Cometía la locura de creer en vosotros, y gritaba desde el fondo de mi miseria: ¡Oh mis santos patronos, proteged á un pobre niño que no tiene más amparo y defensa que vosotros! «Aguarda un poco—deciais—te visitaremos en tus aflicciones, haremos guardia en derredor tuyo, verás lucir sobre tu frente el brillo de nuestras espadas. Diremos á estas paredes: ¡Caed! y al primer movimiento de nuestros labios, se derrumbarán espantadas...» Y hasta ahora, hipócritas, ¿qué habéis hecho por mí? ¿Dónde están vuestras obras? ¿dónde las pruebas de vuestra compasión? ¿dónde los testimonios de vuestra ternura?... ¡Ah! San Jorge, ¿dónde estabais pues, gran sajador de dragones, cuando hace un momento os invocaba estremeciéndome? Sin embargo, ya lo sabéis; sólo os pedía que me protegiéseis con vuestra espada, que me arrancaseis del calabozo de los leones, que me preservarais de las llamas del horno... Y os decía: haced que pueda salir de aquí con la cabeza erguida, con el honor salvo... ¿Por qué no me has escuchado, San Jorge? ¿Era acaso un milagro superior á tus fuerzas verter en mi san-



gre un poco de calma y de valor?... ¡Pero qué digo! Has acudido á mi voz, pero ha sido para combatir contra mí! Sí, en ese momento de suprema angustia, en que prosternado, procuraba en vano levantarme, he sentido



que tú mismo quebrantabas mis rodillas, que tu mano ple-  
gaba hasta el suelo mi cabeza inclinada como la de un  
corderillo, y que me obligabas á apurar hasta las heces el  
cáliz de la vergüenza y de la ignominia. ¡Ah! esa vergüen-  
za, apúrala! ¡te pertenece, te la arrojo á la cara!... Escu-  
chadme bien, santos pérfidos y embusteros, ¡os maldigo  
mil y mil veces! ¡Os maldigo porque tenéis entrañas de

piedra! ¡Os maldigo, porque no sois más que vanidosos insolentes que mendigáis homenajes, y rechazáis en seguida con el pié á los pigmeos que se prosternan ante vosotros! ¡Os maldigo, porque os asemejáis á los perros parásitos y mendicantes, que van de puerta en puerta, pidiendo que los halaguen y los rasquen, mordiendo la mano que los alimentó y acarició! ¡Santos inexorables, en el inmenso piélago de piedades celestes, no habéis sabido encontrar una gota, una sola gota de rocío con que bañar la frente de un pobre niño que se muere!

Y al decir estas palabras, subiése á una silla, descolgó de la pared las dos imágenes, las echó al suelo, cogió el látigo y las azotó afrentosamente. En esta campaña, san Jorge perdió media cabeza y una de las piernas, y san Sergio quedó desfigurado por todo el resto de sus días. Cuando hubo saciado su furor, Esteban los volvió á colgar de cara á la pared, y apagó la lamparilla; luégo se revolcó por el cuarto retorciéndose los brazos y mesándose los cabellos; pero, de improviso se quedó sentado en el suelo y sacó de su seno un medalloncito en forma de corazón en el que fijó su vista, prorrumpiendo en llanto, y entre sus sollozos decía:

—¡Madre mía! ¡no os acuso, no! Nada podéis hacer por mí; pero ¿por qué me fué dado conoceros? Acordarse, acordarse... ¡qué suplicio! Sí, aún creo veros. Cada mañana me dabais un beso aquí, sobre la frente, á raíz de los cabellos... Ha quedado la señal... Hay momentos en que me abrasa. Más de una vez he mirado al espejo si tenía alguna cicatriz... ¡Oh madre mía! ¡Venid á curar mi herida, renovándola!... Recibir un beso de una madre, ¡gran Dios! qué delicia... ¡Oh! por un beso, por un solo beso vuestro, arrostraría mil peligros, daría mi sangre, mi vida, mi alma. ¡Ah! ¡qué aire tan triste tenéis! Estáis llorando. ¿Me reconocéis, no es verdad? Estoy muy cambiado, sí, muy cambiado; pero tengo siempre vuestra mirada, vuestra frente, vuestra boca, vuestro cabello...



¡Cómo me gusta vuestro vestido! quisiera tocarlo. Es el mismo que en uno de sus pliegues ocultaba todo mi cuerpo, cuando iba, en mis juegos, á refugiarme á vuestro lado. Me acurrucaba á vuestros piés, posaba mi cabeza en vuestras rodillas y los pliegues del vestido de seda, cubriéndome me ocultaba á todas las miradas. Y vos decíais á los que me buscaban: el pichoncito no está aquí, no sé qué habrá sido de él... ¡Ah! por favor, decidles todavía que no estoy. Decídselo de manera que os crean. No quiero verlos ni oírlos... ¡Madre mía! ¡madre mía! ¿No podríais darme alas para volar hacia vos? Ó á lo menos, os lo suplico, enseñadme el camino de vuestra tumba. Aun al cabo de seis años, ¿no es verdad que las cenizas de una madre entran en calor, cuando su hijo se acuesta en ellas? Allí estaré cerca de vos, muy quietecito, y á los que vayan á buscarme, les diréis: «el pichón no está aquí; no sé lo que habrá sido de él...

Luégo, levantándose de súbito, Esteban dió con paso vacilante una vuelta por el aposento. Conservaba el medallón en la mano derecha y no apartaba de él sus miradas. De vez en cuando lo alejaba de sí extendiendo el brazo y lo contemplaba fijamente, contrayendo los párpados, ó bien lo acercaba á sus ojos completamente abiertos, le dirigía ternezas, caricias, reproches, lo apoyaba en sus labios, le daba mil y mil besos, lo pasaba por encima de sus cabellos, por sus mejillas inundadas de lágrimas; parecía que quisiese hacer penetrar alguna partícula de aquella imagen sagrada en su sér, en su vida... Al fin, colocándola sobre el lecho, se arrodilló ante ella, y oculto el rostro entre las manos, exclamó sollozando:

—¡Madre mía, madre mía! Hace tiempo que murió vuestra hija. ¿Cuándo llamaréis á vos á vuestro hijo?

Gilberto se retiró en silencio. Una voz que salía de aquel aposento le decía: «Estás aquí de más; guárdate de turbar esta conversación de un hijo con su madre. Los grandes dolores tienen algo de sagrado. La piedad misma los

profana con su presencia.» Bajó por la escalera con precaución. Cuando llegó al último peldaño, extendiendo el brazo en dirección del aposento del conde, pronunció en voz baja estas palabras: «Habéis mentido, bajo esa túnica de terciopelo negro, late un corazón!» Avanzó con paso rápido por el corredor, esperando salir de él sin ser visto, pero en el momento en que se aproximaba al postigo, se encontró frente á frente de Iván, que salía de su cuarto y que, en su sorpresa, dejó caer el canasto que llevaba en la mano.

—¡Vos aquí!—exclamó en tono severo.—Á cualquier otro podría costarle caro...

Luégo, con voz dulce, impregnada de profunda melancolía:

—Hermano—dijo—¿os proponéis, acaso, que nos maten á uno y á otro? Veo que no conocéis al hombre cuyas órdenes os atrevéis á desafiar...

Y añadió, inclinándose humildemente:

—Perdonad que os haya llamado hermano. En mi boca eso no quiere decir camarada.

Gilberto hizo un ademán de asentimiento y quiso alejarse, pero el siervo, cogiéndole por el brazo:

—Felizmente—dijo—el *barine* ha salido, pero, andáos con cuidado; hace dos días que ha entrado en una de sus crisis; tiene una cada año y mientras duran, por la noche desvaría y durante el día su cólera es terrible. Os aviso que la atmósfera amenaza tempestad; no atraigáis el rayo sobre vuestra cabeza.

Luégo, colocándose entre la puerta y Gilberto, añadió con suma gravedad:

—Puesta la mano sobre el corazón, decidme, ¿qué habéis venido á hacer aquí? ¿Habéis visto á mi señorito? ¿Habla con su alma? Debéis haber comprendido lo que le decía, porque siempre le habla en francés. No sabe del ruso más que lo necesario para reñirme. Decid, ¿qué habéis oído? Quiero saberlo...



—Tranquilizáos—contestó Gilberto.—Si tiene secretos, no los ha revelado. No se ocupaba más que en quejarse, en reñir á los santos y en llorar. Por otra parte, no creáis que haya venido aquí para espiarle, ni interrogarle. Como está apesadumbrado, quería consolarle comunicándole la agradable noticia de mi próxima partida; pero no he tenido valor para presentarme á él, y además, no estoy bastante seguro ahora de lo que haré.

—Sí, hacéis bien en marcharos—repuso vivamente el siervo;—pero partid secretamente, sin avisar á nadie. Si queréis, os facilitaré los medios. Sois demasiado curioso para permanecer aquí. Respecto á vos se han concebido ya ciertas sospechas que he logrado destruir... Pero... ¡sois tan imprudente!...

Y sacando de su bolsillo la bujía que Gilberto había dejado caer en el corredor la noche precedente:

—Por fortuna—le dijo devolviéndosela—yo la he visto y recogido, y yo, os quiero bien, ya sabéis por qué... Pero antes de moveros de este sitio—añadió con solemne acento—juradme que durante todo el tiempo que permanezcáis en esta casa, no intentaréis volver á entrar en esta galería y que no pasaréis por la otra durante la noche. Os lo advierto, os va en ello la vida...

Gilberto le contestó con un gesto de aprobación, y atravesando el postigo, volvió á su aposento, donde, ya junto á la ventana ó tendido en un sillón, pasó más de dos horas absorto en sus pensamientos. Sacóle de su larga meditación el tañido de la campana. Durante la comida, se habló poco. M. Lemínof estaba grave y sombrío; parecía dominado por una agitación nerviosa que procuraba disimular. El niño estaba más tranquilo de lo que pudiera esperarse después de las violentas emociones que había experimentado; pero notábase algo de particular en su mirada. El padre Alejo era el único que conservaba su semblante de todos los días.

Al final de la comida, Gilberto se sorprendió al ver que

Esteban, que comunmente no bebía más que agua y vino, se echaba tres veces vino de Marsala bebiéndolo de un tirón. El joven no tardó en sentir sus efectos; se le encendió el color, y su mirada adquirió cierta vaguedad. Cuando terminó la comida, miró largo rato los frescos apocalípticos de la bóveda; luégo, volviéndose de repente hacia su padre, se atrevió á dirigirle una pregunta. Era esta la primera vez después de cerca dos años. Tal osadía causó general sensación; hasta el mismo padre Alejo abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Es verdad—preguntó Esteban—que á veces han sido enterradas vivas, personas á quienes se creía muertas?

—Así ha ocurrido, en efecto—contestó el conde.

—Pues qué ¿acaso no hay medios para comprobar la muerte?

—Unos dicen que sí, otros que no. He oído hablar de un hombre helado, cuya autopsia se practicó en un hospital. El operador, al abrir el cadáver vió latir el corazón en el pecho; echó á correr, y todavía dicen que está corriendo.

—Pero cuando uno muere de muerte violenta... por ejemplo, envenenado?

—Soy de opinión que también es posible equivocarse. La fisiología es un gran misterio.

—¡Oh! debe ser horrible—dijo Esteban como hablando consigo mismo—despertarse chocando con la frente en la tapa de un ataúd.

—Ciertamente—contestó el conde—ha de ser muy desagradable.

La conversación no pasó adelante. Esteban parecía muy afectado con las contestaciones del conde. Cesó de dirigir las miradas al techo y las fijó en el plato. Su rostro cambió varias veces de color, y como sintiera la necesidad de distraer sus negras ideas, llenó su vaso por cuarta vez, pero no pudo vaciarlo, y apenas lo hubo tocado con sus labios cuando volvió á dejarlo encima de la mesa con ademán de asco.



Trajeron el thé. M. Leminof lo sirvió, y dejando enfriar su taza, se levantó y recorrió la estancia en toda su longitud. Después de haber dado dos vueltas, llamó á Gilberto y apoyándose en su brazo, continuó el paseo conversando con él sobre las novedades políticas del día. Esteban no apartaba la vista de su padre, y una viva perplejidad se pintaba en su semblante. De pronto, aprovechando el momento en que daban la vuelta, sacó de su manga un papequito que contenía una corta cantidad de polvo amarillento, y desdoblándolo rápidamente, lo acercó á su taza que estaba llena todavía; pero cuando iba á verter el polvo, su mano vaciló, y advirtiéndolo que su padre y Gilberto daban la vuelta, apresuróse á ocultar el papel. Al cabo de un minuto, lo sacó de nuevo, pero en el momento decisivo le faltó otra vez el valor. Sólo á la tercera el polvo amarillo cayó en la taza, donde Esteban lo disolvió con su cuchara. Este ligero movimiento había pasado inadvertido para Gilberto; pero al conde no se le había escapado nada: tenía ojos en el cogote.

Volvió á sentarse en su sitio y bebió el thé á sorbos. Continuó hablando con Gilberto sin que al parecer se ocupara en lo más mínimo de su hijo, pero no dejaba de observar de reojo todos sus movimientos. Esteban miraba atentamente la taza; su emoción iba en aumento, su respiración era penosa, sentía escalofríos, sus manos se agitaban febrilmente. Después de algunos minutos de espera, el conde se volvió hacia él y fijando en la suya su vista:

—¡Y qué! ¿no bebéis?— le dijo. — El thé frío es muy mala droga.

El temblor del joven se aumentó; su mirada era vidriosa. Volviendo lentamente la cabeza, paseó sus extraviados ojos en torno suyo, por la mesa, por la silla, por la vajilla, por la ensambladura de encina negra. Hay momentos en que el aspecto de los objetos más comunes produce en el alma emoción solemne. Cuando un reo va á morir, la más mínima brizna de paja que divise en el suelo de su en-

cierro parece que le conmueve el corazón... Por fin, reuniendo todo su valor, Esteban levantó la taza y la llevó á sus labios, pero antes de que llegara á tocarla, el conde se la arrebató de un golpe de las manos. Exhaló el muchacho un grito penetrante y se dejó caer en el respaldo de la silla, cerrando los ojos. M. Leminof le miró un instante con irónica y desdeñosa sonrisa; luégo, fijando su vista en la taza, la examinó con cuidado, la olió, y metiendo la cuchara, sacó del fondo dos ó tres granos amarillentos que frotó y pulverizó entre sus dedos. Entonces con un tono tan tranquilo y tan indiferente como si hablara de la lluvia y del buen tiempo:

—Esto es fósforo—dijo.—Un veneno bastante activo; las cerillas fosfóricas han originado la muerte de más de un hombre... Ya había yo visto vuestro papelito. Creo que la dosis no era bastante fuerte.

Y, mojando un dedo en la taza, lo pasó por la lengua haciendo una mueca desdeñosa.

—Si no me engaño—repuso—todo se hubiera reducido á violentos cólicos. Cometiais una imprudencia; no os gusta sufrir y sabéis que no tenemos en estas inmediaciones más que médicos de agua chirle. ¿Por qué no tardabais algunas horas más? El doctor Paulitch llegará mañana por la tarde.

Y en tono más flemático todavía:

—Uno de los grandes principios de conducta—prosiguió—estriba en hacer bien todo lo que se hace. Luego, cuando uno quiere matarse en regla, no empieza por mantener ante testigos conversaciones de cementerio que puedan despertar sospechas. Además, como esos asuntos requieren mucha sangre fría, no hay que achisparse antes. Malo es, pedirle valor al vino! Es olvidar que la proximidad de la muerte quita la embriaguez. En fin, cuando uno está formalmente resuelto á darse muerte, no hace eso en la mesa, en compañía de otras personas, sino en su aposento, después de haber echado cuidadosamente los cerrojos. En



una palabra, vuestra escenita de tragedia ha fracasado por completo; ni aun siquiera poseéis los primeros rudimentos de tan lindo arte. Os aconsejo que no volváis á las andadas.

Al pronunciar estas palabras, tiró del cordón de una campanilla y llamó á Iván.

—Tu amo ha quèrido matarse—le dijo;—llévale á su aposento y propínale una poción calmante que le haga conciliar el sueño. Esta noche le velarás, y en adelante cuidarás de que no tenga á mano cerillas fosfóricas. No significa esto que yo sospeche en él un propósito deliberado de matarse; pero ¿quién sabe? Su exagerada vanidad podría terciar en el juego. Luégo, como tiene excitados los nervios, procurarás que durante algunos días haga mucho ejercicio. Si mañana hace buen tiempo, hazle correr todo el día, y por la noche pásale por la terraza. Hay que refrescar su sangre.

Desde el momento en que su padre le arrebató la emponzoñada bebida, Esteban quedó petrificado en su asiento. Con la frente lívida y los brazos caídos, no daba ya señal de vida. Cuando Iván se acercó á él para conducirle á su cuarto, levantóse como impulsado por un resorte, y apoyado en el brazo del siervo, atravesó toda la estancia sin abrir los ojos. En cuanto salió, el conde lanzó un prolongado suspiro de cansancio y de tedio.

—¿No os lo dije ya?—exclamó—dirigiendo á Gilberto una mirada escrutadora:—ese mozalbete se desvive por los golpes de efecto. Apuesto la cabeza á que no tenía el más mínimo deseo de matarse: quería únicamente conmovernos; pero de seguro que si tomó por blanco el corazón sensible del padre Alejo, ha perdido miserablemente su tiempo... Y señaló con el dedo á Gilberto al digno sacerdote, que después de vaciar su taza, se había dormido profundamente en su escabel y durmiendo sonreía á los ángeles.

Gilberto causó una viva y agradable sorpresa al conde respondiéndole con mucha mesura:

—Tenéis sobrada razón, señor conde; no ha pasado de

ser una ridícula monada. Felizmente tengo la seguridad de que nuestro joven trágico no nos obsequiará con la segunda parte de su intentona. En materia de valor, es bueno tener ocasión de ver el fondo del saco: nada más á propósito para curar á un fanfarrón de la necia manía de las baladronadas.

—Decididamente mi secretario se va formando—pensó el conde—tiene blanda la boca y siente la brida...—Y con la alegría que le causó este descubrimiento, conoció que sentía hacia él impulsos de verdadera amistad, de que se creía incapaz. Su sorpresa y su contento crecieron cuando Gilberto repuso:

—Pero, á propósito, ¿persistís en creer, que según Constantino Porphirogéneta, toda la Grecia llegó á ser esclava en el siglo octavo? Sobre esto tengo que haceros nuevas objeciones. Desde luégo, ese famoso Copronymo que cita...

Eran ya las once de la noche cuando se levantaron de la mesa. Fué preciso despertar al padre Alejo, que continuaba durmiendo, con el brazo tendido sobre el plato y la cabeza apoyada en el codo. El conde le dió una sacudida, y él se levantó sobresaltado gritando:

—¡No los toquéis!... ¡Los colores están frescos todavía; la barba de Jacob tiene un color gris tan bonito!...

—¡No se trata ahora de vuestros eternos patriarcas!—dijo el conde con aspecto severo;—mejor hiciérais en ocuparos de la deplorable escena que acaba de ocurrir.

—¿Acaba de ocurrir una escena?—contestó el padre arqueando las cejas.

—¿Todavía, todavía, padre mio? Os hablo de esa taza de thé envenenado...

—¡Virgen santa! ¡el thé envenenado!... ¡Y yo que he bebido, que he bebido tanto!...—Y se tentaba todo el cuerpo cómo para asegurarse de que todavía estaba vivo.

—Eso ya pasa de raya—dijo el conde fingiendo perder la paciencia...—Veamos, ¿se aclaran ya vuestras ideas? ¡Ah! ¡ya volvéis en vuestro acuerdo!... ¡Pues bien! sabed, que



os hago responsable de lo que acaba de ocurrir aquí, porque, bien mirado, ¿de qué sirven á ese joven vuestras instrucciones pastorales? Por favor, decidme ¿qué clase de catecismo le enseñáis?

—¡Ah! ¡gran Dios! ¿habrá querido envenenaros?—repu- so el padre Alejo con azorado ademán.

—¡Vaya! vuestra suposición carece de sentido común. Lo que me pasma es que miréis una aventura como esta, con tanta sangre fría. ¿Tan venial es, á vuestros ojos, un pecado semejante? Padre mío, esos asuntos son de vuestra incumbencia; medita y pesad cuidadosamente las menores circunstancias; de vos espero consejos y remedios. Una palabra todavía: no le habléis jamás de tan triste historia. Ya me entendéis; en vuestras conversaciones con él evitad cualquiera expresión que pudiera encerrar la más remota alusión á lo que acaba de ocurrir...

Dicho esto, le volvió la espalda, y el buen padre se retiró, moviendo la cabeza con aire pensativo. Preocupábale en sumo grado la perplejidad de verse precisado á dar consejos sobre un asunto que ignoraba y el temor de hacer algún día, contra su voluntad, alguna alusión á un secreto que no conocía.

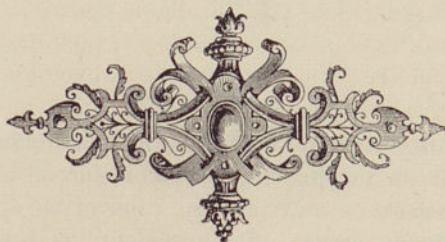
Antes de separarse de M. Leminof, Gilberto quiso tener noticias de Esteban. El conde mismo fué á adquirirlas; volvió en compañía de Iván, y Gilberto supo, por boca del siervo, que el adolescente había tomado su poción, y que acababa de dormirse con la mayor tranquilidad.

El complaciente secretario se retiró tarareando una cancioncita. M. Leminof le siguió con la mirada, y señalándole al siervo con el dedo:

—¿Ves á ese hombre?—le dijo en tono confidencial;—pues figúrate que siento amistad por él. Cuando menos, es el más caro de mis hábitos. Mis sospechas eran absurdas, has hecho bien en combatirlas... Sin embargo, por precaución, ronda por este corredor entre media noche y las dos de la madrugada... Y ahora ven á encerrarme con

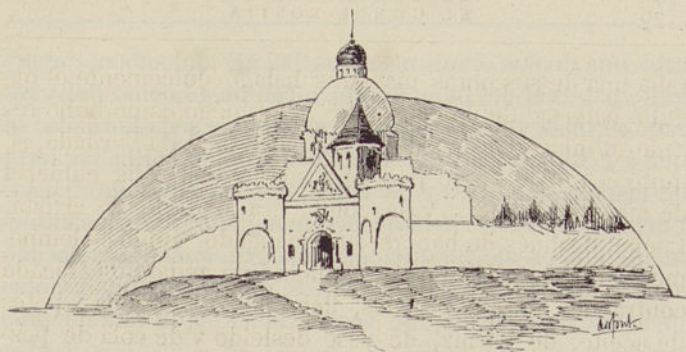
doble vuelta en mi aposento, porque me siento amenazado de una recaída. Mañana, por la mañana, á las cinco, vendrás á abrir.

—¡Conde Kostia!—murmuró Gilberto apenas hubo entrado en su rotonda—no temáis que sueñe en dejaros. Suceda lo que quiera, permaneceré aquí. ¡Conde Kostia! ¡oídme bien! ¡vos enterrasteis la sonrisa; pongo al cielo por testigo de que la resucitaré!...









## XII

**L**A mañana siguiente al día en que Gilberto había formado la resolución de permanecer en Geierfels, el padre Alejo se levantó temprano, y se trasladó como de costumbre á su querida capilla; entró en ella con paso lento, encorvado, y el rostro inquieto; pero cuando hubo atravesado la nave y llegó al frente de la puerta mayor del coro, la influencia del santo sitio empezó á disipar su melancolía; sus pensamientos tomaron un giro más tranquilo, y su semblante se serenó. La capilla, que formaba parte de un pequeño cuerpo de edificio separado por un patio de la construcción principal, daba á levante recibiendo la luz por tres grandes ventanas ojivales que miraban á una galería con columnas. Durante la noche, había abonanzado el tiempo, y en aquel instante un rayo de sol, penetrando por una de las ventanas, destacaba con su luz una de las figuras de los evangelistas que decoraban el iconóstasis; este favor con que el cielo hon-



raba una de sus obras maestras halagó dulcemente el orgullo paternal del buen hombre. Tan luégo como hubo rezado su misa y despojándose de su alba de seda bordada, se quitó el ropaje negro y se endosó una sotanilla cubierta de manchas de grasa y de color; era su traje de artista. Luégo, después de haberse arremangado, subió solemnemente una escalerita que conducía á un andamio colocado contra una de las paredes, lleno de paja molida y potes de aceite, de barniz, de yeso desleído y de cola de pescado.

Hacía algunos días que el padre Alejo se ocupaba en pintar un grupo de tres personajes; Abraham, Isaac y Jacob, que llevaban su posteridad sobre las rodillas. Era una copia bastante exacta de una pintura que se encuentra en el cuadrilátero del convento de Lavra. Veíanse aquellos patriarcas gravemente sentados en un banco de césped, separados unos de otros por pequeños arbustos de aspecto algo fantástico. Sus venerables cabezas estaban rodeadas de una auréola; su abundante cabellera peinada con el mayor cuidado descendía majestuosamente sobre los hombros, y la poblada barba les llegaba hasta la mitad del pecho. Cubiertos con un amplio manto de pliegues rectos y simétricos, sostenían en sus brazos abiertos un lienzo blanco en el que se veían ocho cabezas de niños colocadas en fila, símbolo insuficiente tal vez de aquella posteridad tan inmensa como las estrellas del cielo cuya promesa halagaba su orgullo. Esos héroes de la antigua alianza tenían rostros de monjes, largos, macilentos, austeros; pero su tristeza nada tenía de meditabunda ni extática.... Parecían muy ocupados en un pequeño cálculo, y como diciendo entre sí: «Hace ya muchos años que ayunamos y nos levantamos por la noche á cantar maitines; son ya anticipos de consideración...» Y calculando los reembolsos que les corresponderían con el tiempo, procuraban darse cuenta de su debe y haber...

Trabajando estaba el padre Alejo desde hacía una hora,

cuando oyó rumor de pasos en el patio; volvió rápidamente la cabeza y vió á Gilberto encaminándose á la capilla. El padre se estremeció de gozo, como un pescador que después de largas horas de mortal espera, ve tragado imprudentemente el anzuelo por un pez de hermosa apariencia. Ansioso de su presa, arrojó bruscamente la brocha, bajó del andamio con la agilidad de un joven y corrió á esconderse detrás de la puerta, donde permaneció al acecho conteniendo la respiración; en cuanto apareció Gilberto, se abalanzó hacia él y le cogió de un brazo mirándole con ojos que parecían decir: «Ya os cogí, y no os vuelvo á soltar.»

Cuando se hubo calmado algún tanto su alegría:

—¡ Ah! Hijo mío—exclamó—¿ qué feliz inspiración os conduce aquí?

—M. Leminof se siente indispuerto—le contestó Gilberto—y he creído no podía emplear mejor mis ocios que viniendo á ofreceros mis respetos.

—¡ Oh! ¡ magnífica idea! —le dijo el padre mirándole con inefable ternura.—¡ Venid, venid, hijo mío, os lo enseñaré todo, sí, todo!

Esta palabra *todo* la pronunció con un acento tan enérgico que Gilberto se asustó. Como se puede comprender, no eran precisamente las pinturas bizantinas lo que llamaba principalmente su atención en aquel momento. De todos modos se prestó con infatigable complacencia al minucioso examen de todas las imágenes del iconóstasis y de la nave; elogió cuanto le pareció digno de alabanza, guardó silencio sobre los notables defectos que ofendían la delicadeza de su gusto, se permitió sólo algunas observaciones de detalle y sobre todo escuchó con una atención tan abstraída todas las explicaciones con que le abrumaba el autor, que éste al cabo de algunos minutos, había concebido por él el más vivo afecto, y se lo demostraba con sus miradas, con sus sonrisas, con cariños enteramente paternos.



—¡Hijo mío, os he reservado mis tres patriarcas para el ramillete!—dijo por fin el buen padre.—¿Vamos á ver qué os parecen?

Y le condujo al pié de la escalera:

—Subid con los ojos cerrados; ya los abriréis cuando estéis arriba. Cerrad los ojos, cerradlos bien; no tengáis miedo de caer, yo subo detrás.

Gilberto accedió á su deseo. No nos atreveríamos á jurar que al abrir los ojos experimentara ese deslumbramiento con que había contado el padre Alejo; pero sonrió con aire de complacencia. En pié á su lado, el pintor le devoraba con la vista y murmuraba entre dientes:

—¡Cuando os decía que este era el ramillete! Querido hijo—prosiguió, después de haberle dado tiempo para reponerse—querido hijo, no temáis ofenderme diciendo francamente cuál de las tres figuras admiráis más?

Se veía que el padre Alejo poseía el difícil arte de plantear bien las cuestiones.

—Hablándoos con entera franqueza y sin ocultaros nada—contestó el indulgente Gilberto—prefiero á todos Abraham. Tiene cierto aire de majestad...

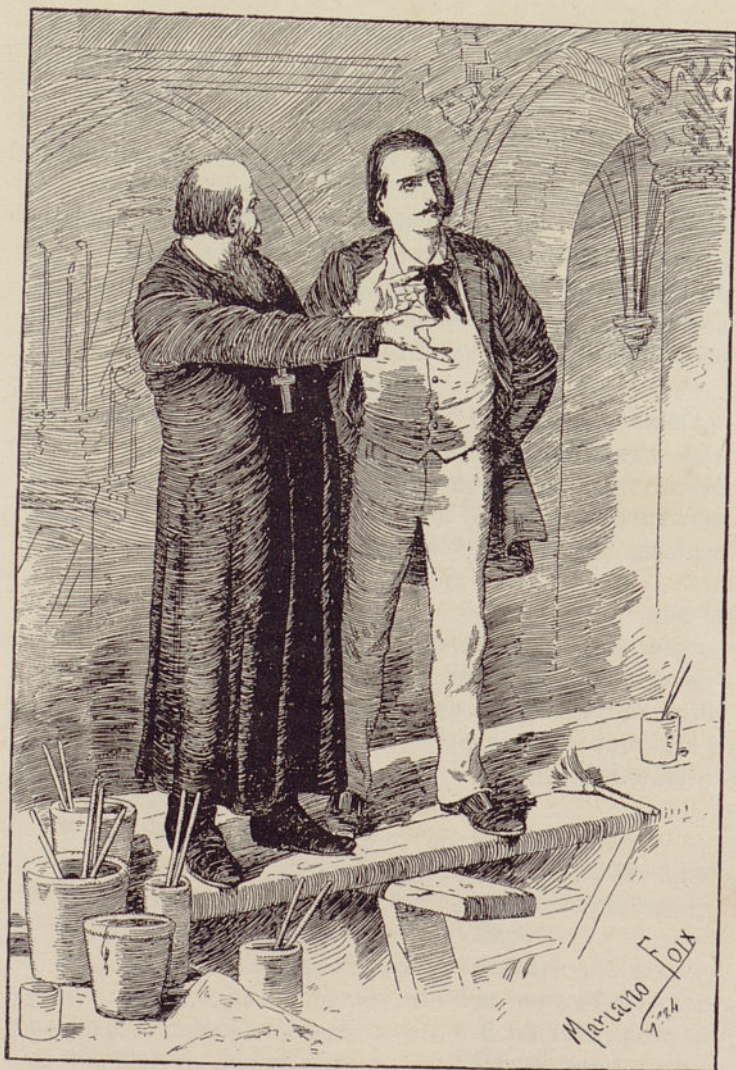
—¡Diablo! tenéis el gusto muy fino!—exclamó el sacerdote apretándole ligeramente el brazo.—Sí, Abraham es la rosa más linda del ramillete... Sin embargo, no quisiera que vuestra admiración por el abuelo os hiciera pecar de injusto con el hijo y el nieto. Mirad con atención á Isaac. ¿No le encontráis cierto no sé qué en el semblante?...

—Tenéis razón. ¡Pues bien! padre mío, para quedar bien con todo el mundo, os diré que la testa de Abraham es más majestuosa, y la de Isaac más expresiva.

—¡Eh! ¡Eh! hijo mío, sois un juez consumado en estas materias y gran conocedor de la belleza de las cosas... ¿pero y Jacob?... paréceme que Jacob!...

—¡Verdad, sí! ¡su barba es de un color gris soberbio!

—¡Qué bien habláis! «Las palabras agradables son un panal de miel», según está escrito en los Proverbios... Sí,







esa barba es hermosa... ¿Pero no me decís nada de esos lindos arbustos?

—¡Oh! ¡no pasan de ser accesorios!

—No habléis con ligereza de los accesorios—dijo el pintor con aire de reprensión—es un detalle más importante de lo que os figuráis. Decidme, sino: ¿qué vale una buena comida sin postres? ¿qué la mejor narración sin los detalles? La misma felicidad (desde el punto de vista mundano, se entiende) la felicidad no tiene sabor ni fragancia si no está sazónada con algunos pequeños placeres. Sois todavía joven, hijo mío, y despreciáis las cosas pequeñas. Cuando tengáis más edad, reconoceréis la importancia de los accesorios y que lo esencial, para vivir bien, es condimentar las salsas... Pero, mirad ese césped! ved cuán fresco, cuán aterciopelado... ¡Virgen santa! ni os dignáis mirarlo. No tenéis ojos más que para Abraham. Es una debilidad que os perdono. Mirad, examinad más de cerca esos pliegues del manto, allí, encima de la rodilla.

Gilberto se estremeció de piés á cabeza viendo que la conversación adquiría el movimiento de una lanzadera. Abraham y el césped, el césped y Abraham, círculo mágico en que corría riesgo de permanecer aprisionado hasta la noche. Grave era el peligro, se apresuró á conjurarle y anunció al padre que tenía que hablarle de un asunto serio.

—¡Un asunto serio!

Y el semblante del buen sacerdote se oscureció.

—¿Tendríais que confesaros de alguna cosa? ¿Qué digo? No sois ortodoxo, hijo mío; ¡pluguiera á Dios lo fuérais!

Luégo, dándose una palmada en la frente:

—Ahora recuerdo; hay ciertas aclaraciones que me alegraría... Vamos, abandonemos este sitio que pudiera traernos malas consecuencias en caso de distracción; pero no os despedáis de mis patriarcas: no lo habéis visto todo, y...

—Bajemos, bajemos—dijo Gilberto poniendo el pié en la escalera.

Bajaron y fueron á sentarse en uno de los extremos de



la grada de mármol blanco que, á la entrada del coro, ocupaba toda la anchura de la nave.

—Hijo mío—empezó tímidamente el padre—anoche...

—¡Precisamente de esto deseaba hablaros!—dijo Gilberto.

—¡Ah! sois bueno y generoso; adivinasteis mis apuros, y habéis querido... Lo confieso, un ligero amodorramiento... La carne es débil... ¡Ah! no sois así vos... El favor no os trastorna la cabeza. Hablad, hablad, soy todo oídos.

—Con la condición, padre mío, que me guardaréis el secreto, pues ya comprendéis...

—¡Sí, ya comprendo! ¡Pobres de nosotros, si se pudiera sospechar que nos ocupábamos de ciertas cosas! ¡Oh! no temáis. Si Kostia Petrovitch me habla de este asunto, aparentaré no saber nada, y me acusaré de haber infringido la prescripción del gran Salomón que dice: «Cuando te sientes á la mesa de algún príncipe, observa con atención lo que hagan los demás.» ¡Oh! hablad sin miedo, hijo mío. Sabed que en esta boca hay una lengua vieja que no dice nunca más que lo que quiere.

Cuando Gilberto terminó su relación, el padre Alejo se deshacía en exclamaciones, santiguándose á cada momento:

—¡Oh! pobre niño!—exclamó—qué locura la suya! ¿Con que ha jurado su perdición? ¡Querer morir en pecado mortal! El espíritu de las tinieblas se ha apoderado forzosamente de él. ¿No invoca acaso por la mañana y por la noche á san Jorge? ¿No reza sus oraciones, y no lleva sobre el pecho el santo amuleto que le di? ¡Ah! por qué me dormí anoche! ¡Qué sermón le hubiera echado! Habría empezado por decirle...

—No pongo en duda vuestra elocuencia; pero no son amonestaciones ni buenos consejos lo que le hace falta á ese joven: un poco de ventura le causaría mejor efecto.

—¡Ventura!... ¡Eh! sí, su vida es algo triste. Hay ciertas máximas de educación...

—No se trata de máximas de educación, sino de un padre que profesa á su hijo un odio declarado.

—¡Virgen santa!—exclamó el sacerdote con un movimiento de espanto—no digáis eso, hijo mío! Dios no gusta de oír esas palabras. No las repitáis jamás; ni sería prudente, ni caritativo...

Gilberto se obstinó, enunciando como ciertas las conjeturas que se le habían ocurrido, y encareció todavía más su pensamiento, con la esperanza de que el padre, replicándole, le proporcionaría las aclaraciones que deseaba. El éxito del artificio sobrepujo á sus esperanzas.

—Sé de ciencia cierta—dijo—que M. Leminof amaba á su esposa, que ésta le fué infiel, que él acabó por concebir sospechas, y que se vengó...

—¡Falso! ¡Falso!—exclamó el padre con profunda emoción.—Según vos, podría creerse que el conde Kostia mató á su mujer. Os han contado una fábula. La verdad es que la condesa Olga se envenenó, y luégo, sintiéndose morir, presa de espanto, pidió socorro... Todo fué inútil; no se logró que arrojara el veneno. Entonces me llamó á toda prisa. No tuve tiempo sino de llegar, recibir su confesión... ¡Oh! qué escena tan horrible, hijo mío! ¿Por qué me la recordáis? Y sobre todo ¿cuál es la lengua calumniadora?...

—Me han dicho además—prosiguió el inflexible Gilberto—que después de ese deplorable suceso M. Leminof, sintiendo horror contra el lugar testigo de su deshonra, salió de Moscou y de Rusia, y se trasladó á la Martinica. Al llegar allí, perdió, después de algunos meses de permanencia, uno de sus hijos, una niña según creo, y esta muerte debió ser anticipada por...

—¡Nueva calumnia!—dijo el padre interrumpiéndole y mirándole con fijeza.—Aquella niña murió de la fiebre amarilla. Jamás Kostia Petrovitch ha levantado un dedo contra sus hijos. ¡Ah! decidme qué lengua de víbora...

—Á lo menos no es calumnia pretender que tiene sus



motivos para no querer á su hijo. Primero, le aborrece porque es el vivo retrato de su madre; y luégo, tal vez duda que ese joven sea realmente hijo suyo...

— Duda impía que he combatido con todas mis fuerzas! Ese joven nació nueve años antes de que su madre cometiera su primera y única falta. Lo he dicho y repetido; se me objeta que nació después de seis de un matrimonio que parecía condenado por el cielo á eterna esterilidad; circunstancia fatal, que parece una prueba irrefutable para un corazón vengativo y lacerado. Pero, de nuevo os lo suplico, ¿quién ha podido deciros?...

— Una palabra más: antes de partir para la Martinica, M. Leminof hizo cuánto pudo para descubrir al amante de su mujer. Sus sospechas recayeron en uno de sus amigos más íntimos, llamado Morlof. En su ciego furor, le mató, y sin embargo, Morlof era inocente!

— ¿Os han dicho que le asesinó? — exclamó el padre Alejo, cada vez más agitado. — ¡Otra calumnia! le mató en duelo de buena ley. ¡Virgen santa! el pecado es de suyo bastante grave; pero la policía echó tierra al asunto, y el conde obtuvo su absolución.

— ¡Ay! — repuso Gilberto — si la Iglesia ha perdonado, la conciencia del matador se obstina en condenarle; maldice esa mano arrebatada que vertió sangre inocente, y por una extraña aberración, le exhorta á lavar aquella fatal equivocación en la sangre del verdadero culpable. Al cabo de seis años aún no ha renunciado á descubrir á ese culpable: le irá á buscar si es preciso á las entrañas de la tierra, y si por casualidad hay algún corazón donde esté escrito ese nombre, abrirá ese corazón con la punta de la espada para descifrar en él esas letras de sangre y de fuego!

Gilberto pronunció estas últimas palabras con vibrante voz. Había olvidado súbitamente dónde se hallaba y con quién hablaba. Creía estar presenciando la escena del corredor, creía oír todavía aquellas terribles frases que le

helaron la sangre en las venas... El sacerdote sintióse acometido de un temblor convulsivo, pero en breve volvió á ser dueño de sí. Se levantó lentamente y se mantuvo en pié enfrente de Gilberto, con los brazos cruzados sobre el pecho. Desde hacía un rato ennobleciase su semblante á la vez que su lenguaje. En aquel momento la transformación era completa; ya no estaba Gilberto en presencia de aquel varón tímido á quien un fruncimiento de cejas estremecía, de aquel epicúreo ganoso de sensaciones agradables, de aquel vanidoso artista que mendigaba elogios con la mayor candidez. Los ojos del padre, excesivamente abiertos, brillaban en sus profundas órbitas como carbones encendidos; sus labios plegados por amarga sonrisa, parecían dispuestos á lanzar los rayos de la excomuni6n; una majestad verdaderamente sacerdotal se había esparcido como por milagro en su frente. Gilberto no podía dar crédito á sus ojos; contemplaba en silencio, sin poderle reconocer, al nuevo padre Alejo que acababa de revelársele.

Entonces hablando consigo mismo:

—¡Vaya! —se dijo el padre—qué simple eres, Alejo! Unas cuantas caricias, algunos mimos bastan para que tu vanidad satisfecha haga enmudecer tus desconfianzas y desarme tu buen sentido! ¿No sabías que ese joven es el amigo íntimo de tu señor?

Luégo, inclinándose hacia Gilberto:

—¿Os han creído bastante hábil para hacerme charlar, verdad? Y vos mismo, os habéis figurado que bastarían un grosero artificio y algunas amenazadoras frases para arrancarme un secreto que guardo hace cerca de siete años? Joven presuntuoso, vuelve á quien te envió y repítete fielmente lo que voy á decirte: Un día, estando en la Martinica, en una casa aislada, á corta distancia de uno de los arrabales de la ciudad de San Pedro... Déjame hablar, mi historia no será larga... Figúrate una sala espaciosa, oscura, con una mesa en el centro... Me encerraron



allí al medio día; al día siguiente por la tarde estaba todavía en aquella habitación y durante treinta y seis horas ni comí ni bebí. Al llegar la noche, me acostaron cuán largo era encima de la mesa, me liaron, me agarrataron... Entonces ví inclinarse sobre mí un rostro tal como no es posible que veas otro tan terrible en tus sueños; y una boca que se reía como la de un condenado, se acercó á mi oído para decirme: «Padre Alejo, quiero saber tu secreto, y lo sabré...» No despegué los labios. Apretaron las cuerdas valiéndose de un torno y no hablé; me cargaron de pesos el pecho, y no hablé; me calzaron unos borceguies que deseo no los veas nunca en tus piés, y no hablé; crugieron mis huesos y no hablé; ví correr mi sangre, y no hablé. Finalmente se apoderó de mí una angustia suprema, pasó por mis ojos una nube rojiza, sentí helármeme el corazón, creí que iba á morir... Entonces hablé y dije: «Conde Lemínof, puedes matarme; pero no me arrancarás el secreto de la confesión!»

Y al decir estas palabras el sacerdote, bajándose, descalzó su pié derecho, y dejó ver á Gilberto carnes lacradas y secas, huesos deformes á consecuencia de la tortura; luégo, volvió á calzarse, dió tres pasos atrás, como si se desviara de una serpiente y exclamó con voz tonante alzando los brazos al cielo:

— ¡Maldiga Dios á las víboras que toman la figura de la paloma! ¡Oh Salomón! ¿no habéis escrito en vuestros *Proverbios*: «Cuando hable graciosamente no le creas, porque tiene siete abominaciones en el corazón?»

Mientras escuchaba el relato del padre, Gilberto recordó algunas frases incoherentes del sonámbulo, cuyo sentido no había acertado á comprender: *Tended sobre esa mesa al del ropaje negro! Apretad los borceguies!...*

— Aquel hombre del ropaje negro—se decía—era el padre Alejo!...

Se levantó, le contempló con ojos en que se pintaban la sorpresa y la admiración; no se cansaba de mirar aquel

semblante que le parecía ver por primera vez, y murmuró en voz baja:

— ¡Dios mío! ¡cuánta complicación encierra el corazón del hombre! ¡Qué descubrimiento acabo de hacer!...

Luégo quiso acercarse á él; pero el sacerdote retrocedía siempre agitando por encima de su cabeza el brazo amenazador, diciendo:

— ¡Malditas sean las víboras que toman la figura de la paloma!

—Y yo digo— exclamó Gilberto:— ¡benditos sean para siempre los labios que ha tocado el carbón sagrado y que guardan sus secretos hasta la muerte!...

Y lanzándose hacia él, le estrechó entre sus brazos y besó hasta tres veces la cicatriz que le causara la sangrienta mordedura de Solón.

¿Quién fué el que quedó sorprendido, estupefacto? El padre Alejo. Miraba á Gilberto, á Abraham, á Jacob. Balbuceaba frases incoherentes. Ponía por testigo al cielo de lo que le sucedía; gesticulaba, sonreía, y lloraba, hasta que, quebrantado por la emoción, se dejó caer en la grada de mármol y ocultó entre las manos su rostro bañado en lágrimas.

—Padre mío—le dijo respetuosamente Gilberto sentándose á su lado—perdonadme el pesar que acabo de causaros. Si por casualidad os quedara todavía alguna desconfianza, escuchad bien lo que voy á deciros, porque deseo ponerme á vuestra discreción, y si revelaseis algunas de mis confidencias, de vos dependería hacerme expulsar de esta casa el día y hora que os plazca...

Y en seguida le contó la escena del corredor.

—¡Juzgad qué impresión producirían en mí las terribles palabras que de oír acababa! Durante algunos días, mi espíritu estuvo preocupado. Procuraba representarme los detalles de esa lamentable aventura, pero temiendo extrañarme en mis sospechas, he querido salir de incertidumbres, y he venido á encontraros. Os he afligido, padre mío,



y os suplico una vez más, que os dignéis perdonar mi temeraria curiosidad.

El padre Alejo levantó la cabeza. ¡Adiós el Santo! ¡adiós el Profeta! Su rostro acababa de recobrar su expresión habitual: la sublime tempestad que le había transfigurado no había dejado en él sino algunos rastros casi invisibles de su paso. Miró á Gilberto con aire de reproche.

— ¡Ah!—dijo—¿ con que solamente por eso has venido á verme? Por lo visto, querido hijo, ¿ no eres aficionado á las artes?

—Tranquilizaos—contestó Gilberto sonriendo—las amo apasionadamente. Hace poco he contemplado á mi sabor vuestros patriarcas; de hoy en adelante los admiraré más todavía, porque al fijar en ellos mi vista, me acordaré de aquella casita de uno de los arrabales de San Pedro...

—Permíteme que te diga, querido hijo—objetó el padre Alejo—que esas dos cosas no tienen la menor relación. Si hubiese revelado el secreto de confesión, hubiera merecido condenarme eternamente. Cumplí mi obligación, y nada más; en mi lugar, cualquiera otro sacerdote honrado y ortodoxo, hubiera hecho lo mismo; pero mis patriarcas... ¡Ah! ya lo ves, el talento de artista Dios no lo concede más que á un reducido número de sus predilectos; es un tesoro del que se muestra avaro. Uno puede ser monje Basilio, archimandista, protopope, obispo, arzobispo, y no ser capaz de dibujar siquiera la punta de la nariz de un patriarca ó una de esas hojitas de granado que he pintado allá abajo en la pared... El talento, hijo mío, es un dón de la divina gracia, del que es menester hacer uso con toda humildad; pero lo confieso, mi corazón salta de gozo en el pecho cuando reflexiono que si no existiera el padre Alejo, tal vez no se encontraría nadie, de Astrakán á París, capaz de hacer un retrato que se pareciera algo al patriarca Abraham y á su familia... Lo que siento—continuó—es haberte contado esa historia de los borceguies; no se la he revelado á nadie y casi la había olvidado. He perdonado, lo he

perdonado todo, y esto no te admiraría, si hubieses presenciado como yo la desesperación de ese hombre. En pocos meses envejeció veinte años. No dormía, estaba medio loco. Hay en él algo de Pedro el Grande. Su voluntad es de hierro y sus pasiones de fuego. Había nacido para Czar, para gobernar un imperio y para hacer estrangular á sus enemigos. ¡ Por Dios! no te interpongas en su camino, te quebraría como si fueses de vidrio. No le has visto nunca enfurecido; se pone convulso. La idea de haber sido engañado le corroe como una úlcera; es una herida que no sanará jamás, y puedes haberte hecho cargo de los sufrimientos que soporta á ciertas horas, por los suspiros que le oíste la otra noche. Es preciso compadecerle. Amaba á su mujer, que era maravillosamente hermosa: por su hijo puedes sacar la consecuencia, que se le parece como un pichón á una paloma. Y cuando digo que le amaba, quiero decir como el gran bajá ama á la sultana favorita, ó para explicar mejor la idea, su mujer era á sus ojos una joya de gran precio, una esmeralda, un topacio que le gustaba ver brillar al sol... Pero sobre todo era una propiedad suya, y nunca se ha visto propietario más celoso de sus bienes. Y ahora contéstame francamente, ¿me has contado todo lo que has oído en el corredor? ¿No sabes algo más?... ¿Podrías jurarlo?... Bien, ya estoy tranquilo... Querido hijo, no vuelvas á rondar por la noche; podría acarrearle alguna desgracia. Por otra parte, sería inútil; mucho me engaño, ó mientras dure la crisis, Kostia Petrovitch se hará encerrar en su aposento durante la noche. Así lo hacía el año pasado, porque es necesario que sepas que desde que regresamos á Europa, cada verano tiene una de esas malditas crisis. Las dos primeras empezaron el 5 de julio, aniversario de la muerte de su mujer. Esta ha venido más pronto y le ha sorprendido. ¡ Dios quiera que sea corta! Mientras su mal le atormente, estará muy poco amable. La prueba la tienes en este rasguño que ostento en la mejilla...



—Padre mío—replicó Gilberto después de un corto silencio—dispensad que os dirija todavía una pregunta, una sola. ¿Cómo es posible que después de la horrible escena que me habéis contado, hayáis continuado viviendo con M. Leminof?

—He aquí una pregunta—dijo sencillamente—que jamás se me había ocurrido...

Guardó silencio algunos momentos para reflexionar, y después de un breve recogimiento:

—Hace ya mucho tiempo, hijo mío, que no he tenido el placer de conversar con ningún alma viviente, y tú eres un hombre de tan buen trato, que no puedo resistir al deseo de desenredar ante ti mi madejita, seguro como estoy de tu absoluta discreción... Mi mujer murió tres meses después de la condesa Olga. ¡Dios la tenga en su gloria! Dirás que me libré de una pesada carga. Convengo en ello; pero si al quedar viudo hubiese tenido que seguir la costumbre y encerrarme en un convento... ¿qué te diré? ¡la Virgen santa me lo perdone! siento muy poca inclinación á la vida conventual. En esa alternativa estaba cuando vino á encontrarme el conde Kostia. Me anunció su resolución de distraerse de sus pesares corriendo mundo, me preguntó si me sentía dispuesto á acompañarle asegurando que me guardaría los mayores miramientos... Echó mano de caricias, lisonjas, hechizos. Estaba yo muy lejos de sospechar su intento... Le contesté que sí. La novedad de la aventura me encantó. Solventó todas las dificultades y partimos... Apenas habíamos llegado á la Martinica cuando arrojó la máscara. Un día, divagando en su compañía por el campo, Kostia Petrovitch me dijo cuánto me acabas de repetir, que había un nombre, nombre terrible, detestable, que quería saber á toda costa, que ya sabía yo á qué error fatal le habían conducido sus primeras investigaciones, que en adelante no se guiaría por sus sospechas, que le era necesaria la evidencia, la certidumbre, que quería saber y sabría y que por lo demás no abrigaba ningún de-

seo de venganza... ¡que era una sencilla cuestión de curiosidad! Pero esta curiosidad devoraba su vida y su corazón, le quitaba el apetito y el sueño, apresurando por momentos el término de su existencia.... No me costaba gran trabajo el darle crédito... Añadió...—todavía, le estoy viendo, hijo mío, en pié ante mí, con sus manos sobre mis hombros, y fijos en los míos sus chispeantes ojos—... Añadió, que aquel nombre maldito yo debía saberlo, que lo sabía... Mis miradas, mi turbación, mi palidez y mi silencio le contestaron... En aquel momento empezó para mí una larga serie de sufrimientos y de angustias. Cada día me asediaba con sus súplicas, con sus ruegos, con sus objeciones. Daba mil vueltas en derredor mío con la sonrisa en los labios, y con la amenaza en los ojos... Se le hubiera podido confundir con una serpiente que quiere fascinar á su codiciada presa. «¿Á qué precio quieres venderme tu secreto?» me decía. «No regatearé...» Me hacía mil promesas, una tras otra; me ofreció hasta la mitad de su fortuna. Y yo le señalaba con el dedo el crucifijo que pendía de mi cuello... Entonces cambió de metodo. Me ví sometido al sistema del terror. Tengo los nervios débiles, hijo mío, y sin embargo, Dios sabe qué pruebas han resistido... Una noche, al despertarme, le ví sentado al borde de mi cama; con una mano sostenía una lámpara y con la otra me apuntaba una pistola... Pero pasemos, pasemos adelante. Ya te he dicho que lo habia perdonado todo... Después del tormento de los borceguíes, tardé mucho tiempo en restablecerme. Cuando estuve en pié, empezaron para mí nuevas pruebas. Las privaciones, la soledad, un estrecho cautiverio, la quema de mis pinceles, la prohibición absoluta de dibujar, de tomar un lápiz en mis manos, he aquí los medios á que recurrió para subyugarme á su voluntad. Al poco tiempo empecé á ponerme malo; lo advirtió oportunamente, comprendió que me moría, y en manera alguna deseaba mi muerte. Mis ojos hundidos, mi enflaquecimiento, y la palidez mortal que llevaba impresa en mi



semblante, le asustaron. Hizo que se me prodigaran exquisitos cuidados, levantó todas sus prohibiciones, me permitió comer lo que apetecía, dibujar y pintar. Desde entonces mi vida es tolerable. Todavía paso algunos cuartos de hora malos, pero los días se suceden unos á otros y no se asemejan en nada; en el instante menos pensado, ruge la tormenta; entonces, bajo la cabeza, me mantengo quedo, y aguardo el buen tiempo. El humor de ese hombre es muy desigual. Se pasa los meses enteros entregado al estudio. Como dice el adagio *cada loco con su tema*, la suya es su extremado amor á los libros. Un día le oí decir que la felicidad tiene para él la forma de un infolio. Y verdaderamente los librajos le hacen bien, le proporcionan por algún tiempo la calma y la salud; pero de repente se despiertan sus recuerdos y se renueva la herida. Entonces, el jabalí que creíamos domesticado, recobra su natural fiereza, y hay que precaverse contra sus embestidas. Como puedes comprender, recibo sus zarpazos con frecuencia, pero mi piel ha acabado por endurecerse. En una palabra, si estoy sobre aviso, vivo, y esto es algo... Además, no calumniemos á ese hombre terrible. No es incapaz de sentir. ¿Creerías que no ha hablado jamás á Esteban de la falta ni de la muerte trágica de su madre? El muchacho está en la más completa ignorancia de todo, y el conde tolera que su hijo adore la memoria de la pobre pecadora y la venere en su imaginación como á una santa... Otro rasgo de magnanimidad que recomiendo á tu admiración: Kostia Petrovitch jamás se ha dignado dirigir una mirada á mis pinturas que por falta de inteligencia llama mamarrachos; pero tampoco nunca le han parecido demasiado costosas, sin embargo de que no economizo los colores. Mira esas auréolas de oro, lo menos tienen dos piés de diámetro. ¡Pues bien! jamás me ha dicho: «Padre Alejo, tus diademas me cuestan caras! cuenta con los dedos los rublos que me has gastado...» ¿Qué dices á esto, hijo mío? ¿No te parece que hay algo bueno en este hombre...? En

fin, piensa de él lo que quieras, pero ten entendido que jamás he pensado en separarme de su lado. Me he acostumbrado ya á ver su sombrío semblante, y me ha hecho sufrir tanto en otro tiempo, que le estoy muy agradecido por el daño que deja de hacerme. Y además, ¿qué es la felicidad, sino el arte de saberse consolar? He llegado á ser muy hábil en ese juego y no hay pena que no sea capaz de olvidar, cultivando el poco talento que el cielo con su munificencia me ha deparado... Por otra parte, aun cuando quisiera marcharme, ¿cuento con alguna seguridad de poderlo llevar á cabo? Lo que ese hombre quiere, lo quiere de veras, y entiende que me tiene siempre bajo su fé- rula, porque si ha renunciado á obtener mi secreto, por medio de la violencia, alimenta siempre la esperanza de robármelo algún día, valiéndose de una estudiada sorpresa. Su método es hábil: pasa seis meses sin decirme una palabra y de pronto, cuando cree adormecida mi desconfianza, echa el anzuelo á mi alma; ¡pero Dios sea loado! por fino que sea el cebo, mi secreto permanece intacto. Los mismos ángeles de Dios, ya lo ves, son los guardianes del secreto de la confesión... ¿Qué más te diré, hijo mío? He alcanzado ya una edad en que no se siente la tentación de mandar al destino, en que no se ocupa uno más que en conservar las fuerzas que le restan para sufrir sus rigores ú olvidarlos. Mira á Iván, ese otro barba gris. Hace quince años que pedía á su amo la libertad. Quería hacerse buhonero, corretear por los caminos, é ir á pié desde Moscou á Tiflis y de Tiflis á Astrakán. Hoy, si le concedieran su libertad y le despidieran de la casa, se encontraría como un águila con las alas cortadas, á la que precipitasen desde su nido, diciéndole: « ¡Vé adonde quieras, el espacio es tuyo! »

Al hacer á Gilberto esta larga relación, la figura del padre se había ennoblecido de nuevo y estaba refulgente; pero apenas hubo concluido, pasando la mano por encima del estómago:



—Apreciable joven — dijo — ven conmigo á la sacristia. Tengo allí, en el fondo de un armario, caviar, tostadas con manteca y una botella de vino moscatel con que deseo obsequiarte. Es un néctar que no tiene igual, y ya me dirás qué te parece. Luégo volveremos á nuestro andamio, y me acompañarás mientras pinto. Quiero que veas cómo empleo mis colores.

Impaciente con aquellos cambios de conversación, Gilberto se levantó bruscamente.

—Os doy muchas gracias, padre mío, pero ya es hora de retirarme. Felizmente saldré de aquí tranquilo por lo que toca á vos; pero respecto á Esteban!...

—¡Ya te vas! — contestó Alejo con aire contrariado.

Y hundiendo en su boca el índice de su mano derecha, y retirándolo con un chasquido:

—Mira que ese moscatel...

—¡Y Esteban! — repitió Gilberto encaminándose hacia la puerta.

El padre le acompañó.

—¡Sí, es verdad! — dijo moviendo la cabeza y acariciándose la barba. — ¡Sí, perverso niño! ¡Haber querido matarse! ¡Cosas de raza! Tiene el mal genio de su madre. Esa familia es aficionada al veneno. Uno de los hermanos del abuelo de su madre se despachó en toda regla á los cincuenta años con unas cuantas pildoras de arsénico.

—¿Se parece Esteban tanto á su madre en carácter como en fisonomía?

— ¡Oh! ¡no por cierto! Olga Vassilievna era una mujer afable, bonita, mona, dócil como un cordero y débil como un junco. Á menudo tarareaba una canción que empezaba así: « Soy una rosita blanca, y si el aire tempestuoso me rozara con sus alas... » ¡Pobre Olga Vassilievna! la tempestad pasó por encima de ella y la tronchó... ¿Has observado esas lindas pelusillas blancas que cruzan por los aires en la primavera? Suben, bajan, se dejan caer en el césped y permanecen posadas sobre la cima de la jugueto-

na yerba hasta que un soplo de viento las arrebatara de nuevo y las lleva á algunos pasos más allá... Tal era Olga Vassilievna... De carácter tan dulce que Kostia Petrovitch hacia de ella lo que quería. ¡Un milano casado con una paloma!... Es cierto que tenía sus caprichos, sus antojos, pero los manifestaba con tanta gracia... Cuando revoloteaba por el salón, hubiérase dicho que era una linda nube de muselina... Puedo asegurarte que los encajes con que se adornaba no eran más ligeros que su corazóncito... En verano, pasaba muchas horas arrellanada en un sillón ó acostada en una hamaca, con el abanico en la mano, cacareando como una gallinita con los vecinos que la visitaban, ó bien corría por el jardín hasta que rendida de cansancio, caía al extremo de una de sus calles. Con frecuencia su marido la llevaba en brazos al salón. Esa mujer pecó por debilidad. Si el conde Kostia no se hubiera separado nunca de ella, hubiera muerto pura y sin mancha. Si el conde hubiera estado presente, jamás hubiera pensado ella en deslizarse fuera de la senda del deber... ¡Ah! ¿por qué tiene Kostia Petrovitch tanto amor á sus libros? ¿Por qué se fué á París á abismarse entre el polvo de las bibliotecas? Era la primera vez que se separaba de su esposa. Acababa ésta de salir de una enfermedad, y hubiera sido peligroso exponerla á las fatigas de un viaje, pero él no podía retardar su partida. Publicaba sabias disertaciones en *El Contemporáneo* y necesitaba hacer algunas investigaciones en París. Debía permanecer allí diez y ocho meses. Inesperadamente recibió de Rusia una carta, y apenas se hubo enterado de su contenido, regresó con la velocidad del rayo, llegando á sus dominios cuando menos le esperaban. Halló á la condesa Olga en el séptimo mes de su embarazo, y él hacía diez meses que estaba ausente. Permaneció tres horas encerrado con su mujer. Al salir de esta entrevista, la condesa se envenenó... Pero fija tu atención, hijo mío, en la extraña complicación de las cosas de este mundo! Si Kostia Petrovitch no hubiera he-





cho ese maldito viaje, hoy el padre Alejo tal vez sería monje y languidecería en el fondo de una celda. Ya ves cómo se encadenan las causas y los efectos, porque al fin...

—¿Así pues—dijo Gilberto—Esteban no se parece á su madre más que en la fisonomía?

—¿Y en qué más quieres que se le pareciese? Esteban es violento, arrebatado, un volcán en erupción. Aunque bajo de estatura y débil como una caña, recorre los bosques á caballo durante veinte y cuatro horas sin fatigarse. Lo que me espanta, es esa afición al veneno que parece hereditaria.

—No sé—repuso Gilberto deteniéndose á la entrada del cancel forrado de terciopelo negro que precedía á la puerta de la capilla; —no sé si será precisamente por gusto ó por afición que Esteban haya intentado envenenarse, y dudo que sea tan amante del fósforo como vos, por ejemplo, de la pintura. He creído comprender que es desgraciado, muy desgraciado...

—Y sin embargo—dijo el padre sonriendo—jamás le han calzado ciertos borceguíes...

Y dirigió á sus desventurados piés una mirada que parecía decirles: «¿recordáis, pobrecitos?»

—¡Ah! padre mío, hay sufrimientos morales que para un alma noble y altiva...

Gilberto no acabó la frase. El semblante de aquel niño viejo que tenía ante sí le quitó el valor.

—Le estoy hablando en hebreo—pensó.

El padre Alejo se rascó la oreja y con acento grave:

—Sí, tú mismo has nombrado el mal que le aqueja; su altivez, su funesta altivez. Ese joven comete veinte veces al día el pecado del orgullo, y creo en verdad que su carácter empeora. En otro tiempo era más amable, tenía más paciencia. De un año á esta parte se ha vuelto sombrío, iracundo, y se rebela!

—Tal vez—replicó Gilberto—á medida que vaya entrando en años...

—¿Qué dices?—exclamó el padre con tono magistral.— Ese niño tiene ya diez y seis años. ¿No es hora ya de que adquiriera un poco de aplomo esa cabeza de chorlito? ¡Por la Virgen bendita! ya está en edad de reflexionar y meditar seriamente las lecciones de su padre espiritual. Ya es tiempo de que sepa que los designios de Dios son inescrutables, y que estamos en un mundo de pruebas...

Y cuando Gilberto ponía la mano en el botón de la puerta:

—Escúchame—añadió en voz baja—quiero confiarte todavía otro secreto... Esas pinturas que ves á tu alrededor no son sólo un monumento artístico de que se ocupará la posteridad; son también, si me es permitido expresarme de este modo, una máquina piadosa destinada á atraer sobre nuestras cabezas las bendiciones de la Santísima Trinidad. Un día hice voto de trazar en estas paredes todas las glorias de la religión y supliqué en cambio á la Virgen Santa tan luego como estuviese terminado mi trabajo, hiciese un milagro patente que ponga fin á todos los sufrimientos de los habitantes de esta casa... ¡Pues bien! una noche se me apareció... Hijo mío, tengo la mano lista, y me lisonjeo de que antes de dos meses...

Gilberto se sonrió, se inclinó sin contestar y salió.

—¡Qué extraño es este cura!—decía entre sí atravesando el patio.

—¡Qué singular es este joven!—pensaba el padre Alejo encaminándose á la sacristía.









### XIII

AQUEL día pasó Gilberto largo rato en su ventana. No llamaban su atención el Rhin, ni el precipicio, ni las montañas, ni las nubes. El reducido espacio á donde alcanzaban sus miradas estaba limitado á poniente por la gran torre cuadrada, al mediodía por una pared delantera, y al norte por un tejadillo: nada de esto era el objeto de su contemplación y si sólo un tejado muy irregular y accidentado ó para hablar con más propiedad, dos tejados adyacentes y paralelos uno de los cuales tenía diez piés más de elevación que el otro, ambos inclinados en rápida pendiente sobre un horrendo precipicio.

Cerrando la ventana, se dijo:

—Al fin y al cabo, es menos difícil de lo que me figuraba: dos escalas de cuerda bastarán. ¡Á la voluntad de Dios!

Encontrándose M. Lemnof muy molestado por su dolencia, Gilberto comió solo en su torreoncillo, después de lo cual fué á pasearse á la orilla del Rhin. En el momento en que desembocaba del sendero al camino real, vió aparecer á treinta pasos de distancia á Esteban y á Iván. Al divisarle, hizo el muchacho un gesto de cólera y volvien-



do el rostro, lanzó su caballo á rienda suelta. Gilberto no tuvo tiempo sino para saltar á una zanja evitando así verse atropellado. Al pasar por delante de él, Iván le miró con aire triste, meneó la cabeza y aproximó un dedo á la frente, como diciendo:

« ¡ Hay que perdonarle ; su corazón padece mucho ! »

Gilberto no tardó en regresar al castillo, y cuando llegaba á la entrada de la terraza, vió al siervo, que apoyado en una de las hojas de la puerta, parecía estar de centinela.

— Querido Iván—dijo acercándose á él—parece que estás esperando á álguien.

— He oído vuestros pasos—contestó el siervo—y pensé que érais Vladimiro Paulitch. El ruido de vuestras pisadas me engañó ; no acostumbráis á andar tan despacio.

— Eres fino observador—contestó Gilberto sonriendo ;—pero dime, ese Vladimiro Paulitch...

— Es un médico de mi país. Permanecerá aquí dos meses. El *barine* le escribió hace quince días, cuando sintió aproximarse la crisis. Vladimiro Paulitch se puso en camino inmediatamente y anteayer avisó desde Berlín que llegaría hoy por la tarde. Ese Vladimiro es un médico sin igual. Estoy deseando que llegue.

— ¿ Dime, buen Iván, está en el jardín el señorito ?

— Allá abajo, al pié del sauce llorón.

— ¡ Bueno ! conviene que me dejes conversar un instante con él, y que amplies tu condescendencia hasta el punto de no decirle nada de esta entrevista á Kostia Petrovitch. Ya sabes que ahora no puede vernos. Está en cama, y aun suponiendo que se levantara, sus ventanas dan á un patio interior.

La frente de Iván se anubló.

— ¡ Es imposible, imposible !—contestó.

— ¿ Imposible ? ¿ Por qué ? Porque no quieres.

— Y aun cuando quisiera, ¿ creéis que Esteban accedería ? ¿ No sabéis cuánto os detesta ? Bastaría vuestra voz para ahuyentarlo. Hoy está muy mal humorado y triste.

¿No os acordáis como os ha echado encima el caballo? Esta mañana hemos salido á las ocho. Comunmente se complace en trotar ó en hacer caracolear á Solimán; pues bien, hoy le ha llevado siempre al paso. Ni siquiera desplegaba los labios. Con la cabeza baja, nada, nada veía. Al dar las doce nos hemos detenido en un mesón para almorzar. No quería comer; he tenido que obligarle á ello. Sólo después de haber vuelto á montar á caballo ha interrumpido su silencio; pero más le valiera haber callado. ¡Ah! ¡si el padre Alejo le hubiese oído! Blasfemaba contra el cielo, y se maldecía cien veces á sí propio por su falta de valor para matarse. Un momento después: «Bien mirado, estoy contento de no haber llevado á cabo mi proyecto; aún me será posible vengarme de mis enemigos. Y por otra parte, si nada consigo, el pesar me matará, Iván. ¿Para qué necesito el veneno? Antes de diez meses habré dejado de existir.»

—Iván, querido Iván—dijo Gilberto—es absolutamente necesario que hable al señorito. Contra mi voluntad, he sido causa de que haya sufrido una humillación cuyo recuerdo le exaspera. Se equivoca sobre mis verdaderos sentimientos; cree que abrigo malas intenciones, y en adelante será para él un suplicio verse condenado á tomar asiento cada día á la misma mesa que yo. Déjame tener una explicación con él. En dos palabras, le haré comprender quién soy, y que no le quiero ningún mal.

La discusión se prolongó durante algunos minutos. Al fin cedió Iván, pero con ciertas condiciones. Gilberto hubo de comprometerse solemnemente á no poner segunda vez á prueba su condescendencia.

—De lo contrario—dijo Iván—si tratarais todavía de hablar en secreto con él, no le dejaría salir más, y sólo á vos debería echar la culpa. Entonces sí tendré derecho de consideraros como un enemigo.

Por su parte, el siervo prometió que el conde ignoraría aquella entrevista.



—Ten muy presente, hermano—continuó—que es la última complacencia culpable que obtendrás de mí. Eres hombre de corazón; pero en ciertos momentos, se diría que *has comido belladona!*...

Esteban se había separado del banco circular en que estaba sentado, y se apoyó contra el parapeto de la terraza, con los brazos caídos, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba tan profundamente abismado, que Gilberto pudo acercarse hasta diez pasos de distancia sin que le oyese; pero, de repente, como si despertara de un letargo, alzó el adolescente la cabeza y dió con el pié en el suelo:

—¡Idos!—exclamó—¡Idos, ó suelto á Voraz contra vos!

Voraz era el nombre del bulldog que le acompañaba durante la noche, y que en aquel momento estaba tendido en el césped, á pocos pasos de distancia. Era el mayor y más terrible de todos los perros que guardaban el castillo.

—Ya lo veis—dijo Iván deteniendo á Gilberto por el brazo—nada tenéis que hacer aquí.

Gilberto se desprendió suavemente y siguió avanzando.

—Quitaos de mi vista—repuso Esteban.—¿Á qué venís á turbar mi soledad? ¿Quién os da derecho para perseguirme, para acosarme? ¿Cómo os atrevéis á arrostrar mis miradas después?...

No prosiguió. La emoción y la cólera apagaron su voz. Durante un buen rato fijó alternativamente sus miradas en Gilberto y en el perro; luégo, cambiando de designio, hizo un movimiento como para alejarse; Gilberto le cerró el paso.

—Concededme un minuto de audiencia—le dijo con voz dulce y penetrante;—¡ os traigo una buena noticia!

—¡ Vos!—exclamó Esteban, y repitió.—¡ Vos! ¡vos! ¡ una buena noticia!

—¡ Yo!—dijo Gilberto—porque vengo á anunciaros mi próxima partida.

Esteban abrió desmesuradamente los ojos y retrocedió con lentitud hasta el muro, donde se apoyó de nuevo.

—¡ Cómo! ¡ partís! En verdad, la noticia es tan excelen-

te como imprevista ; pero os tomáis un trabajo inútil, no era necesario prevenírmelo. ¡Vuestra partida, Dios poderoso ! la ligereza de la atmósfera, la luz más viva del sol, y no sé qué regocijo íntimo, me lo hubieran avisado con mucha anticipación. ¡Oh ! ¡ya comprendo ! no habéis podido digerir el ultraje que os hizo ese excelente Fritz por orden mía ; y la reparación os ha parecido insuficiente. Tenéis razón, porque, lo juro por San Jorge, las excusas no fueron espontáneas. ¡Yo, de rodillas ante vos !... ¡Horror y misericordia !... Ya os lo dije ayer ; sólo cedí á la fuerza... ¡Dios mío ! ¡como si en este instante os hiciera derribar á mis piés por el bulldog !

Gilberto no contestó ; limitóse á sacar de su cartera y presentar á Esteban el billete que había escrito la vispera.

—¿Qué he de hacer con este papel ?—dijo Esteban con desdén.—Me habéis participado ya la novedad, y esto me basta. Todo cuanto añadáis turbaría mi dicha.

—¡Leed !—dijo Gilberto.—Ya que os preparo una satisfacción tan grande, bien podéis vos concederme otra de menor importancia.

Esteban vaciló un momento ; pero era tan profundo su tedio, que la necesidad de distracción pudo en él más que el odio y el desprecio.

—¡No está mal esta carta !—decía, mientras la iba leyendo.—El estilo es elocuente, y el carácter de letra admirable. De buena gana la compararía con el nudo de vuestra corbata. Una y otro son tan correctos que se hacen insufribles.

Gilberto llevó sonriendo su mano á la corbata, y desatándola, dejó caer los dos extremos sobre el chaleco.

—No vale la pena que os molestéis—prosiguió Esteban.—¡Nos queda tan poco tiempo de vivir juntos ! Por favor, no renunciéis por mí á vuestros queridos hábitos ! Lo mismo el nudo de la corbata, que vuestra letra, cuadran maravillosamente á toda vuestra persona. Supongo, sin embargo, que por complacerme no os vais á reformar de piés á cabeza. Ardua sería la empresa...



Le dejaba hablar Gilberto, sin resentirse en lo más mínimo, observando con cierta satisfacción que Esteban, después de haber leído su carta, comenzaba su lectura por segunda vez.

—¡Qué encantadoras son estas últimas líneas!—repuso el joven después de un corto silencio.

« ¡ Te juro que mis ojos estaban llenos de lágrimas ! »

—¿ Habéis contado esas preciosas lágrimas?... Sin embargo, seré indulgente, porque hay en esa elocuente carta una frase que me gusta. Veo que habéis tenido la perspicacia de adivinar que mis supuestas excusas no eran tales. Y luego, es admirable... Caballero, ¿ á qué hora partís ? ¡ Oh ! decidme la hora ! Quiero saber la hora, quiero asistir en persona á esa escena conmovedora, deliciosa... ¡ Ah ! ¡ benditos sean por los siglos de los siglos todos cuantos os ayuden á empaquetar el equipaje, el mozo que lo conduzca al carruaje, los seis caballos que os lleven á galope tendido, el cochero que los anime con el látigo y la voz, el coche que bazuquee vuestra querida persona por todos los baches del camino ! Y, sobre todo, ¡ mil gracias, mil bendiciones, mil mercedes sean concedidas al amable torbellino de polvo que allá abajo, en la primera revuelta del camino, oculte para siempre á mi vista uno de los hombres que más me han hecho sufrir, y á quien odio con toda mi alma !... »

—Os ruego que toméis aliento—contestó tranquilamente Gilberto—y me dejéis hablar. He introducido una ligera variación en mi programa: no partiré mañana. Me he otorgado una prórroga de ocho días.

El rostro de Esteban se puso sombrío y su mirada se volvió feroz.

—Os juro, por mi honor—prosiguió Gilberto—que dentro de ocho días partiré para no volver jamás, á menos que vos me roguéis que no me vaya.

—¡ Farsante ! ¡ qué bien urdido está ese complot ! Todo lo adivino ; á fuerza de amenazas y violencias esperáis obli-

garme segunda vez á doblar la rodilla ante vos y á que exclame, juntando las manos: ¡Caballero, en nombre del cielo, concedednos el favor de que podamos disfrutar de vuestra preciosa presencia!... ¡Esa es una bajeza que no cometeré jamás! ¡Antes la muerte! antes la muerte!...

—¡Os suplico que no os entreguéis á ese delirio! Por mi conciencia prometo que vuestro padre no sabrá jamás ni la más insignificante palabra de cuanto hemos hablado. No sé si Iván nos entiende, pero me ha jurado el secreto, y fio en su palabra. Al proponeros una dilación, quiero solamente daros tiempo para que reflexionéis. Una semana no es un siglo. Dentro de ocho días me diréis al oído una de esas dos palabras: ¡Partid! ó bien ¡quedaos! y yo me conformaré sin vacilar con vuestro deseo. Añado á esto que si persistís en despedirme, alegaré para mi partida motivos en que no entraréis por nada.

Mientras Gilberto hablaba, había mantenido Esteban obstinadamente fijos en él los ojos. Al oír sus últimas palabras, soltó la carcajada.

—¡Oh! ¡dejad que me ría, sí! Caballero, ó sois un malvado, ó un lunático. ¡Cómo! ¡os atrevéis á imaginar!...

—Si deseo que esperéis algunos días antes de adoptar una resolución—prosiguió Gilberto, con calma—es porque no me conocéis todavía. ¿Quién sabe si existe entre los dos una secreta conformidad de genio y de inclinaciones que no sospecháis, y de la que nacerá con el tiempo una amistad perfecta?

Esteban le miró de arriba abajo con desprecio.

—Estáis delirando, caballero—contestó con acento glacial.—Haced el favor de suprimir vuestras vaciedades; mi dignidad no me permite escucharos por más tiempo.

Y como Gilberto intentase cogerle una mano, se alejó vivamente algunos pasos.

—¡Una sola palabra!—repuso Gilberto sin desanimarse.—Sometedme á alguna prueba. ¿No se os ocurriría un antojo cualquiera que me fuese dado satisfacer?



Y mostrándole con el dedo un fragmento de cuarzo blanco que se hallaba á cuatro piés debajo del parapeto, en el mismo sitio donde principiaba el precipicio :

—Mirad ese lindo pedacito de cuarzo—le dijo—¿queréis que vaya á traérosle?

Esteban no se dignó volver la cabeza, y, sin embargo, el giro inesperado que acababa de tomar el diálogo, le causaba una sorpresa mezclada de emoción. No obstante, procuró no dejar que se traslucieran sus verdaderos sentimientos.

—¡Prosternaos á mis piés—exclamó impetuosamente;—arrastraos por el polvo, besad la tierra que piso, pedidme gracia y perdón! Á ese precio os concederé, no seguramente mi afecto, pero sí mi indulgencia y mi compasión.

—¡Imposible!—contestó Gilberto sacudiendo la cabeza.—Soy como vos; únicamente me arrodillaría si álguien, más forzudo que yo, me obligase á ello por la fuerza. ¡Ah! ¡no! En ese juego, perdería hasta la esperanza de adquirir algún día vuestra estimación. Por lo tanto, en la prueba á que deseo me sometáis, quisiera que hubiese que arrostrar algún peligro, que vencer alguna dificultad...

Esteban ya no podía disimular su asombro. Desde que estaba en el mundo no había oído un lenguaje semejante. Sin embargo, la desconfianza y el orgullo triunfaron una vez más de cualquier otro sentimiento.

—¡Puesto que así lo queréis!...—dijo mofándose, y sacó de su bolsillo un guante que estrujó entre sus manos arrojándose al bulldog que lo recibió en la boca y lo guardó en ella.

—Voraz—le dijo—tienes entre los dientes un guante de tu amo, guárdalo bien; me respondes de él...

Luégo, volviéndose á Gilberto:

—¿Caballero, tendréis la amabilidad de devolverme el guante, que me guarda ese animal? Os quedaré de ello profundamente agradecido.

—¡Ah! es esa por fin la prueba á que queréis someterme!—le contestó Gilberto con la sonrisa en los labios.

Esteban le miró de frente. Por primera vez, no pudo menos de sentirse impresionado por la nobleza de aquella fisonomía y la admirable limpidez de aquella mirada. La figura de Gilberto se había vuelto transparente, y hubiera revelado á los ojos menos perspicaces la arrogancia de su carácter madurada por los combates de la vida y la pureza de su corazón predestinado á una perpetua juventud. Esteban experimentó una duda involuntaria que procuró disfrazar en vano con el tono chancero con que replicó:

—No, caballero, no se trata de una prueba, sino de una broma que es mejor, para vos y para mí, no llevar más adelante. Ese animal es muy poco amable. Si tenéis la desgracia de irritarle, me será imposible calmar su furor por más que sea su amo. Lo mejor que podéis hacer es dejar mi guante donde está y volveros tranquilamente á vuestro gabinete para meditar sobre algún importante problema de la historia bizantina. Será una prueba menos peligrosa, y más proporcionada á vuestras fuerzas. Buenas tardes, caballero, y buenas noches!

—¡Oh! permitid—replicó Gilberto—estoy resuelto á llevar la aventura hasta el fin!...

Y rechazando con suavidad á Esteban que pretendía detenerle, encaminóse directamente hacia el perro.

—¡Cuidado!—gritó el joven estremeciéndose—no os chanceéis con ese animal, ó sois hombre muerto!

—¡Cuidado!—repitió Iván, que, habiendo comprendido á medias de qué se trataba, sospechaba someramente la intención de Gilberto.—¡Cuidado! ese perro es una verdadera fiera.

Sin embargo, Gilberto, cruzando los brazos sobre el pecho, se inclinó lentamente hacia el bulldog, teniendo fijos los ojos en los suyos; y cuando creyó que desconcertado el animal por la fijeza de su mirada, soltaría fácilmente su presa, le arrancó el guante con presteza, agitándolo en el aire con la mano derecha. En el mismo instante, Vo-



raz lanzó un aullido de rabia y saltó para lanzarse á la garganta del raptor. Gilberto dió un salto atrás cubriéndose con el brazo izquierdo; la boca del perro no hizo más que rozarle el hombro, y no obstante, cuando cayó al suelo, tenía entre sus dientes una larga tira de paño, un girón de lienzo y un pedazo de carne ensangrentada. Ebrio de furor, el bulldog rodó por el césped con aquella presa que no podía devorar, y de repente, como atacado de un acceso de frenética locura, se alejó en dirección del castillo dando vueltas sobre sí mismo, y al llegar al pié del torreoncillo, buscó con la mirada á su enemigo y retrocedió como un rayo para lanzarse de nuevo sobre él.

—¡Arrojad el guante al suelo—exclamó Iván—y encaramaos en el árbol!

—¡Sólo entregaré el guante á quien me lo ha pedido!—contestó Gilberto.

Y, ocultándole en su seno, sacó un cuchillo del bolsillo. No había tenido tiempo de abrirlo cuando el bulldog, con el pelo erizado y echando espuma por la boca, estaba ya á tres pasos de él, tomando empuje para embestirle, pero apenas se levantaba del suelo, cayó con la cabeza abierta. El hacha que Iván llevaba á la cintura acababa de caer sobre él como un rayo. El terrible animal intentó en vano levantarse de nuevo; rodó pataleando entre el polvo y exhaló su vida con un ronco y formidable rugido.

—¡Gracias, mi buen Iván!—dijo Gilberto estrechando la mano al siervo.

Luégo, acercándose á Esteban que, inmóvil, á corta distancia, temblaba de piés á cabeza y ocultaba el rostro entre las manos:

—Aquí tenéis vuestro guante—le dijo cariñosamente.—  
¡Tranquilizaos, todavía vivo! Desgraciadamente estoy condenado á causaros siempre algún pesar: soy causa de que Iván haya sacrificado á vuestro perro. ¿Puedo esperar que me perdonéis?

Esteban apartó las manos del rostro y tomó el guante







esforzándose en sonreír; pero á la vista del mutilado y sangriento brazo de Gilberto:

—¡ Oh! qué horrible herida!— exclamó señalándola con el dedo.

Y acometido súbitamente de un síncope, dobláronse sus rodillas y hubiera caído indefectiblemente, sin el auxilio de Iván.

—¡ Hermano— dijo el siervo á Gilberto—buena la hiciste, buena! ¿No tenía yo razón al decirte que comes belladona algunas veces? Mira, el niño está casi desmayado; he de llevarle en seguida á su torre... Tu herida sangra mucho, átate el pañuelo al rededor del brazo... ¡Bien! ¡así está bien! Ahora, ven corriendo á abrírnos la escalera secreta, y plegue á Dios que no encuentre á nadie en el corredor! ¡Vamos, démonos prisa, y tan luego como el señorito haya vuelto en sí, iré á encontrarte en tu pabellón para desnudarte y hacerte la primera cura.

Gilberto se encaminó rápidamente hacia la puertecita, y después de abierta, dejó pasar delante á Iván, que subió en tres saltos la escalera y se lanzó al corredor con su preciosa carga.

Al llegar á su aposento, Gilberto quiso examinar su herida, pero había perdido tanta sangre, y al intentar desprender de la lлага el pañuelo adherido, experimentó tan vivo dolor, que á su vez se sintió desfallecer. Una nube oscuró su vista; sólo tuvo tiempo para sentarse en la silla á la cabecera de su cama, y reclinando la cabeza sobre la manta, perdió el conocimiento.









#### XIV

**E**L doctor Vladimiro Paulitch llegó al castillo muy á tiempo para cuidar á Gilberto. La herida era ancha y profunda, y á causa de los grandes calores que reinaban entonces hubiera podido adquirir un carácter maligno; felizmente el doctor Vladimiro era un hombre muy hábil y gracias á sus cuidados la herida se cicatrizó con rapidez. Empleó ciertos específicos, cuyo uso le era propio, los cuales tuvo buen cuidado de no dejar conocer á su enfermo. Su medicina era misteriosa como su persona.

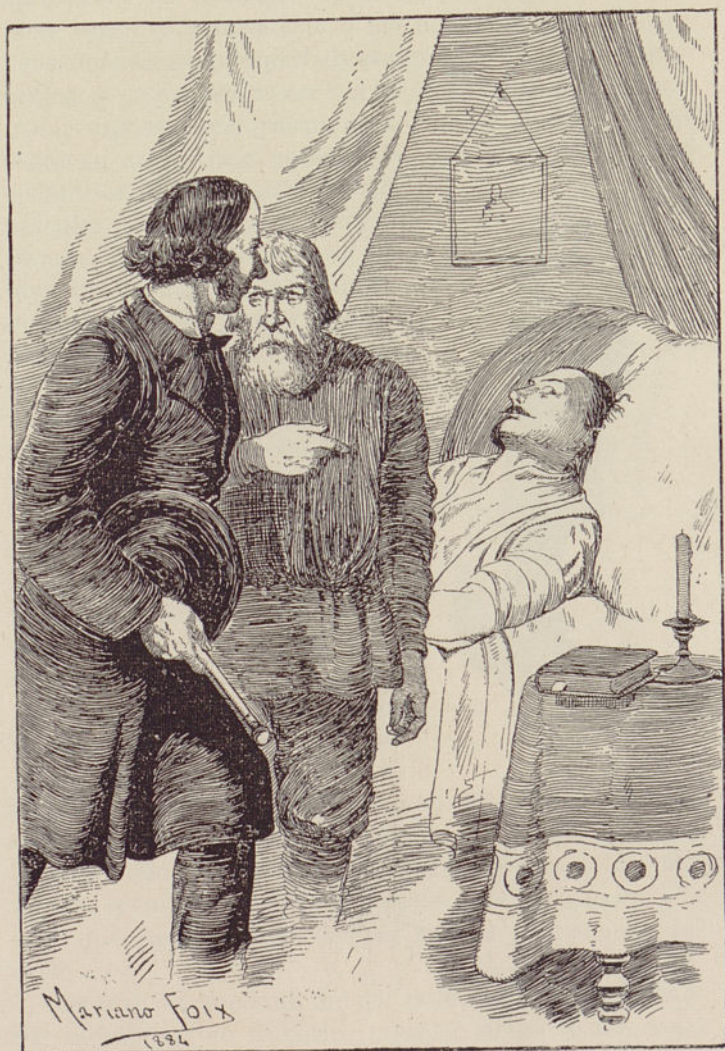
Vladimiro Paulitch tenía cuarenta años; su fisonomía llamaba la atención, aun cuando carecía de atractivo. Sus ojos tenían el color y el brillo duro del acero, sus miradas ardientes, que se extinguían á voluntad, preguntaban con frecuencia, pero nunca se dejaban interrogar. Bien formado, alto, de talle delgado y suelto, mostraba en su andar y en sus movimientos la flexibilidad y lentitud de la raza felina. Su palabra, aunque fácil, era lenta también, y no se animaba jamás; el timbre de la voz sorda y velada, oscura, en ningún caso levantaba ni bajaba el tono,



carecía de modulaciones; cada una de sus frases terminaba por una cadencia en tono menor que sonaba melancólicamente en el oído. Verdad es que á veces sonreía al hablar, pero con una sonrisa pálida, que no animaba su faz. Esta sonrisa significaba, sencillamente: «No os digo mi mejor argumento, y os desafío á que lo adivinéis...»

Dotado de esa admirable facilidad de percepción que se observa con frecuencia entre los eslavos, Vladimiro todo lo había previsto, lo había sospechado todo. Hablaba con facilidad cinco ó seis lenguas, conocía todas las literaturas de Europa, no había ciencia de la que no hubiese adquirido alguna noción; pero nada había profundizado: de todos los libros que hojeó, no había estudiado más que el prefacio, de tal modo que, fuera de la medicina, en que el instinto le servía más que el estudio, no poseía sino principios ó rudimentos, y sus ideas sólo eran bosquejos de errores ó verdades. Se preciaba de haber examinado todos los sistemas filosóficos y de despreciarlos todos; pero tampoco había recibido lecciones ni consejos de ninguno de los ilustres pensadores que han sido los profesores del género humano; vanagloriábase de no tener que agradecer nada á nadie; había compuesto para su uso exclusivo *su credo*, su filosofía; era uno de esos seres que no tienen padre, ni madre, ni familia, ni patria: verdaderos expósitos de la inteligencia, *heimathlo-*ses del reinado del pensamiento, para los cuales no existe lugar en la tierra del que puedan decir: «¡Este es mi país! ¡Esta es mi casa paterna! ¡He aquí la cuna donde se fijaron mis primeros ensueños! ¡He aquí la escuela que desató mi lengua!...»

Vladimiro se creía despreocupado, como si la suprema esclavitud para el pensamiento, no consistiera en hallarse bajo la dependencia de los hechos fortuitos. Desgraciadas inteligencias las que sacan toda su enseñanza de los accidentes y de las vicisitudes de la vida, y no han frecuentado otra escuela que la de la fortuna! Indudablemente, es útil







aprovechar las lecciones de la experiencia, y Casanova tenía razón al compadecer á los hombres cuya facultad pensadora ha sido despertada por un acontecimiento extraordinario en oposición con sus hábitos cotidianos. No son menos dignos de compasión los que no raciocinan jamás según su experiencia personal, y que, entregados á los acontecimientos, consultan como oráculos la ventura y la desventura de su vida. Vladimiro en su juventud se había visto colmado de los favores del cielo, y la prosperidad, expansionando su alma, le había hecho tomar un vuelo noble y generoso; pero al llegar á los treinta años se vió herido por un gran infortunio que había roto todos los resortes de su sér y destruído al mismo tiempo su inteligencia y su corazón. Una noche de escarcha había bastado para destruir todas las esperanzas de su primavera. Desde aquel momento, miró las cosas y los hombres sólo á través de su desdicha, y como Dios no operó un milagro en su favor, se había persuadido de que el mundo está regido por la ciega é implacable fatalidad. Infatuado de este modo, y como idólatra de su desgracia, contestaba á todos los argumentos de la filosofía y de la religión: «Ya sé á qué atenerme; el destino me ha revelado su secreto...»

Una mañana que Iván fué por orden del doctor á renovar el vendaje de Gilberto, nuestro amigo le interrogó sobre el carácter y la vida de Vladimiro Paulitch. Iván nada sabía del hombre, se limitó á ensalzar el genio del médico, expresándose en tono misterioso. La figura im-





nente de aquel impenetrable personaje, el poder extraordinario de su mirada, su impasible gravedad, las curaciones milagrosas que había hecho! no se necesitaba más para convencer al buen siervo de que Vladimiro Paulitch estaba dado á la magia y tenía relaciones con los espíritus; y sentía hacia su persona una profunda veneración no exenta de cierto terror supersticioso. Contó á Gilberto que, á la edad de veinticinco años, Vladimiro dirigía ya un hospital y una casa de salud que el conde Kostia había establecido en sus posesiones, y que gracias á él, aquellos dos establecimientos no tenían igual en toda Rusia.

—El año pasado vino á cuidar al *barine*, y le anunció que la crisis se repetiría este año, pero más débil, y que sería la última. Ya veréis cómo pasará todo del modo que lo predijo. Kostia Petrovitch está ya mucho mejor, y apuesto á que el verano venidero transcurrirá sin que se resienta de los nervios.

Iba á retirarse Iván cuando le llamó Gilberto para que le diese noticias de Esteban. El siervo había guardado la más absoluta discreción, refiriendo á su amo la aventura de la terraza de manera que no resultase compromiso para nadie. Eso sí, le había costado gran trabajo persuadirle de que el perro se había abalanzado sobre Gilberto sin que mediara la menor excitación por parte de Esteban.

—Pero dime—preguntó en su lenguaje familiar—¿qué te propusiste al arrancar del desdichado Voraz el guante de mi amo?

—El señorito me había retado, y mi amor propio se interesó. Cometí una solemne necedad, y te juro que malditas las ganas que tengo de repetirla.

—Me alegro—replicó Iván con acento ligeramente irónico—tanto más cuanto que si pensáis haberos captado su aprecio, andáis muy equivocado. En prueba de ello, hace ya días que se ha abstenido de poner los piés en la terraza por temor de encontraros allí.

Esta desagradable noticia inquietó á Gilberto, pero ocultó cuidadosamente su tristeza.

—¿Por qué—decía entre si—procura Esteban evitar mi presencia? ¿Será un ardid de guerra para adormecer la desconfianza de su carcelero? ó bien una infundada vergüenza hace que repugne volver á verme? ¿será que habré conseguido atizar el odio que me había jurado?...

Al día siguiente, Gilberto comió en la gran sala del castillo con M. Leminof y el padre Alejo.

—No os preocupéis porque Esteban no coma hoy con nosotros—le dijo el conde.—No está enfermo; pero tiene un nuevo motivo de queja contra vos; dice que habéis causado la muerte de su perro. Os pido perdón, querido Gilberto, por la sinrazón de mi hijo... Le he permitido que se enfurruñe durante tres días. Transcurrido este plazo espero que os pondrá buena cara y que vendrá sin pestañear á ocupar de nuevo su sitio en la mesa frente á vos.

—¿Y cómo el doctor Vladimiro no es de los nuestros?

—Me ha rogado que le dispensara por algunos días. Se encuentra muy fatigado por los cuidados que ha debido dispensarme. Un tratamiento magnético, ¿comprendéis?... He de participaros que todos los años, durante el estío, estoy sujeto á ataques de neuralgia que me hacen sufrir mucho. Á propósito; habéis visto varias veces á nuestro admirable doctor, ¿qué opinión tenéis formada de él?

—No sé si es un gran sabio, pero me inclino á creer que es un artista de primer orden.

—No cabe mejor elogio de él; la medicina, más bien que ciencia, es arte. Nuestro doctor es, además, modelo de abnegación; le debo la vida y no penséis que me la salvó como médico. Un soberbio tronco desbocado; á veinte pasos de distancia un precipicio, el doctor saliendo de un bosquecillo, arrojándose á detener los caballos, y suspendiéndose de sus narices, que sus manos oprimían



con violencia... Ya estáis viendo la escena. Lo chistoso fué que cuando le dí gracias con la efusión que podéis pensar, con acento tranquilo y limpiándose las rodillas, porque los caballos, al rendirse, le habían tendido en el polvo: «Yo y no vos, debo estaros reconocido, me contestó; por primera vez en mi vida acabo de verme suspendido entre la muerte y la vida, y es una sensación singular que á no ser por vos, no hubiera experimentado.» Eso os pinta el hombre y su sangre fría!

—No me sorprende que tenga la agilidad de un gato montés —repuso Gilberto— pero sospecho que su sangre fría sea ficticia, y la placidez de su semblante una máscara bajo la cual oculta un alma muy apasionada.

—Apasionada... no es esa la palabra propia, porque á lo más el doctor conoce sólo las pasiones imaginarias. Hubo un tiempo en que se creyó perdidamente enamorado; debilidad imperdonable en un hombre tan distinguido, pero no tardó en desengañarse. Desde entonces no ha vuelto á caer en tan funesto error.

—Luego, el deseo de saber y la medicina son las únicas pasiones de Vladimiro Paulitch!

—Decís bien. Ha consagrado todo su tiempo y todos sus pensamientos al estudio y á la práctica de su arte. No es posible imaginar una vida más austera: no se ha entregado jamás á los placeres, no ha concedido nada á los sentidos, y por cierto que esa gran abstención de todos los goces comunes no reconoce por causa escrúpulos religiosos. El doctor no cree más que en los átomos; pero es ascético por gusto. Ya sabéis la admirable definición que Voltaire ha dado del amor, *la tela de la naturaleza recamada por la imaginación*. ¡Pues bien! Vladimiro Paulitch está desprovisto de esa imaginación que borda al realce, y por otra parte la tela lisa excita su desprecio, quiero decir que desdeña los deleites por orgullo intelectual. De modo que, ese terrible incrédulo, que tiene la moral por una quimera y vive en la abstinencia, es, como queráis, un liber-

tino sin vicios ó un santo sin principios; lo cual no deja de constituir un carácter bastante singular.

—Según esa cuenta—dijo Gilberto—su virtud no es más que un accidente.

—¿Estáis bien seguro de que la virtud sea jamás otra cosa?—replicó M. Leminof.

En esto anocheció; Gilberto, á caza de informes, atravesó el patio, uno de cuyos lados formaba la capilla, y entrando en la parte trasera por una puerta excusada, fué en busca del padre Alejo. No tardó en encontrarle, porque el padre había dejado los postigos entreabiertos, y fumaba tranquilamente su pipa, sentado en el alféizar de la ventana. En cuanto divisó á Gilberto:

—¡Oh! ¡bravo joven!—exclamó.—¡Entrad, entrad! Mi aposento y mi corazón están siempre abiertos para vos.

Gilberto le mostró el brazo en cabestrillo, lo cual le impedía escalar la ventana.

—¿No es más que eso, hijo mío?—dijo el padre Alejo.—Voy á subiros hasta aquí.

Gilberto se agarró con el brazo derecho y el padre Alejo le atrajo hacia sí, encontrándose en seguida sentados uno enfrente de otro, confundiendo á su sabor las azuladas espirales de humo de sus pipas.

—¿No habéis observado—dijo el padre Alejo—que Kostia Petrovitch estaba hoy de muy mal humor? Cuando os digo que tiene ratos muy buenos! Vladimiro Paulitch le ha prestado muy buenos servicios. ¡Qué médico ese Vladimiro! Es una lástima que no crea en Dios; pero algún día tal vez la gracia moverá su corazón, y entonces será un hombre completo.

—Á hallarme yo en vuestro lugar, padre mío, ese Vladimiro me causaría miedo. Iván supone que es un tanto hechicero. ¿No teméis que el mejor día os robe vuestro secreto?

El padre Alejo se encogió de hombros.

—Iván chochea—contestó.—Si Vladimiro Paulitch fuese



hechicero ¿no hubiera penetrado, tiempo há, el misterio que ardía en deseos de profundizar? porque ese hombre hace algo más que amar al conde Kostia; le es adicto hasta el fanatismo... Y lo confirma que, habiendo descubierto que la condesa Olga estaba en cinta, cometió la barbaridad de convertirse en su delator, — y aquella carta que anunciaba al conde Kostia su deshonra, aquella carta que le hizo volver de París como un rayo, aquella carta en fin que ocasionó la muerte de la condesa Olga Vassilievna, la escribió él, Vladimiro Paulitch.

—¿Y ese mismo Vladimiro fué quién denunció á Morlof, haciéndole blanco del injusto furor del conde?

—Al contrario, Vladimiro abogó por él; pero su elocuencia se estrelló contra las ciegas prevenciones de Kostia Petrovitch. Ese Morlof era, por su desgracia, un elegante muy conocido por sus amorosas aventuras. Por lo demás, era hombre de honor, incapaz de engañar á un amigo, y lo que le perdió fué esa reputación de conquistador de que se vanagloriaba. Y luégo, cuando Kostia Petrovitch interrogó á su mujer, negándose ésta á denunciar á su seductor, se le ocurrió nombrar á Morlof, y la vivacidad con que la condesa le defendió, confirmó al conde en sus sospechas. Para desengañarle, fué preciso nada menos que aquel trágico encuentro que llegó demasiado tarde á mi noticia. Al exhalar el último suspiro, Morlof tendió la mano á su matador. « ¡ Muero inocente ! » le dijo. Y en estas supremas palabras de un moribundo, había tal acento de verdad, que el conde Kostia no dudó ya; la luz había penetrado en su alma.

Como iba haciéndose más densa la oscuridad de la noche, el padre Alejo encendió una bujía.

— Hijo mío — dijo volviendo á sentarse y avivando la lumbre de su pipa — debo contarte una cosa que ha llegado hoy á mi noticia pocos momentos antes de comer, y que me parece muy rara. Escúchame con atención y estoy seguro de que participarás de mi asombro.

Gilberto aplicó el oído, presintiendo que el padre Alejo iba á hablarle de Esteban.

— Es un hecho singular — prosiguió el padre — que no quisiera contar al primer advenedizo, pero que me complace poderte referir, porque eres hombre formal y sesudo, aunque por tu desgracia no seas ortodoxo. ¡Pluguiera á Dios que lo fueses! Sabe pues, hijo mío, que hoy, como sábado, he ido según costumbre á visitar á Esteban para catequizarle, y por las razones que no ignoras, he redoblando mis esfuerzos á fin de hacer penetrar las santas verdades de la fe en aquella rebelde cabeza. Parece que involuntariamente le has causado algunos pesares, y puedes creer que con el carácter que tiene, lejos de perdonarte, ha querido hacerme partícipe de sus resentimientos. No obstante, él, que habitualmente se arrebató y enfurece en cuanto le pica una mosca, tenía, mientras me contaba sus cuitas, un aire de tranquilidad y moderación en el acento que me han admirado hasta el último punto. Esforzándome yo en descubrir el motivo de su conducta, me ocurrió levantar los ojos hacia las imágenes de san Jorge y san Sergio que decoran uno de los ángulos de su cuarto, y ante los cuales reza sus oraciones por mañana y noche. ¡Oh sorpresa! ¡Oh dolor! Noto que los dos santos han sufrido vergonzosos ultrajes: uno no tiene piernas y el otro está desfigurado por una horrible cicatriz... «¡Virgen santa! exclamo con trémula voz. ¿Quién ha tenido la audacia de poner su mano profana en estas venerables imágenes?...» Pero él, sonriendo: «El culpable está aquí, padre mío, me ha contestado. Soy yo; el otro día en un acceso de justa cólera, he zurrado á más no poder á esos dos santos para castigarlos de serme poco propicios.» ¿Cómo pintarte mi estupor? Cayeron inertes mis brazos, un sudor frío inundó mi frente y se me entorpeció la lengua; no sabía qué hacer, ni qué pensar. Cuando me repuse de mi sorpresa, irritado por la indignación, no hallaba palabras bastante fuertes para demostrar á ese joven impio



la enormidad de su crimen. ¡Zurrar á san Jorge! ¡Zurrar á san Sergio! ¡qué atentado! ¡qué sacrilegio!... ¡Ah! hijo mío, ¡eran mis dos más bellas obras!... ¿Crearás que Esteban no ha demostrado el más mínimo arrepentimiento? Su impasible sangre fría me ha exasperado. Y señalando el cielo, le amenazaba con los divinos rayos; pero no se ha conmovido; sin inmutarse en lo más mínimo, se ha levantado de su asiento, ha venido á mí y con la mano me ha cerrado la boca. «Padre mío, escuchadme, me ha dicho con tal firmeza que me impuso. He procedido mal, si queréis, pero si fuese preciso volvería á reincidir, porque desde que los he castigado, los dos santos han decidido acudir en mi auxilio, y al día siguiente de la ejecución, sin que se haya operado la menor variación en mi existencia, he sentido súbitamente que mi corazón se aliviaba de un gran peso; os lo juro, por vez primera ha penetrado en mi alma un rayo de celeste esperanza...» ¿Qué te parece de esto, hijo mío? Que se castigue á un niño... ¡Pero á los santos!...

El padre Alejo hablaba de aquel gran misterio, tan compungido, que Gilberto estuvo á punto de reirse, pero se contuvo; le estaba muy reconocido por su officiosa relación y de buena gana le hubiera abrazado.

—¡Oh qué buena nueva!—decía entre sí.—Ese corazón aliviado de un peso, ese rayo de celeste esperanza!... ¡Dios sea loado! ¡no he trabajado en vano! ¡San Jorge y san Sergio me roban la gloria! ¿Qué importa? estoy satisfecho.

—¿Y qué habéis contestado á Esteban?—preguntó al padre.—¿Le habéis reprendido, ó le habéis felicitado?

—El caso era delicado—dijo el buen padre con el aire de un filósofo que medita sobre las materias más abstrusas;—pero yo tengo claro el entendimiento y he salido del mejor modo posible. «La invención es admirable» he exclamado mirándole con asombro... y luégo fingiendo severidad: ¡Pero el pecado es enorme!

Al día siguiente, á la hora de comer, Gilberto no esperó á que sonara la campana para bajar al comedor, y se quedó sorprendido al encontrar allí á Esteban. En pié y apoyándose en el vasar, al verle el joven se turbó, y ruborizado volvió la cabeza á la pared. Gilberto se detuvo á algunos pasos de él. Entonces con opaca voz y tono á la vez tierno y brusco:

—¿Y vuestro brazo?—le dijo Esteban.

—Está casi curado. Mañana dejaré el cabestrillo.

Esteban guardó silencio por un momento. Con voz más baja todavía:

—¿Qué pensáis hacer?—balbuceó—¿cuáles son vuestros proyectos?

—Aguardo saber vuestra voluntad—repuso Gilberto.

El joven se tapó los ojos con las manos, y como Gilberto no decía una palabra, se estremeció de impaciencia y despecho.

—Su orgullo me pide perdón—pensó Gilberto.—Le evitaré la pena de ser el primero en hablar.

—Tendría mucho gusto en conversar con vos un rato—le dijo bajito.—No podrá ser en el terraplén porque Iván no os deja un instante. ¿Va por la noche al cuarto?

—¿Os chanceáis?—contestó Esteban irguiendo la cabeza.—Después de las nueve le está prohibido á Iván poner los piés en mi cuarto.

—Y su aposento, si no me engaño—prosiguió Gilberto—está separado del vuestro por un corredor y una escalera; no correríamos el riesgo de ser oídos.

Esteban se volvió á él, y mirándole de frente:

—Dais en todo—le dijo con irónica y triste sonrisa.—Á lo que parece, para venir á mi aposento, montaréis en una golondrina. ¿Habéis hecho ya el trato?

—Pasaré por los tejados—dijo tranquilamente Gilberto.

—¡Imposible! Primero porque no quiero que arriesguéis segunda vez la vida por mí, luégo...



—¿Y luego porque mi visita no tiene para vos ningún interés?

Esteban le contestó con una mirada.

En aquel momento, sonaron algunos pasos en el vestíbulo. Cuando el conde entró, Gilberto se paseaba por el fondo de la sala, y Esteban dándole la espalda, observaba atentamente uno de los figurines esculpidos en la ensambladura. M. Lemino, parándose en el umbral de la puerta, miró á entrambos con aire zumbón.

—Á buen tiempo llego—dijo riendo.—¿Qué embarazosa situación, verdad?

Al día siguiente Gilberto partió para Francfort. Un librero de aquella ciudad acababa de remitir á M. Lemino un catálogo de libros antiguos entre los cuales se hallaba el glosario de la *Grecité byzantine* de Du Cange, de cuya obra sólo tenía el conde un ejemplar estropeado é incompleto. Gilberto le persuadió á que le enviara, para comprarlo á bajo precio. Al otro día de su llegada, fué ante todo á casa de un cordelero y le encargó dos escalas de cuerda cuya medida le indicó. El tiempo que después le quedó libre lo consagró á la compra de libros. No sólo se procuró el glosario, sino que como en materia de impresos era expertísimo é inteligente, á fuerza de huronear, en la tienda de un anticuario, hizo algunas compras de las que quedó sumamente contento. No lo quedó menos cuando por la noche le llevaron al hotel las dos consabidas escalas. Las ocultó en el fondo de su maleta, y al día siguiente ¡nueva caza de libros! Divagando por las calles, observó en el escaparate de un zapatero un par de zapatos con suelas de fieltro, calzado admirable para evitar los resbalones. Le sentaban bien y los compró sin regatear. También compró un cinturón, un sombrero de alas anchas, un par de pantalones y una blusa de lana rusa.

El sábado siguiente, á mediodía, estaba de regreso en el Geierfels: esperaba que antes de comer podría decirle algunas palabras á Esteban, pero el conde entró en el

comedor antes que su hijo. Felizmente, al final del almuerzo, se levantó de la mesa para sacar de un armario una botella de Tokai con cuyo licor quería obsequiar á su secretario. Mientras estaba vuelto de espaldas buscando la botella y la destapaba, Gilberto hizo un gesto que llamó la atención de Esteban, y luégo trazó algunas letras sobre el mantel con el mango del cuchillo. Estas letras significaban: *Esta noche.*

El resto de la comida, Esteban estuvo algo agitado. Á cada momento mudaba de color; se levantó de la mesa el primero y al salir de la sala, se volvió y miró á Gilberto con ademán que descubría su agitación. En cuanto desapareció:

—¡Aún echa de menos el perro!—dijo el conde burlándose.—Decididamente, las pasiones de mi señor hijo son muy interesantes.









## XV

**S**ERÍAN las diez de la noche, cuando Gilberto dispuso los preparativos de su expedición. No tenía que temer que le sorprendieran en su tarea: las noches le pertenecían, era cosa convenida entre él y el conde. Luego acababa de oír cómo cerraban la gran puerta del corredor. Por el lado del terraplén, el espeso ramaje de los árboles le ocultaba á los perros guardianes, que á maliciarse la aventura, podrían dar la voz de alarma. Tampoco había nada que temer por el lado del cerro: sólo acudía allí la pastora, y ésta no tenía costumbre de pasearse tan tarde con sus cabras por entre las peñas. Por otra parte, la noche serena, pero sin luna, se mostraba propicia; no se percibía otra claridad que la de las brillantes estrellas que debían ayudarle á guiar sus pasos, sin inquietarle ni hacerle traición; el aire estaba tranquilo; la brisa casi imperceptible movía á intervalos las hojas de los árboles, sin agitar las ramas. Gracias á ese concurso de circunstancias favorables, la empresa de Gilberto no era desesperada; á pesar de esto, media éste los peligros que iba á arrostrar.



Sonaron las diez en el reloj del castillo, apagó la luz y abrió la ventana. Largo rato estuvo de codos en ella. Su vista se acostumbró á la oscuridad, y á la luz de las estrellas empezó á reconocer sin esforzarse la forma real y positiva de los objetos que le rodeaban. La ventana estaba dividida en dos huecos iguales por un crucero de piedra, y tenía delante ancho anaquel de basalto que rodeaba una balaustrada. Gilberto sujetó fuertemente la escala de cuerda al crucero y á un balaústre del lado izquierdo; luégo se encaramó sobre el reborde de basalto y se mantuvo de pié en él durante algunos instantes, contemplando en silencio el precipicio. En la garganta sombría y vaporosa en que se abismaban sus ojos, distinguió una pared de rocas blanquecinas que parecía le llamaban provocándole á un viaje aéreo: no supo resistir á aquella atracción fatal, y debilitándose gradualmente el malestar que había sentido, se asomó y pudo inclinarse impunemente sobre el abismo; orgulloso por haber domado al monstruo, se entregó al placer de contemplar un momento una débil luz que aparecía á distancia de sesenta pasos y á unos treinta piés debajo de él. Esa luz salía del cuarto de Esteban, que había abierto la ventana y corrido las cortinas blancas, de manera que su lámpara, colocada detrás de aquel abanico transparente, pudiese servir de fanal á Gilberto sin temor de deslumbrarle.

—¡Me espera!—se dijo Gilberto.

Saltó por encima de la balaustrada, y bajó por la ondulante escalera con paso firme y ligero, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida.

Hele ya en el tejado. Al estar allí tropezó con una dificultad. Aquel tejado que debía atravesar en toda su longitud, estaba cubierto una mitad de zinc y la otra de pizarras; la pendiente era tan rápida y resbaladiza que no permitía mantenerse de pié. Gilberto se sentó y permaneció un momento inmóvil para serenarse y fijar bien su itinerario. Á algunos pasos de allí se levantaba una enorme

claraboya con armazón de madera en forma de triángulo, que avanzaba hasta á dos piés del tejadillo. Gilberto resolvió encaminarse por aquel estrecho desfiladero, y de teja en teja, se lanzó en dirección de su objetivo. Fácil es comprender que avanzaba muy lentamente, tanto más cuanto que su brazo izquierdo, dolorido todavía, exigía cierto cuidado, pero con paciencia y maña pasó más allá de la claraboya y acabó por llegar sano y salvo al extremo del tejado, frente por frente de la ventana de Esteban.

—¡Dios sea loado, lo más difícil ya está hecho!—se dijo suspirando de gozo.

Pero contaba sin la huésped. En realidad sólo le faltaba bajar al tejadillo, atravesarle y encaramarse á la ventana, situada á la altura de un hombre; pero antes de bajar, era necesario encontrar algún sustentáculo, piedra, madera ó hierro, donde suspender la segunda escala de cuerda, arrollada á la cintura. Por desgracia nada encontró. Por fin, inclinándose, divisó en el ángulo exterior de la pared un gran modillón de hierro que servía para sostener el sumidero, pero con gran pesar suyo advirtió al mismo tiempo que el tejado grande resaltaba unos tres piés sobre la alineación del pequeño, y que suponiendo que consiguiera atar su escala al modillón, los últimos escalones quedarían colgando y flotantes en el vacío. Esta reflexión le hizo estremecer, y desviando sus miradas del precipicio, las dirigió hacia el remate donde creyó ver una pieza saliente de hierro. No se equivocaba: era una especie de ovario floreado que formaba el adorno de la arista. Sólo á costa de grandes esfuerzos consiguió encaramarse hasta allí, y cuando se halló sentado á horcajadas en la viga maestra, se detuvo algunos momentos para respirar y contemplar el extraño espectáculo que se ofrecía á su vista. Sus miradas abarcaban una inmensa extensión de tejados abruptos é irregulares; en todas partes había torreones con repisas adornadas con tejadillos en forma de apagador, paredes puntiagudas, esconces, cortaduras, ángulos entrantes y



salientes, cimbalillos calados, hondas rinconadas enteramente oscuras, chimeneas que parecían espectros, pesadas veletas que rasgaban la vía láctea con sus tallos de hierro y emplumadas flechas; encima del campanario de la capilla, una gran cruz de piedra que parecía estirar los brazos; aquí y allá la blancura del zinc interrumpiendo el azulado negro de las pizarras, á intervalos vagos reflejos, algunos aguazales de pálida claridad envueltos en opacas tinieblas y luégo las copas de tres ó cuatro corpulentos árboles más altos que los tejadillos, empañados en sorprender los secretos de las buhardillas. Al brillante resplandor de las estrellas, los menores accidentes de la arquitectura dibujaban extraños contornos, y figuras fantásticas que se perfilaban en el horizonte como sombras chinescas; en torno, misterio, curiosidad, aterradora sorpresa. Aquellas sombras se inclinaban hacia Gilberto, le observaban, le interrogaban con la mirada. Unas decían:

—¿Quién es este? No será de los nuestros. ¿Qué viene á hacer aquí? No puede ser más que un ladrón atrevido, que va á forzar alguna ventana ó á descerrajar un secreter.

—¡Dejadle!—dicen otras.—¿No veis que es un amante afortunado? Su amada le aguarda; si antes no se rompe la crisma, se acerca su hora propicia.

—Pues no soy nada de todo eso—les contestó Gilberto.—Soy un infeliz que se pasa la vida devorando in-folios, á quien le ha ocurrido de pronto la idea de correr por los tejados para ir á resucitar á un joven que se muere de pena y de fastidio; podéis creerme bajo mi palabra, estoy tan admirado como vosotros de mi aventura.

Después de este mudo coloquio, dirigió de nuevo sus miradas hacia el precipicio, se dió el placer de contemplar las blanquecinas aguas del Rhin, que entreveía vagamente, desarrollando en la llanura sus ondulantes anillos, como enorme serpiente de reluciente escama, y prestó atención por un momento á su sonoro y lúgubre murmu-

llo, que parecía echar en cara su silencio á los perros guardianes, á los buhos, al viento y á las veletas adormecidas.

Apenas hubo recobrado el ánimo, Gilberto se acercó á aquel ornamento de relieve donde se proponía suspender su escala... ¡cruel decepción! sólo un mal clavo sostenía el equino, deteriorado por la intemperie: cedería infaliblemente al menor esfuerzo!

—¡Pues, señor!... no hay remedio; ¡me será forzozo pasar por la repisa!

Y aunque le costase mucho, adoptando resueltamente una determinación, impaciente por otra parte por haber perdido tantos pasos y un tiempo tan precioso en esfuerzos vanos, bajó del tejado con mayor presteza que había subido. En cuanto se halló abajo, desvaneciéndose con su fuerza de voluntad un nuevo ataque de vértigo de que se sentía amenazado, se echó paralelamente á la canal, y adelantando su cabeza y su brazo fuera del tejado, consiguió, no sin mucho trabajó, atar sólidamente la cuerda á la repisa de hierro. Hecho esto, lanzó la escalera en el espacio, y sin pararse á mirar cómo colgaba, giró suavemente sobre sí mismo, volviendo gradualmente la cabeza hacia el lado del tejado y sus piés hacia el lado de la escalera; una vez terminada su evolución, se dejó escurrir fuera del tejado hasta los sobacos permaneciendo así suspendido sobre los codos. ¡Momento crítico! ¡si un madero, si un clavo se rompieran!... Gilberto no tuvo tiempo para hacerse esta siniestra reflexión; estaba ocupado completamente en coger la cuerda que se le escapaba, y cuando por fin consiguió posar los piés en los travesaños superiores, asíóse fuertemente á la repisa, primero con la izquierda y luégo con la derecha, y desprendiéndose á su vez, se agarró á uno de los montantes de la escala.

—Para un principiante, no lo hago tan mal.

Emprendió su descenso, con el mayor cuidado; pero en el momento en que tropezaban sus piés con el tejadillo,



como se le ocurriera inclinarse para contemplar el vacío, sintió un mareo más terrible mil veces que el que ya había sentido antes. El valle entero empezó á dar vueltas en derredor suyo, como atormentado por un formidable vavén que tan pronto le llevaba hasta el cielo como le abismaba en las entrañas de la tierra. Acelerándose á poco el movimiento, árboles y piedras, llanuras y montañas, todo se confundía en negro torbellino que se desencadenaba con creciente fuerza, y del cual salían relámpagos y globos de fuego. De pronto le pareció que le faltaba aire que respirar. Cerró los ojos y salió de su anhelante pecho un grito ahogado... ¡Esto es hecho! el torbellino pasando por encima de él acababa de lanzarle en el espacio. Perdió el conocimiento durante algunos segundos: ¡y cuál fué su sorpresa, cuando al abrir los ojos, se encontró de nuevo en su escala! Se había aferrado con tal fuerza á ella que sus uñas habían penetrado profundamente en la cuerda, y había cogido entre sus dientes uno de los escalones superiores, donde se habian incrustado tan bien que le costó algún trabajo desprenderlos. Miró otra vez al valle, permanecía inmóvil; miró al cielo; las estrellas le contemplaban con benevolencia. Humedeció sus labios que despedían fuego, respirando con todos sus pulmones el aire de la noche que le pareció embalsamado. Lágrimas de contento surcaron sus mejillas, y en su natural arrebató, se puso á besar tiernamente el escalón que hacia un momento devoraba con los dientes. Vuelto en sí, para disipar la emoción que le causaba el recuerdo de su horrible pesadilla, recurrió al anciano Homero, y recitó de un tirón el pasaje de *la Iliada* en que el divino poeta describe el contento de un pastor contemplando los astros desde lo alto de una roca... En su vida, Gilberto volverá á leer estos versos sin recordar el dulce y terrible momento en que los recitó suspenso en el aire, divisando por encima de su cabeza la sonrisa infinita de los estrellados campos y bajo sus piés un horrible precipicio... En cuanto se sintió más tranquilo, se dispuso á continuar su

descenso al tejadillo de pendiente menos rápida que el otro y cubierto de tejas huecas que dejaban entre sí profundas ranuras; para mayor felicidad, la canaleja tenía sobrepuestos de trecho en trecho adornos de hierro empotrados en la pared y enroscados en forma de concha. Gilberto imprimió un movimiento oscilatorio á la escala, y en cuanto el balanceo adquirió bastante fuerza para que aquel columpio improvisado llegara á tocar la canaleja, con cierto cálculo, desprendió de la escala el pié derecho y le plantó fuertemente al extremo de una de las ranuras; luego soltando la escala, con la mano derecha se agarró con presteza á una de las conchas. Un momento después, la escala, abandonada á sí misma, volvió á ocupar su sitio. Dieron las doce. Gilberto se quedó estupefacto; dos horas había empleado en su arriesgado viaje. Subir hasta la mitad del tejado, atravesarlo, trepar por la ventana, fué para él tarea de un momento; después de lo cual, retirando con su mano las cortinas:

—¿Me esperabais?—dijo con tierna voz lanzándose de un brinco en el aposento.

Apoyada la barba en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, se hallaba Esteban acurrucado al pié de las santas imágenes. Al ver y oír á Gilberto, se estremeció, se levantó de súbito y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas por encima de la cabeza, el cuello estirado, los labios trémulos y dilatados por una sonrisa, chispeantes los ojos y arrasados en lágrimas. ¿Cómo pintar la extraña expresión de su fisonomía? Mil sentimientos diversos se reflejaban en ella. La sorpresa, el reconocimiento, la vergüenza, la inquietud, una larga esperanza cumplida, un resto de soberbia que presentía una derrota segura, obstinada incredulidad, obligada á rendirse, el desorden de una imaginación exaltada, las delicias del porvenir y los amargos recuerdos de lo pasado, todo esto se pintaba en su semblante con tal confusión, que al verle riendo y llorando casi á la vez, parecía que era su gozo el que lloraba



y su tristeza la que sonreía. En cuanto se disipó su primera turbación, lo que dominó en su semblante fué la gravedad, la emoción y cierta ternura soñadora y azorada. Retrocedió y se dejó caer en una silla al extremo de la habitación.

—¿Estoy aquí de más? ¿he de irme?— preguntó Gilberto permaneciendo en pié.

Esteban no contestó.

—Decididamente; ¡os disgusta la visita!—prosiguió Gilberto medio vuelto hacia la ventana.

Esteban frunció el ceño.

—¡Por favor, no os moféis!—dijo con apagado acento.—Lo que está pasando entre los dos es muy serio.

—La seriedad que prefiero—dijo Gilberto—es la de la alegría.

Esteban estrujó vivamente los cabellos entre sus enflaquecidas manos.

—¿La alegría?—dijo.—¡Quién sabe!... ¡tal vez la tendré! ¡Á fuerza de hablarme de ella quién sabe si... Por de pronto, creo estar soñando. El desorden de mis pensamientos me espanta. No me hagáis ninguna pregunta porque no sabría qué contestaros, y vuestra voz me incomoda, me irrita, me disuena. Dispensadme, pues, que calle y que os mire con atención.

Y acercándose á una larga mesa, hizo seña á Gilberto de que se sentara á un extremo, mientras él se sentaba al otro.

Tras prolongado silencio, se puso á pensar en alta voz, como si se reconciliara con el timbre de la suya:

—¡Ese porte atrevido, resuelto, esa mirada tan arrogante!... ¡esa sonrisa tan bondadosa!... Es otro hombre. ¡Ah! ¡qué error he cometido! No he sabido ver ni adivinar nada. Yo despreciaba, y odiaba, á quien Dios me envía para salvarme de la desesperación... ¡Ah! he aquí lo que ocultaba ese porte sencillo, igual, ese rostro cuya calma me irritaba, esa dulzura que yo calificaba de servil, esa inteligencia que me parecía pedantesca, esa jovialidad que to-

maba por bajeza de perro faldero... ¿Es el mismo hombre?

Calló un instante, y luégo con acento más firme:

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¡Es tan rápida la pendiente de ese tejado! Sólo el pensarlo, me estremece y da vértigo. Mientras os aguardaba he rogado á los santos que os protegieran. ¿Habéis comprendido en algún modo si os eran propicios? Quisiera saber á qué atenerme. ¡Me han faltado tantas veces á su palabra!...

Nueva pausa, durante la cual Esteban miraba á Gilberto con una fijeza que casi creyó molesta.

—¡Habéis arriesgado por mí vuestra vida!—prosiguió al fin el joven—¿estáis bien seguro de que sea yo merecedor de tanta abnegación? Vamos, sed franco. ¿Alguien os ha hablado de mí? ¿Ó bien á fuerza de estudiar mi carácter, descubristis en él algo que os interese? Contestadme y guardaos de mentir. Advertid que os estoy mirando de hito en hito, y sabré adivinar si sois sincero.

—Me dejáis atónito—contestó tranquilamente Gilberto—¿qué tendría yo que ocultaros? Toda mi sabiduría se reduce á dos puntos. Primero, sé que pertenecéis á la raza de las almas nobles; luégo, que sois muy desgraciado... ¡Ah! no; sé algo más. Sé, con toda seguridad, que siento por vos ardiente cariño, y sería yo muy desgraciado, si no correspondiérais á él.

—¿Yo os he inspirado amistad? ¿Cómo puede ser eso?

—¡Vaya qué pregunta! ¿Quién es capaz de contestar á preguntas semejantes? Este es el gran misterio. Os quiero, porque sí; no sé daros otra explicación. Seguramente no será porque os deba grandes atenciones; todo lo contrario; alguna vez he tenido motivos de queja: pues bien, á pesar de vuestro desprecio, de vuestra altanería, de vuestra injusticia, no cesé de quererlos. Descifre ese misterio quien puso en nuestro corazón ese misterioso poder: la simpatía.

—¿Y por qué—dijo Esteban—esa simpatía no era recíproca? Yo, desde el primer día, os odio. No sé con qué ojos os miré, pero creí ver en vos un enemigo. ¡Ay de mí!



de mucho tiempo acá me he vuelto desconfiado y receloso. Aún ahora, todavía desconfío, y temo verme engañado por algún encanto, por alguna ilusión; creo y no creo, y me siento tentado á exclamar con un personaje de los Santos Evangelios: «¡Mi abogado, mi hermano, mi amigo, creo en vos; acudid en auxilio de mi incredulidad!»

—Vuestra incredulidad se curará por sí misma; algún día diréis con entera confianza: «hay en este mundo una alma, hermana de la mía, en la que puedo depositar sin temor todos mis cuidados, mis pensamientos, mis pesares, mis esperanzas; existe un sér que se ocupa incesantemente de mí, cuya gran tarea es mi felicidad; un sér á quien todo se lo puedo decir y confesárselo todo; un sér que me ama porque me conoce, y que me conoce porque me ama, vive conmigo, vive en mí; sabría, si fuese necesario, sacrificarlo todo, hasta su existencia, en el santo altar de la amistad!» Y entonces exclamaréis enagenado de gozo: «loado sea Dios! ya tengo un amigo! ¡Bendito sea Dios! ya sé lo que es amar y ser amado!»

Esteban prorrumpió en llanto:

—¡Ser amado!—dijo—palabra hermosa que no me atrevo á pronunciar. ¡Ser amado! ¡Jamás lo he sido! Supongo que mi madre me amaba, ¿qué digo? estoy seguro de ello; pero hace tanto tiempo de eso! Mi madre... es para mi una leyenda. Como si yo no existiera aún cuando la conocí. Recuerdo que me sentaba á veces en sus rodillas y me besaba... me besaba... Esas delicias no son de este mundo; he debido gozarlas en alguna estrella lejana donde los corazones no son tan duros como aquí, donde yo habité algún tiempo, ¡morada de paz y de inocencia!... Pero un día mi madre me dejó caer de sus brazos, y caí precipitado á esta tierra donde me aguardaba el odio... ¡Oh! ¡el odio! ¡le conozco! Esa segunda madre me ha mecido en sus brazos, me amamantó con su leche, me ha prodigado sus preciosas lecciones, veló por mí noche y día. ¡Oh! ¡qué maravillosa providencia es el odio! Todo lo ve, piensa en

todo, se acuerda de todo, está presente en todas partes, siempre en acecho, no conoce la fatiga, la displicencia ni el sueño... ¡El odio! es el amo de este castillo; manda en él, llena esos largos corredores, no puedo dar un paso sin encontrarle; aquí mismo, en este cuarto solitario, veo flotar su imagen por todos lados, en las tapicerías, junto á esas cortinas. ¡Cuántas veces por la noche, durante mi sueño, viene á sentarse encima de mi pecho, y puebla mis sueños de espectros y terrores! ¡Qué terrible suplicio verse aborrecido sin saber por qué! Porque habéis de saber que en mi primera infancia, ese padre que me aborrece, era un padre para mí. Me acariciaba raras veces, yo le temía, era severo, imperioso; pero era padre al fin, y aun en ocasiones se dignaba decírmelo. En ocasiones dejaba su gravedad; recuerdo que me sonrió alguna vez... Pero un día, día maldito, tenía yo entonces diez años; hacía un mes que mi madre había muerto... Siempre encerrado en su cuarto, pasó una semana sin que yo le viera. Dije á mi aya: ¡quiero ver á mi padre! Llamé á su puerta, entré, corrí hacia él... Me rechazó con tal violencia que caí y me lastimé la frente al dar contra el pié de una silla. Me levanté ensangrentado, me miró con desprecio, se echó á reir y salió. Mi imaginación se extravió, ¡qué trastorno en mis ideas! creí que se extinguía el sol y que se acababa el mundo. ¡Un padre que se ríe viendo correr la sangre de su hijo! ¡Qué terrible risa! ¡Desde entonces, se la oí algunas veces, y no he podido acostumbrarme jamás á ella!... Se me declaró una ardiente calentura y deliré. Mellevaron á la cama, y yo les gritaba á los que me cuidaban: ¡tengo frío! ¡tengo frío! calentadme... y mi helado cuerpo sentía un corazón que ardía, que se consumía, como atravesado de un hierro candente.

Esteban enjugó sus lágrimas con un bucle de sus cabellos, y luégo, apoyando los codos encima de la mesa, prosiguió con debilitada voz:

—No quisiera que os forjarais ilusiones. Me queréis y



me rogáis que os corresponda; esto es muy sencillo, la amistad se nutre con la correspondencia. Si no tuviese nada que daros, dejaríais bien pronto de amarme. Ahora, escuchadme. Ayer, por primera vez en mi vida, entré en cuentas conmigo, extraña ocurrencia que sólo vos habéis podido inspirarme; por la primera vez en mi vida me he examinado seriamente, he cogido mi corazón con ambas manos, le he observado como un médico observa á un enfermo, llegué hasta el fondo y le hallé como ajado, marchito, árido. Hace ya mucho tiempo que mi pobre corazón padece mucho, pero de un año acá ha sufrido una crisis terrible que le mató. Y ahora queda sólo un puñado de cenizas frías, buenas para echar al viento.

—¡Y qué! sois ortodoxo—le dijo Gilberto, con tono de autoridad—¿creéis en los santos, aunque sea á beneficio de inventario, y sin embargo no sabéis todavía que morir es sólo una palabra ó mejor dicho, una parada, un alto de la vida, un tiempo de barbecho, al cual suceden nuevas mieses? ¡Ignoráis, olvidáis que no hay cenizas por frías que estén, que si llega á soplar sobre ellas el viento del espíritu, no se las vea agitarse, levantarse y andar! Y si lo encomendáis á mi cuidado, os enseñaré que vuestra alma es capaz de rejuvenecerse, y renacer; con sólo desearlo y quererlo, sentiréis despertar poderes desconocidos, que sin salir de vuestra naturaleza, transformándoos de día en día, os descubrirán en el propio sér eternas bellezas!

Esteban le miró sonriendo:

—¡Por lo visto habéis saltado por los tejados para venir á convertirme, como el padre Alejo!

—Convertiros... no sé. No me encargo de obrar milagros; pero la metamórfosis...

—¡Ah! ¡sí la metamórfosis de las plantas!—exclamó Esteban en tono de cariñosa ironía;—tal vez traéis también el libro...

—¡Eso es; de libros se trata!... Un día compré en casa de un tratante en semillas, una miserable cebolla de triste

apariencia, una bulba amarillenta cubierta de escamas que producian el ruido de hojas secas. Al llegar á mi casa, cogí aquella cebolla entre mis manos, y le dije: «¡Tú serás un lirio!» y me contestó: «¡Qué locura! Todo en mi está marchito y seco. Mírame bien, y te convencerás de que estoy muerto.» «¡Déjame hacer! exclamé; imploraré el auxilio de los poderes de la creación. Diré al cielo: dale de beber. Diré á la tierra: nútrela con tu jugo. Diré al sol: caliéntala con tus rayos! Y con esto, la pobre planta que se cree muerta resucitará, surgirá del sepulcro, vivirá, crecerá, y la gloria de su florecimiento deslumbrará mis ojos...» Yo decía la verdad. Aquella triste raiz, depuesta en el seno de la tierra, se sintió trabajada por una especie de dolor de no ser, como por un deseo de existir; este deseo, este dolor, engendraron un alma, y esta alma nació y entró en el período divino de las metamorfosis. Á la vez inmutable y distinta, concentrándose en sí misma ó dilatándose con las pulsaciones de misteriosa fiebre, brotó á la luz, bajo la forma de largas y vacilantes hojas, luégo se irguió el tallo fino y delicado, y ese tallo abriéndose en el extremo y coronándose con una diadema de plata, ofreció á la vista una flor deslumbradora cuyos perfumes aspiran los aires con delicia... ¡Oídme! ¡hermoso y cándido lirio! ¡Creed en los jugos nutritivos de la tierra, en los refrigerantes rocíos del cielo, y sobre todo en los esplendores del sol, y mirad primero!... En este pecho, en este corazón que os ama, os traigo un rayo de ese sol omnipotente. ¡Ah! bebed á grandes sorbos la luz y el calor, y un día, también vos floreceréis, os lo juro, bajo las miradas de la bondad eterna.

Esteban se echó á llorar otra vez.

—No sé si me engaáis —murmuró—pero con tal acento, mirándome así... mirándome así, sobre todo...!

Luégo, conteniendo su llanto:

—Mucho habláis de mi alma; pero ¿y mi vida, mi destino, hallaréis también el secreto de metamorfosearlos?



—Le buscaremos entre los dos. Algo sé sobre este particular. Pero no hay que apresurarse. Antes de emprender esa tarea, es preciso que sanéis y recobréis las fuerzas.

—¡Qué ingrato soy!—exclamó Esteban.—¡Mi destino! desde hoy ha cambiado. Si, desde este momento, ya no estoy solo en el mundo. Vacío horrible donde me consumía, desesperación que con vuestras sombrías alas pasabais la noche revoloteando al rededor del joven abandonado, acabasteis para siempre, me veo libre de vosotros; el instrumento del suplicio está hecho pedazos. ¡De hoy más, creo, espero, respiro!... Pero no olvidéis, amigo mio, que para mí será vivir veros, oiros y hablaros. ¿Podréis venir aquí con frecuencia?

—Cuántas veces sea prudente;... dos ó tres á la semana. Elegiremos bien los días, consultaremos el cielo, los vientos y las estrellas. Los demás días, á las horas propicias, poniéndonos ambos á la ventana, nos comunicaremos por medio de signos convencionales, porque me parece que vos lo mismo que yo, tenéis la vista muy fina... Escuchad, yo sé el lenguaje de los sordo-mudos; os le enseñaré, y si alguna vez me decís por señas: «¡Estoy triste, estoy enfermo, á cualquier precio venid esta noche ..!» ¡pues bien! á pesar de lo que puedan decir el aire y las estrellas...

—¡Ah! ¡gran Dios!—dijo Esteban interrumpiéndole—¡exponer locamente vuestra vida!... ¡antes la muerte! Maldito sea yo si jamás por un capricho... ¡Ah! no... no; desistid... Pero, decidme por favor, ¿esa felicidad que me prometéis, cuánto tiempo durará? El día que recobréis vuestra libertad...

—Yo debo pasar aquí dos años, tal vez tres. De mí depende prolongar mi estancia en la casa. Suceda lo que quiera, antes de irme, vuestro destino habrá cambiado. Poco há os decía que confiárais en el sol; confiad también en lo imprevisto.

—¡Lo imprevisto!—exclamó Esteban—¡creo en él, desde que os ví entrar por la ventana!

De pronto, poniendo la mano sobre el corazón, cerró los ojos, perdió el color y soltó un gemido. Gilberto corrió hacia él, pero rechazándole con suavidad:

—Nada temáis—le dijo Esteban—¡la alegría!... la siento aquí, me abrasa... dejadme saborear un sufrimiento tan nuevo y tan dulce para mí.

Permaneció algunos minutos con los ojos cerrados; luego moviendo su encantadora cabeza, prosiguió en tono festivo:

—Sentaos allí, y enseñadme el lenguaje de los sordomudos.

—¡Imposible!—contestó Gilberto—es hora de irme...

Esteban se incomodó y dió con el pié en el suelo.

—Enseñadme á lo menos las dos primeras letras; si no sé la *a* y la *b* no podré cerrar los ojos en toda la noche.

Gilberto tuvo que acceder á este impetuoso capricho. Después de terminada la explicación:

—¡Otras dos letras!—dijo Esteban—y quedamos en paz; pero á cualquier precio deseo saber todavía otras dos letras.

Cogiéndole Gilberto por el brazo, le llevó á la ventana; retirando la cortina, le señaló las estrellas que palidecían y la blanquecina claridad que asomaba por el horizonte. Entonces, cambiando de tono, pero siempre arrebatado por su ardiente naturaleza, que daba á todas las impresiones de su alma el carácter de la pasión, Esteban experimentó una violenta agitación ante la idea de los peligros que iba á arrostrar su amigo.

—Quiero acompañaros—le dijo—quiero ver qué peligros corréis al venir aquí. Para bajar del tejado grande al pequeño habéis debido serviros de una escala, quiero verla, quiero cerciorarme de que es sólida.

—No temáis nada, todo lo he previsto.

—¡Cuando os digo que quiero verla! no creeré más que á mis ojos y á mis manos. ¿Dónde está esa escala? es absolutamente necesario que la vea.



—Y yo os prohibo que os encaraméis á esa ventana. Creedme bajo mi palabra, la escala de cuerda es nueva y sólida.

—¡ Ah! ¡ Dios mío! —exclamó Esteban como herido por una idea súbita.—Apostaría que la habéis atado á la repisa grande de hierro que asoma el pico, en el ángulo de la pared. Y hace poco que estabais suspendido en el vacío fiando vuestra vida á una mísera cuerda flotante! Pero ¡qué necio he sido!... Nada de eso se me ocurrió.

Y con gran admiración de Gilberto, añadió:

—No me amáis todavía lo bastante para tener derecho á semejantes aventuras!

—¡ Por favor, un poco de calma! —le dijo Gilberto.— ¡ Poco há parecíais tan tierno y dócil! Pero es menester ser precavido; Iván podría despertar y subir.

—Estas paredes apagan los sonidos y las baldosas son muy recias; entre este cuarto y la escalera, media la alcoba, un vestíbulo y dos grandes puertas cerradas; y entre el ramal de esa escalera y la jaula de mi carcelero, un largo corredor. Luego que es capaz de todo, menos venir á rondar por la noche al rededor de mi aposento; ¿pero qué importa? Venga si quiere á sorprendernos. Me resigno á todo antes que permitir que volváis á poner los piés en esa horrible escala! Si;... creedme bajo mi palabra, si infringís mi prohibición, ahora mismo me tiro por la ventana.

—¡ Qué despropósito! —replicó Gilberto con severidad; —á todo trance he de salir de aquí. Puesto que tan mal os parece que me sirva de la escala, en lugar de decir mil locuras, discurrid un medio...

Esteban se dió una palmada en la frente.

—Ya he descubierto uno—contestó:—en frente de esta ventana, al otro lado del tejado, hay otra; si conseguís abrirla, os facilitará sin duda la entrada á unos graneros abandonados. Hasta dónde podréis llegar por esos graneros, no puedo indicároslo con seguridad; Iván me dijo que

llevó allí algunos muebles viejos, y no pudo dar luégo con la entrada; pero indudablemente hallaréis alguna claraboya por donde salir al tejado grande á mitad del camino de vuestra torre y esto nos evitará muchas penas y peligros. ¡Oh! ¡si eso fuera como he dicho, cuán orgulloso estaría de mi descubrimiento!

—Así os quiero yo—le dijo Gilberto;—tranquilo y razonable en lugar de encabritaros como un caballo blando de boca.

—¿En recompensa, vais á permitirme que os acompañe?

—¡Dios me libre! Y si os ocurriese la mala idea de prescindir de mi consentimiento, os juro que no volveré aquí jamás.

Viendo que Esteban se rebelaba y desesperaba, Gilberto le cogió la cabeza entre las manos y atrayéndole á sí le besó paternalmente en los cabellos. Este beso le causó profunda impresión, y con ella espanto; Esteban se estremeció de piés á cabeza y dejó escapar un grito.

—¡Qué torpe soy!—le dijo Gilberto con inquietud;—¿os habré lastimado sin querer?

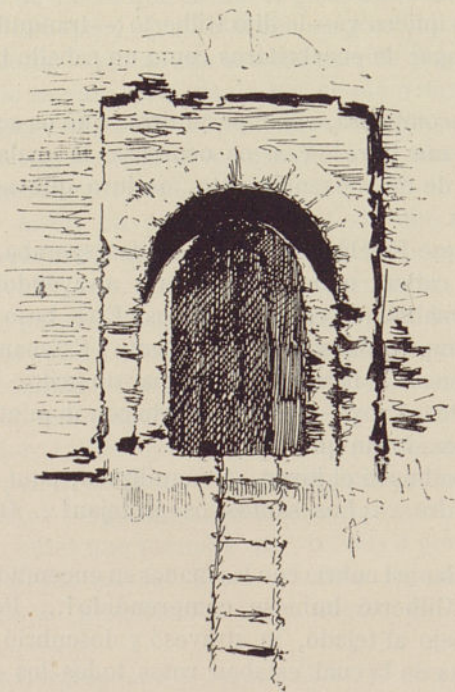
—No—baluceó el joven—tranquilizaos; aquí me besaba mi madre... ¡Los santos os protejan!... Os amo... ¡Adios!...

Y al hablar así cubría con las manos su encendido rostro.

¡Ah, si Gilberto hubiese comprendido!... Pero nada adivinó; bajó al tejado, le atravesó y descubrió á tientas una ventana de la cual estaban rotos todos los cristales, por lo que no le costó trabajo abrirla. Apenas entró en los graneros, encendió la bujía que por precaución llevaba en el bolsillo. La pieza en que acababa de entrar era un mal desván de tres ó cuatro piés de anchura. En frente de él, divisó cuatro ó cinco escalones, subió por ellos y abrió una puerta sin cerradura. De allí se pasaba á un vasto corredor, que al otro extremo no tenía ninguna salida visible; estaba poblado de arañas y ratas y atestado de muebles viejos y desvencijados. Gilberto comprendió que se halla-



ba en la buhardilla que recibía la luz por la claraboya grande. La aldabilla que cerraba el postigo estaba tan alta que no podía llegar á ella con la mano. En un rincón había una mesa vieja y coja, cubierta de triple capa de polvo. Acercóla Gilberto á la claraboya, é igualó los va-



cilantes apoyos, valiéndose de los restos de una antigua vasija. Una vez desprendida la aldabilla, subió al tejado y apoyándose en uno de los postes salientes del frontón, volvió á colocar en el alféizar la contraventana que sujetó lo mejor que pudo; después de lo cual se encaminó de nuevo en dirección del tejado pequeño, porque antes de volver á su cuarto, era necesario á toda costa quitar la escala, irrefutable testigo que hubiera denunciado su hazaña.

Mientras, tendido boca abajo, se ocupaba en esa delicada operación, Esteban no abandonó la ventana y temblaba como la hoja en el árbol, mordiendo el pañuelo. Cuando hubo retirado la escala, Gilberto le gritó:

—¡Qué graneros, amigo mío! desde hoy, este viaje será para mí como una romería.

Cuando se encontró en su balcón, empezaba á despuntar el alba, y una lechuza que volvía de cazar pasó por delante de él, y se metió en su nido. Gilberto saludó con la mano á aquel aventurero nocturno del cual se reconocía compañero, y de un salto se metió en su cuarto. Cinco minutos después dormía profundamente.

En el mismo instante, Esteban, contemplando las santas imágenes que con tal furia había golpeado, exclamó con apasionado acento:

—¡Oh san Jorge! ¡ San Sergio! ¿me ayudaréis á guardar mi secreto?









## XVI

**A**YER volví á visitar á Esteban por la claraboya y los graneros, en veinte minutos. Hacía un poco de viento; á Dios gracias no tuve que habérmelas con la repisa de hierro. Llegué á las diez y me retiré á las doce y media. Me sentía á la vez asustado y contento; me asustan el bullicioso ardor de su carácter y los esfuerzos que ha de costarme templar su fogosidad, pero voy contento y maravillado de su fácil y vivo talento, de la vivacidad de su imaginación y de la flexibilidad completamente esclava de su feliz natural. Seguramente, la triste y árida existencia durante dos años hubiera quebrantado los resortes de un alma menos templada que la suya; la elasticidad y el vigor de su temperamento le han salvado. He llegado á tiempo, por lo visto; me ha confesado que la idea del suicidio le preocupaba desde su malhadada escapatoria castigada con quince horas de encierro.

— Mi primer ensayo no tuvo buen éxito — me decía — pero estaba decidido á empezar de nuevo; había tentado el vado y hubiera pasado el río.

Me apresuré á cortar la conversación. Él tampoco esta-



ba de humor para insistir en tan lúgubre propósito. ¡Qué felicidad parecía causarle mi presencia! ¡qué sencilla alegría se pintaba en su semblante, y qué expresivas eran sus miradas!

Al principio nos hemos ocupado del lenguaje de los signos. Nada pasaba inadvertido á su ávida inteligencia; si de algo se quejaba, era de la lentitud de mis lecciones.

—He comprendido! He comprendido! exclamaba; pase-mos á otra, pasemos á otra, que no soy tonto.

Por mi honor que no tenía idea de semejante presteza de concepción.

—Los eslavos aprenden con facilidad, le he dicho, y con la misma olvidan.

Para probarme lo contrario me ha contestado por signos, con bastante perfección:

—¡Sois un impertinente!

Yo estaba confundido. Luégo de repente:

—Cuénteme algo de su vida ese hombre extraordinario, me ha dicho con una gravedad que me ha sorprendido.

—Yo no soy extraordinario, ni poco ni mucho, le he contestado.

—Y yo afirmo, ha respondido, que la humanidad se compone de tiranos, de lacayos, y de un solo y único Gilberto.

—No digáis eso, los Gilbertos abundan.

—No hay más que uno! solo uno! ha exclamado con tal fuego y energía que me han encantado.

Yo le he dejado hablar y no me pesa que por de pronto vea en mí un sér excepcional, porque bueno es que me tenga respeto. Para satisfacerle le he contado la historia de mi juventud. Esta vez me ha echado en cara mi brevedad y que no me haya entretenido en pormenores. Como no cesaba en sus preguntas:

—No agotemos hoy esta materia! le he dicho. Lo mejor está en el fondo del cesto.

— ¿Será que os veis obligado á ocultarme algo?

— No, pero os confieso que no gusto de hablar de mi mucho rato; me canso pronto.

— ¡Pues qué! me ha dicho en tono de reproche, ¿no estamos aquí para ocuparnos sin cesar de ti, de mí, de nosotros?

— Sin duda, esta será nuestra ocupación predilecta, mas hay que hablar de todo, para que sea más divertido.

— ¿De todo? ¿y de qué?

— De algo que no sea nosotros.

— ¿Y qué me importa el resto?

— Quien tiene el talento de olvidarse de sí mismo, acaba por hallar algo de sí mismo en las cosas que le parecen más extrañas á su sér: percibe que el hombre está emparentado con todo el universo, y que hasta los astros son de su familia; descubre secretas conformidades entre su alma y la naturaleza, entre las leyes de su pensamiento y las plantas, los elementos y todas las formas de la vida universal; se convence de que el mundo y él han sido hechos uno para otro y modelados por la misma mano, y aprendiendo á conocerse mejor á sí propio, mientras lo estudia, repite gozoso la frase de un sabio: «El espíritu del hombre es el espíritu de lo que es.»

— Discurso tan bello es por todo extremo superior á mi inteligencia; pero sé muy bien, que ese logogrifo se aviene mal con el admirable programa de la amistad que me expusisteis el otro día. «Un verdadero amigo, decíais, se ocupa sin cesar de su amigo; vive con él, en él y por él.»

— Lejos de retraerme de mi programa, lo completo... ¡Amarse en Dios! Es una máxima que el padre Alejo ha debido repetiros más de una vez. Yo la traduzco de esta manera: Pensar juntos, gozar juntos del universo, adorar juntos el mismo ideal.

— Según eso, jamás seré el amigo en quien soñáis, por-



que no pienso, gozo muy poco del universo, y en cuanto al ideal ni sé cuál es ni me importa mucho.

— ¡Bah! nadie puede decir: de esta agua no beberé. Cuando el lirio haya echado flor... Entre tanto, ¿no estimáis como uno de los mayores placeres que puedan gozar dos amigos, el viajar juntos? ¿Y qué son los viajes á pié ó á caballo comparados con los que pueden hacer arrebatados por sus alas, dos almas estrechamente unidas que vuelan de consuno por el reino de las ideas!

Permaneció algunos momentos silencioso, y luégo me dijo:

— El dueño de este castillo está en lo cierto cuando os califica de ideólogo... ¡Las ideas! ¡Las ideas! nunca me he tratado con ellas, y os advierto también que tengo la cabeza tan vacía como una cáscara de nuez roida por los ratones.

— Pero en fin; á veces trabajáis, leéis, estudiáis...

— En la Martinica, el padre Alejo se ocupaba cada día tres horas en darme lección. Me enseñaba historia y geografía, y con otras sandeces del mismo género, los inconcebibles méritos y perfecciones sobrehumanas de su eterno Panselinos. Las disertaciones de ese maestro espiritual me divertían muy poco, como podéis figuraros, y me enfurecía al ver que su enfadosa verbosidad se me incrustaba á pesar mío en la memoria, que es la más tenaz del mundo.

— ¿Y continúa sus lecciones?

— Desde nuestro regreso á Europa, mi padre le encargó que no me enseñara más que el catecismo. Era, según decía, el único estudio de que es capaz mi torpe entendimiento.

— Según eso, de tres años á esta parte habéis pasado vuestros días en la más completa inacción.

— No por cierto; he estado siempre ocupado, desde la mañana á la noche.

— ¿En qué?

— En sentarme, levantarme, volverme á sentar, pasearme á lo largo y al través de mi aposento, embobarme con las cornejas, contar las junturas de esas baldosas, las tejas del tejadillo, contemplando la repisa de hierro y la gárgola que la sostiene, mirando correr las nubes por los aéreos espacios, y luégo acostarme ahí, en ese hueco de pared, permanecer impasible en él con los ojos cerrados, cavilando con el enigma de mi destino, preguntándome qué puedo haberle hecho á Dios para que me castigue tan cruelmente, recordando mis pasadas penas, saboreando de antemano mis sufrimientos venideros, llorando y soñando, soñando y llorando, hasta que rendido de fatiga, de cansancio, de extenuación, acabo por dormirme, ó bien, exasperado por el mal humor, bajo corriendo al cuarto de Iván, y allí exhalo á mi sabor todo mi desprecio, mi furor, y mi desesperación.

Estas palabras, pronunciadas en un tono que dejaba traslucir toda la amargura de su alma, me causaron gran pesar. Estremeciame al pensar en aquella juventud desamparada cuyas penas se agitaban incesantemente con la soledad y el ocio, en aquella alma abandonada sin defensa á sus sombríos pensamientos, en aquel pobre corazón acurrucado y encarnizado consigo mismo como sobre una presa, devorándose, y abriendo de nuevo sus heridas y envenándolas como si sintiera en ello un placer, sin que jamás el estudio y el trabajo acudieran á arrancarle por un momento á su monótono suplicio. ¡ Oh ! conde Kostia, qué refinado es vuestro odio !

— Lo que me extraña, le dije, es que, viviendo de esa suerte no os hayáis vuelto loco !

— De hoy en adelante, continuó sin contestarme, tendré ocupaciones más agradables. Pensaré en vos, creeré veros, repasaré en mi memoria todas vuestras palabras y ademanes ; observaré atentamente el estado de la atmósfera y diré á las nubes : ¡ Idos á verter más lejos esa lluvia que hace resbaladizos los tejados ! Y á los vientos : ¡ Enfu-



receos hasta la noche, pero tan luégo como se ponga el sol, suspended vuestro soplo, para que mi amigo pueda venir! Y á las estrellas: ¡Brillad esta noche con todo vuestro esplendor, para alumbrar su camino! Y miraré con frecuencia mi reloj, y exclamaré: ¡Dentro de diez horas, de cinco, de dos, estará aquí! Y para engañar el fastidio de mis largas horas de espera me asomaré á la ventana, y tanto si os veo como no, haré que mis dedos os digan todas las locuras que me inspire mi imaginación.

**Le he cogido las manos y le he dicho:**

—Apreciado joven, escuchadme y fiad en mi experiencia. No le basta al hombre sentir; es una ilusión fatal vanagloriarse de llenar con el corazón el vacío del tiempo. Si puede procuraros algunos goces la tierna y fiel amistad que os he consagrado, jamás ésta logrará colmar toda vuestra existencia. No os exaltéis, sé lo que digo. Hoy, tiene para vos esta amistad el encanto de la novedad y como un aire de aventura que arrebatá é inflama vuestra imaginación. ¡Pobre incrédulo, tocado súbitamente por la gracia; desconfiad de las añagazas y de los artificios del entusiasmo! Los descreídos conversos se vuelven supersticiosos con mucha facilidad. ¡Ah! no vayáis á alimentaros de aire y de quimeras, ni á soñar felicidades imposibles. Cayendo de vuestras nubes sobre la realidad, me acusaríais de vuestras decepciones... «¿Así me cumples tus promesas?—me diríais.—¡Ah falso profeta! ¿dónde está la felicidad que me ofreciste? ¡Ay! Ardo en una sed que no puedes apagar, y preveo que, con todas tus tretas no podrás curar las arideces de mi vida, ni de mi alma...» ¡Ah! ¿decidme por favor, si alguna vez usarais conmigo ese lenguaje, vuestras quejas, vuestras recriminaciones, vuestras exigencias, mi imposibilidad de satisfacer tales aspiraciones, no serian bastantes para amargar nuestra amistad, trocándola en pesada y enojosa carga, y en manantial de tormentos y disgustos? ¡Conjúrote, niño, que no imites al salvaje que prosternado ante su sacerdote, dila-

ta su alma en idolatrias y esperanzas insensatas, y al día siguiente le cruza á latigazos y le ultraja echándole en cara sus imposturas y sus mentiras! ¡Pobre loco! ¡tu ciego furor se equivoca en el objeto, porque el impostor eres tú mismo, tú que formas á tu antojo ese dios, cuyo solo crimen es no ser!

Al oír estas palabras, dirigió una furtiva mirada á las imágenes de los Santos, luégo bajó la cabeza suspirando. Yo continué:

—Tarde ó temprano llegará el momento en que deberéis reunir todas vuestras fuerzas para vencer ó desarmar á vuestro destino. Entonces, en pié á vuestro lado, combatiré por vuestra causa; pero, sin vuestro concurso, nada podré; de vuestra sabiduría y de vuestro valor dependerá la victoria. ¡Preparaos pues desde hoy á un gran combate, á fin de que cuando haya sonado la hora podáis hallaros sano de cuerpo y alma! Esteban, Esteban, no lo olvidéis: la fuerza es la salud, ésta la tranquilidad, y la tranquilidad el dón precioso que dota á un corazón firme de una razón madurada por la reflexión y el estudio. Ejercitad y alimentad, pues, vuestro espíritu, y llegará día en que os sintáis fortalecido y reanimado súbitamente por fecundo soplo. Si rehusáis á vuestra inteligencia el alimento que reclama para no debilitarse y extinguirse, si, despreciando mis consejos, os obstináis en no vivir más que por el corazón, si á fuerza de aborrecer y de anar os olvidáis de pensar y reflexionar, entonces, temo que os veréis condenado para siempre á estériles agitaciones, á esas fiebres que consumen el alma y á la incurable impotencia de la voluntad.

Su rostro adquirió una expresión de tristeza, y parecióme que brillaba una lágrima en sus pestañas.

—¡Ah!—dijo—¡cuánto mejor hablabais el otro día. «En este pecho, en este corazón que aquí veis—me deciais—os traigo un rayo de sol; bebed en él la luz y el calor, y os juro, hermoso lirio mío, que acabaréis por florecer bajo



las miradas de la eternidad!» Ya veis que tenía razón al ponderaros mi memoria; es fiel y tenaz, cosa que no deja de ser embarazoso para los que hablan bien y se desmienten sin pudor de un día á otro.

—¡ Oh! dispensadme—le he contestado—de nada me desdigo; pero, puesto que vuestra memoria es tan exacta, ¿no recordáis que no os hablé sólo de la luz del sol, si no también de los jugos nutritivos de la tierra? Indudablemente, el calor es el que anima y hace brotar los gérmenes; pero las plantas no se nutren de sol; los rayos celestes son excitantes que despiertan en ellas secreto apetito de vida.

Mucho me equivoco, ó la verdad de mis palabras le causó una impresión que procuró ocultar cuidadosamente. Empezó á recorrer la estancia con aire decidido y provocador; luégo, deteniéndose ante mí y cruzando los brazos:

—¡ Ahora descubro—me dijo—que el rondador nocturno y el *otro* son inseparables!

—¿Y todavía no os habéis reconciliado con el *otro*?

—Ya no le injurio, y esto debe bastarle. Todo mi afecto es para el héroe; el pedante sólo tiene derecho á mi tolerancia.

—¡ Pues bien! ya que toleráis al pedante, tolerad también sus impertinentes preguntas y os ruego que contestéis á ésta: ¿No tenéis algunos libros en este aposento?

—¡ En eso le reconozco!...—exclamó.—¡ Libros! libros! sí por cierto, tenemos el gusto de poseerlos. Mirad, ved ahí un armario lleno; pero os prevengo, que no he leído ninguno.

Abri el armario que me señaló con el dedo. ¡ Dios mío! ¡ qué extraña biblioteca! Supongo que el conde ha amontonado en ella todos sus libros de desecho con otros no tan despreciables, que no ha tenido ocasión de consultar. De en medio del horrible desorden en que yacía aquel empolvado revoltillo, saqué una *Historia universal* en holandés formando cuatro tomos en fóleo, las *Obras completas*

de Paracelso, una *Gramática* zenda, un tomo truncado de la *Biblioteca histórica de Francia* del padre Lelong, la *Bibliotheca mediæ et infimæ latinitatis* de Fabricius, las *Obras* de Muret... y qué sé yo qué más? También ví algunas obras de historia en francés y un manual de botánica. Daba yo principio á mi escrutinio, cuando Esteban, con el rostro encendido, se acercó á mí y mirándome con chispeantes ojos:

—¡Médico de mi alma—me dijo—prescribeme todos los medicamentos que te plazca, pero no me hables de leer, porque me dejaré matar antes que obedecerte!

—¿Luego odiáis mucho los libros?—le dije contristado.

—En mi infancia era un lector infatigable—contestó.—En la Martinica todavía devoré, más bien que leí, muchos viajes pintorescos, algunos clásicos franceses y todas las tragedias conocidas, y de todo eso algo guardo todavía por desgracia en la cabeza; pero de tres años acá, ó sea desde el día en que empecé á reflexionar, siento horror por los libros.

Y acalorándose cada vez más:

—¡Oh! ¡sí, creedme! los odio y los odiaré siempre con toda la fuerza de mi alma.

—¿Y por qué?

—¡Ah! ¿quieres saber por qué?...

Y soltando la rienda á su fogosidad:

—Los odio—exclamó con voz ahogada por la emoción—los odio porque son la delicia de mi padre que me odia, y porque me han suplantado para siempre en su corazón! ¿Me haréis ahora el favor de comprenderme? Mi padre no es de mármol ni de bronce; es de carne y hueso como nosotros. Tal vez hay momentos en que sintiéndose fatigado y triste, busca en derredor suyo á alguien á quien amar, acariciar y estrechar entre sus brazos, tal vez se acuerda entonces de que tiene un hijo, y de que un hijo es una de esas cosas que un padre se complace en amar, acariciar y estrechar contra su seno... porque, en fin, eso se ha visto,



¿no es verdad? Eso no es contrario á la naturaleza, ó si es un milagro, ¿no se ha operado algunas veces?... Pero tan luego como le ocurre algo y siente que su corazón se ablanda y se derrite en su pecho, ve sus libros, sus queridos y adorados libros, abre uno, se abisma en su lectura... Y entonces, ¡adiós fatiga! ¡adiós tristeza! ¡adiós el recuerdo de su hijo! Vedle ya contento, nada falta á su felicidad; y sus manos, hojeando orgullosamente los escritos, olvidan que, poco há, buscaban, á tientas, una cabeza rubia cuyos blandos rizos ansiaba ensortijar en sus dedos... ¡Y aún hay más! Hay momentos también, y pongo al cielo por testigo, en que se siente dominado por una secreta turbación pensando que no lejos de él, en su misma casa, hay un sér á quien su frialdad, su aspereza, su desprecio, su helada sonrisa, su crueldad y sus injusticias, sublevan y desesperan, un sér que sufre, que se desconsuela, que se desgarrá el corazón... Y entonces oye, como un suspiro ó como el eco de un sollozo que llega hasta él á través del espesor de las paredes, y á pesar suyo se estremece, y siente en el fondo de su alma no sé qué parecido á un remordimiento... Pero de pronto se presenta á sus ojos su libro... ¡Adiós turbación, adiós arrepentimiento! Llore su víctima tanto como quiera, el llanto no llegará á sus oídos. Está muy lejos, viaja, se halla en Roma, en Bizancio, está al otro lado del Océano, en las nubes! ¿Acaso los quejidos de un niño pueden llegar á tal altura?... ¡Y me preguntáis por qué no me gustan los libros! ¡Ah! ¡los aborrezco con toda mi alma! ¡los odio como la muerte! ¡Los odio porque él los ama con furor, porque son su enfermedad, porque endurecen y secan su corazón, porque le causan supremo deleite y en él anega sin vergüenza y sin pesar la felicidad de su hijo y sus entrañas de padre!

Al pronunciar estas palabras cogió, fuera de sí, algunos de los libros que yo había escogido y arrojándolos al suelo, se puso á patearlos con furor. Procuré calmarle; acabó

por entrar en razón y recogiendo los libros arrugados y estropeados los echó dentro del armario, cuya puerta cerró guardando después la llave en el bolsillo.

—Siendo así—continué, sentándome de nuevo—no volveré á hablaros más de lectura; pero, decidme: ¿no tenéis absolutamente ninguna predilección, ningún gusto, ningún pasatiempo predilecto?...

—Antes amaba con delirio el dibujo. Hace tiempo que el padre Alejo me dió algunas lecciones. Yo dibujaba de capricho ó copiaba del natural. También empezó á enseñarme á pintar y llegué á hacer algunas acuarelas. Todavía tengo ahí mis lápices, mis pinceles, mi paleta y mis colores; pero no los toco. De mucho tiempo acá no sentía gusto por nada...

Dicho esto, sacó del fondo de un arcón una gran cartera llena de dibujos y la abrió en mi presencia. No pude contener un grito de alegría y de sorpresa. Aquellos dibujos en su mayor parte eran bosquejos; pero reconocí en ellos, á la primera ojeada, facilidad de ejecución, flexibilidad, un gusto delicado, el sentimiento de la composición y de las proporciones, instintos de artista, los gérmenes del verdadero genio...

—¡Estamos salvados!—dije entre mí.

Entretúveme contemplando una cara de mujer en tres colores.

—Es el retrato de mi madre—me dijo;—y se humedecieron sus ojos... Le he dibujado millares de veces copiándola de un medallón que llevo debajo de la blusa y que es una obra maestra...

Sacó de su seno el medallón de oro y lo puso ante mi vista. No pude menos de reconocer la semejanza de la madre y del hijo: semejanza en algunos rasgos, se entiende, porque las fisonomías difieren bastante. El rostro melancólicamente placentero de la condesa Olga parece decir: «Encargáos de querer por mí, no respondo de nada...» Sí, en aquel semblante, hay algo *irresponsable*. Vi también



en la cartera algunas acuarelas ejecutadas con mano segura y ligera á la vez, y luégo no sé qué composición fantástica, de diablos entrelazados, cabezas de muerto... Pasé adelante, y tropecé con un papel largo, lleno de caricaturas dibujadas á pluma. Reconocí al padre Alejo y á Iván en toda clase de posturas y actitudes representando entre sí escenas grotescas. Experimenté una impresión grata al ver que su padre no aparecía entre aquellas figuras. Al respaldo de la hoja, leí esta inscripción escrita en letras mayúsculas: «El más tonto de los ratones de Holanda en su queso...» El queso era un pesado libro en folio, y el ratón... ¡Ah! ¡Dios mío! el ratón tenía una cabeza humana, y la cara se parecía tanto á la de un amigo mío muy íntimo...

—Sí, soy yo mismo—le dije riendo.

Esteban miró por encima de mi hombro y se ruborizó.

—¿Qué estáis mirando?—exclamó.

Y arrancándome la hoja de la mano, la acercó á la lámpara y la arrojó al aire encendida á riesgo de prender fuego á las cortinas. Después, dando palmaditas:

—¡Me ocurre una idea! Puesto que queréis que trabaje, voy á ocuparme en hacer vuestro retrato. Os representaré tal como os ven mis ojos, desde que operasteis mi catarata, ó mejor dicho, mi lápiz se ocupará en reproducir al héroe, al rondador nocturno, al hombre del sobretodo. En cuanto al pedante, que se encargue de él quien quiera!

—Ya hablaremos de eso más adelante—le contesté—no hay por qué apresurarse.

Y después de haberme tomado tiempo para reflexionar:

—También tengo yo mi idea. ¿Os agradan las flores y la pintura? Pintad un herbario.

—Y eso ¿qué es?

—Aquí tenéis una hoja de papel. Pintad en él, á la aguada, una colección de todas las flores de este país, al menos de todas las que descubráis en vuestros paseos. Si no sa-

béis sus nombres, yo os los enseñaré, ó los buscaremos juntos.

—Con tal de que los libros no sean de la partida.

—Prescindiremos de ellos, en cuanto quepa. Reuniré todo mi saber para contaros la historia de esas lindas flores pintadas; os hablaré de sus familias, os enseñaré á clasificarlas; en una palabra, os haré participe de lo poco, muy poco, que sé de botánica...

Hízome algunas objeciones absurdas, entre otras la de que encontraba en las flores de todos los campos y bosques de este país, un aire rastrero y servil; y luégo esto y lo otro y lo de más allá, expresándose con viveza y jovialidad.

—Caballito desbocado—dije entre mi—te enseñaré la botánica y á no romper el freno!

No obstante, no he podido recabar de él una promesa positiva.

14 de Julio.

¡Victoria! Á fuerza de machacar, he conseguido meter en esa cabeza rebelde la idea del herbario pintado. Pero me ha impuesto condiciones. Consiente en pintar sólo las flores que haya cogido por mi mano y que le lleve á su aposento. Después de algunas disputas, he tenido que ceder.

—¡Ah!—le he dicho;—procurad vos coger también algunas, porque de lo contrario, Iván...

Domingo, 15 de Julio.

Hoy, después de comer, he dado un gran paseo por el bosque. He conseguido reunir algunas labiadas, ortigas muertas, la consuelda menor, la germandrea silvestre. Mientras hacía mi recolección, oí el trote de un caballo... Era él, con un haz de yerbas y flores en la mano. Iván,



que según costumbre, le seguía á diez pasos de distancia, me miró de lejos con aire inquieto: sin duda temía que me uniese á ellos, pero al llegar á diez pasos de distancia Esteban, volviendo la cabeza, lanzó su caballo al galope. Iván, al pasar, me dirigió una sonrisa de piedad triunfante. Sencilote Iván, ¿no has oído que nuestras almas se hablaban?

16 de Julio.

Ayer le llevé mis labiadas. Después de unas cuantas frases cortadas he procurado detallarle del mejor modo posible los caracteres de esta interesante familia. Me escuchaba por complacencia. Con el tiempo, me escuchará por curiosidad... tanto más cuanto que, sea dicho *inter nos*, no soy un maestro pesado, pero no me atrevo todavía á interrogarle socráticamente. Al concluir la lección, ha querido comenzar su herbario en mi presencia. Los honores de la primacía los ha obtenido la germandrea; sus blancas boquillas finamente picadas y el porte delicado del tallo le agradaban, en tanto que hallaba las otras flores *extremadamente* vulgares, y pronunciada por él, la palabra *extremadamente* es de las más expresivas. Mientras que él bosquejaba al lápiz, le he contado tres historias, un cuento de hadas, una anécdota de Plutarco y algunos rasgos de la vida de san Francisco de Asís. El cuento de hadas lo ha escuchado sin pestañear ni despegar los labios, pero las dos relaciones siguientes le han hecho levantar la cabeza más de una vez...

—¿Es cierto lo que me decís?—exclamó.—¿Apostaríais la cabeza?

Y cuando llegué al pasaje de san Francisco abrazando al leproso:

—¡Oh! ¡En eso hay exageración!

Luégo, dirigiéndose á san Jorge:

—En conciencia, decidme: ¿habríais hecho otro tanto?

Ha concluido por ponerse alegre y bromear. Me ha suplicado que le cantara una cancioncita y yo he tarareado el *Cadet Roussel*, que le era desconocida; los *Tres cabellos* le han hecho reir hasta derramar lágrimas, pero ha pagado caro este exceso de jovialidad. Cuando me disponia á partir, se ha visto acometido por un acceso de llanto y me ha costado gran trabajo consolarle. Por lo tanto, me he arrepentido de haberle conmovido demasiado. Debo cuidar de sus nervios, no ponerle nunca en un estado de ánimo que contraste con las realidades de su vida. Á toda costa, hay que evitar ciertos desengaños.

17 de Julio.

Anteayer, mientras dibujaba, le he contemplado á mi sabor. ¡Qué finura de rasgos! ¡qué pureza en las líneas! Si yo fuese pintor ¡qué buen partido sacaría de ese rostro! No encuentro en él nada que reprochar, como no sea la boca que me parece demasiado pequeña. Cuando está de mal humor le da un aire duro y afectado, pero en cambio cuando se le quita el ceño, las sonrisas se aglomeran, se precipitan, como si les faltara tiempo para salir; las comisuras de sus labios se levantan y retuercen ligeramente con una gracia picaresca y singular. En cuanto á los ojos, son propiamente los de su país: color gris de hierro y sin mucho brillo, por sí mismos; pero en cuanto los anima la pasión, echan chispas, centellean. Lo que me choca, es que á pesar de su destino, su semblante no ha perdido nada de su juventud. Sus mejillas y el contorno de su barba son de un niño. Pero en su palidez se trasluce el sufrimiento, en la red de azuladas venas que se dibuja en sus sienes, en sus manos algún tanto secas, y cuya delgadez no corresponde á su edad. Y luégo, habitualmente, cubre su rostro una especie de velo, parecido á esos vapores semitransparentes del otoño que envuelven entre sus flotantes gasas el contorno de las colinas. Cuando, por un



movimiento súbito del alma, se descorre el velo, queda uno atónito, deslumbrado. Pero lo más gracioso y extraño es que sus cabellos son de un castaño claro, sus cejas casi pardas y sus largas pestañas rizadas negras como el azabache. Todo esto da á esa fisonomía tan regular un aspecto rarísimo á que no me acostumbro jamás: siempre es nueva á mis ojos.

19 de Julio.

Admiro su postura en la mesa. Sentado en frente de mí, parece que no me ve, en tanto que yo, el grave Gilberto, no sé á veces qué hacer de mis ojos; pero el otro día atravesó el comedor con paso tan precipitado y ligero, que el conde le miró de reojo. Es necesario advertirle que se reprima un poco más. También me causa inquietud que durante nuestras entrevistas nocturnas, levanta con frecuencia la voz, remueve los muebles, y recorre atolondrado el aposento, pero me asegura que no hay nada que temer. Las paredes son gruesas, y la habitación que hay al pié de la escalera está separada del corredor por una pared de mampostería que ahoga los sonidos. Y además, la alcoba, el vestíbulo, y las dos macizas puertas de encina! Estas dos puertas no se cierran nunca con llave. «Iván, me ha dicho, está muy lejos de abrigar la menor sospecha; la única cosa que pudiera despertar su desconfianza sería el exceso de precauciones. Y por otra parte, ha añadido, gracias á Dios, ya empieza á envejecer, su espíritu se embota, y es más crédulo que antes. Así, le he persuadido, sin dificultad, de que en mi vida os perdonaré la muerte de mi perro. Además, se va poniendo sordo y duerme como un leño. Á veces, para molestarle en su sueño, complaciame en hacer ladrar á Voraz; pero mi estratagema era infructuosa. El único ruido que nunca deja de oír, es el campañillazo de mi padre. Concedo también que si álguien llamase á su maldita puerta de encina... ¡ah! ¡qué sobresal-

tado despertaría! Y es que esa puerta es su propiedad, su cosa, su idea fija; tiene un modo de mirarla que significa: «¿Veis esa puerta? ¡es mía!» Á sus ojos, lo más bello del mundo, es una puerta cerrada. Así, á esa horrible puerta, á esa infame puerta, la quiere, le sonríe, cuenta sus clavos y se los come á besos.»

—¿Decís que después de las nueve dadas, Iván no sube nunca?—pregunté á Esteban.

—Jamás. ¡Ya quisiera yo que se atreviese!—exclamó irguiendo la cabeza, con aire indignado.

—Ya veis que es un carcelero capaz de guardar miramientos. Concibo que no le améis mucho; pero al fin y al cabo, guardándoos bajo llave, no hace más que ejecutar las órdenes que ha recibido.

—Y por mi parte os digo que se complace en hacerme sufrir. Ese malvado no ha hecho en su vida más que una buena acción; salvaros del furor de Voraz. En gracia á su buena acción no le he dicho más lo que pienso de él, aun cuando no haya modificado mi parecer y encuentro muy extraño que me suplicarais que le amase.

—Entendámonos; no os suplico que le queráis, pero sí que creáis que en el fondo os quiere...

Al oír estas palabras se enfureció de tal manera que me apresuré á cambiar de conversación.

—¿No echáis de menos á Voraz alguna vez?

—Le había encargado que me guardase de los hechiceros; pero desde que soy amigo de uno de ellos ya no me causan miedo...

Á lo que añadió, con más gravedad:

—Soy supersticioso, creo en los espíritus, pero les desafío á que, en lo sucesivo, se acerquen á mi cama. Me basta evocar la imagen del hombre del sobretodo...

Se ruborizó y no terminó la frase. ¡Pobre joven! el doloroso misterio de su destino, lejos de abatir su imaginación, le exalta y embriaga, y no me admiro de que acomode la amistad al giro romanesco de sus pensamientos...



—Os equivocáis—le he dicho—no es mi imagen, es la botánica la que os guarda de los espíritus. No hay remedio mejor contra los vanos terrores, que el estudio de la naturaleza.

—¡Siempre pedante!—exclamó, tirándome su gorra á la cara.

22 de Julio.

Á veces se desborda en torrentes de palabras; lo cual no me sorprende. ¡Hacia tantos años que callaba! ¿Cómo ha podido soportar un silencio tan prolongado? Su flexibilidad le ha salvado. Por apasionado que sea, su alma es como una de esas telas que dan mucho de sí.

23 de Julio.

Vladimiro Paulitch compareció ayer al terminar la comida. La presencia de ese hombre me produce un invencible malestar. Es frío como el hielo,... y además su tono dogmático, su cortés y despreciativa sonrisa... Siempre sabe, de antemano, lo que vais á decirle, os escucha por consideración... Ese Vladimiro tiene la intolerancia irónica de los materialistas. Por lo demás podrá ser, tal vez, hombre muy honrado, pero ¿por qué razón se hizo delator de la pobre Olga? No le creo capaz del fanatismo de la amistad. En cuanto á su habilidad como médico, no admite la menor duda. El conde se ha restablecido por completo; está mejor de lo que nunca le he visto. ¡Qué vigor! qué lucidez de imaginación! Lo que me confunde, es que en nuestras conferencias, llego, al cabo de una hora, á no ver en él más que al historiador, al hombre superior, al erudito; olvido enteramente al hombre de los borceguíes, al sonámbulo, al perseguidor de mi Esteban, y me entrego sin reserva al encanto de su conversación... ¡Oh literatos! literatos!

26 de julio.

Ayer Esteban me decía:

—Lo que por intervalos me induce á confiar en más venturoso porvenir, es que descubro una especie de encadenamiento en cuanto me sucede de tres meses á esta parte. Un día cometí la locura y tuve la dicha de burlar la vigilancia de Iván; bajé á la cuadra, ensillé mi caballo y me fui á correr solo por los campos. Apenas me ví en libertad, concebí el proyecto de alejarme, para no volver; pero no basta proyectar, es necesario querer. Yo quería y no quería, fluctuaba entre el deseo y el temor, y tan pronto espoleaba á mi caballo como le refrenaba bruscamente. Al fin hube de reconocer que por mucho que fuera mi deseo de fugarme, me faltaba el valor; y presa el alma de punzante disgusto, emprendí, con la cabeza baja, el camino que debía conducirme de nuevo á mi prisión. Andando, andando, encontré á un palurdo que me miró con aire burlón, y dejándome llevar de mi mal humor le crucé la cara con el látigo. Á corta distancia, queriendo dar de beber á mi caballo, divisé á un quídam sentado junto la fuente donde deseaba detenerme, y ya sabéis cómo descargué mi bilis y mi despecho contra aquel importuno. Sin duda alguna, fui injusto, brutal, pérfido; pero no me pesa, porque en fin, si la primera vez que os ví no hubiese hecho saltar vuestro sombrero á una zanja, no os hubiérais irritado contra mí, no os hubiérais ocupado de mi persona, no hubiérais adivinado mi situación, no os hubiérais compadecido, y no habríais salvado de manos de los filisteos mi hermosa clavellina; si, por necia equivocación, no hubiese sospechado que queríais apropiaros la mencionada clavellina, ese bendito Fritz tampoco os hubiera insultado por mi orden, y por consecuencia no se me habría obligado á pedir os perdón; sin esta humillación, no me hubiera decidido tan pronto á matarme; si yo no



hubiese intentado morir á vuestros ojos, no hubiérais formado el proyecto de salvarme de la desesperación, no hubiérais venido á encontrarme al terraplén, no hubiérais arrancado el guante de la boca de Voraz, y á su vez éste tampoco habría sido sacrificado. Luégo, si Voraz viviese todavía, no hubiérais podido venir aquí, ni estaríamos ocupados en este momento en mirarnos, en hablarnos, discurrendo sobre las plantas, sobre los héroes, sobre los santos, sobre ti, sobre mí, y para terminar de una vez mi razonamiento, aún ignoraría lo que es la felicidad.

—Eso—le dije—es raciocinar á la manera del padre Alejo.

Mi calificación le ha ofendido bastante y me ha dado tres cachetes.

27 de julio.

Me decía:

—No poseo todavía la felicidad; pero me parece por momentos que la veo, que la toco...

28 de julio.

Hoy ha vuelto á presentarse, á los postres, el doctor Vladimiro. Me ha dirigido algunas pullas. Sospecho que no soy de su agrado. ¿Llegaría á tanto su afecto por el conde que le inspiraran celos la estimación y amistad con que me distingue? Hemos hablado de filosofía. Se ha esforzado en probar que todo es materia. Le he herido en lo vivo, al hacerle presente que todos sus argumentos son repetición de los de Holbach. He procurado demostrarle que la materia en sí misma es espiritualista, y que hasta las piedras creen en el espíritu. En lugar de contestarme, no ha hecho más que disparatar. Por lo demás, hablaba bien, es decir, expresaba con finura ideas groseras. Lo que le falta sobre todo, es la jovialidad. Predomina en

su espíritu la melancolía; sus ideas son de color de plomo. El conde, por buen gusto, ha encontrado que se obstinaba demasiado, sin contar con que Kostia Petrovitch detesta lo absoluto, así en la negativa como en la afirmativa. Me ha dado gracias con una sonrisa, cuando le he dicho al doctor para terminar el debate :

—¡Caballero, no cabe emplear más ingenio y alma para negar su existencia!

Y el conde ha añadido, aludiendo á la delgadez del personaje :

—Querido Vladimiro, ¿si negáis el alma, qué nos quedará de vos...?

30 de julio.

Ayer, con gran pesar mío, le encontré anegado en llanto.

—Esta noche, amigo mío—me ha dicho—dejaremos á un lado la botánica, porque me es imposible hablaros de otra cosa que de mí.

La noche precedente había tenido un sueño que le agitó profundamente. Atravesaba el corredor; de pronto, sintió posarse una mano encima de su hombro y tirar suavemente de uno de sus rizos; se vuelve y reconoce á su padre que le mira sonriendo... Ha despertado dando un grito. ¡Ay! ¡No era más que un sueño!

—¡Ah! ¡si le hubiérais visto sonreir!—añadió;—parecía que el corredor se iluminaba...

¡Adiós botánica! Hemos estado hablando de su visión y de todas las reflexiones que su recuerdo le sugería. Lo mejor de tan larga y triste plática ha sido convencerme de que no devuelve á su padre odio por odio. Detesta cordialmente á Iván, desprecia al padre Alejo, cuyos nobles y gloriosos padecimientos ignora y á quien considera, sin rebozo, como á un impertérito gorrón. Y como Iván y el padre Alejo representan, á sus ojos, las dos terceras par-



tes de la humanidad, siente poquísima ternura por el *humanum pecus*. En cuanto á su tirano ni le odia, ni le desprecia, sólo siente en su presencia ese espanto mezclado de sorpresa y horror que inspiran los grandes desórdenes de la naturaleza... Por tanto, si mañana ese padre le abriera los brazos, se precipitará en ellos gritando:

« Padre desnaturalizado, habéis estado loco durante ocho años. ¡Gran Dios! ¡no dejéis que se oscurezca más vuestra razón!»

—Nada me importa que ese amo inexorable me castigue con tal de que me revele su secreto. No hay maltrato de ninguna especie que yo no prefiera á su silencio. Cuando estábamos en la Martinica, tenía algunas veces accesos violentos que me ponían los pelos de punta: hubiera querido hundirme en el seno de la tierra, temía que me destrozase; pero á lo menos se ocupaba de mí, me miraba, yo existía para él, y á pesar de los sustos que sufría, me sentía menos desdichado que hoy. Y no creáis que sea mi cautiverio lo que más me aflige. No hay duda que á mi edad es muy duro y humillante verme con guardas de vista y encerrado bajo llave; pero me resignaría más facilmente, si fuera mi padre mismo quien abriera y cerrara el postigo. ¡Ay de mí! soy tan poca cosa á sus ojos, que encarga á un siervo el cuidado de tiranizarme. Y luégo, durante los cortos instantes en que se toma la molestia de soportar mi presencia ¡qué frente tan severa! ¡qué ceño! ¡qué silencio mortal! ¡Durante un año no me ha hablado sino dos veces, y ya sabéis en qué circunstancias! Más todavía: nunca ha puesto los piés en esta torre, ni tampoco ha tenido jamás la curiosidad de saber cómo está hecha mi prisión. ¡No puede ignorar que mi alojamiento da á un precipicio; pues bien! sabe que un día se apoderó de mí la idea del suicidio y sin embargo ni se ha acordado de poner una reja en la ventana.

—Porque no ha tomado vuestra tentativa por lo serio.

— Si es así ¡cuánto me desprecia!...

Le he recordado que su padre está enfermo, que se ve acometido de crisis nerviosas que introducen el desorden en las organizaciones más robustas, que el doctor Vladimiro salía garante de su curación, que una vez restablecido cambiaría su humor y que entonces habría llegado el momento de sitiar aquella plaza que era entonces casi inexpugnable...

«Entre tanto, es menester no precipitar los acontecimientos, le he dicho; ¡valor y paciencia!»

Tan feliz he estado en la controversia, que ha acabado por dominar su abatimiento. Cuando veo que atiende á mis razones, que cede á ellas, me dan tentaciones de abrazarle; pero es un placer que me niego á mí mismo. Sé por experiencia lo que cuesta...

Poco después, no sé con qué objeto, me ha hablado de su hermana muerta en la Martinica.

«¿Por qué la arrebató el cielo á mi ternura?»

—¡Ah!—le he contestado;—¡la pobrecilla no hubiera podido soportar la vida á que os veis condenado!

—¿Por qué?

—Porque hubiera sufrido diez veces más que vos. Calculad: ¡los nervios, y un corazón de mujer!...

Me ha mirado de un modo singular; por lo visto, no concebía que se pudiese sufrir más que él. Después, me ha hablado extensamente de las mujeres, que son para él, según dice, un misterio impenetrable, y me repetía con insistencia:

«¿Verdad que no las despreciáis, como él?»

—¡Me guardaré de hacerlo; me acuerdo que he tenido una madre!

—¿Y es esa la única razón?

—Algún día os diré las otras.

Cuando me retiraba, me ha cogido impetuosamente del brazo diciéndome:

—¿Podríais jurarme que seríais menos dichoso, si no me hubiérais conocido?



--¡ Lo juro !...

Su rostro se ha iluminado y sus ojos centelleaban de satisfacción.

7 de Agosto.

¡ La savia sube, sube!... Cielos y tierra ¡ benditos seáis !

8 de Agosto.

Tú también te metamorfoseas, amigo Gilberto; te rejuveneces á ojos vistas. Ha entrado en ti un espíritu nuevo, tu sangre circula con más libertad, llevas la cabeza más erguida, tu andar es más vivo, tus ojos brillan más, en tus pulmones penetra mayor volumen de aire, sientes fermentar en tu corazón una especie de levadura celestial... Amigo mío, has salido de tu larga inutilidad... ¡ Engendrar un alma ! ¡ oh ! ¡ qué gloriosa tarea ! ¡ Dios bendiga á la madre y la hija !

9 de Agosto.

Lo que más dolorosamente asombra á Esteban es la amistad que su padre me profesa.

«¿ Tiene la facultad de amar, y no me ama ? ¡ Eso significa que soy aborrecible !»

¡ Pobre inocente !... Ciertamente es que á pesar suyo el conde ha llegado á quererme. El buen padre Alejo me decía, la otra tarde :

« Hijo mío, sois un hombre hábil ; habéis hechizado á Kostia Petrovitch, os profesa un cariño que jamás ha manifestado por nadie. »

Bien mirado, se comprende ; y tiene muchas razones para amarme un poco. Primera : que le soy muy útil ; segunda : que me acomodo á su manera de vivir, tanto más cuanto que no sabe, y espero que nunca sabrá... tercera :

tengo discernimiento y juicio crítico, y esto hace que me perdone mi idealismo, mis titeres y lo que él llama mis *linternas*; cuarta: tengo en mi espíritu una inclinación espinosista que le agrada: *non flere, non indignare, sed intelligere*; quinta, sexta y séptima: que los dos llevamos á Bizancio en nuestro corazón. ¡Oh! ¡basta y sobra para ligar dos hombres á muerte y á vida!...

Esteban, amado niño, hijo del alma, no te irrites contra esta amistad que te asombra; algún día será nuestra áncora de salvación.

11 de Agosto.

El armario de los libros está siempre cerrado; y Esteban quiere hacerme creer que ha arrojado la llave por la ventana; pero ¿para qué necesitamos los libros? Las plantas ocuparán su lugar. Su herbario pintado se enriquece de día en día. Cuenta ya en él veinte especies y cinco familias. Ayer se distrajo hasta el extremo de contemplar su obra con aire de orgullo satisfecho... ¡Qué feliz me sentí en aquel momento! No obstante, oculté mi alegría. Lo que también me ha satisfecho es que se ha decidido á escribir de memoria los nombres de las plantas en francés, italiano y latín, al pié de cada página. «Es una concesión que otorgo al pedante,» me ha dicho; lo cual no impide que esté orgulloso de haber escrito sin equivocarse los cuarenta nombres. Recientemente le he llevado ranúnculos y anémonas. Ha tomado en la mano la celidonia exclamando:

—Dejadme hacer; voy á contaros la historia de esa joven y amarillenta persona.

Y me ha detallado todos sus caracteres con maravillosa exactitud. ¡Qué viva y luminosa inteligencia! pero también ¡qué imaginación tan ardiente! Le temblaban tanto las manos, que le he dicho:

—¡Sangre fría! ¡Sangre fría! Para levantar el velo de Isis se necesita una mano firme y segura...



He tenido que explicarle en dos palabras quién es Isis, lo cual le ha interesado medianamente... Su obra maestra, como fiel reproducción de la naturaleza, es el ranúnculo de los pantanos, que yo le había designado, en latín, bajo el nombre de *renoncula scelerata*. Ha representado con tanta verdad esas insignificantes florecitas amarillas, que es imposible dejar de admirarlas.

—Esta envenenadora me ha inspirado—dijo.—Á fuerza de tratar con el padre Alejo, he empezado á querer bien á los malvados!

Le reprendí severamente; pero mi algarada no le ha causado la menor emoción.

13 de Agosto.

La conducta del conde es atroz, y no obstante, la comprendo. Su orgullo, su carácter altanero, despótico, el horror de haber sido engañado!... Y por otra parte, ¿es verdaderamente el padre de Esteban?... Esos dos niños nacidos á los seis años de matrimonio, y descubrir algunos años después... Sospechas hay menos fundadas. Y luégo, esa fatal semejanza que le pone siempre ante la vista la imagen de la infiel aborrecida!... Á medida que se ha ido pronunciando más esa semejanza, el odio ha debido acrecentarse... La misma sonrisa, esa sonrisa extraña peculiar suya si debo creer al padre Alejo, Esteban la ha heredado de su madre... ¡*He enterrado la sonrisa!* Grito espantoso que aún resuena en mis oídos!... Por lo demás, en el bárbaro odio de ese padre, creo traslucir más instinto que sistema; vive al día. Tengo la convicción de que el conde Kostia jamás se ha preguntado: ¿Qué haré de mi hijo cuando tenga veinte años?...

14 de Agosto.

Iván, á quien he pedido noticias de Esteban, me ha contestado:

—No os apuréis por él. Hace un mes que se encuentra mucho mejor, cada día se vuelve más tratable; ved ahí el resultado de haber visto de cerca la muerte...

15 de Agosto.

M. Leminof me ha dejado atónito esta mañana.

—Querido Gilberto—me ha dicho así, á quema ropa—no me conceptúo hombre perfecto, pero soy, seguramente, lo que se llama un buen hombre y poseo cierta delicadeza de conciencia que me incomoda algunas veces. Sin cumplidos, querido Gilberto, sois un hombre de mucho mérito. Pues bien! os estoy explotando indignamente, porque os halláis en edad de crearos un nombre y una carrera; estos años decisivos del porvenir, los empleáis trabajando para mí, acopiando, como un albañil, materiales para una obra que no os reportará gloria ni provecho. Voy á haceros una proposición. Sed mi colaborador: compondremos juntos esa obra monumental, que aparecerá con nuestros dos nombres, y ¡os lo juro! el mío ha de proporcionaros celebridad. Estamos de acuerdo sobre casi todas las cuestiones de hecho, y por lo que toca á nuestras discusiones, ¡Dios mío! Ni uno ni otro nacimos egoístas; acabaremos por entendernos, y suponiendo que nos entendiéramos, os daré carta blanca, porque, hablando con franqueza, no pretendo morir por una idea. ¿Que decís á eso, querido Gilberto? No nos separaremos hasta que nuestra tarea esté terminada, y confío en que pasaremos juntos muy buena vida.

Á pesar de sus instancias, no he asentido; sólo ha alcanzado de mí la promesa de que le contestaría antes de un mes... ¡Esteban, Esteban, muy torpe he de ser si no consigo que este feliz incidente influya en provecho de tu libertad! Si, día llegará en que me sea dado decir á tu padre: «En nombre de vuestra salud, de vuestro reposo, de vuestros estudios, que reclaman toda la posible liber-



tad de espíritu, en nombre de la obra común que hemos emprendido, alejad de vuestra casa á ese niño cuya vista os aflige y os irrita! ¡Enviadle á un colegio!... De un solo golpe haréis felices á dos personas...» ¡Justo cielo! ¡Cuán difícil será poner sitio á esa fortaleza!... Pero á fuerza de paciencia, de habilidad, de vigilante atención,.. ¿No he conseguido ya dar el asalto á un campo atrincherado... al corazón de Esteban? No, no deseo alcanzar la victoria... Y sin embargo, ¡cuán caro me costará conseguir el éxito que tanto me halaga! Verle salir de esta casa, separarme de él para siempre!... Ante esta idea, desfallece mi corazón...

16 de Agosto.

El doctor Vladimiro partirá á principios del mes próximo. Me alegro, porque decididamente ese hombre me disgusta en alto grado. El otro día, estando en la mesa, miraba á Esteban con unos ojos que me daba miedo.

17 de Agosto.

¿Qué pasa en el corazón de Esteban? Estoy contento de él bajo todos conceptos. Primero, porque me quiere mucho; luego porque trabaja, y le interesa cada día más su herbario. Su inteligencia se abre y se dilata visiblemente: ¡qué florecencia tan encantadora!... pero á veces le tortura secreta inquietud cuya causa me oculta... El otro día, viéndole estremecerse súbitamente, le dije:

—¿Qué tenéis?

—Contestóme pasándose la mano por la frente:

—Nada. Hablemos de ranúnculos, de genciana, de anémonas...

18 de Agosto.

El cielo se muestra propicio á mis excursiones nocturnas. No ha caído ni una gota de lluvia hace seis semanas.

El viento norte, que sopla á veces con violencia durante el día, calma por lo común á la caída de la tarde. En cuanto al vértigo, no hay que hablar. ¡Oh poder de la costumbre!

19 de Agosto.

¡Qué desgracia! Anteayer, al atravesar Esteban el vestíbulo que precede al comedor, ha soltado, no sé á causa de qué, una carcajada. El conde se ha puesto lívido y ha dado un brinco en la silla. Hoy ha vendido el caballo, y en este momento se lo lleva un chalán. Iván, á quien acabo de encontrar, tenía los ojos arrasados en lágrimas. ¡Pobre Esteban! ¿qué dirá de esto?

20 de Agosto.

¡Cosa extraña! Creí ayer que le encontraría entregado á la desesperación. Al contrario, estaba alegre y risueño.

—Estaba seguro —me ha dicho— de que pagaría cara mi fatal carcajada. Mi padre se ha equivocado; no era risa de contento, sino una convulsión nerviosa que me ha sobrecogido pensando en ciertas cosas y en un momento en que no sentía la menor alegría... Por lo demás, exceptuando la vida, no podía quitarme sino dos cosas, mi cabello y mi caballo, y ¡loado sea Dios! no ha estado inspirado en la elección, porque no ha descargado el golpe en la parte más sensible.

—¡Cómo! entre Solimán y vuestros cabellos!

—¿Pues qué? ¿no son hermosos? —me ha dicho con viveza.

—¡Indudablemente son magníficos! —le he contestado sonriendo.

—¡Siempre me he sentido orgulloso de ellos! —replicó, haciéndolos flotar por encima de sus hombros— pero los quiero mucho más desde que sé que os agradan.



—¡Oh! en cuanto á eso—le repliqué— aunque tuviérais la cabeza rasa, no por eso os quisiera menos...

Esta contestación, no sé por qué, le ha herido en lo vivo. Durante el resto de la velada, ha estado inquieto y sombrío.

23 de Agosto.

¿Qué le pasa á Esteban? Parece que está más resignado con su suerte; ya no se queja de Iván, ni de su padre; supone que no echará de menos los largos paseos á caballo que daba dos veces por semana á través de los bosques; en una palabra, afecta una indiferencia pasmosa por todo cuanto apasionaba y agitaba su corazón. No obstante, es víctima de perplejidades que me asustan. Creo adivinar que sus miradas me dirigen mudas reprensiones. Parece decirme:

« ¡Mi tristeza actual la causas tú, mi amigo, mi consuelo!...»

¡Bah! ¡qué capricho, qué locura!... Conseguiré hacérselo confesar...

25 de Agosto.

He creído conveniente enterarle de las proposiciones que me hizo su padre, y del proyecto que me han sugerido. Le he dicho:

—¡Cuál no sería mi gozo arrancándoos de esta prisión, y sin embargo, cuánta tristeza me causaría! Pero á cualquier punto donde os trasladarais, hallaríamos medio de escribirnos y volvernos á ver. La amistad que reina entre nosotros no es un lazo que pueda romper el destino...

—¡Oh! sí—me ha contestado en tono sarcástico— iréis á verme una vez al año, el día de mi santo, y tendréis buen cuidado de llevarme un ramo de flores...

Y después ha prorrumpido en una carcajada muy semejante á la del otro día.

30 de Agosto.

¡Cuánto me hizo sufrir ayer! ¡Todavía no me he re-  
puesto! ¡Cómo! Es él... á mí... ¡Dios mío! ¡qué amargu-  
ra de lenguaje! ¡qué ironía tan áspera!... Conde Kostia,  
os engañáis, ese hijo es bien vuestro; concedo que tenga  
la fisonomía y la sonrisa de su madre, pero en su alma hay  
algo de la vuestra... ¿Qué motivos de queja puede tener  
de mí? No adivino más que dos. El domingo último, serían  
las tres de la tarde, cuando nos asomamos los dos á la ven-  
tana. Me dirigió por señas un discurso muy animado y  
muy largo, infringiendo las reglas de prudencia que le ha-  
bía prescrito. Según creo, me hablaba de Solimán y de un  
paseo á pié que no había querido dar en compañía de Iván.  
Yo le prestaba una atención algo vaga, preocupado en bus-  
car con la vista si álguien podía observarnos. De pronto,  
divisé á la extremidad del otero, sentado en una roca, al  
gigantesco Fritz y á la cabrerita á quien galantea. En el  
momento en que me disponía á contestar á Esteban, han  
levantado los ojos hacia mí. Me he puesto á mirar el paisa-  
je, y á poco me he retirado. Desde su ventana Esteban no  
podía verlos y por lo tanto no puede haber comprendido  
el motivo de mi retirada... Otra queja. Por vez primera,  
he estado más de tres días sin ir á verle, pero el viento era  
tan violento que ha derribado una chimenea muy cerca de  
aquí... y para castigarme de tan gran crimen se ha permi-  
tido decirme que indudablemente yo soy un gran botánico,  
un filántropo sin igual, pero que no entendía pizca en  
asunto de *delicadezas del sentimiento*. Y luégo:

—Sois uno de esos hombres que aman á todo el mundo.  
Por más que digáis, estoy seguro de que á lo menos tenéis  
un centenar de amigos íntimos!

—Tenéis razón—le he replicado—precisamente son  
ciento los prójimos por quienes he arriesgado mi vida...

Dicho esto, ha vuelto á su infernal jerigonza sobre el



suicidio. Le he suplicado diez veces á lo menos que dejáramos tan odiosa conversación; pero ¡ con qué insistencia persistía en ella! No hablaba más que de láudano, de morfina, de arsénico, afectando consultarme con viva curiosidad sobre las propiedades de toda especie de venenos.

—Cuando uno quiere despacharse en regla, decía, lo mejor es el veneno, y conozco á alguién que se atendrá á él.

Luégo, cogiendo entre sus manos una flor de beleño que estaba sobre la mesa:

—¡ Qué hermosa me parece tu fealdad!—dijo—pero si quieres saber lo que me agrada más en ti, es que tu pecho está henchido de veneno y que tu faz es lívida y repugnante como la muerte!...

Le he arrancado de las manos aquella malhadada planta, y después de haberla arrojado por la ventana, me he marchado sin decirle adiós... En verdad, siempre tuve para mí que era más apasionado que sensible; pero ¿no será más que apasionado? ó bien, aunque lo oculté, la pérdida de su querido alazán...

31 de Agosto.

Era injusto con él. Su corazón es desigual, tempestuoso, sujeto á enfadosas reincidencias de desconfianza y de incredulidad; pero es un corazón, al fin! Anoche, á pesar de la tormenta, á pesar de mi firme resolución de permanecer algunos días sin volverle á ver, no he podido contenerme y he salido. El viaje no ha sido fácil; la lluvia y el viento pegaban los cabellos á mi rostro; el aire exhalaba fúnebres quejidos y las vigas del tejado retemblaban y crugían á mi paso... Por fin, he llegado. ¡ Qué grito de alegría y de espanto ha lanzado al verme! ¡ Con qué afectuoso ímpetu ha cogido mis manos entre las suyas! ¡ Cómo se pintaba el arrepentimiento en su rostro, y con qué efusión vivísima me abrió su corazón!... No le he

pedido explicaciones: les tengo horror, y hay muchos casos en que el silencio es el mejor intérprete de las almas. Le he dejado sentarse en el suelo, con la cabeza apoyada en mis rodillas; ha permanecido cerca de una hora en esta postura, sin despegar los labios, con los ojos cerrados mientras la lluvia azotaba fuertemente los vidrios de la ventana y la aulladora jauría de los vientos paseaba sus furores en la noche sombría. Cuando se levantó:

—Estos son los momentos más felices que he pasado en este mundo.

Lo que ha turbado singularmente su felicidad, es que á media noche, cuando me disponía á partir, ha arreciado la terrible tormenta. El pobre niño ha palidecido de angustia.

—Bien castigado estáis, le he dicho; esto os enseñará á no agriar con molestos arranques de mal humor el santo y bello sentimiento de la amistad...

En el momento en que acababa de subir mi escalera colgante, sacudida por el viento, cuando en pié sobre mi estrecho balcón me disponía á retirarla, se ha abierto el cielo, me he sentido casi azotado por un inflamado torbellino, y á treinta pasos de mí, cayó el rayo con horrisono estruendo sobre la copa de un gigantesco árbol. ¿Cómo no he caído? lo ignoro todavía. Lo que sí sé, es que he entrado en mi aposento calado hasta los huesos, pero lleno de gozo el corazón.

7 de Setiembre.

Durante estos últimos ocho días, le he visto tres veces. No me ha dirigido la menor queja: trabaja y reflexiona; su criterio se forma; no tiene un momento de mal humor; está tranquilo, dócil, blando como un corderillo... Pero ese mismo exceso de dulzura me inquieta. Algo observo en su estado que, á la verdad, no me parece natural, y me veo reducido á deplorar los arrebatos, las niñadas á cuya curación



me dedicaba... Esteban, no sois el mismo. Poco há, vuestros piés no tocaban al suelo; vivo, brusco, ardiente, salían á veces de vuestros labios torrentes de cólera ó de alegría, y en un instante pasabais de la desesperación al entusiasmo; pero, en nuestras últimas entrevistas, no os reconozco. Ya no sois un muchacho revoltoso, ya no usáis conmigo aquellas familiaridades que me hechizaban! Vuestras mismas miradas, al encontrarse con las mías, parecen algo vacilantes; á veces flotan inciertas al rededor de mí, y al ver la admiración que se pinta en ellas, véome inducido á pensar que de repente habré crecido tanto que no podéis abarcarne con una sola mirada... Luégo, esos suspiros que exhaláis... Y, sin embargo, ya no os quejáis de nada, vuestro destino parece seros indiferente... Tal vez sin que yo lo sepa... ¡Ah! desgraciado niño! quiero saber... hablarás, me dirás...

10 de Setiembre.

¡Justo cielo! ¡qué rayo de luz! ¡Padre Alejo, no me lo habíais dicho todo!... ¡Cuánto más pienso en ello!... ¡Ah! ¡Gilberto, qué venda cubría tus ojos!... Ayer le presenté la copia del poema de las *Metamórfosis* que le había ofrecido. Algunos fragmentos que le había recitado, le inspiraron deseos de leer toda la obra; pero no en el libro, sino transcrita por mi mano... La leíamos juntos, dístico por dístico. Yo la traducía, explicaba y comentaba. Cuando llegamos á estos versos: «Acuérdate, sólo, de que el lazo que unió nuestras almas fué un germen del que nació con el tiempo encantador y dulce hábito y en breve la amistad reveló su poder á nuestros corazones, hasta que el amor, llegando el postrero, la coronó de flores y frutos...» Al leer estas palabras, sintió un estremecimiento.

—¡No pasemos adelante!—me dijo rechazando el libro lejos de él.—¡Basta de poesía por esta noche!... Y, apoyándose de codos sobre la mesa, abrió y hojeó su herba-

rio; pero sus miradas y sus pensamientos estaban en otra parte. Se levanta de repente, da algunos pasos por el aposento y luégo, volviéndose hacia mí:

—¿También vos pensáis que la amistad puede llegar á convertirse en amor?

—Goethe lo asegura, y hay que creerlo.

Cogió una flor de encima de la mesa, la contempló un instante y dejándola caer al suelo:

—¡Soy un ignorante!—murmuró bajando los ojos.—Decidme ¿qué es el amor?

—Es la locura de la amistad.

—¿Habéis estado loco alguna vez?

—No, y creo no estarlo jamás.

Permaneció un minuto inmóvil, con los brazos caídos; al fin, alzándolos lentamente, y con un movimiento que le es peculiar, cruzando las manos por encima de la cabeza, levantó los ojos del suelo, y me miró fijamente... ¡Qué expresión tan extraña! La vista extraviada, una sonrisa triste y misteriosa vagando por sus labios, su boca deseando hablar y faltándole la voz... Desde ayer noche, tengo siempre aquel rostro ante mis ojos, me persigue, me asedia, en este mismo instante veo su imagen impresa en el papel en que escribo... Esa túnica de terciopelo negro, ¿sería acaso un disfraz forzado? Sí, el carácter de Esteban, su alma, las extravagancias de su conducta, todo cuanto me admiraba y me asustaba, no hay nada que no me explique en este momento... ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¿qué has hecho? en qué abismo... Y sin embargo, tal vez me equivoco, porque al fin ¿cómo creer?... Oigo la campana que nos llama á comer... ¡Voy á volverle á ver! Tiemblo, siento en mí... ¡Pobre corazón mío atormentado! ¡oculta á lo menos tu perturbación á los demás!

---







## XVII

**P**OCAS horas después, entró Gilberto en el aposento de Esteban, quien alarmado de su palidez y de la turbación de su voz, le preguntó con ansiedad por el estado de su salud.

—Os aseguro que me encuentro perfectamente bien— le contestó Gilberto, dominando su emoción.

—¿Me habéis traído flores?

—No, no he tenido tiempo para ir á cogerlas.

—¿Es decir que no habéis tenido tiempo de pensar en mí?



—¡Oh! ¡perdonad! puedo pensar en vos, trabajando, leyendo el griego y hasta durmiendo. Sin ir más lejos, la pasada noche, os he soñado. Me llamabais pedante y me tirabais vuestra gorrita á la cara.

—¡Vaya un sueño extravagante!

—Permitidme... Me parece que un día...

—Sí, un día, antaño, hace de ello dos siglos.

—¿Tanto tiempo hace que nos conocemos?

—Tal vez no hace dos siglos, pero poco le falta. Yo he vivido ya tres veces. Mi primera vida, la pasé al lado de mi madre. La segunda... ¡no hay que hablar! La tercera empezó la noche en que, por primera vez, saltasteis por esa ventana. De esto hace ya mucho tiempo, á juzgar por cuanto ha pasado desde entonces en mi alma, en mi imaginación, en mi espíritu. ¿Será posible que esos dos siglos no hayan durado más que dos meses? Y ¿cómo puede ser que en tan corto tiempo se hayan operado en mí cambios tan grandes? porque estos son tales, que me cuesta gran trabajo conocerme.

—Uno de esos cambios, del que estoy orgulloso, es que ya no me tiráis vuestra gorra á la cara.

—Esa es una libertad que sólo me permitía con el pedante.

—¿Por fin, os habéis reconciliado con él?

—He descubierto que el pedante no existe. En vos veo un héroe y un filósofo.

—Ved ahí un descubrimiento que no esperaba de vos y que me admira tanto como me halaga.

—¡Cuando os digo que he cambiado en todo y por todo y que ya no me conozco!

—Y yo, á despecho de vuestras transformaciones, os reconozco perfectamente. Mi querido Esteban ha conservado su inclinación á exagerar todas sus impresiones. Antes era yo un hombre digno de ser estrangulado; hoy me he convertido en un sér extraordinario que pasa su vida concibiendo proyectos heroicos. No hay tal, querido poe-

ta; ni un malvado, ni un paladín, y lo mejor que puedo decir de mí, es que no soy un necio, que no me falta corazón, y que corro por los terrados con admirable agilidad. ¡Oh! sobre este último punto, me hago justicia, y estoy pronto á sostener ante todos y contra todos que no hay quien me iguale en brincar sobre las vigas; pero aún hay más, y para agotar el capítulo de mis perfecciones, bueno será añadir que tengo los ojos de color de yerba-mora, que ato maravillosamente el nudo de mi corbata y que sé distinguir perfectamente una labiada de una amariposada.

—¡Callad!—exclamó Esteban con su impetuosidad de otros tiempos—¡callad!... ¡Os prohibo que habléis en ese tono de mi santo patrón, de mi ángel guardián, del incomparable amigo que me ha salvado de la desesperación, de la locura y de la muerte!

Luégo, calmándose:

—No, no exagero; digo las cosas como son en sí; y la prueba de que sois un hombre extraordinario, es que todo cuanto hacéis os parece muy sencillo y muy natural.

Y al ver que Gilberto se encogía de hombros sonriendo:

—¿Qué significa eso?—prosiguió.—Tomadme el pulso y os convenceréis de que no tengo calentura... ¿No habéis observado cuán tranquilo estoy de algunos días acá?

—Confieso que vuestra calma me sorprende; pero ¿es calma en realidad? Temo que no habéis hecho más que tapar el brasero y que el fuego está oculto entre las cenizas.

—Y vos removéis esas cenizas para que broten chispas. Sea como queráis, pero os prevengo que no conseguiréis vuestro objeto y que me mantendré impassible ante todas vuestras provocaciones.

—Así, pues, desde hace una semana, ¿sentís realmente tranquilos vuestro corazón y vuestro espíritu?

—Sí; he conseguido mi objeto. Había en mí un gran fautor de sediciones, un gran urdidor de complots. Eso



causaba mi orgullo. ¡Pues bien! ya sabéis... la linda escena que representé ante vos hace diez días... mi precioso discurso sobre el beleño... era un arranque de desesperación de mi orgullo que hacía de las tuyas hasta el extremo de que, sintiéndose herido mortalmente, quería vender cara su vida.

—Todo esto es muy misterioso para mí.

—Sí, encierra un gran misterio que es tiempo de revelaros.

—Hablad, os escucharé con religiosa atención—dijo Gilberto, que apenas podía respirar.

Esteban ocultó el rostro entre las manos y luégo después de un prolongado silencio :

— No — dijo — no tengo todavía valor suficiente para hablar. Por lo tanto, antes de hacer una revelación que tacharéis tal vez de extravagante, quiero probaros mejor que soy muy sesudo y que me he vuelto sabio con vuestras lecciones. Sabed, pues, que antes de conoceros, la religión no era á mis ojos sino una magia grosera, en la cual creía con apasionada sinrazón. Consideraba la oración como un sortilegio al que atribuía el poder de forzar las voluntades divinas; cada día intimaba al cielo para que obrase un milagro en mi favor, y viéndome desdeñado, mis desalentadas súplicas volvían á caer como plomo sobre mi corazón. Entonces, me rebelaba contra las celestes inteligencias, que rehusaban rendirse á mis encantamientos, ó bien buscaba angustioso á qué vicio de forma, á qué olvido ó descuido, á qué pecado de omisión debía atribuir el ningún resultado de mis operaciones mágicas y de mis fórmulas... ¡Ah! San Jorge, San Sergio! si pudiérais hablar ¡qué buenas cosas le contaríais! Le contaríais las extrañas preguntas con que os abrumaba, los absurdos prodigios que esperaba de vuestras espadas, las obsesiones con que fatigaba vuestra paciencia, y de vez en cuando mis genuflexiones, mis sollozos, los torrentes de lágrimas que derramaba á vuestros piés, los golpes que daba con mi cabeza contra las paredes ó ba-

rriendo el suelo con mi cabello, y de repente mis rebeliones, rayos de furor brotando de mis ojos, gritos de rabia y arrebatos, injurias, mis delirantes manos amenazando al cielo, y mis piés pisoteando vuestras auréolas de oro con insensato pataleo... ¡Ah! amigo mío, no quisiera jurar que me he vuelto absolutamente incapaz de semejantes bromas; lo que sí sé bien es, que una noche... aquella noche, Gilberto, vuestra elocuencia tan tranquila y apasionada á la vez, había tomado un vuelo sublime, y á propósito de una pobre manzanilla de frente pálida, procurasteis revelarme alguna de las grandes leyes de la naturaleza. Os escuché distraído, pero después de vuestra partida, como á menudo me acontece, todo cuanto me habíais dicho se representó con viveza en mi imaginación, y olvidando mi pasado y mi presente, olvidando hasta mi existencia, me lancé lejos de este castillo, volé por el espacio hasta esa azulada estrella que veo centellear en el horizonte desde mi ventana; y desde lo alto de ese mirador aéreo me puse á conversar con esa razón suprema que se manifiesta igualmente en las florecillas de los bosques y en los esplendores de la noche. Entonces sintiendo penetrar de pronto en mi sér un secreto bienestar, me pregunté: lo que experimento actualmente ¿será acaso la religión? Y me contesté: ¡Sí, la religión consiste en sentirse bien en el seno de la verdad!... Ah, Gilberto, lo que he sentido en ese día, tal vez no lo vuelva á sentir en mucho tiempo; pero ¿no basta que una vez en mi vida haya saboreado tan santas delicias para que no me volváis á tratar como á un niño desatinado que da vergüenza tomar por lo serio!

Gilberto le contestó con un apretón de manos. «¡Ay de mí!—se decía—cuando me revele su secreto, ya no tendré derecho á decirle que está loco.»

—Lo que me presta valor para continuar—prosiguió Esteban—es que os habéis vuelto más tratable. Antes, después de haber rezado, me sentaba allí, en aquella baldosa, debajo de la lamparilla, y cerrando los ojos, me abandonaba



durante largas horas á locos ensueños. Conseguía representarme con tal exactitud las quimeras en que se mecía mi espíritu, que venían á constituir verdaderas visiones. Veía abrirse el cielo y al Padre Eterno celebrando consejo en su palacio. «Espíritus celestes—decía pasando la mano por su blanca barba—¡ya es hora de prestar auxilio á ese niño!» y en seguida daba orden á sus mensajeros y á sus servidores. San Jorge vestía su brillante armadura, descendía á través de los aires con el estampido del trueno; con un golpe de su formidable espada, hendía las paredes de este castillo; los muros se derrumbaban; sentíame arrebatado al espacio, unos ángeles me llevaban sobre sus alas de fuego y me depositaban en una isla floreciente donde me esperaban mi madre y la felicidad. Á veces, me contentaba con saborear los ásperos placeres de la venganza. Por mandato de Dios penetraban aquí los diablos, armados con sus candentes horquillas, cogían á Iván por el cuello, le colocaban sobre la rueda, ó las parrillas... ¡Vanas y espeluznantes fantasías que sólo servían para irritar mis penas y aumentar mis terrores! Pues bien, Gilberto mío, la otra noche, me hablabais de un gozo que no debe nada á la fortuna y sobre el cual no tiene ningún poder, gozo divino que el hombre puede saborear hasta en el seno de la desgracia y que encanta sus más sombríos padecimientos... Apenas me dejasteis, fui á sentarme al pié de los santos, y después de haberles recitado mis oraciones, me entregué á la meditación; pero esta vez no me representé al Padre Eterno olvidando al Universo para ocuparse solamente de mi suerte, no ví más á los diablos dando tortura á mi carcelero... El que se ofreció á mis miradas fué Jesucristo... Cubierto con un manto negro, estaba en pié en medio del cielo, y los soles se agrupaban á porfía en torno suyo para ver mejor su rostro, como los niños curiosos forman calle para ver pasar un rey. La tierra silenciosa también le contemplaba, el océano estremeciéndose sacudía su espumosa cabellera, las palmeras se balanceaban

blandamente, y águilas gigantescas, con las alas tendidas, revoloteaban lentamente trazando en la vaguedad del espacio un largo surco de fuego. Entonces, apartó los pliegues de su manto y puso de manifiesto un ancha herida de la cual manaba sangre roja, y Él, mirando correr aquella sangre, dejó asomar á sus labios una sonrisa tan dulce, que parecía una nueva aurora surgiendo sobre el universo. No obstante, la sangre continuaba manando, y los astros, el océano, las palmeras del desierto, las águilas del cielo clamaron despavoridas: «¿Quién sois, Señor?» Entonces una voz suave, como el lejano suspiro de un órgano, les contestó: «¡Soy el gozo en la pasión!»

Al llegar á este punto de su relato, los ojos de Esteban brillaron y mirando fijamente á Gilberto:

—Y ahora ¿no soy más que un espíritu quimérico, un niño medio loco, un cerebro enfermo que se alimenta de vaciedades, un incorregible casquivano?... No, convenid en que he aprovechado vuestras lecciones, que ha penetrado algún grano de sabiduría en mi cabeza, y que sin haber visto el fondo de las cosas, á lo menos tengo algunos intervalos lúcidos... Si es así, Gilberto mío, cree, como si fuese el Evangelio, lo que te voy á decir: Has trabajado con todas tus fuerzas para curar mi alma y no hay, en el mundo, un médico más hábil que tú. No obstante, hubieras trabajado en vano, si no hubieras tenido á tu lado un aliado que todo lo puede, á quien no conoces, y que te voy á revelar... ¡Ah! dime, cuando por primera vez penetraste en este aposento, ¿no sentiste que se deslizaba en pos de ti un espíritu celeste? Tú partiste; pero él se quedó, no se ha separado de mí, ni se separará jamás... Mira, ¿no te hablan de él esas paredes? No ves á esos santos mover los labios para decirte su nombre? Y el aire que se respira aquí ¿no está embalsamado con esos perfumes deliciosos que esparcen á su paso los enviados del cielo? ¡Qué extraño me parecía al principio ese genio! ¡Érame desconocida su fisonomía, nunca sus rasgos se me



habían aparecido en sueños! Inquieto, confundido, le decía: ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? Y un día, Gilberto, un día, por tu boca me contestó... Gilberto, Gilberto, ¡oh! ¡qué extraño compañero me habíais dado en su persona! Á veces se sentaba á mi lado, pálido, lúgubre, enlutado y su soplo infundía en mi corazón envenenadas tristezas cuya amargura nunca sospeché. Y sintiéndome acometido por inexplicable deseo de morir: Te conozco, le decía, debes ser el hermano de la muerte... Pero transformándose, de repente, se me aparecía con el cetro de la Locura en la mano cuyos cascabeles agitaba, y me cantaba canciones que llenaban mis oídos de zumbidos febriles. La cabeza se me desvanecía, nubes de humo pasaban ante mis ojos, mis vacilantes miradas embriagábanse de visiones, y me parecía á mí, pobre niño amamantado con hiel y lágrimas, que la vida era una fiesta eterna, que el cielo contemplaba sonriendo. Entonces le decía yo al genio: Ahora os conozco mejor, sois el hermano de la locura... Pero se transformaba de nuevo, y de repente veíale erguirse ante mí envuelto en largas y blancas alas, como un serafín; grave y dulce á la vez, aparecía en sus miradas una luz divina, y la serenidad que brillaba en su frente anunciaba un habitante del cielo... En aquellos momentos, Gilberto miró, su voz era más penetrante y persuasiva que la tuya; repetíame tus palabras y me daba fuerzas para creer en ellas, grababa tus lecciones en mi espíritu, insinuaba tu sabiduría en mi locura, tu alma en mi alma; y sábelo bien; si el lirio ha bebido el jugo de la tierra, si el lirio ha crecido, si el lirio debe florecer algún día, no has de agradecerlo al impotente sol que me has traído en tu pecho, sino á él, al espíritu celeste, á él que encendió en mi corazón una llama santa, con la cual plegue á Dios que abraza también la tuya!

Y levantándose al terminar:

—¿No te he dicho bastante?—exclamó con entrecortado acento—¿Me has comprendido al fin?

—No—contestó resueltamente Gilberto—¡ á ese espíritu celeste, no le conozco!

Esteban se retorció los brazos.

—Cruel, ¿ con que no quieres adivinar nada?—murmuró con aire extraviado.

Y acercándose á la ventana, permaneció de codós en ella algunos instantes. Cuando se volvió hacia Gilberto, tenía los ojos bañados en lágrimas; pero, por uno de esos cambios visibles que le eran familiares, brillaba la sonrisa en los labios.

—Lo que no me atrevo á deciros, lo hé escrito poco há—repuso.

Y sacando una carta de su seno:

—Último recurso que me he reservado. Esperaba que me evitariais valirme de él. ¡ Corazón endurecido! ¡ á cuántas humillaciones sujetas mi arrogancia!...

Y le entregó la carta; pero recapacitando, dijo:

—Quiero añadirle algunas palabras.

Corrió á sentarse á la mesa, y como se le cayera al suelo la pluma que no pudo encontrar, afiló apresuradamente un lápiz con un agudo puñal que sacó del fondo de un cajón.

—¡ Qué singular cuchillo tenéis ahí!—le dijo Gilberto acercándose.

—Es un estilete ruso de la fábrica de Toula. Pertenece á Iván, que me le prestó anteayer para desarraigar una planta, y se ha olvidado de recogerlo.

—Os agradeceré en el alma que se lo devolváis, —contestó Gilberto;—no me gusta ver en vuestras manos semejante juguete.

Esteban hizo un ademán de asentimiento y se inclinó sobre el papel. La carta que había escrito algunas horas antes estaba concebida en estos términos:

«Gilberto mío, oye una historia. Tenía yo once años cuando murió mi hermano Esteban. Apenas lo enterraron, mi padre me hizo comparecer á su presencia. Tenía en sus



manos unas vestiduras iguales á las que llevo actualmente y me dijo: Esteban, óyeme con atención. Quien acaba de morir es mi hija; mi hijo vive todavía.» Obstinándome yo en no comprenderle, hizo traer un ataúd, lo colocó encima de una mesa, me acostó allí dentro y cerrándolo poco á poco, me dijo: «Hija mía ¿estás muerta?» Cuando el ataúd estuvo completamente cerrado, me decidí á hablar y grité: «Padre mio, vuestra hija ha muerto. ¡Cúmplase vuestra voluntad!...» Entonces, me sacó del ataúd, loca de horror y espanto, y gritó: «Esteban, acordaos de que mi hija ha muerto. Si os aconteciera olvidarlo alguna vez...» No dijo más, pero sus miradas completaron su discurso... Gilberto, la hija de mi padre resucita en este momento para decirte que te ama con un amor invencible que no puede ocultarte por más tiempo. En mi sencillez, creí al principio que os amaba como me amabais vos; pero vos mismo os habéis encargado de desengañarme. Un día me hablasteis de nuestra próxima separación y me dijisteis: «Nos volveremos á ver algunas veces,» y no oísteis el grito de mi corazón que respondía: ¡Pasar un día sin verte, qué martirio! Cuando reconocí que vuestra amistad era hija de la abnegación, una virtud, una sabiduría, y que la mía era una locura, entonces la hija de mi padre pensó morir, tan duros eran los tormentos que le infligió su rebelado orgullo. ¡Ah! ¡qué no hubiera yo dado, Gilberto mío, para que, adivinando quién soy, hubieses caído á mis piés gritando: Yo también sé amar con locura!... Pero nada, no comprendiste, no sospechaste. Mis cabellos, la semejanza con mi madre impresa en mi rostro, esa sonrisa que aseguran pasó de sus labios á los míos... ¡Eres el hombre más ciego que existe! ¡Te aborrecía por momentos!... No te parece, en verdad, que hay una fatalidad que me persigue? Hoy ya no siento clavarse en mis carnes las uñas de aquella mano, que pesando sobre mis hombros me obligó á prosternarme ante ti, y sin embargo mis rodillas vacilan, se debilitan, se doblan y de nuevo me ves arrodillada á tus

piés... ¡Oh! ¡si! mi pobre orgullo ha muerto por completo. Retumbaba el trueno cuando lanzó su último suspiro. Creo que recordarás aquella tempestuosa noche... Pegada á los vidrios, devoraba con la vista las tinieblas para descubrir tu persona en el seno de la tormenta... De pronto se inflama el cielo, y te diviso en pié en el borde de tu ventana, inclinándote valerosamente hacia el abismo como si le dirigieses un reto. Envuelto en centelleante claridad, te me apareciste como un espíritu bienaventurado; y exclamé: ¡Ese es uno de los elegidos de Dios! puedo pedirle gracia y perdón sin avergonzarme!... Y ahora, Gilberto mío, no se te ocurra decir que mi amor es una enfermedad y que cuidándola bien... ¡Dios poderoso! todo ello fuera en vano, los santos mismos se han negado á curarme! No pretendas asustarme, no me hables de obstáculos insuperables, de la imposibilidad de nuestra unión, de los peligros que nos amenazan... ¡El porvenir! ya hablaremos de él, más adelante; ahora, no quiero saber más que una cosa, y es, si eres capaz de amarme como te amo yo... Querido amigo, si el odio puede cambiarse en amor, ¿será imposible eso á la amistad? ¡Gilberto! ¡Gilberto! olvidad lo que ha hecho de mí la barbarie de un padre; olvidad mis arrebatos, mis violencias, mis travesuras de niño mal educado; olvidad la vehemencia de mi lenguaje, la dureza de mis gestos; olvidad la fuente, y mi látigo alzado contra vos; olvidad á los aldeanitos á quienes obligué á besar mis piés; olvidad hasta esa gorrilla que os tiré á la cara, porque, ¡séame testigo el cielo! siento despertar en mi seno un corazón de mujer que saliendo de un largo sueño, se mueve, suspira, habla, y el primer nombre que pronuncia, el único que quiere saber para siempre, es el tuyo!...

»¿Qué más te diré? Quiero aparecerte en tus sueños engalanada como para una fiesta, vestida de blanco, con la sonrisa en los labios, con el cuello rodeado de perlas, coronada mi cabeza con las flores que prefieres, anémonas blancas, gencianas azules... Eso sí, no olvides que en mi





corona se han deslizado algunas flores de beleño. Arrán-calas tú mismo de mis cabellos, no sea que sus perfumes derramen en mi corazón veneno mortal!... Pero no, no quiero asustarte. Estefanía es cuerda, razonable, no pretende imposibles, te concede tiempo para respirar, para que recapacites. Permanece, si quieres, una semana, quince días, un mes, ¡Dios mío! sin acudir á mi presencia hasta que amanezca el día venturoso en que puedas exclamar con tu adorado poeta: « Á su vez, la amistad reveló su poder á mi corazón, por fin; el amor, llegando el postrero, la coronó de flores y frutos.»

Á esta carta añadió Esteban las siguientes palabras:

«¡Y si ese día, Gilberto, si ese día no llegase nunca!...»

Aquí vaciló; le temblaba la mano; miró alternativamente á Gilberto y al puñal, y luégo, levantándose:

—No sé cómo terminar la carta—dijo.—Supliréis fácilmente lo que falta. Guardáos de leerla aquí; lleváosla á vuestro torreón, allí meditaréis sobre su contenido con toda libertad...

Y dicho esto le entregó el papel y soltó una carcajada convulsiva.

—¡Siempre esa risa que detesto!—dijo Gilberto, esforzándose en ocultar la angustia que le devoraba.

—¿Queréis saber lo que significa?—le dijo la joven mirándole de frente.—Cuando, hace tres años, pasamos por Baden-Baden, el padre Alejo tuvo la ocurrencia de llevarme á la casa de juego, y al entrar oí una carcajada que debía parecerse mucho á las que tanto os chocan.... ¿Quién se permite reir así? pregunté al buen padre. Fué á informarse y me contó que el que de aquella suerte reía era un hombre que acababa de ganar sumas inmensas, y que se disponía á envidar el resto... ¡Envidar el resto! añadió ella ¡y si perdiese!

De pronto, dilatadas las pupilas, centelleante la mirada, echó la cabeza hacia atrás, y tendiendo los brazos hacia Gilberto, exclamó:

—Sabes quién soy, y tu corazón me ha condenado. ¡Ah! Piénsalo más de una vez; mi vida está en tus manos.

Y después de haber retrocedido algunos pasos, volvió bruscamente las espaldas, alejóse á través del aposento, abrió presurosa una puertecita lateral y desapareció.

¿Cómo se arregló Gilberto para volver á su aposento?... Todo lo que puede decir él mismo, es que al salir de la claraboya, fuera de sí, olvidando toda idea de peligro, cometió por vez primera la insigne torpeza de cruzar de pié el tejado que ordinariamente y no sin trabajo atravesaba sentado. Sin ver, sin oír nada, absorto por completo en un solo pensamiento, se lanzó á la carrera. Por su modo de andar y su apostura, la luna, que brillaba en el cielo, debió tomarle por un loco ó por un sonámbulo. Llegaba á la extremidad del tejado, cuando se deslizó de debajo de sus piés una pizarra; cayó pesadamente y era hombre muerto si, al caer, su mano no hubiese tropezado por milagro con el extremo de su flotante escala de la que se asió fuertemente. Las pizarras son quebradizas, y cuando chocan contra un cuerpo duro, se hacen añicos. La que Gilberto acababa de precipitar en el espacio encontró el pico de una roca que la quebró en mil pedazos, uno de los cuales dió en la mano, sin herirle, á un hombre que por casualidad cruzaba á la sazón el barranco.

Quiso el destino que aquella noche M. Leminof tuviera precisión de remitir una carta al correo, y á eso de las nueve, contra todos los usos y costumbres de la casa, había enviado á Fritz á un pueblo inmediato, distante una legua, por donde pasaba la silla de posta. Desgraciadamente, á su regreso, Fritz vió brillar una luz en la choza de su dulcinea. Tentado por el apetito, la ocasión, quizás por el diablo, se desvía del camino, toma la dirección de la cabaña, abre la puerta, que sólo estaba cerrada con pestillo, entra á paso de lobo, y sorprende á su bella sentada en un taburete recosiendo la ropa blanca. Se sienta á su lado, la requiebra, y pretende propasarse. La don-



cellita, traviesa y avispada, en vez de despertar á su padre que dormía en la habitación inmediata, se precipita hacia la puerta, se lanza fuera, y se dirige corriendo al accidentado sendero que conducía á lo alto del barranco. Cien veces más ágil que Fritz, le toma la delantera, se detiene, le llama, y en el momento en que el mocetón piensa cogerla, se escapa y corre á más y mejor. Continúa este juego hasta que sintiéndose cansada, se eclipsa detrás de un matorral, y conteniendo la risa, ve pasar por delante de ella al enamorado gigante, que continúa subiendo, resbalando continuamente y temiendo á cada momento caer en el precipicio. Por fin, á fuerza de encaramarse, consigue llegar al sitio en que desaparece el sendero, á dos pasos de la cornisa, que mide cuarenta piés de altura. ¡Imposible que su caprichosa princesa haya escalado aquella muralla! De pronto, oye una voz argentina que le llama desde abajo. En su despecho, se da un fuerte puñetazo en la frente, pero en el momento en que se dispone á bajar, hiere su oído un ruido singular y un casco de pizarra le roza la mano, arrancándole un grito de sorpresa. Alza presuroso la cabeza, y á favor de la claridad de la luna divisa á la derecha una sombra suspendida en el aire. La ve subir, detenerse en el alféizar de una ventana, inclinarse y desaparecer en seguida.

—¡ Oh ! ¡ Oh !—exclama admirado—¿ Esas tenemos ? ¿ El señor secretario, rondando, de noche, por los tejados ? ¿ Y al efecto se ha proporcionado escalas de cuerda ? Mucho me engaño, ó á su excelencia, el señor conde, le ha de agradar muy poco la invención. ¡ Diablo ! ¡ buenos piés y buena vista tiene el mozo ! Para arriesgar así el pellejo, no ha de ser floja la ganancia !... ¡ Cáspita ! ¡ Fiad ahora en esos mojigatos !

Tan estupefacto estaba de su descubrimiento el bueno de Fritz, que se sentó un instante sobre una peña para conferenciar consigo mismo. La preciosa idea que germinó en su cerebro fué que el secretario pertenecía á la ilustre

cofradía de los ambidextros y que sus excursiones nocturnas tenían por objeto la busca de un tesoro oculto. Enorgullecido de su sagacidad y encantado de la ocasión que se le ofrecía para satisfacer sus resentimientos, descendió por el sendero no sin trabajo, y sordo á la voz y á las risotadas de la cabrera, que le provocaba á nuevos retozos, emprendió de nuevo la marcha dirigiéndose apresuradamente al castillo.

—¡Muy bien! ¡señor secretario!—decía el muy tuno, con maligna sonrisa.—Me precipitasteis por la escalera y pensabais hacerme poner de patitas en la calle. ¿Qué diréis si yo os hago ahora salir de esta casa por la ventana?









## XVIII

**A**L día siguiente (era el segundo domingo de setiembre) Gilberto salió á las diez de la mañana y dirigió sus pasos hacia un lugar solitario y agreste. Era un pequeño claro á orillas de un pantano desecado por los ardores del estío, y junto al cual había herborizado con frecuencia para Esteban.

Se sentó en el césped, á algunos pasos de un sauce, y apoyados los codos en sus rodillas y la cabeza entre las manos, se abismó en prolongada y dolorosa meditación.

Digámoslo todo: á intervalos sentía en lo más hondo de su ánimo cierto júbilo secreto que no osaba confesar; como un estremecimiento pasajero difícil de distinguir en medio de su profunda agitación. Fuera de que en aquel instante lo último que se le ocurría era analizar sus propios senti-



mientos. En otra cosa estaba pensando; unas veces se empeñaba en representarse todas las fases sucesivas de aquella existencia cuyo secreto poseía; otras, admiraba enterneciéndose la energía y la flexibilidad de aquel corazón que en vano había intentado quebrantar el infortunio. ¡Cómo abandonarle ahora! ¡cómo romper aquellos lazos tan fuertes y suaves á un tiempo! ¿no era, por ventura, esto condenarle á la desesperación, abandonarle á la violencia de sus propias pasiones que exaltaba la desgracia? ¿no estaba obligado á arrancar (ó á intentarlo por lo menos) de aquel pecho ebrio el dardo fatal, el funesto amor, que era á sus ojos un peligro, una extravagancia, una calamidad?... Así, de reflexión en reflexión, de inquietud en inquietud, volvía siempre á deplorar su ceguera. ¿Cómo no le habían revelado su error las rarezas de Esteban, ciertos rasgos de su carácter, la apasionada franqueza de su lenguaje, su rostro, sus cabellos, sus miradas, sus graciosas sonrisas? Torpeza y crimen llamaba él á esta falta de penetración, debida á su carácter poco romancesco.

Absorto estaba en sus reflexiones cuando le despertó el grito de un cuervo. Abrió los ojos, y después de haber perdido de vista al ave graznadora que atravesó el claro volando, contempló un momento á una tierna mariposa matizada que revoloteaba al rededor del sauce; luégo, percibiendo entre la yerba, al alcance de su mano, una hermosa parnasia pantanosa, la arrancó cuidadosamente del suelo con su raíz, y se puso á observarla con atención. Admiraba el matiz purpurino de su pistilo y el oro de sus estambres que casaban agradablemente con la brillante blancura de la corola y pensó:

—He aquí una flor encantadora que no he enseñado todavía á mi Esteban: he de llevársela...

Pero, al momento, volviendo en sí y arrojando á lo lejos con despecho la inocente florecita, exclamó:

—¡Oh destino, cuán extraños son tus juegos!

—¡Sí, muy extraños!—le contestó una voz que no le



Mariano Foix  
1884





era desconocida, y antes de que tuviese tiempo para volverse, el doctor Vladimiro se había sentado á su lado.

Vladimiro Paulitch había empleado perfectamente la mañana. Al levantarse, recibió en audiencia privada al corpulento Fritz, que no atreviéndose á espontanearse directamente con su amo, cuyo ceño le asustaba, fué á suplicar al doctor que escuchase sus revelaciones y que tuviera á bien transmitir las á su Excelencia. Después de haber soltado su importante secreto, con acento acalorado y misterioso:

—No hay en esto nada de particular—le contestó friamente Vladimiro.—Ese joven es sonámbulo, y la conclusión de vuestra historieta se reduce á la necesidad de poner una reja á su ventana. Ya hablaré de eso al conde Kostia.

Después de lo cual Fritz se retiró con la cabeza baja y muy mohino por el giro que tomaba la aventura. Una vez solo, Vladimiro Paulitch tuvo el capricho de ir á pasearse por el montículo alfombrado de césped, y mientras se encaminaba allí, se decía:

«¿Serían acaso fundadas mis sospechas?»

Había pasado una hora divagando, examinando los sitios, el aspecto del castillo por aquel lado y muy particularmente los diversos accidentes de los tejados. Mientras contemplaba la torre cuadrada que habitaba Esteban, la vió aparecer en la ventana y permanecer en ella algunos instantes con los ojos fijos en el torreón de Gilberto.

«¡Oh! lo que es ahora, ya sé á qué atenerme! se dijo; pero, para arriesgar así su cabeza, es menester que nuestro ideólogo esté perdidamente enamorado. Llevará perfectamente á cabo su papel. Procuremos verle y hablarle.»

Al volver al castillo, Vladimiro divisó á Gilberto que se internaba en el bosque, y sin ser visto, siguióle de lejos.

—¡Sí, muy extraños son los juegos del destino! repitió, y es preciso resistirle cara á cara y desafiarle resueltamente, ó someterse con humildad á sus caprichos y hacerse el muerto. Es lo único razonable; los términos medios no



pasan de ser el sello de los necios. En cuanto á mi, siempre he sido partidario del *Sequere Deum* que interpreto de este modo: Abandónate á los impulsos de la fortuna, y sigue adelante con los ojos vendados.»

Y como Gilberto no contestara:

—¿Me atreveré á preguntaros, prosiguió, por qué causa deciais poco há, que los caprichos de la fortuna son extraños?

— Pensaba — contestó tranquilamente Gilberto — en el emperador Constantino el Grande, quien, como sabéis...

—¡ Ah! ¡ esa no cuela! — dijo Vladimiro. — ¡ Qué! ¿ en una hermosa mañana, en medio de los bosques, frente á un pantano desecado que no carece de poesía, sentado sobre la hierba y con una linda flor blanca en la mano, era el emperador Constantino objeto de vuestras meditaciones? En cuanto á mi, no tengo la cabeza tan sentada, y os confesaré que hace poco, paseándome por esas espesuras, no me ocupaba más que de los extraños caprichos de mi propio destino, y lo que es singular, sentía la necesidad de contárselos á álguien.

— Me dejáis admirado — replicó Gilberto — no os creía tan expansivo.

— ¿ Y quién de nosotros — prosiguió Vladimiro — no desmiente á veces su carácter? En Rusia, los deberes de mi estado me obligan á permanecer oscuro, tenebroso, lleno de misterios de piés á cabeza, como gran pontífice de la ciencia que habla siempre sentenciosamente y á manera de oráculo; pero aquí, puedo hacer lo que guste, y por una reacción de la naturaleza, encontrándome solo en un bosque con un hombre de sentido y de corazón, se me suelta la lengua como á una urraca. ¿ Si os contara mi historia, me prometéis ser discreto?

— Indudablemente. Pero, si necesitáis á toda costa un confidente, ¿ en qué consiste que ligado como estáis con el conde Kostia...

— ¡ Ah! cuando sepáis mi historia, comprenderés preci-

samente por qué razón en mis entrevistas con Kostia Petrovitch, le hablo con frecuencia de él y casi nunca de mí.

Al pronunciar estas palabras, Vladimiro Paulitch remangó sus brazos, y enseñándole las muñecas á Gilberto:

—¡Mirad!—le dijo.—¿No veis ahí alguna marca, alguna cicatriz?

—Por más que miro...

—Es extraño. Sin embargo, hace cuarenta años que llevo las esposas, porque tal como me veis, yo, Vladimiro Paulitch, uno de los primeros médicos de Rusia, el sabio fisiólogo, soy la escoria de la tierra, soy el igual de Iván; en una palabra, soy siervo!

—¡Vos siervo!—exclamó Gilberto estupefacto.

—No os admire; esas aventuras son muy comunes en Rusia—dijo Vladimiro Paulitch sonriendo.

Y continuó:

—Sí, caballero, soy uno de los siervos del conde Kostia, y juzgad si le estaré reconocido de que, en su bondad, se dignase modelar la gloriosa estatua del doctor Vladimiro Paulitch con la humilde arcilla que la naturaleza empleó en la formación de uno de sus vasallos. Sin embargo, de todas las mercedes que me ha prodigado, la que más le agradezco, la que más me obliga, es que gracias á su discreción, hasta poco há, sólo dos hombres en el mundo, él y yo, me conocían por lo que soy. Desde hace dos minutos, ya somos tres.

—Mis padres, prosiguió, eran aldeanos de la Ukrania, y mi primera ocupación fué guardar carneros; pero yo había nacido para médico. Un enfermõ, hombre ó carnero, era á mis ojos el espectáculo más interesante. Me procuré algunos libros, adquirí ligeras nociones de anatomía y de química, y de vez en cuando hacía disecciones ó buscaba simples, cuyas virtudes experimentaba con infatigable ardor. Pobre, desprovisto de recursos, criado desde la infancia en necias supersticiones de que me costaba sumo trabajo emanciparme y viviendo entre hombres groseros,



ignorantes, envilecidos por la esclavitud, nada me desanimó. Sentíame nacido para descifrar el gran libro de la naturaleza y arrancarle sus secretos. Tuve la buena suerte de descubrir específicos contra la moniña y otras enfermedades del ganado. Esto me hizo célebre en tres leguas á la redonda. Después de los cuadrúpedos, me ensayé en los bipedos. Fui muy afortunado en algunas curaciones. De todas partes venían á consultarme. Orgulloso como Artabán, el pastorcillo, sentado á la sombra de un árbol, pronunciaba sus infalibles oráculos y se le daba crédito con tanta más facilidad cuanto que la naturaleza había dotado á sus ojos de esas miradas oscuras y veladas cuyo misterio impone á los necios. El terruño que me vió nacer pertenecía á una anciana parienta del conde Kostia. Al morir, le dejó sus bienes. Vino el conde á visitar sus nuevas posesiones, oyó hablar de mí, me hizo comparecer á su presencia, me interrogó, y llamaron su atención mis dotes naturales y mi precocidad. Abrigaba el proyecto de fundar un hospital en una de las aldeas que es su residencia de verano, y pensó que algún día podría sacar de mí alguna utilidad. Partí con él á Moscou, donde ocultando á todo el mundo mi condición, me hizo instruir con gran esmero. Maestros, libros, dinero, nada me faltaba. Era tan grande mi felicidad que apenas podía dar crédito á lo que me pasaba, y algunas veces me mordía los dedos para cerciorarme de que no soñaba. Cuando tuve veinte años, Kostia Petrovitch me hizo ingresar en la Escuela de medicina; algunos años después, dirigía yo su hospital y una casa de curación que fundó por indicación mía. Mis talentos y mi acierto no tardaron en darme á conocer. Se habló de mí en Moscou, y fui llamado para una consulta. ¡Estaba en camino de hacer fortuna; lo que más me conmovió fué que me veía solicitado, festejado y adulado! El pastorcillo, el siervo, se había convertido en rey y más que en rey, porque un médico que tiene buena mano es adorado por sus clientes como un Dios, y no creo que una mujer hermosa premie á sus

amantes con la mitad de las sonrisas que prodiga al mago de quien dependen su vida y su juventud. En aquel tiempo era yo devoto todavía y podéis juzgar qué espacio ocuparía el conde Kostia en mis oraciones, y con qué fervor le recomendaría á la intercesión de los santos y de la bienaventurada Virgen Maria!... Sin embargo, lo malo que tiene la prosperidad es que arrastra al hombre á desconocerse á sí mismo. Embriagado con mi gloria y mis triunfos, olvidéme harto pronto de mi juventud y de mis carneros, y este olvido estuvo á punto de causar mi perdición. Fuí llamado á prestar mis cuidados á un oficial de caballería retirado del servicio. Tenia una hija, bella y encantadora joven llamada Paulina. Me creía insensible al amor, y sin embargo apenas la ví, cuando sentí por ella la más violenta pasión. Figuraos que yo había vivido hasta entonces en una continencia de anacoreta; la ciencia había sido mi adorada y soberbia amante. Cuando las pasiones se encienden en un alma casta, llegan á convertirse en furores. Amaba á Paulina con rabia, con idolatría. Un día me dejó comprender que no le desagradaba mi locura y me declaré á su padre, obteniendo su consentimiento; creí morir de felicidad. Al día siguiente fuí á encontrar al conde Kostia, le conté mi aventura y le supliqué que me manumitiera. Se echó á reír y me manifestó que semejante extravagancia era indigna de mí. El matrimonio no me convenía. ¡Una mujer, hijos, equipaje inútil para mi existencia! Los pequeños goces y los disgustillos de la vida doméstica extinguirían el fuego de mi genio, matarían en mí el espíritu de investigación y la osadía de mis pensamientos. Por otra parte ¿era mi pasión bastante formal? Atendido mi carácter, era incapaz de amar. Todo, en suma, se reducía á una mala treta que me jugaba mi imaginación. Me dijo que permaneciese ocho días sin ver á Paulina y que mi curación estaba asegurada! Por toda contestación, me precipité á sus piés, le besé las manos, el polvo que pisaba, derramé abundantes lágrimas, qué sé yo... Durante esta escena



permaneció riendo, y acabó por preguntarme en broma si para poseer á Paulina, era necesario casarme con ella.

»Mi amor era un culto. Al oír tan insolentes palabras, monté en cólera, y me desaté en imprecaciones y amenazas. No obstante, recobrando á poco mi calma, le supliqué que disimulara mis arrebatos, y volviendo á usar el lenguaje de la servil humildad, me esforcé en ablandar con mi llanto aquel corazón de bronce. ¡Trabajo perdido! permaneció inflexible. Arrastréme por el suelo, arrancándome el cabello. ¡Y él riendo siempre!... Ya comprenderéis que debió ser una escena curiosa. Á la sazón era yo muy presumido en el vestir. Llevaba una pechera bordada, magníficas vueltas de encaje, mis dedos estaban llenos de sortijas y mi traje era á la última moda y de un corte muy elegante, añadiendo á esto que habitualmente, mi apostura, mi andar y mi aire, respiraban altanería y arrogancia. Á los que han salido de la nada, por más que hagan, siempre se les conoce. Yo hablaba fuerte, con aire de autoridad; me envolvía en misteriosas oscuridades que disipaban á intervalos los destellos de mi genio, y como había llevado á cabo algunas curas extraordinarias, que parecían milagrosas ó producto de alguna hechicería, mis ademanes de hierofante no parecían en manera alguna fuera de lugar, y tenía devotos que daban pábulo á las libertades de mi orgullo con su exceso de humildad... Y ved ahí, de repente, á ese hombre de importancia, á ese personaje milagroso, arrastrándose por el suelo, implorando perdón de un amo inexorable, y retorciéndose como vil gusano, bajo el pié que le destrozaba el corazón... Finalmente, Kostia Petrovitch perdió la paciencia, me cogió con sus forzudas manos, me puso en pié, y lanzándome violentamente contra la pared: «Vladimiro Paulitch, gritó con atronadora voz; »ahórrame el espectáculo de tus contorsiones de mujer-zuela y acuérdate de quien soy y de quien eres tú. Un día encontré, en medio de una carretera, un mal pedazo de carbón; le recogí á riesgo de tiznarne los dedos, y

»como soy algo químico, le puse en mi crisol y le conver-  
«tí en diamante, y cuando empiezo á exhibir mi piedra pre-  
«ciosa, engarzada en una sortija, me pides que me des-  
«haga de ella! ¡Ah! hijo mío, ¡por mi honor! no sé qué me  
«detiene, cuando no te mando de nuevo á guardar carne-  
«ros. Vamos, haz un esfuerzo, domina tu pasión, sé razo-  
«nable, vuelve en ti. Espera á mi muerte; en mi testamen-  
«to te declararé libre; pero hasta entonces, aunque te



»disguste, serás mi cosa, mi propiedad. ¡Guárdate de olvi-  
«darlo, ó te hago pedazos como este vaso!» Y cogiendo  
uno de encima de la mesa, lo tiró contra la pared, hacién-  
dolo volar en mil pedazos...

— En aquel momento, caballero, el conde Kostia mostra-  
ba demasiada viveza de genio, pero en el fondo tenía ra-  
zón. ¿Era justo que perdiera todo el fruto de sus afanes?  
Pensadlo bien, para él era gran motivo de orgullo poder  
decir: El ilustre doctor tan festejado, tan admirado, es



cosa mía, es mi propiedad... Su frase era justa; me exhibía como una sortija en sus dedos. Y luégo previa el porvenir. Durante dos años seguidos le ha bastado la más imperceptible seña para hacerme acudir presuroso desde el fondo de Rusia, á cuidar sus pobres nervios atormentados. Vos ya sabéis, caballero, lo que es el corazón del hombre. Si hubiese cometido la imprudencia de manumitirme, el año pasado hubiera venido por el bien parecer; pero este...

Mientras Vladimiro hablaba, Gilberto se decía á sí mismo:

—Este hombre es un perfecto compatriota del conde Leminof.

Luégo, acordándose del amable y generoso moscovita, con quien había estado ligado en otro tiempo, sacó equitativamente en consecuencia que la Rusia es grande, y que la naturaleza complaciéndose en los contrastes, producía en aquel gran país, de vez en cuando, las almas más duras ó más tiernas que hay en el mundo.

—Os lo repito, prosiguió Vladimiro, el conde Kostia tenía razón; pero, por desgracia, la pasión no atiende á razones. Me separé de él con la muerte en el alma, pero firmemente decidido á hacerle frente y á llevar á cabo mi pensamiento. Ya veis que en aquella ocasión observaba mal la sublime máxima *Sequere fatum*. Lisonjeábame de que podría dominar la corriente. ¡Vana ilusión! ¿Pero si ésta no existiera, se enamoraría uno nunca?... Paulina habitaba en un pueblecillo, situado á dos leguas de nuestra aldea. En cuanto no tenía ocupación, montaba á caballo y volaba á su lado. Dos días después de la terrible escena, dí un paseo en carruaje en compañía de la joven y de su padre. Cuando íbamos á salir del pueblo, vime acometido por un súbito estremecimiento... Acababa de divisar en medio de la acera al conde Kostia, que con su bastón con puño de oro, se encaminaba tranquilamente á nuestro encuentro. Me reconoció, sonrió graciosamente, é hizo seña

al cochero para que detuviera los caballos y á mí para que me apeara.

«—¡Vaya un indiscreto! ¡arrea, cochero, arrea! gritó jovialmente Paulina.»

Pero yo había abierto la portezuela...

«—Dispensadme, le dije, vuelvo al momento...»

—Y al decir esto, estaba yo tan pálido que ella palideció también, como asaltada por un siniestro presentimiento. Kostia Petrovitch no me detuvo mucho tiempo. Después de haberme saludado con ceremoniosa cortesanía, me dijo en tono zumbón:

«—Es lindísima, á fe mía, Vladimiro. Lo que me apena, es que si tu matrimonio no queda roto antes de anoecer, esa bella joven sabrá mañana por mi boca quién eres tú...»

Y dicho esto, saludándome nuevamente, se alejó tarareando una romanza.

—Me había parecido tan poca cosa el dinero al lado de la gloria y de la ciencia, y por otra parte mi amor por Paulina estaba tan puro de toda liga, que jamás se me había ocurrido la idea de informarme de su fortuna, ni del dote que debía aportar en matrimonio. La noche de aquel mismo día, cuando tomábamos el thé en familia en el salón de mi futuro suegro, afecté poner sobre el tapete esta importante cuestión, y fingí abrigar miras tan interesadas y una avaricia tan sórdida, que el anciano oficial acabó por indignarse. Paulina es arrogante; nos escuchó durante algún tiempo en silencio, pero al fin, levantándose, me anonadó con una mirada de desprecio, y tendiendo el brazo, indicóme la puerta con el dedo... Esa diabólica mirada no la he olvidado nunca; me ha perseguido durante mucho tiempo; en la actualidad todavía la veo en sueños...

» Al volver á casa, intenté matarme; pero fui torpe y no lo conseguí. Son cosas de que uno no sale airoso la primera vez. Lo que me impidió la reincidencia en mis propósitos fué acordarme del *Sequere fatum*. Entonces dije á



las olas que azotaban mi agobiado pecho: «¡Llebadme á donde queráis! sois mis dueñas y yo esclavo...» Y creedme, caballero, aquella dolorosa desgracia no dejó de aprovecharme. Me sugirió saludables reflexiones. Por vez primera ocurrióseme reflexionar; despojé mi espíritu de todas las preocupaciones que le quedaban, me despedí de todas las quimeras, ví el mundo y la vida tales como son en sí, y declaré que el cielo está vacío. Mis maneras no tardaron en resentirse de mi despreocupación. ¡No más arrogancia, no más fanfarronadas! No abdiqué, por eso, mi orgullo; pero me hice más tratable y más acomodaticio; renuncié á piafar, á hacer la rueda; el pavo real se convirtió en un hombre de agradable trato. Ya veis, caballero, de qué sirve la experiencia, ayudada por el *Sequere fatum*. Me ha hecho sabio, hombre honrado y ateo... Por lo tanto, algún tiempo después, decía yo una mañana al conde Kostia:

«De todos los beneficios que me habéis dispensado, el »más precioso ha sido librarme de Paulina. Esa mujer me »hubiera perdido. ¡Ah! ¡conde Kostia, cómo me río de »mí, en mis propias barbas, al recordar las ridículas leta- »nias con que un día os regalé los oídos! Me conociais »bien. ¡Amor de cabeza, fuego de paja! Kostia Petrovitch, »gracias á vos, mi talento ha adquirido luces, de que os »quedaré eternamente agradecido... por lo cual mi reco- »nocimiento será eterno...»

—Esta declaración le conmovió y aumentó su cariño. Todos los hombres que racionan, tienen también su lado débil. Hasta entonces, á despecho de las muestras de afecto que me prodigaba, me había hecho notar siempre la distancia que mediaba entre los dos. Á partir de este último día, fui su amigo íntimo, participé de sus secretos, y lo que estrechó más todavía nuestra amistad, fué que tuve ocasión de salvarle la vida arriesgando la mía.

—¿Y Paulina?—preguntó el curioso y simpático Gilberto.

—¡Ah! ¡Parece que Paulina os interesa!... Tranquili-

zaos. Seis meses después de nuestra ruptura, hizo un buen casamiento. Habita todavía en su pueblecito; es feliz y no ha perdido nada de su hermosura. La encuentro á veces en la calle acompañada de su esposo y de sus hijos, y tengo el placer de verla volver la cabeza... Yo también tengo hijos: mis discípulos. En Moscou les llaman *los pequeños Vladimiro*s y uno de ellos llegará á ser un gran Vladimiro. Le he revelado todos mis secretos, porque no quiero llevarlos conmigo al otro mundo, y mi fin podría estar muy próximo. Tengo todavía que poner en limpio un asunto muy importante; tan pronto como haya terminado mi tarea, venga la muerte cuando quiera! La vida del pastorcillo de Ucrania ha sido muy agitada, para que pueda durar mucho tiempo. Buena y corta, he aquí mi divisa.

Al llegar aquí, inclinándose bruscamente hacia Gilberto y mirándole de hito en hito:

—Vamos á cuentas—dijo—¿pensabais realmente en el emperador Constantino cuando habéis exclamado: Oh destino, qué extraños son vuestros juegos?

Poco faltó para que Gilberto se dejara desconcertar por tan recia acometida, pero fué listo y se repuso en seguida.

—¡Ah! ¡ah!—pensó—no me has contado tu historia por mera espontaneidad; llevabas segunda intención. ¿Quién sabe si será el mismo conde Leminof quien te haya encargado que me confieses?

Vladimiro desplegó toda su habilidad para hacer hablar á Gilberto; sus insidiosas preguntas no se agotaban; Gilberto permaneció impenetrable. De vez en cuando mirábanse fijamente uno á otro, procurando cada cual turbar á su contrario y sorprender su secreto; pero, aun cuando cruzaran el acero de sus miradas, se batían los dos con tal aplomo, que no perdieron ni una pulgada de terreno. Al fin Vladimiro se impacientó.

—Querido amigo—exclamó—tengo la debilidad de dar fe á los sueños, y la otra noche tuve uno que me trastornó en gran manera. Soñé que el conde Kostia tenía una hija



á quién hacía muy desgraciada porque pesaba sobre ella la doble falta de no ser hija suya y de parecerse, como una gota de agua á otra, á una mujer cuya memoria no le era grata. Ya veis que los sueños son tan extraños como los caprichos de la fortuna. Lo más grave del caso es que la desgracia y la belleza de esa joven habían conmovido vivamente vuestro corazón y que habíais concebido por ella una pasión ardiente.

«—¿Qué debo hacer?»— me dijisteis un día.

—Entonces os conté mi historia y os dije: Ya veis qué temperamento predomina en el carácter de Kostia Petrovitch. No esperéis hacerle ceder, sería para él un juego destrozarnos el corazón. Si yo hubiese estado tan enamorado como vos, hubiera robado á Paulina y habría huido con ella al otro extremo de la tierra. ¡Un rapto! ese es vuestro único recurso. Y advertid... (así es cómo os hablaba en sueños) advertid que si salís felizmente de esta empresa, el conde, furioso al principio al ver que se le escapa su víctima, acabará seguramente por tomar una resolución. La vista de esa niña le causa horror, la misma tiranía que ejerce sobre ella le agita é introduce el desorden en sus nervios. En cuanto se vea libre de ella, respirará con más desahogo, se pondrá mejor y perdonará al raptor que haya libertado su vida de ese fermento de odio que la turbaba. Entonces, podréis entrar en tratos con él, y, ó mucho me engaño ó vuestra querida no tardará en ser vuestra esposa... De esta manera, repito, os hablaba en mi sueño; y añadí: «No desperdiciéis un momento, hay peligro en la demora. Kostia Petrovitch ha concebido sospechas; mañana tal vez será demasiado tarde!...»

—Y al final, habéis despertado—dijo Gilberto interrumpiéndole y echándose á reír.

Después, levantándose:

—Vuestros sueños carecen de sentido común, querido doctor: porque, sin contar con que M. Leminof no tiene hija alguna, la naturaleza me ha negado el dón de amar,

y el solo raptó de que soy capaz, es el de las manchas de tinta de un libro in-foleo. Con un poco de cloro, ya sabéis...

Luégo, dando algunos pasos para recoger la parnasia que había arrojado lejos de sí:

—Hablemos de cosas más serias—continuó, emprendiendo de nuevo con Vladimiro el sendero que conducía al castillo.—Ocupémonos de botánica.

Y mientras andaban, el diálogo versó exclusivamente sobre pistilos y estambres. Al llegar á la entrada del terraplén se separaron amistosamente. Vladimiro siguió con la vista á Gilberto murmurando entre dientes:

« ¡ Ah! ¡ no has querido hablar, me niegas tu confianza y sólo robas manchas de tinta! ¡ Está bien! ¡ cúmplase tu destino! »

¿Cómo explicar los diversos movimientos que agitaban el corazón de Gilberto? No es difícil adivinarlos. Á todas las inquietudes que le devoraban, acababa de añadirse otra más punzante, el temor de ser descubierto. « Á pesar de mis precauciones, se decía, algún espía apostado por el conde me habrá visto correr por los tejados? No es probable. Más bien creo que los ojos de lince de Vladimiro Paulitch han sabido leer en el rostro de Esteban. En la mesa le observa con curiosidad. Quizá también mis miradas me han hecho traición. Ese espíritu, grosero en su sutileza, ha tomado por amor vulgar la tierna y generosa piedad que me inspiraba un gran infortunio. Sin duda se ha espontaneado con el conde, y obedeciendo á sus órdenes ha intentado sorprender mi confianza y arrancarme el secreto! ¡ Esteban! ¡ Esteban! ¿ no habrán dado mis esfuerzos otro resultado que atraer nuevas tempestades sobre vuestra cabeza?... » Lo que le calmó algún tanto fué la reflexión que se hizo de que le había autorizado espontáneamente á permanecer dos semanas lo menos sin volver á su lado. « De aquí á entonces, malo será que no se me ocurra algún plan. Lo que importa, ante todo, es hacerle perder



la pista á ese zarcero que sigue nuestros pasos. De todos modos, no ha de tardar muchos días en marcharse. Su partida será para mí un gran alivio, porque es un personaje peligroso. Con tal que Esteban sea prudente!»

La comida careció de incidentes; Vladimiro no comparió. El conde estuvo alegre, amable. Esteban, aunque muy pálido, estaba tan tranquilo como los días anteriores, y sus ojos no intentaron encontrarse con los de Gilberto, quien sintió disminuir sus alarmas; pero, al levantarse de la mesa, Kostia Petrovitch fué el primero en salir de la habitación, y su hija antes de seguirle, tuvo tiempo para volverse, sacar de su manga un papelito arrollado y tirarlo á los piés de Gilberto que se apresuró á recogerlo. ¡Cuál no fué su dolor cuando, al encontrarse en su aposento, leyó las siguientes líneas:

«¡El espíritu de las tinieblas se apodera otra vez de mí! Esta última noche no he podido cerrar los ojos. Mi cabeza es un volcán. Tengo miedo, dudo, me desespero. Gilberto mío; es menester que te vea esta noche á toda costa, porque no hay cosa de que no me sienta capaz. ¡Admirable amigo! ven á lo menos á consolarme, ven á quitar de mi vista el cuchillo que ha quedado abierto encima de la mesa...»

Gilberto pasó dos horas en indescriptible angustia. Mientras duró la luz del día, permaneció de pié con los codos apoyados en la ventana, esperando siempre á que Esteban se asomase á la suya y poder hablarle por señas; pero esperó en vano. Ya anochece, y él seguía deliberando perplejo, vacilante. Por último, en este combate interior, un pensamiento acabó por dominar á todos los demás. Creía ver á Esteban con el cabello en desorden y la desesperación en la mirada; creía ver también en sus manos el puñal cuya acerada hoja brillaba á través de las tinieblas... Azorado por tan horribles imágenes, cierra su corazón á todos los consejos de la prudencia, suspende su escala, baja, atraviesa los tejados, se

encarama á la ventana, se lanza en el aposento... Estefania le aguardaba acurrucada al pié de los santos. Se levanta, da un salto, coge con ademán convulsivo el puñal que estaba encima de la mesa, dirige la punta á su corazón, y exclama con vibrante acento:

—Gilberto, por primera y última vez, ¿me amas?

Asustado, trémulo, fuera de sí, Gilberto le abre sus brazos. Estefania arroja el puñal lejos de sí, da un grito de alegría, de delirio, se abalanza á su amigo, le enlaza en sus brazos, y suspensa de sus labios, exclama:

—¡Me ama! ¡Me ama! ¡Estoy salvada!...

Gilberto, á la vez que corresponde á sus caricias procura calmar su fiebre y sus arrebatos... Pero de pronto palidece. De la alcoba inmediata acaba de salir un suspiro igual al que oyó en uno de los corredores del castillo.

—¡Estamos perdidos!—murmuró con ahogado acento. —Han venido á sorprendernos.

Pero ella, asiéndose de Gilberto y con la faz iluminada por insensata alegría:

—¡Me amas! Soy feliz. ¿Qué me importa lo demás?...

En este momento, ábrese la puerta de la alcoba y aparece en el dintel el conde Kostia, terrible, amenazador, con los labios contraídos por siniestra sonrisa. Á su aspecto, alza Estefania lentamente la cabeza, da unos cuantos pasos hacia él, y por vez primera se atreve á mirar de frente á aquel padre, que durante tantos años la mantuviera doblegada y temblorosa bajo su férrea mano. Entonces, semejante á una joven leona de erizadas melenas, haciendo flotar sobre sus hombros su desordenada cabellera, trémulo el cuerpo, fruncidas las cejas, echando fuego por los ojos, y con voz ronca y acento sombrío:

—¡Ah! en verdad, ¿sois vos?—gritó.—¡Bien venido seáis!... ¡Vos aquí, Dios poderoso! Por cierto que estas paredes deben quedar sorprendidas al veros... Sí, oídme, vetustas, sordas paredes, ese hombre á quien veis en el dintel de esa puerta es mi padre! Decidme, ¿no le

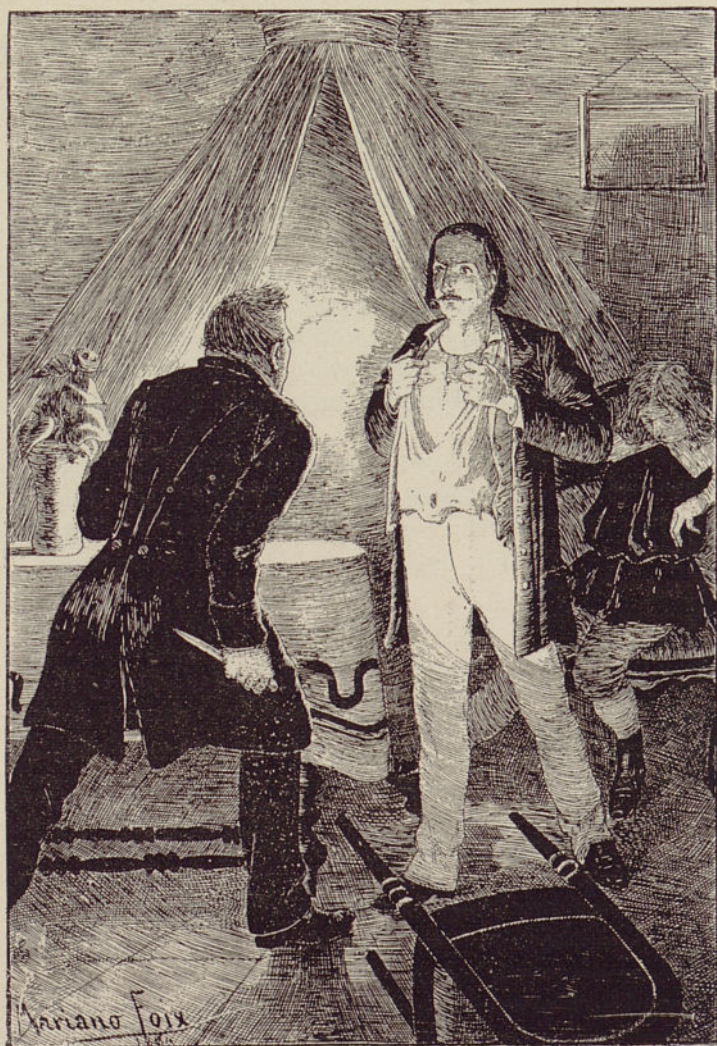


hubiérais reconocido en la ternura que brilla en sus miradas, en esa sonrisa llena de bondad que vaga por sus labios?...—Y luégo añadió:—Padre desnaturalizado, ¿os acordáis todavía de que en otro tiempo teniais una hija? Registrad, registrad, tal vez la encontréis en el fondo de vuestros recuerdos... ¡Pues bien! aquella hija á quien matasteis, acaba de salir de su sepulcro, y quien la ha resucitado, es este hombre que aquí veis!...—Y exaltándose, cada vez más:—¡Oh! ¡cuánto amo á ese hombre divino! Yamándole, hija respetuosa y complaciente, ¿hago por ventura otra cosa que ejecutar vuestra voluntad? Porque, en fin, ¿no fuisteis vos mismo quien me obligasteis un día á prosternarme á sus piés?... Pues bien, á sus piés he quedado!...

Pero al pronunciar estas últimas palabras, agotadas sus fuerzas por la emoción, la abandonaron; exhaló un grito, cerró los ojos, y cayó desplomada. Entretanto, Gilberto se había precipitado hacia ella: la levantó en sus brazos y la colocó exánime en un sillón, poniéndose ante ella, á guisa de muralla. Cuando dirigió sus miradas al conde no pudo menos de temblar, porque creyó estar viendo al sonámbulo! Las facciones de Kostia Petrovitch se habían descompuesto, sus ojos estaban inyectados en sangre, y sus pupilas ardientes y fijas, parecían próximas á saltar de las órbitas. Inclínose lentamente y recogió el cuchillo, luégo permaneció algún tiempo inmóvil, sin dar otra señal de vida, que pasar la lengua á intervalos por los labios, como para apagar la sed de sangre que le consumía... Al fin, se puso en marcha, erguida la cabeza, y el brazo y el puñal suspendido en el aire, no deseando más que herir. Entonces, Gilberto, viéndole aproximarse, recobró toda su calma, y con voz clara y fuerte gritó:

—Conde Leminof, llamad á vuestra razón, que está pronta á abandonaros!...

Y como el horrible fantasma continuase avanzando, se descubrió bruscamente el pecho y gritó con voz más fuerte todavía:







—¡Conde Kostia, hiere, he aquí mi corazón! Pero tus golpes no llegarán hasta mí... el espectro de Morlof se interpone entre nosotros!

Al oír estas palabras, el conde lanzó un rugido feroz, seguido de un suspiro prolongado y plañidero. Un combate se trabó en su alma, su frente crispada, los movimientos convulsivos que sacudían su cuerpo, y el espumarajo que se desbordaba por sus labios, eran testigos patentes de la violencia del esfuerzo que hacía. Al fin, le dominó la razón; su brazo cayó soltando el cuchillo, los músculos de su rostro se dilataron, sus facciones recobraron gradualmente la expresión natural; se volvió hacia la alcoba y gritó:

—Iván, ven á prestar tus cuidados á tu joven ama, que se ha desmayado.

Iván compareció. ¿Quién se encargará de pintar la mirada que dirigió á Gilberto? Entretanto, el conde, que había entrado en la alcoba, sacó una bujía apagada, que encendió con la mayor tranquilidad y luégo con un movimiento:

—Caballero—dijo á Gilberto—me parece que estamos de más aquí. Tened la bondad de salir conmigo por la escalera, porque no quiera Dios que volváis á vuestro aposento corriendo por los tejados. Si os sucediera alguna desgracia, Bizancio y yo quedaríamos inconsolables!

Era tal el carácter de Gilberto, que en este momento M. Leminof le inspiró más compasión que cólera. Obedeció, y precediéndole de algunos pasos, atravesó la alcoba y bajó por la escalera. Llegado á la entrada del corredor, volvióse y arrimándose á la pared:

—Tendría que deciros dos palabras—murmuró tristemente.

El conde, deteniéndose en el último escalón, se apoyó negligentemente en la barandilla y le contestó, sonriendo:

—Hablad, estoy dispuesto á escucharos; ya sabéis cuánto me agrada vuestra conversación.

—Os suplico—le dijo Gilberto—que perdonéis á vuestra



hija la amargura de su lenguaje. Al hablar del modo que lo ha hecho, estaba delirando. Os juro, que en el fondo de su corazón os respeta, y que no tendreis más que quererla para que os ame como á un padre.

M. Lemínof contestó encogiendo los hombros y como diciendo:

—¿Qué me importa?

—Debo añadirlo—continuó Gilberto—que vuestra cólera debe recaer entera sobre mí solo. Soy yo quien ha venido á encontrar á esa joven que me odiaba; la he obligado á recibirme, la he prodigado mis cuidados, y no me he dado tregua ni reposo hasta haber conquistado su afecto.

El conde se encogió nuevamente de hombros, como diciendo:

—Os creo, pero esto ¿cambia en algo la situación?

—En cuanto á mí—prosiguió Gilberto—os afirmo, por mi honor, que hasta ayer no arranqué á vuestra hija su secreto.

El conde le contestó:

—No me opongo á creerlo; pero decidme: ¿es verdad que actualmente amáis á esa jovencita tanto como ella á vos?

Gilberto reflexionó un instante; luégo, no tomando consejo más que de los intereses y de la dignidad de Esteban, contestó:

—Sí, he concebido por ella una pasión casta y pura.

Una alegría irónica se manifestó en el semblante del conde.

—¡Magnífico!—dijo.—Es cuanto deseaba saber. No tenemos ya más que hablar sobre este asunto.

Gilberto irguió la cabeza:

—Una palabra todavía, señor conde!—exclamó.—No me separo de vos sin que me hayáis jurado que no tocaréis ni un cabello á vuestra hija, y que no os vengaréis en ella de mi generosa imprudencia!

—¡Diablo!—dijo el conde riendo.—Muy altanero os

mostrais ahora;... á pesar de todo, debo estaros reconocido. Hace un momento que vuestra sangre fría me ha impedido cometer un crimen que hubiera sido una necesidad, porque sólo los necios se vengan á puñaladas. Por lo tanto, os concederé todavía mucho más de lo que me pedís. De hoy en adelante no tendrá mi hija la menor queja de mí, y me ocuparé paternalmente de su felicidad. Le disgusta estar bajo la guardia de Iván; en adelante Iván no será más que su humilde servidor. Deseo que sea libre como el aire, y todos sus caprichos serán sagrados para mí. Empezaré por devolverle su caballo, si es que todavía no lo han vendido. Haré más: le permitiré que vuelva á usar el traje de su sexo. Pero, á tantos favores, pongo dos condiciones: la primera, que vos permaneceréis aquí todavía seis meses por lo menos; la segunda, que no intentaréis ver á mi muñeca, ni hablarle, ni escribirle, sin mi consentimiento.

Gilberto exhaló un profundo suspiro.

—¡ Os lo juro por mi honor!—contestó.

—¡ Bueno, bueno!—prosiguió M. Lemínof.—Me habéis dado vuestra palabra y creo en ella, como en el Evangelio.

En cuanto el conde hubo vuelto á su gabinete, el doctor Vladimiro, que le aguardaba con impaciencia, le examinó de piés á cabeza como si buscara en sus vestidos ó en sus manos alguna mancha de sangre; luégo, reprimiendo su emoción:

—¡ Y bien!—le dijo friamente—¿ cómo se ha arreglado el negocio?

—¡ Perfectamente!—contestó el conde dejándose caer en un sillón.—No he matado á nadie. El juicio de ese joven me ha hecho recobrar el mío.

Vladimiro Paulitch palideció.

—Por lo visto—dijo con forzada sonrisa—ese audaz seductor ha quedado en paz con una reprensión.

—¡ Estáis falto de sentido común, Vladimiro Paulitch! ¿ Qué habláis de seducción? Los Gilberto son para vos un



enigma. No han nacido bajo el mismo planeta que los doctores Vladimiro y los condes Lemínof. ¡Hay en ellos algo humanitario, participan del caballero andante, de la hermana de la caridad, de San Vicente de Paul! Además de eso, nuestro filántropo tiene la pasión de los títeres, y desde su llegada me dijo que sabía hacerlos representar. Debemos creer que ha querido darse á sí mismo la representación de algún *auto sacramental*, de algún Misterio de la Edad Media; y por cierto que la pieza empezó perfectamente. Los principales personajes eran la fe, la esperanza y la caridad. Desgraciadamente, el amor ha entrado en la partida y el misterio se ha transformado en drama de capa y espada. Lo siento por él; pues semejantes dramas siempre suelen acabar mal.

—Os equivocáis, conde Kostia—contestó irónicamente Vladimiro;—por lo común terminan en casamiento.

—¡Vladimiro Paulitch!—gritó el conde golpeando el suelo con el pié—¡tienes el dón de exasperarme! Hoy has pasado más de una hora atizando en mi alma el fuego de la venganza. Odiás á ese joven y creo, por mi honor, que le tienes envidia. ¿Temes, acaso, que ocupe en mi testamento el lugar del pastorcillo de la Ucrania? Piensa lo que quieras, querido doctor; lo cierto es que si hubiese cometido la horrible torpeza de matar á ese amable compañero de estudio, en este momento le lloraría con lágrimas de sangre, porque, no puedo remediarlo, á pesar de todo, le quiero; pero quien bien quiere, bien castiga, y no puedo menos de compadecerle pensando en todos los padecimientos que le voy á hacer sufrir. Entre tanto vete á acostar, querido doctor. Mañana, por la mañana, te encaminarás con pié ligero á tres leguas de aquí, al otro lado de la montaña, hasta una linda posada, cuyo camino te indicaré; yo me trasladaré allá á caballo. Necesito distracción y ejercicio. Nos encontraremos allí y comeremos juntos. De sobremesa hablaremos de fisiología, y luégo harás cuanto puedas para divertirme.

—Pero ¿en qué pensáis?—exclamó Vladimiro altamente sorprendido.—¿Vais á permitir á esos dos amantes?...

—¡Qué ingenio tan pobre, á pesar de su sabiduría!—dijo el conde interrumpiéndole.—En materia de venganzas no conoces más que los géneros ordinarios. ¡Yo, me complazco en urdir las mías con seda y oro!

Al volver á su cuarto, Vladimiro Paulich se dijo:

—Escos dos hombres son demasiado razonables. El drama no marcha. Es menester que me encargue del desenlace.









## XIX

**I**VÁN entró muy temprano en el aposento de Gilberto. Daba pena ver el rostro del pobre siervo. Tenía los ojos enrojecidos é hinchados, y todas sus facciones abotargadas. En todo su semblante se percibía la ensangrentada señal de sus uñas; se había arañado la frente y las mejillas. Avisó á Gilberto que al mediodía el conde Kostia saldría con Vladimiro Paulitch y estaría ausente el resto del día.

—Me dejaré aquí para vigilaros y darle cuenta, cuando vuelva, de todo cuanto vea y oiga. Yo no soy malo, pero después de lo que ha pasado, estaríais loco si esperarais de mí la menor complacencia. Mis ojos, mis oídos y mi lengua cumplirán con su deber. Por otra parte, debo poner en vuestro conocimiento que *el barine* está hoy de un humor sombrío. No tiene color en los labios, y pasa con frecuencia su mano izquierda por las cejas, lo que es señal segura de que la tempestad ruge en su alma.

—Querido Iván—contestó Gilberto—yo también estaré



ausente todo el día; como ves, tu oficio de vigilante te será muy fácil.

Iván lanzó un profundo suspiro. Parecía que le habían quitado una montaña de encima del pecho.

—Veo con satisfacción—le dijo—que os arrepentís de vuestro pecado y que os proponéis ser más cuerdo en adelante. ¡ Ah! ¡ si mi señorito pudiera dar oídos á la razón, como vos!

—Tu señorito, como le llamas, será tan razonable como yo. Pero hazme el favor de decirme...

—¡ Oh! podéis estar tranquilo; su desmayo duró poco. Apenas me acerqué á él, abrió los ojos y me preguntó si estabais vivo todavía. Al oír mi contestación, ha exclamado: «¡ Ah! ¡ Dios mío! ¡ qué feliz soy! ¡ Vive y me ama!» Al hablar así, ha querido levantarse, pero estaba tan débil que ha vuelto á caer. Entonces le transportó á su lecho y me dijo: «Iván hace cuatro noches que no tiene los ojos...» Al decir esto, se sonrió, y con esta sonrisa, se durmió y así continúa.

—Para que Esteban sea cuerdo—repuso Gilberto—es preciso que se ocupe en algo, que trabaje con las manos y con el entendimiento... Mira, toma esta flor blanca—añadió presentándole la parnasia que había cogido la vispera.—Le dirás, de mi parte, que la pinte hoy en su herbario.»

Y como Iván examinara la planta con aire de desconfianza:

—¡ Vé, no temas! No he ocultado en ella ningún billete. Querido Iván, soy hombre de honor, y no retiro jamás mi palabra.

Iván metió la flor en una de sus mangas y se retiró murmurando:

—¿ Cómo acabará todo esto? ¡ Ah! ¡ la Santísima Trinidad nos mire á todos con ojos de compasión, ó de lo contrario, estamos perdidos!

Gilberto salió. Dejando á un lado la loma y sus espesas frondosidades, se dirigió á la carretera y siguió largo rato

las orillas del Rhin. Pasó todo el día andando. Mil pensamientos cruzaban confusamente por su imaginación; pero acababa siempre por decirse á sí mismo :

—¡Perderé mi vida ó salvaré á esa joven !

Cuando el sol empezaba á declinar hacia el horizonte, regresó Gilberto al castillo. Buscó al padre Alejo y le encontró en la capilla. El buen padre había sabido por Iván todo lo acontecido la víspera. Dirigió los más vivos reproches á Gilberto ; pero después de haber oído sus explicaciones, dulcificó su lenguaje y en tono gruñón recordó el antiguo proverbio : «Cada cual á su negocio.» —Los bueyes —añadió—han nacido para tirar de una carreta, los pájaros para volar, las abejas para hacer miel ; la vocación de Gilberto, leer grandes libros y hacerlos también, la del padre Alejo es edificar y consolar al prójimo. Has querido usurparme el empleo, y has caminado por mis propios surcos. ¿Y qué resultado te han dado tus esfuerzos ? Echar á perder mi obra. ¿No habías observado que esa joven estaba mejor, de dos meses á esta parte, que estaba más tranquila, más amable, más resignada ? La había sermoneado tanto, que acabó por entrar en razón. ¡Y tú has venido á meterle en la cabeza un necio amorcillo, que os costará á entrambos muchas lágrimas !

Dicho esto, cogiéndole el brazo con fuerza :

—¿Y qué necesidad teníamos, Dios ni yo, de tu concurso ? ¿Habías olvidado acaso?... ¡Abre los ojos, y mira ! Hoy, hijo mío, hoy mismo he dado la última mano á mi obra magna.

Y, con el dedo, señalábale dos largas hileras de rostros pálidos, rodeados de nimbos de oro, que dos lámparas pendientes de la bóveda iluminaban con misteriosa claridad. Parecido á un general que hace la enumeración de sus fuerzas :

—Mira esas tres barbas blancas—le decía—este es Isaías, este Jeremías y este Ezequiel. Á este lado, los santos guerreros mártires. Ahí están san Procopio, san Teodoro, que



quemó el templo de Cibeles... Su antorcha no está apagada hasta el punto que no pueda volver á brillar... ¿Y estos arcángeles que ves ahí, crees que tienen los brazos entorpecidos y que sus espadas se hayan dormido para siempre dentro de la vaina?

Al llegar aquí de su relación, cayó de rodillas.

—¡Y vos, santa Madre de Dios, permitid á vuestro humilde siervo que os pida el cumplimiento de vuestra promesa! ¡Aparezca al fin vuestra augusta diestra! ¡Que al ver el fruncimiento de vuestras cejas se cumpla un misterio de llanto y terror en los corazones empedernidos! ¡Vean los orgullosos abatida su cerviz, y su altanera cabeza inclinada por el soplo de vuestros labios como por el viento de una tormenta, llegue hasta el suelo y barra con su cabello el polvo de este atrio!

En este instante se oyó una voz, que gritaba:

—Padre Alejo, padre Alejo, ¿dónde estáis?

El sacerdote palideció y tembló. Intentó en vano levantarse; una de sus rodillas permaneció clavada en el suelo.

—¡Ah! ¡hijo mío!—exclamó—¿no has oído una voz celeste que me llamaba?

Pero, ayudándole Gilberto á levantarse, le dijo, con triste sonrisa:

—Esa voz nada tiene de divina. Tiene un acento provenzal muy pronunciado, y si no me engaño, es la del cocinero Jazmín, que está en el patio con una linterna en la mano y viene á buscaros.

—Quizá tengas razón—contestó el buen padre moviendo la cabeza y pasándose la mano por la frente bañada en sudor.—Vamos á ver qué nos quiere el buen Jazmín. Tal vez me trae la comida: no obstante de que yo le había prevenido que hoy me proponía ayunar.

No bien se presentaron en la puerta de la capilla, cuando Jazmín corrió hacia ellos y dijo al capellán:

—Padre mío, no sé qué le habrá sucedido á Iván, pero hace un momento, cuando he entrado en su cuarto para

llevarle la comida, le he encontrado tendido en su lecho. Le he llamado y le he sacudido, sin lograr despertarle.

Un estremecimiento general agitó el cuerpo de Gilberto. Cogiendo la linterna de Jazmín, echó á correr y en dos segundos se encontró al lado de Iván. Jazmín había dicho la verdad: el siervo dormía un sueño profundo y pesado. Á fuerza de tirarle del brazo, Gilberto consiguió hacerle abrir los ojos; pero en seguida los cerró y volviéndose hacia la pared siguió durmiendo á más y mejor.

—¡Indudablemente le han administrado un narcótico!  
—dijo Gilberto al oído del padre Alejo, que acababa de reunirse con él.

Y dirigiéndose á Jazmín, que había seguido al capellán:

—¿Ha venido alguién aquí, después del almuerzo?

—Sí señor—dijo el cocinero.—El doctor Vladimiro ha vuelto de paseo, á eso de las cinco, lo cual no ha dejado de sorprenderme, porque el conde Kostia me había prevenido antes de partir que hoy comería solo aquí el señorito Esteban.

—¿Y actualmente el doctor está en el comedor?

—No señor, no ha querido comer. Me ha dicho en tono de broma, que dentro de poco asistiría á un banquete en el otro mundo.

—Pero ¿dónde está? ¿En su gabinete?

—Al cabo de dos horas, ha vuelto á salir en compañía del señorito Esteban.

—¿Y hacia qué lado han ido?—gritó Gilberto, sacudiéndole violentamente el brazo.

—¡Ah! ¡cuidado, señor! ¡cuidado! ¡que vais á dislocarme el brazo!—contestó el corpulento provenzal.

—Jazmín, mi buen Jazmín, contéstame: ¿á dónde han ido?

—¡Ah! ya recuerdo; se han encaminado hacia el bosque.

Gilberto echó á correr. En vano el padre Alejo le gritaba:



—Aguárdame, hijo mío, yo te acompañaré. Soy un buen consejero...

Sus palabras se las llevaba el viento. Gilberto estaba ya en el bosque.

Descubierta la cabeza, falto de aliento, corría á más no poder. Había anochecido, y la luna empezaba á platear los follajes que se movían á impulsos del aire. Gilberto no veía los argentinos resplandores del nocturno astro, ni oía los suspiros del viento. Sólo oía á lo lejos un ruido de pasos que se iba amortiguando, y no veía más que una nube de sangre que flotaba ante sus ojos y le indicaba su camino; el único pensamiento que preocupaba su espíritu en tinieblas, era éste:

—No he comprendido á ese hombre; lo que me proponía ayer, era una alianza ofensiva. ¡No he querido vengarle, y se venga por su mano; un siervo ruso que se venga es capaz de todo!...

Y corría, corría siempre, y hubiera corrido hasta el fin del mundo, si, en uno de los recodos del camino, no hubiese divisado de pronto, á algunos pasos de él, á la claridad de la luna, á Estefanía inmóvil y en pié. Detúvose Gilberto, extendió los brazos y exhaló un grito. Ella se estremeció, se volvió y corriendo hacia él:

—Gilberto—exclamó—¿me amas?

Este, por toda contestación, la estrechó contra su corazón, y divisando en aquel momento al doctor Vladimiro, que estaba sentado en el borde de una zanja, con la cabeza entre las manos:

—¡Este hombre aquí, con vos!...—balbuceó.

—Ignoro—dijo ella con voz trémula—si ese hombre es un loco ó un malvado; lo que sí es cierto, que morirá, porque se ha envenenado.

—¿Qué decís?—exclamó Gilberto contemplando con ojos extraviados el sombrío semblante del doctor, que la luna iluminaba de lleno —¡ah! ¡por favor! explicadme!...

—¿Qué sé yo?—dijo Estefanía—desde anoche, creo estar soñando. Sin embargo, paréceme que este hombre ha venido á buscarme á mi aposento. Había tomado la precaución de adormecer á Iván... Yo me moría de tristeza, y me ha persuadido de que vos, Gilberto mío, me aguardabais en una de las encrucijadas de esta selva para huir conmigo á tierras lejanas... ¡Partamos! ¡Partamos! he exclamado. Pero por el camino he reflexionado, he concebido sospechas y en este recodo he dicho á mi siniestro compañero: ¡Traedme á mi Gilberto; yo no paso adelante!... Entonces me ha dirigido aterradoras miradas y creo que ha dicho: ¿Qué me importa tu Gilberto? ¡Sígueme, ó te mato!... y entretanto registraba su seno como buscando un arma oculta, y, si mal no recuerdo, he fijado mi vista en la suya, y cruzando los brazos, le he dicho: Mátame, pero no conseguirás que dé un paso más...

Vladimiro alzó la cabeza.

—¡Cuán falaces son las semejanzas!—dijo con sordo acento.—Conocí en otro tiempo á una mujer que tenía el mismo rostro, y una noche, con el solo poder de mi mirada, la obligué á caer á mis piés gritando: « ¡Vladimiro Paulitch, haz de mí lo que quieras! » Pero vuestra joven amiga tiene el alma de otra estofa. Quizás no me creeréis caballero; pero lo cierto es que su rostro encantador me inspiró súbitamente un respeto involuntario. Me pareció que su cabeza estaba ceñida con una diadema real. En su frente resplandecía la altivez, la cólera henchía sus narices, y mientras erraba por sus labios una sonrisa de desprecio, sus miradas anunciaban el candor de un alma tan pura, como los rayos de la luna que nos alumbra!... Al verla, y recordando á la mujer de quien os hablé ayer, he experimentado un movimiento de horror por la alevosía que había premeditado, y yo, el doctor Vladimiro, me he prosternado á los piés de esta niña, diciéndole: ¡Perdóname, soy un miserable! ... En seguida, he tomado una fuerte dosis de un veneno compuesto por mí contra el cual no



hay antídoto conocido, y dentro de dos horas habré dejado de existir.

Gilberto le miró fijamente.

«¡Ah! ¡gran Dios! pensó, no era la vida, sino el honor de Estefanía, lo que peligraba! Realizóse el milagro ofrecido; sólo que en lugar del que esperaba el padre Alejo, ha sido obra del Dios de la naturaleza.»

Estefanía se acercó á él y cruzando las manos:

—¡Gilberto, Gilberto— murmuró— huyamos, huyamos juntos, todavía es tiempo!

Pero él:

—¡Todo lo adivino!

Y volviéndose á Vladimiro:

—¡Seguidme, doctor!—le dijo en tono de autoridad.— Bueno será que el conde Kostia recoja vuestro último suspiro.

Vladimiro reflexionó un momento; luégo levantándose:

—Tenéis razón, es preciso que le vea antes de morir; pero dadme el brazo, porque el veneno empieza á obrar, y tengo las piernas entorpecidas.

Se pusieron en marcha precedidos á corta distancia por Estefanía. De vez en cuando Vladimiro exclamaba:

—¡Morir! ¡no respirar más! ¡no ver más el sol! ¡no acordarse más! ¡olvidarlo todo!...

Y añadió:

—Sólo una cosa turba mi felicidad; ¡no estoy bastante vengado!

Al fin, espiró la voz en sus labios y le flaquearon las piernas. Fué menester que Gilberto se lo cargase en hombros; y estaba á punto de sucumbir bajo el peso, cuando vió llegar al padre Alejo muy sofocado. No le dió tiempo para tomar aliento:

—¡Coged á este hombre por los piés!—le gritó.—¡Yo le sostendré por las espaldas! ¡En marcha, padre mío, en marcha! ¡Va en ello la vida de todos nosotros!

El padre Alejo se apresuró á hacer lo que Gilberto le

indicaba y se pusieron nuevamente en camino. Andaban todos con la cabeza baja, guardando fúnebre silencio, á excepción de Estefanía que con su gorrilla calada hasta los ojos, pronunciaba, á ratos, palabras sin ilación, y de vez en cuando miraba á Gilberto de reojo ó cambiaba sombrías miradas con la luna. Llegados al castillo, atravesaron el patio y subieron la escalera sin encontrar á nadie; pero al entrar en el vestíbulo del primer piso, cuyos faroles todos estaban encendidos, oyeron ruido de pasos en el corredor que conducía á la torre cuadrada.

—¡M. Leminof está de vuelta!—dijo Gilberto sobresaltado.—Padre Alejo, transportad este hombre á su aposento. Voy á hablar un momento con el conde. Dentro de un instante, le traeré conmigo.

Y cogiendo á Estefanía del brazo :

—¡En nombre del cielo, alejaos!—le dijo al oído.—¡Bajad á la terraza; manteneos oculta! ¡No conviene que vuestro padre os vea antes de que me haya oído!

—¿Crees tú, acaso, que tengo miedo?—contestó ella.

Y, escapándosele, se lanzó corriendo por el corredor.

Entretanto el padre Alejo acababa de entrar en el aposento de Vladimiro, á quien sostenía con gran trabajo en sus trémulos brazos. En el momento que le echaba en la cama, llegó hasta ellos una voz que profería estas terribles palabras:

—¡Ah! ¡esto es insultarme demasiado!... ¡Que muera!

Y un grito agudo rasgó los aires, siguiéndole un ruido sordo como el que produce un cuerpo al caer pesadamente sobre el enlosado.

El padre Alejo miró horrorizado á Vladimiro.

—¡No te bastaba con la madre—exclamó—acabas de matar á la hñja!

Y se lanzó despavorido fuera del aposento.

Vladimiro se sentó. Una alegría infernal iluminaba su róstro; y recobrando el uso de la palabra:

—¡Mi venganza es completa!—murmuró.



Pero, al decir esto, se le escapó un gemido; el veneno empezaba á abrasarle las entrañas. No obstante, olvidó su padecimiento, viendo aparecer al conde, seguido del capellán y llevando en la mano una espada que tiró á un rincón.

—Conde Kostia —exclamó el moribundo— ¿qué has hecho de tu hija?

—La he matado—contestó concisamente interrogándole con la mirada.

Vladimiro permaneció callado un momento.

—Mi buen amo, te acuerdas—dijo— ¿te acuerdas de aquella Paulina á quien amaba? ¿Te acuerdas también de haberme visto arrastrar á tus piés clamando: ¡gracia! ¡gracia para ella y para mí? Mi buen amo ¿habrías olvidado acaso la esquina de una calle donde un día me dijiste: esa joven es encantadora, pero si vuestro matrimonio no queda roto antes de que anochezca, mañana sabrá quien eres tú...! Aquel día, Kostia Petrovitch, estabais risueño y parecíais feliz... Decidme, Kostia Petrovitch, ¿os acordáis?

El conde sólo contestó con una desdeñosa sonrisa.

—¡Oh, el más sencillo y crédulo de los hombres!—prosiguió Vladimiro—¿cómo habéis podido creer que yo apuraría hasta las heces ese cáliz de dolor y de vergüenza, y que no me vengaría del que se sonreía al hacérmelo apurar?

—¡Seis meses después, me salvaste la vida!—dijo el conde encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Porque tus días valían mucho para mí! ¡Desconoces acaso las ternuras del odio! Quería que vivieses y que tu vida fuera un infierno...

Y añadió jadeante:

—El amante de la condesa Olga... era yo.

El conde vaciló, como herido por un rayo. Se apoyó en el respaldo de una silla, para no caer; y luégo, abalanzándose á una mesa, cogió una botella llena de agua, y be-

biendo á pote, la vació de un trago. Entonces, con convulsivo acento:

—¡Mientes!—dijo.—La condesa Olga no ha podido nunca ser querida de un siervo!

—Más memoria, Kostia Petrovitch. Olvidáis que, á sus ojos, yo no era un siervo, sino un doctor ilustre, una especie de grande hombre... No obstante, quiero consolarte. La condesa Olga no me amaba más de lo que la amaba yo. Mis miradas misteriosas y mis amenazas tenían como hechizada su pobre imaginación, se moría de miedo entre mis brazos, y cuando al terminar un dulce coloquio, le dije: «Olga Vassilievna, vuestro amante es un siervo...» creyó morir de vergüenza y de horror.

El conde dirigió á su siervo una mirada de indecible asco, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dirigirle otra vez la palabra:

—¡Imposible!—le dijo.—Aquella carta que me dirigiste á Paris...

—Temía que ignoraseis vuestro deshonor, y por otra parte, ¿qué me importaba la vida?

M. Leminof se volvió hacia el capellán que permanecía en pié en el fondo del aposento.

—Padre Alejo, ¿dice este hombre la verdad?

El capellán se inclinó en silencio.

—¿Es posible, sacerdote imbécil, que hayas arrostrado la muerte y martirio, para prolongar la existencia de un miserable gusano?

—Poco me importaba su vida—contestó con dignidad el capellán;—pero, sí mucho mi conciencia y el inviolable misterio de la confesión.

—¿Y dos años seguidos has sufrido, sin advertirmelo, que mi enemigo mortal viniese á cobijarse bajo mi techo?

—Ignoraba su historia y que tuviera motivos para odia-ros. Creía que una loca pasión le había inducido á ser traidor á la amistad, y que procuraba expiar su falta con sus asiduos cuidados.



—¡Pobre ilota!—dijo el conde abrumándole con una mirada de piedad.

Entonces Vladimiro prosiguió, con voz cada vez más débil:

—Desde la hora maldita en que me arrastré á tus piés sin lograr enternecer con mis lágrimas tu empedernido corazón, aborrecía la existencia. El sentimiento de que te pertenecía, era un suplicio de cada momento. Si me preguntas por qué he diferido mi muerte tanto tiempo, te contestaré que, quedándote una hija, mi venganza no era completa. He dejado que esa niña llegase á mujer, y cuando el reloj del destino ha señalado la hora que yo esperaba, me ha faltado de repente el valor, he concebido escrúpulos de que todavía me he admirado... ¿Qué digo? Bendigo mi debilidad, pues te he traído una víctima pura y sin mancha, y su virginal inocencia aumenta el horror de tu delito... ¡Ah! dime, el acero con que le has atravesado el corazón, ¿no es acaso el mismo con que heriste á Morlof? ¡Oh! ¡era una espada verdaderamente predestinada!

Los ojos del conde Kostia brillaron. Sintió como un presentimiento de que por fin se iba á ver libre de aquella duda fatal que durante tantos años emponzoñaba su existencia; y fijando en Vladimiro su mirada de buitre:

—Esa joven, ¿no era acaso mi hija?—dijo.

Vladimiro se desabrochó el cuello, rasgó el forro con sus uñas, y sacó un papel plegado en ocho dobleces, que arrojó á los piés del conde.

—¡Recoge esa carta!—le gritó.—La letra te es bien conocida. Quería hacer que te la entregase tu hija deshonorada; ahora, vete á leerla al lado de tu hija muerta!

M. Lemnof recogió la carta, la desdobló y la leyó hasta la última letra, con firme y tranquila mirada. Las primeras líneas estaban concebidas en estos términos:

«Vil esclavo, tus impuros abrazos me han hecho madre. Enorgullécete y sé feliz. Me has revelado que la maternidad puede ser una tortura. En mi ignorante sencillez, no

había conocido hasta hoy sino esa maternidad que es una embriaguez, un orgullo, una virtud, la que Dios y su iglesia miran con complacencia, la que los ángeles abrigan con sus blancas alas. Cuando por primera vez sentí removerse en mi seno á mi Esteban y á mi Estefanía, mis entrañas se estremecieron de alegría, y no encontraba palabras bastante expresivas para bendecir al cielo que recompensaba al fin una esperanza alimentada durante seis años; pero, en este momento, no es una criatura lo que llevo en mi seno, es un crimen, quisiera arrancarlo de él con unas tenazas y arrojártelo humeante al rostro...»

Esta carta de cuatro páginas esparció la luz y llevó el convencimiento al espíritu del conde Kostia.

—Era verdaderamente hija mía—dijo con frialdad.— Felizmente, no la he matado.

Salió del aposento, y al breve rato volvió en compañía de Gilberto, llevando en brazos á su hija pálida y sin orden el cabello, pero viva. Se adelantó hasta el centro de la habitación; y allí, como si hablara consigo mismo:

—Este joven es mi genio protector. Al arrancarme la espada nos ha salvado á ella y á mí. Esta pobre niña ha tenido miedo, ha caído desplomada; pero no se ha causado el más mínimo daño. Ya lo veis, está viva, tiene los ojos abiertos, oye, respira. Mañana sonreirá... mañana, todos seremos felices.

Luégo, arrastrándola hasta la cabecera de la cama, llamando á sí á Gilberto, enlazó sus diestras, y, en pié detrás de ellos, atrayéndolos hacia sí con sus poderosos brazos, asomando su cabeza por entre los dos jóvenes, les obligó, á pesar suyo, á inclinarse con él hacia el moribundo.

Gilberto y Esteban cerraron los ojos. Los del conde y de Vladimiro estaban completamente abiertos y se devoraban uno á otro. Las pupilas del amo brillaban como dos antorchas; los ojos del siervo estaban hundidos, vidriosos, pintándose en ellos el espanto, mezclado con el horror á la



muerte. Como si estuviera petrificado, murmuró, con moribundo acento :

—Me he perdido. He destruído mi obra. Mañana, mañana, serán felices...

Sus ojos invadidos ya por la sombra eterna, despidieron una postrera mirada impregnada de odio; después, todas sus facciones se contrajeron, torcióse su boca, y exhalando un grito espantoso, dejó de existir.

Entonces, el conde se incorporó lentamente. Dejó caer sus dos brazos con los que oprimía á entrambos jóvenes con un tornillo viviente, y Estefanía reclinó su cabeza sobre el pecho de Gilberto. Sobrecogida, pálida, con la mirada despavorida, ebria de gozo y de terror á la vez, asiéndose á su amigo como un náufrago á la tabla de salvación :

—En la vida á que me condenáis, padre mio, dijo con voz casi imperceptible, las alegrías son tan terribles como los dolores!

El conde dijo á Gilberto :

—Tranquilizadla; que se reponga de su emoción. Es vuestra, os la he dado; no temáis que os la vuelva á quitar...

Luégo, volviéndose hacia la cama :

—¡Qué punzante espina acaba la muerte de arrancar de mi corazón!

Entre tan trágicas emociones, ¿quién no cabía en sí de gozo? El padre Alejo, y ya no se preocupaba en ocultarlo. Iba y venía, removía los muebles, se pasaba la mano por la barba, se golpeaba el pecho, y de pronto, en los arrebatos de su pasión, se arrojó sobre Estefanía y sobre Gilberto y los colmó de caricias y abrazos. Finalmente, precipitándose á la cabecera del fúnebre lecho, cogió la cabeza del difunto entre sus manos y le besó la boca y las mejillas, diciéndole :

—¡Pobre hermano mio! Tal vez has sido más desgraciado, que culpable. Ojalá puedas un día, por los insonda-







bles misterios de la misericordia infinita, recibir de Dios, como lo hago yo ahora, el ósculo de paz!

Arrodillándose, en seguida:

—¡Santa madre de Dios, bendita seáis!—exclamó.—Me habéis concedido más de lo que yo me atreviera á suplicaros.

En el mismo instante, Iván, libre al fin de su prolongado letargo, apareció en el umbral de la puerta. Durante algunos minutos, permaneció clavado en ella por la admiración, y paseó en derredor suyo miradas despavoridas, luégo, arrojándose á los piés de su amo, mesándose los cabellos:

—Amo y señor, no he desobedecido vuestras órdenes. Ese hombre había mezclado en mi thé no sé qué droga, que me ha adormecido. Amo y señor, matadme; pero no digáis jamás que he sido un traidor!

—¡Levántate—contestó jovialmente el conde—levántate, te digo! No te mataré; yo no mato á nadie. Hijo mío, eres un utensilio enmohecido. ¿Quieres saber qué haré de ti? ¡Te pondré en la canastilla de boda de la señora de Gilberto Savile!









## XX

**E**STEFANÍA pasó todo el día encerrada en su cuarto, donde se presentó M. Leminof una hora antes de comer. Cuando entró, su hija que estaba pintando, se levantó y salió á su encuentro. El conde le cogió la mano, acercándola con galantería á sus labios; y ofreciéndole el brazo, la condujo al sofá, sentándose á su lado. Durante algunos momentos, su hija le contempló en silencio y de repente sintió un temblor general.

«Ese hombre es mi padre, pensó, y á no ser por Gilberto, hubiera sido mi asesino.»

El conde frunció ligeramente las cejas. Preveía una escena de lágrimas, de explicaciones tempestuosas, de efusiones sentimentales, y las lágrimas, las explicaciones y el sentimiento le causaban horror.



—Querida hija—le dijo en tono brusco y resuelto—durante los seis años que acaban de transcurrir, no tenéis motivo alguno para elogiar mi ternura; pero aun cuando discutiéramos sobre eso hasta mañana ¿qué fruto sacaríamos? Básteos saber que, engañado por falsos indicios, no os consideraba hija mía. Anoche, un feliz incidente desvaneció mi funesto error, y no hay que temer una recaída. Olvidemos, pues, lo pasado y no nos ocupemos sinó del porvenir.

Estefanía, repuesta al momento de su turbación, contestó á su padre con jovialidad:

—Os aseguro que, por poco que me ayuden, soy la persona más olvidadiza del mundo.

M. Leminof quedó tan satisfecho de su contestación y jovialidad, que le dió tres cariñosas palmaditas en las mejillas.

—Por lo demás—prosiguió la joven—me habéis sorprendido en un momento de muy buen humor. Acabo de hacer un descubrimiento que me encanta. He descubierto que tengo un alma fuerte, y para expresarme mejor, un gran carácter.

—¿Lo dudabais?—dijo el conde sonriendo.

—Conocía que era violenta, muy violenta, pero no es lo mismo. Hace algunas semanas, permitidme que no precise la fecha, vivía envuelta en un torbellino de emociones que no tenía tiempo de explicarme á mí misma, mi corazón latía con harta violencia; tenía calentura. Ayer tarde, fijando mi destino, volvisteis el sosiego á mi alma, y esta noche no han sido los espectros los que se han sentado á mi cabecera, sino una persona grave y tranquila, cuyo semblante me era enteramente desconocido; y habiéndole preguntado su nombre: «Soy tu razón,» me ha contestado. Y con esto, nos abrazamos, y desde entonces, seguimos siendo tan amigos.

—Sois encantadora, querida mía—dijo el conde.—Os ruego que me contéis exactamente lo que haya podido deciros vuestra razón.

—¿De dónde salís?—le he preguntado.

—De un rincón de este aposento, me ha contestado.

—¿Por dónde entrasteis?

—Por la ventana, siguiendo los pasos de vuestro gran amigo...

—He de deciros, señor...

—Llamadme padre.

—Pues bien, padre mío, os decía que cuando mi gran amigo vino á visitar por la primera vez á Esteban, iba escoltado por una porción de espíritus celestes, uno de los cuales se llamaba Esperanza, otro Salud, otro Alegría...

—Y otro, Amor—dijo el conde interrumpiéndola.

—¡Os agradezco que le hayáis nombrado por mí! La Razon formaba la retaguardia, y de pronto, según me ha contado, se asustó tanto del ruido que armaba el Amor y de los aires de señor que se daba, que corrió á esconderse en un rinconcito, aguardando á que llegase su hora.

—Tiene paciencia, porque es eterna—dijo M. Lemínof.

—Ahora decidme, para resarcirse, seguramente os habrá espetado una agria y prolongada reprimenda?

—Corta, pero buena. Me ha hecho presente que con menosprecio de mi dignidad y del buen sentido, no había temido decirle á mi gran amigo: «¡Si no me amáis, me mataré!» y que al contestarme éste: «¡Os amo!» me ha tratado como una loca rematada cuyas manías se halagan para calmarla. En una palabra, ha hablado tan bien, y lo que decía estaba tan acorde con el porte del personaje, con su manera de obrar, con sus miradas compasivas, con su melancólica ternura, que me he dejado convencer y he pasado un mal rato. He dormido mal, y me he despertado triste, pero mi razón me ha dado fuerzas para recurrir al remedio que me ha recomendado con frecuencia mi gran amigo: he ocupado mi entendimiento, me he puesto á pintar, de modo que, conmovida por mi docilidad, esa buena persona ha querido hacerme compañía y ha venido á instalarse en el fondo de la linda corola blanca cuya forma y



cuyo matiz se esforzaba mi pincel en imitar. Mi razón se ha acurrucado ahí, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y las manos por encima de la cabeza, á manera de las jovencitas rusas cuando meditan, á lo menos las que tengo la ventaja de conocer. Lo cierto es que he creído verla en esa postura, y le he dicho: «¡Explicaos!» Pero ella había discurrido tanto durante la noche, que cedió la palabra á la parnasia, y esta flor de los pantanos me contó extensamente su historia... «He ganado mi pleito, me decía, puesto que he echado flor, y sin embargo, como todos los litigantes ¡cuántas dilaciones no he tenido que aguantar!...» Me manifestó también que los grandes altibajos de la suerte que deslumbran á veces á los hombres y á las jovencitas rusas, son falaces; que *chi va piano va sano*, y que las felicidades duraderas se elaboran paso á paso y día por día, como las plantas de los bosques. Cuando hubo terminado, se elevó del fondo de su corola otra voz que murmuraba: «Gilberto no te ama todavía; pero te juro que llegará día en que te ame.»

—¡Querida razón mía!— exclamé— ¡te cojo la palabra!...» Y en ese momento me sentí tan tranquila, que experimenté un arrebatado de entusiasmo por vuestra hija. «Tienes un alma fuerte, me dije, tienes un gran carácter!» Y corrí á abrazarme en mi espejo.

M. Lemínof estaba hechizado, sorprendido, arrebatado.

—Yo que temía tanto esta entrevista, pensó; yo que esperaba lágrimas, síncope y arañazos por añadidura! Verdaderamente, mi hija es encantadora y ese Gilberto un hechicero!

—¡Hacéis bien en creer á vuestra razón bajo su palabra!—dijo.—Vuestro gran amigo es un gran original; no obstante, quiero suponer que no es ciego, y vos sois muy bella, hija mía. Á decir verdad, tenéis los ojos tristes, las mejillas algo huecas y pálidas. Pero, tengamos paciencia... la felicidad...

—Hay palideces que no se borran jamás—dijo ella inte-

rumpiéndole.—Mi corazón lo olvidará todo, pero temo que mi semblante siempre conservará recuerdos. Pero ¡qué importa!—añadió gozosa—¡si me encuentra demasiado pálida, me pondré carmín!

—¡Os lo prohíbo!—dijo el conde recobrando su aire despótico.—Vuestra madre tenía la insoportable manía de embadurnarse el rostro. No quiero más potes de carmín en mi casa; porque si os he de decir lo que siento, querida, lo que más me agrada es vuestra misma palidez. Será vuestro distintivo; no me parece mal que tengáis uno.

Estefanía no le contestó; pero levantándose y dando palmadas:

—Vamos, enviadme pronto á un colegio donde terminaré mi educación. Allí aprenderé á andar, á sentarme, á vestirme, á mover la cabeza con gracia, á coger un abanico sin romperlo... Claro que al principio parecerá que voy disfrazada; pero me formaré pronto; al año ya no seré para él el jovencillo de la túnica negra, y me amaré.

—Aunque en punto á gracia nada tenéis que aprender, —le contestó su padre, que se había convertido en un modelo de galantería paternal—haré cuánto os plazca. Sois demasiado joven, todavía no tenéis diez y siete años y no se pasa el tiempo. Tendréis necesidad además de mudar de aires y salir de este castillo, de estos corredores y dejar la sombría figura de vuestro padre.

—No me asustáis ya—le contestó;—sin embargo, como vos, soy de parecer que estemos algún tiempo sin vernos.

—Me alegro que seamos de la misma opinión—dijo el conde.—Siempre he sido de parecer que en la vida como en el estilo importa mucho saber manejar las transiciones.

Levantándose á su vez, se acercó á la mesa donde había quedado abierto el herbario que pintaba Estefanía. Estaba encantado al ver á su hija tan razonable, porque á él le gustaba la razón en los otros; pero la benevolencia de que se sentía impulsado hacia ella se impregnó de estima y admiración cuando hubo paseado la vista por el herbario.



Sabía apreciar y admirar el talento de cualquier género que fuese.

—¡Qué descubrimiento acabo de hacer!— exclamó.— ¡Cómo! ¿Son obra vuestra esas magníficas pinturas? ¡Qué delicadeza en el dibujo! ¡qué verdad en el colorido! Sois una artista... ¿de dónde habéis sacado vuestro talento? Vuestra madre, á quien tanto os parecéis en la fisonomía, no tenía pizca; ó mucho me engaño, ó nunca tuvo otra habilidad que la de pintarse la cara... Ese ranúnculo es una obra maestra. ¡Esto es coger *in fraganti* á la misma naturaleza!

Y miró á su hija casi con ternura... y digo casi, porque el relato que acabo de hacer no pertenece de ningún modo á la *leyenda de oro*; luégo, cubriendo con su mano el nombre de una planta escrito al pie de la hoja.

—¿Cómo llamáis á esta flor pardusca?

Estefanía se echó á reir.

—Caballero—le dijo—es el *gnaphalium sylvaticum*. Esta palabra proviene del griego: *Gnpto* (yo cardo) *gnapheus* (cardador) *gnaphalon* (borra, plumón). El fruto de los gnafales es lacio. Y ahora ¿deseáis saber el nombre de la familia y su historia? No tenéis más que decirlo, estoy pronto á satisfaceros.

—Me lleváis de sorpresa en sorpresa. ¡Yo que os creía incapaz de enlazar dos ideas! ¡Cuán injusto era!... ¡Ah! con que la botánica, decidme, era uno de los espíritus celestes que vuestro gran amigo...

—El primero que Gilberto me presentó. Yo le recibí al principio bastante mal; pero poco á poco conocí que tenía un trato encantador. La idea de Gilberto era que para ponerse bueno, Esteban debía ocuparse de otra cosa que de Esteban, y lo singular es que éste se decidió á creerle.

—Tenía muchísima razón y os admiro á entrambos, á él por haber predicado una moral tan sabia, y á vos por haberle atendido. ¡Y Dios sabe cuántos libros os habrá hecho leer!

—¡Ah!—exclamó Estefanía—si me pide la vida se la

daré; pero le desafío á que me haga leer otra cosa que no sea sus patas de mosca.

—¡Cómo!—dijo el conde admirado;—¿me parece que en vuestra infancia erais una gran lectora?

—Pronto se cumplirán tres años que tomé aversión á la letra de molde.

—¿Y eso por qué?

—Os lo diré francamente: porque os agradaba demasiado.

—¡Ingrata!—dijo.—No estáis en lo cierto. Si yo no hubiese tenido tanto cariño á mis libros, vuestro gran amigo hubiera continuado en el gran París, y vos, querida...

—¡Yo, ya no existiría!—interrumpió ella con amarga sonrisa...

Luégo, recobrando de súbito su alegría:

—Sí—decís bien—muy obligada quedo á vuestros libros. Así, para atestiguarles más mi respetuoso reconocimiento, me abstendré de tocarlos, por temor de echarlos á perder.

—Yo, ya sé—dijo el conde—quién os ha hecho aborrecer la lectura: el padre Alejo. El pobre hombre...

Pero ella, incorporándose:

—No habléis mal de ese buen padre. Ayer noche hizo una gran cosa... ¡Ha abrazado ante vuestros ojos el cadáver de vuestro enemigo á quien teniais la debilidad de insultar!

El conde se mordió la punta del bigote; pero como se había puesto de buen humor, no le ofendió la libertad de su lenguaje.

«En tus actitudes de reina—dijo para sí—con tus trágicos ademanes, tu aire, tus impetuosos gestos y tus arañazos, conozco que mi sangre circula por tus venas, mi corazón te reconoce.»

—Vamos á comer—le dijo ofreciéndole el brazo.

—¿Queréis hacerme un favor?—contestó cariñosamente—que me suban aquí un ala de pollo. No quisiera volver á ver á mi gran amigo hasta que me despida de él. Decidle que tengo jaqueca, pero no le habléis una palabra de mis reflexiones ni de mis proyectos. Deseo verle venir. Y por



otra parte, si por casualidad... se enamorara de pronto perdidamente de mí...

—Le he visto esta mañana—dijo el conde—y no debo ocultaros que estaba tranquilo como una estatua.

Estefanía suspiró.

—¡ Oh mi querida razón—dijo—ven en mi auxilio !

—Adiós, querida hija—le dijo su padre.—Por mi honor puedo asegurar que hay una jovencita rusa de quien soy, hace un cuarto de hora, apasionado admirador.

—Á esto preferiría un poco de cariño—le contestó.

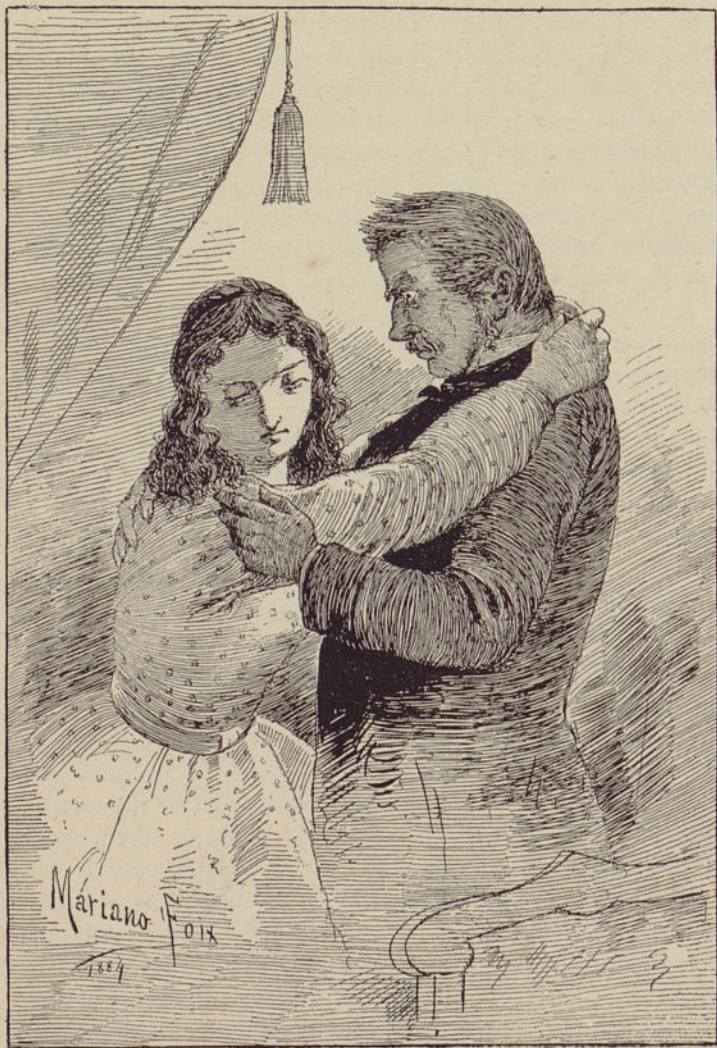
El conde se inclinó para cogerle la mano y besársela, pero ella se anticipó echándose en sus brazos.—Por dicha, bajó la cabeza y no vió la vacilación, la angustia y repugnancia feroz que se pintó de repente en el rostro del conde. Le cubrió precipitadamente el rostro con sus dos manos, y entonces no viendo más que la frente y la raíz del cabello:

—Son de un matiz más oscuro—murmuró; y dos veces seguidas le dió un beso.

Al bajar por la escalera, se decía :

—Mi hija es una notabilidad. Ayer con una mirada hizo hundir de nuevo en el polvo al infame que atentó á su honor ; hoy está tranquila, es sensata, no lloriquea, no le dan soponcios; se chancea, sostiene diálogos muy razonables y pinta. ¡ Qué pincel tan fácil y delicado ! Tiene talento y valor. ¡ Qué fuego en sus miradas ! ¡ Cómo debe uno desconfiar de las semejanzas ! La pobre Olga no tenía ni talento, ni buen sentido, ni carácter. Era una linda cotorra que pasaba los días enlustrando su plumaje... Y luego los cabellos de la otra son más oscuros.

El día siguiente, al mediodía, enterraron á Vladimiro Paulitch. El conde y Gilberto acompañaron el cadáver hasta el cementerio. Cuando cayó sobre el féretro la primera paletada de tierra con aquel ruido ronco y hueco que es como el grito de la eternidad engullendo su presa, la mirada del conde Kostia se iluminó y salió de ella como un relámpago ; pero se apresuró á bajar los párpados sobre







sus ardientes pupilas, y disimuló con gravedad y recogimiento la deliciosa emoción que le embargaba. Terminada la ceremonia, cuando habían llegado á las últimas casas del pueblo, rogó á Gilberto que le esperara, retrocedió, entró de nuevo en el cementerio, de donde acababan de salir los enterradores, y permaneciendo inmóvil en medio del cerro, bajo el cual yacía Vladimiro, permaneció algunos momentos en contemplación con los brazos cruzados y sonriente, hasta que habiendo escarbado la tierra, exclamó en el terrible lenguaje de Job :

—El sepulcro es tu morada. Erige tu lecho en las tinieblas. Asesino de Morlof, grita al sepulcro : « ¡Tú eres mi padre!—grita á los gusanos : — ¡sois mi madre y mis hermanos ! ¡ Tus esperanzas han bajado contigo á las profundidades de la tumba, y ambos reposaréis en el polvo ! »

Alejándose en seguida del cementerio á pasos lentos, se reunió con Gilberto, y cuando subía con él el camino enlosado que conducía hacia el castillo :

— Querido Gilberto—le dijo con amigable aspereza—creo que no abrigáis ninguna clase de preocupaciones y que no hallaréis ningún inconveniente en ser dueño algún día de algunos centenares de miles de escudos de renta. Advertid que al daros mi hija, soy yo el que queda obligado ; tengo que pagarle una deuda considerable y únicamente vos podéis saldarla por mí. Por otra parte, así me hago dueño de vuestra persona. No os separaréis jamás de mí, y pasaremos nuestros días leyendo juntos el griego. Es lo único serio que hay que hacer en esta vida.

—Hacedme el favor, caballero —replicó Gilberto—de mandar llamar á vuestra hija y en su presencia os contestaré.

Luégo que entraron en el gabinete del conde y que Estefanía acudió al llamamiento de su padre :

—Conde Kostia—dijo Gilberto—es una verdad de buen sentido, que un amor recíproco es la única excusa valedera para llevar á cabo la unión de dos personas de desigual linaje. Por lo tanto, aunque yo esté seguro de amar apa-



sionadamente á vuestra hija, ¿me atreveré á decir en su presencia que estoy igualmente cierto de sus sentimientos hacia mí? El amor es una elección y una preferencia. Viviendo en la soledad y en estrecha reclusión, no me ha elegido, no ha podido preferirme á ningún otro. Una feliz fatalidad que bendeciré siempre, sea el que quiera el enlace, ha querido que yo sea su consuelo, y si me es permitido decirlo, el instrumento de su salvación. ¿No confunde acaso el amor con el reconocimiento que mi abnegación ha inspirado en su noble alma? ¿Está segura, que recobrando la libertad, el acaso no le hará encontrar al dar sus primeros pasos en el mundo algún objeto más digno de su cariño? ¿Y no debo temer que haciendo algún día terribles comparaciones para-mí... ¡Ah! caballero, ¡consienta ella en sujetarse á esta prueba antes de empeñar su fe! ¡Ofrecedle ocasiones de frecuentar y observar el mundo y la sociedad, y decida entonces si entre los adoradores de su belleza, hay alguno cuyos homenajes prefiera á los de su Gilberto! ¡Si dentro de un año he ganado el pleito y su corazón me pertenece todavía, me entregaré sin escrúpulo á la ternura del amor que me ha inspirado, y mi orgullosa felicidad será igual á mi gratitud!

Durante este discurso, Estefanía miraba de cuando en cuando á su padre.

—No me había equivocado—le dijo Estefanía levantándose.—No me ama todavía. Para él sigo siendo el jovencillo de la túnica de terciopelo negro...

Y como Gilberto hiciera una exclamación:

—¡Oh! ¡no temáis que me mate!—le dijo sonriendo—el tiempo de los venenos y de los puñales ha pasado. Hombre sin fe, que temes andar por encima de las aguas, yo curaré vuestra incredulidad, pero si el médico os hace sufrir, no echéis la culpa más que á vos. ¡Imprudente! acabáis de ofenderme sin necesidad. Si como exige la buena educación me hubiéseis dejado hablar la primera, hubiérais oído como le pedía yo mismo á mi padre el aplaza-

miento de mi felicidad. He reflexionado mucho de veinticuatro horas á esta parte, y he comprendido que antes de casarse una joven que se respete algo, debe aprender á bailar, á hacer una reverencia... ¡Gilberto! ¡Gilberto! vuestra precipitación pudiera seros fatal. Pensad que acabáis de ofenderme, y que tal vez me améis algún día. Está escrito. ¿Qué pensaríais si en ese tiempo exclamara yo á mi vez: «No estoy segura de su cariño, pongámoslo á prueba?...» Gilberto, las mujeres son vengativas, y creo que no os cabe duda que, en punto á venganzas, la hija de mi padre... Pero tranquilizate, soy generosa. ¡Aguarda sin temor el 14 de Setiembre del año que viene y te aseguro que ese día se celebrará una fiesta de la que los ángeles se mostrarán celosos!

Al pronunciar estas palabras, le tendió la mano y como Gilberto quisiera besársela, la retiró con viveza, é irguiéndose con arrogancia:

—¡No te apresures tanto!—le dijo ella—créeme, llegará un día en que la besarás llorando y de rodillas!

Y saludándole con una sonrisa, salió corriendo.

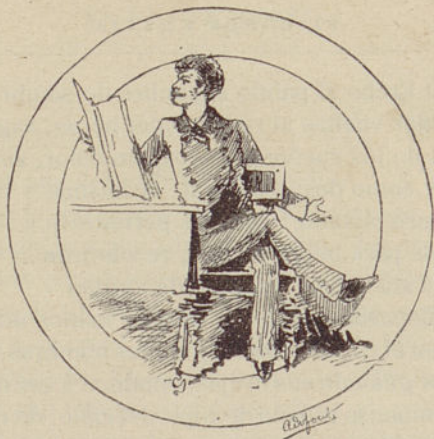
El conde estrechó la mano á Gilberto.

—¡Sois el hombre más galante del mundo; pero las mujeres son mujeres! Gran jugada arriesgáis, amigo... Con que ¡mucho cuidado!









## XXI

### FRAGMENTOS DEL DIARIO DE GILBERTO

París, 20 de Setiembre.

**F**UENTECILLA, fuentecilla, á la entrada de tu gruta, y al ruido de tus bullidoras aguas el destino ha trazado las primeras líneas del capítulo más notable de mi vida. ¿Qué digo, un capítulo?... ¿No se trata acaso de una vida entera?

27 de Setiembre.

Al llegar al infierno, Ulises inmoló algunas ovejas y un morueco negro, abrió una fosa con su espada, y llenóla con la sangre de las víctimas. Entonces acudió de las profun-



didades del Erebo el pálido enjambre de sombras vanas, y vinieron á dar vueltas al rededor del héroe, vagas y flotantes al igual de los sueños, sin voz, sin color, sin rostro, sin memoria, y como desposeídas de sí mismas y cansadas de su alma; pero cuando Ulises les permitió que se inclinaran sobre la fosa para beber en ella, recobraron la vida, y descendieron á sus labios palabras de verdad.

Dios ha depositado con sus propias manos un cáliz lleno de sangre en el corazón de los grandes hombres, y como un buen pastor guiando sus ovejas, conduce á ese divino abrevadero el inmenso rebaño de hijas del cielo, de ideas invisibles, impalpables é inmortales. En cuanto esos fantasmas han bebido algunas gotas de esa sangre milagrosa, toman un cuerpo, un semblante y los hombres atónitos ven pasar por entre ellos radiantes figuras, que, con el dedo levantado hacia el cielo, les cuentan los secretos del porvenir.

Pero si para hacer tales prodigios, se necesita el corazón de un grande hombre, los corazones nobles y sinceros suelen poseer virtud semejante, aunque menos poderosa. ¿No sentimos, nosotros los pequeños, no sentimos á ciertas horas rondar misteriosamente en torno, sombras plañideras que claman por vivir? Acerquemos á sus labios esa copa encantada que llevamos en el seno, que no por ser un vaso de arcilla, deja de ser obra del artista supremo. Después de haber bebido en él, los augustos mendigos que el cielo nos envía, no deslumbrarán el mundo con su gloria, pero se la revelarán á los mismos que apagaron su sed.

Hijas del cielo, fantasmas adorados, á quienes daba yo en otro tiempo un nombre familiar, que de hoy en adelante no volveré á daros más, un día, castas palomas, un día, vinisteis á estrecharos al rededor de la copa llena todavía de mi corazón y bebisteis en él la vida á grandes sorbos. Y ahora cuando estoy solo y hablo conmigo mismo, hay voces que me contestan...

1° de Octubre.

Al despedirme del padre Alejo, le dije :

—Padre mío, no puedo menos de reconocer, que habéis hecho dos milagros que admiro infinito. Un día os pusieron en tortura para haceros hablar, y callasteis. Otro día, en presencia de un hombre cuya cólera era temible, abrazasteis á su más cruel enemigo espirante, víctima de mortales convulsiones. En aquel momento supremo el desdichado vivía aún ; sintió vuestros labios al posarse sobre los suyos, y una serenidad misteriosa se esparció de pronto en su semblante. Padre mío, estos son dos milagros bien auténticos. En cuanto á los otros...

30 de Octubre.

Está en Munich, pero no en un colegio, sino en casa de una amiga de su padre, la baronesa de... Vive, según dice, en medio de un torbellino al que no puede acostumbrarse.

3 de Noviembre.

Trabajo mucho, pero muy distraído. ¡Ah! ¡Cuántas veces olvido á Bizancio, mis papelotes y mi tintero!... Lo que veo sin cesar, es un antiguo castillo construído sobre la roca, grandes bosques sombríos, un precipicio, una fuentecita, tejados resbaladizos, paredes puntiagudas, chimeneas, veletas y un río cuyas plateadas aguas brillan al resplandor de las estrellas. Y á través de tal espectáculo pasa y vuelve por delante de mí, una túnica de terciopelo negro que representa en mis sueños papeles muy distintos. Tan pronto es un joven arisco de mirada dura y altanera, que galopa en un alazán haciendo chasquear el latiguillo; luégo de repente veo venir hacia mí á un pobre



joven, pálido de dolor, que se sienta á mis piés y descansa su cabeza encima de mis rodillas. Pero, al levantarse, el joven se transforma en una niña impetuosa, de mirada ardiente, agitando un puñal en el aire, hasta que vuelvo á verla tal como se me ha aparecido pocos momentos antes de mi partida. ¡Ah! ¡ya lo veis, le decía á su padre, no me ama todavía...! No, no era ya *él*, era una mujer la que hablaba.

3 de Enero.

En su última carta, me participa que ya ha roto tres abanicos. «El otro día tuvo un acceso de mal humor... ¡Ah! ¡si hubiese tenido á mano el latiguillo que sabéis!»

15 de Enero.

Ha asistido á un baile de la corte, en el que se ha divertido. «Estaba muy bonita, y me han echado muchos piropos. Gilberto, ahora ya sabéis lo que son celos.»

16 de Abril.

¡El amor! el amor!... ¡Ah! desde esta mañana le conozco! Á las once, me han entregado una caja. Mis manos temblaban al abrirla. La caja contenía un medallón, y en este estaba encerrado un retrato. Al pié del retrato estaban escritas estas palabras: *Nuevo episodio de las metamorfosis de un lirio*. ¡Qué súbita emoción me ha causado!... Sí, es ella, ¡está que habla!... sus cabellos, sus ojos, su boca, todo lo reconozco, menos el vestido de raso blanco... ¡y no obstante, nunca me hubiera imaginado que fuera tan bella! La felicidad ha dado la última mano á sus gracias y el velo que cubría de sombras su rostro se ha descorrido para siempre... ¡Tú eres mía! me perteneces, eres mi bien, mi joyel, mi corona! Y es muy justo, porque eres mi obra,

mi creación. Yo he atizado en tu pecho el fuego de la vida, yo he resucitado tu sonrisa, yo te abrí el cielo; pero á pesar de todos estos títulos, ¿soy digno de poseerte?...

He pasado tres horas errando solitario por el bosque. Próximo á sucumbir bajo el peso de mi felicidad, me arrasaba con vacilante paso, como un inválido de la alegría; un vapor dorado flotaba ante mis ojos, y mis pensamientos se perdían en las vagas regiones de la locura.

30 de Julio.

¡Hace ya un mes que no me ha escrito! ¡Dios mío! ¿qué habrá sucedido? ¿qué pasa?

19 de Agosto.

Acabo de recibir este billete: «Gilberto, juradme que suceda lo que quiera, podré contar siempre con vuestra amistad. Si no me diérais esa seguridad sería la mujer más desgraciada de la tierra.» Le he contestado: «Sí, os lo juro llorando.»

17 de Agosto.

He aquí su contestación: «Os doy gracias por vuestra promesa; os agradezco también vuestras lágrimas que el tiempo secará. Aguardad todavía unos días y lo sabréis todo.»

18 de Agosto.

¡Qué terrible poder ejerce la pasión, inspirándonos el frío helado de la indiferencia por todo cuanto encantaba nuestro espíritu, anonadando en nosotros y fuera de nosotros cuánto no sea ella, ocultando á nuestros ojos el mundo de los vivientes, abismándonos en espacios imaginarios poblados de larvas y de espectros!... ¡Oh vosotras,



hijas de mi espíritu, no tengo ya ojos para veros, ni orejas para oiros! No veo ni oigo más que al ídolo de mi alma. Pasa y vuelve por delante de mí, apoyada en el brazo de otro, y ella le ofrece su corazón en una sonrisa.

21 de Agosto.

¿De qué puedo acusarla? ¿No fui yo quien la ha eximido de la fe jurada? ¿Representaba yo acaso alguna comedia? ¡Ay de mí! ya preveía lo que está sucediendo, y por eso he querido probar su corazón. ¿Este suceso condena nuestro amor? pero ¿dónde está su crimen? ¿dónde su perfidia?

10 de Setiembre.

Desfallezco; me siento tan profundamente abrumado, que parece que me va á faltar aire para respirar.

13 de Setiembre.

Ayer encontré entre escombros una planta de beleño. «Á mi vez—pensé—me toca contemplar con mirada complaciente esa triste flor deseando que vierta la muerte en mi seno... pero no, viviré, soportaré mi pena con valor, sacaré á salvo mi dignidad, consumaré mi obra de abnegación. Cuando la vuelva á ver, cubriré tan bien mi semblante con la máscara de la amistad, que le sea imposible no caer en el engaño. Quiero que sea feliz. Le ocultaré mis lágrimas, contemplaré como la alegría hace asomar á sus labios una sonrisa, y ni una queja, ni un murmullo, ni un suspiro salido de mi corazón turbará la tranquilidad de su conciencia...

13 de Setiembre por la mañana.

Temo no tener bastante fuerza para vivir. Gilberto, ¡llama en tu auxilio á la razón que te abandona!

El mismo día á media noche.

...¡Oh cruel! ¡era una prueba, una venganza!... Cuando se ha abierto la puerta y la he visto aparecer, he caído de rodillas y ella se ha acercado lentamente. «¡Había jurado trastornaros un poco el juicio!» Y, avanzando siempre, me ha tendido una manecita blanca que he bañado con mis lágrimas. «De rodillas y llorando,» me dijo en voz baja. Y luégo en voz más baja todavía: «Yo de rodillas y tú en pié era el mundo al revés; era necesario que volviera todo á su centro...» Y he sentido en mi frente el contacto de sus labios... En este momento ha entrado el conde: «Querido Gilberto—me ha dicho—os felicito. ¡Á fe mia! ¡sois muy afortunado!»









## XXII

**D**ESPUÉS de haber permanecido un invierno en Geierfels, partieron todos para Constantinopla, á escribir allí sobre el terreno la historia de Bizancio. Aquel año pasaron el verano en Ménemen, á orillas del Hermos, á algunas leguas de Esmirna, en una encantadora casa que un banquero griego amigo del conde puso á su disposición. En el momento en que escribo, están de regreso en Pera. El año próximo é inmediato, visitarán la Persia. Estefanía era de parecer que llegaran hasta Cabul. ¿Y por qué no hasta el Tibet? ¡ Vivir para ver !

Iván es libre ; se ha resignado á la voluntad de Dios, pero está firmemente resuelto á morir al lado de su antiguo *barine*. El padre Alejo conserva toda su dentadura en buen estado todavía, y no tenemos necesidad de añadir que pinta siempre sin descanso. Últimamente decoró con figuras apocalípticas la modesta iglesia de Ménemen. Su felicidad no está exenta de nubes sin embargo : teme que los in-



mortales frescos del Geierfels se deterioren con la humedad y el frío, por lo tanto se propone ir á restaurarlos á la mayor brevedad. El conde Kostia está bueno pero á condición de estar ocupado incesantemente. En su afán de trabajar, algunas veces llega á fatigar con extremo á su yerno. La historia de Bizancio sigue su curso; el primer tomo está en prensa: aviso á los aficionados! Kostia Petrovitch por otra parte hace mucho ejercicio. En cuanto siente perturbado su ánimo, con un exceso de fatiga se cura. Por lo demás trata á su hija con irreprochable cortesía jamás desmentida; pero toda su ternura es para el pequeño Kostia que dió á luz su hija hace diez meses, y del cual, esta es su vanagloria, pretende ser algún día el mentor. Entretanto le mimó, le acaricia y le contempla á su placer. Conviene saber que por una extrañeza muy frecuente de la naturaleza, ese niño es el vivo retrato de su abuelo. Ha nacido con pómulos bastante salientes y un par de cejas grandes que se vuelven más espesas de día en día. Este es un certificado que vale tanto como cualquier otro.

Á Estefanía sigue causándole horror la letra de molde, enfermedad de que no curará nunca. En cambio, ama con ternura su bello herbario, admiración de los inteligentes y que se propone enriquecer con todas las plantas de Cabul. Gilberto da funciones de títeres en presencia de su esposa. Una noche que estaba hechizada con este espectáculo, recitó ésta con mucho fuego los últimos versos del poema de las *Metamorfosis*:

—«¡Sea este día feliz para nosotros! Después de la flor viene el fruto. El sagrado amor engendra en nosotros la unidad de ideas y sentimientos de tal manera que, confundidos en una armoniosa contemplación, nuestras dos almas descubren juntas las etéreas moradas!»

Sin embargo, aun cuando las plantas hayan florecido y fructificado, no renuncian por eso á sus hojas y á sus raíces. La última primavera, el conde Kostia y su yerno hicieron una excursión á Pérgamo, y al partir se compro-

metieron á estar de vuelta en Ménémen al cuarto día, á mitad de él; pero en los países donde no hay caminos, no se llega fácilmente al punto destinado, por lo que los viajeros se hicieron esperar. Estefanía se inquieta, sueña en ladrones y precipicios: trata con aspereza al padre Alejo, que procuraba tranquilizarla, y amenaza con un bofetón al pobre Iván, que le recitaba un proverbio ruso sobre la paciencia. En fin, perdido el tino, ordenó que le ensillaran su caballo, y cuando Gilberto llegó al medio día, la encontró que partía en su busca á todo escape y que iba á arriesgarse corriendo por peligrosas soledades sin más protector que una mala pistola de bolsillo. Como es natural, Gilberto la riñó por su loca imprudencia. Ella se incomodó, se exaltó, dió con el pié en el suelo y corrió á encerrarse con llave en su aposento, pero después de veinte minutos salía otra vez con la frente serena, y todo volvía á quedar como estaba.

Algunas horas después, pero antes de ponerse el sol, se la podía ver sentada en medio del *verandah* que había en la parte delantera de la casa. Vestía una especie de peinador oriental de color verde pistacho, lleno de bordados de oro y adornado con encajes, ceñida al talle delgado y flexible como un junco, ancha cinta de crêpe amaranto con flecos en los flotantes extremos. Calzaban sus diminutos piés unas babuchas con borlitas... Rodeaba su cuello blanco como la nieve un precioso collar de perlas. Cada día cambia de tocado. Aquel día llevaba el cabello levantado y peinado á guisa de corona. En una mano un abanico, en la otra un latiguillo. En este mundo nunca se peca por exceso de precaución. Hela allí acurrucada y hecha un ovillo en el extremo de un sofá con la fantástica gracia de una linda gata de angola. Á sus piés están echados dos cabritos; uno de color castaño claro y otro de un gris plateado, y tan lindos como no se ven en el país del sol. Divisábase en lontananza un hermoso jardín florido, y más allá un cementerio turco plantado de cipreses y terebintos,



del cual salían los arrullos de las tórtolas. El color del cielo era de un azul fuerte en el zenit y casi verde en el horizonte.

Estefania llamó á Iván que estaba apisonando una calle del jardín.

—¡ Para consolarle, dadle un vaso de raki ! ¡ Llenádselo hasta el borde !—le dijo al padre Alejo.—He sido un poco viva de genio esta mañana. Pobre Iván, tal vez no sea esta la última vez.

En aquel momento, viendo aparecer á Gilberto :

—¡ Venid pronto aquí !—le gritó.—Sentaos á mi lado ; tengo que contaros una historia. Os parecerá tan nueva como interesante.

Y cuando Gilberto se hubo sentado, abanicándose dijo :

—Figuraos que había una vez, en una de las torres de un viejo castillo, un pobre joven á quien se complacía en perseguir un tirano feroz. Estaba tan triste, tan triste, que corría riesgo de morir ó volverse loco. Felizmente llegó al castillo un amable y valiente caballero, uno de esos caballeros pálidos que saben botánica y griego y el lenguaje de los titeres. Ese caballero era compasivo, y tuvo piedad del joven. Era valiente y arriesgó su existencia por penetrar en el encierro en que se consumía el cautivo. Era sabio, y le hizo participar algún tanto de su sabiduría. Tenía maña y sangre fría, y le salvó dos veces la vida. El resultado de todo esto es que el pobre joven no murió y que hoy me hallo siendo la mujer más feliz del universo... ¿ Qué os parece ? ¿ Verdad que es lindo mi cuento ?

—¡ Qué modo de raciocinar !—exclamó el padre Alejo, que á tres pasos de allí, fumaba tranquilamente bebiendo á sorbos un excelente vino de la Encomienda. ¡ Qué inteligencia tan superficial, hija mía ! no discernís más que las causas secundarias !... Es necesario que digáis que en aquel castillo donde vegetaba el pobre joven, había un buen sacerdote que sabía pintar, y que en medio de este siglo de barbarie, era el único que se ocupaba en repre-

sentar las sanas tradiciones del gran arte. Y este buen sacerdote celebró un contrato con la Santa madre de Dios, y cuando hubo llenado de pinturas al fresco las blancas paredes de la capilla, se tomó la libertad de decirle: «He cumplido mi palabra; ¿me cumpliréis la vuestra?» Y se operó un milagro, y se rompieron los hierros del pobre joven. Hay más: resultó que el joven era una señorita, á quien amaba un caballero que debía enlazarse con ella después de un año de ausencia. Al anciano sacerdote, que había vivido lo bastante para desconfiar de las mujeres, le ocurrió la idea de entregar á nuestra jovencita una imagen en miniatura en la cual pintó por su mano dos corazones atravesados por una flecha, y le dijo: «¡Hija mía, cuélgate al cuello este medallón y mírale cada día por la mañana y por la noche. Este es un amuleto que te conservará siempre fiel á tus primeros amores!» La joven aceptó la imagen y de aquí que de esto resultó que el buen sacerdote es hoy el mortal más afortunado de la tierra, fumando excelente tabaco, bebiendo vino de Chipre, sin inquietudes, sin penas, y contemplando agradablemente un lindo jardín bajo un hermoso cielo, que es azul allá arriba y verde allá abajo.

En esto, salió el conde Kostia con un escardillo en la mano, y como hubiera oído la peroración del padre Alejo:

—¡Todo eso está muy bien, señor Pangloss!—exclamó tirándole de la barba;—pero hay que cultivar el jardín.

—Y la pintura—replicó el buen padre sin inmutarse.

—¡Y nuestra razón!—murmuró Gilberto mirando á su esposa con intención.

—Consiento en ello—replicó Estefanía—con una condición, y es que creeremos siempre en la locura de la amistad!

Y, lanzándose de un salto lejos del sofá, exclamó con el aire trágico de otro tiempo:

—¡Oh locura, yo me mataré el día en que dejarán de sonar en mi oído tus encantadores cascabeles!...



Dicho esto, hizo una triple pirueta sobre la punta de su pié derecho. Espantados los cabritos le contestaron agitando sus campanillas...

Amigo lector, tengo motivos para creer que Estefanía no se matará, y por lo tanto, me regocijo de ello. Jamás me pareció exacto el proverbio de que «las locuras breves son las mejores.» Las hay divinas; la cuestión está en saber elegirlas.



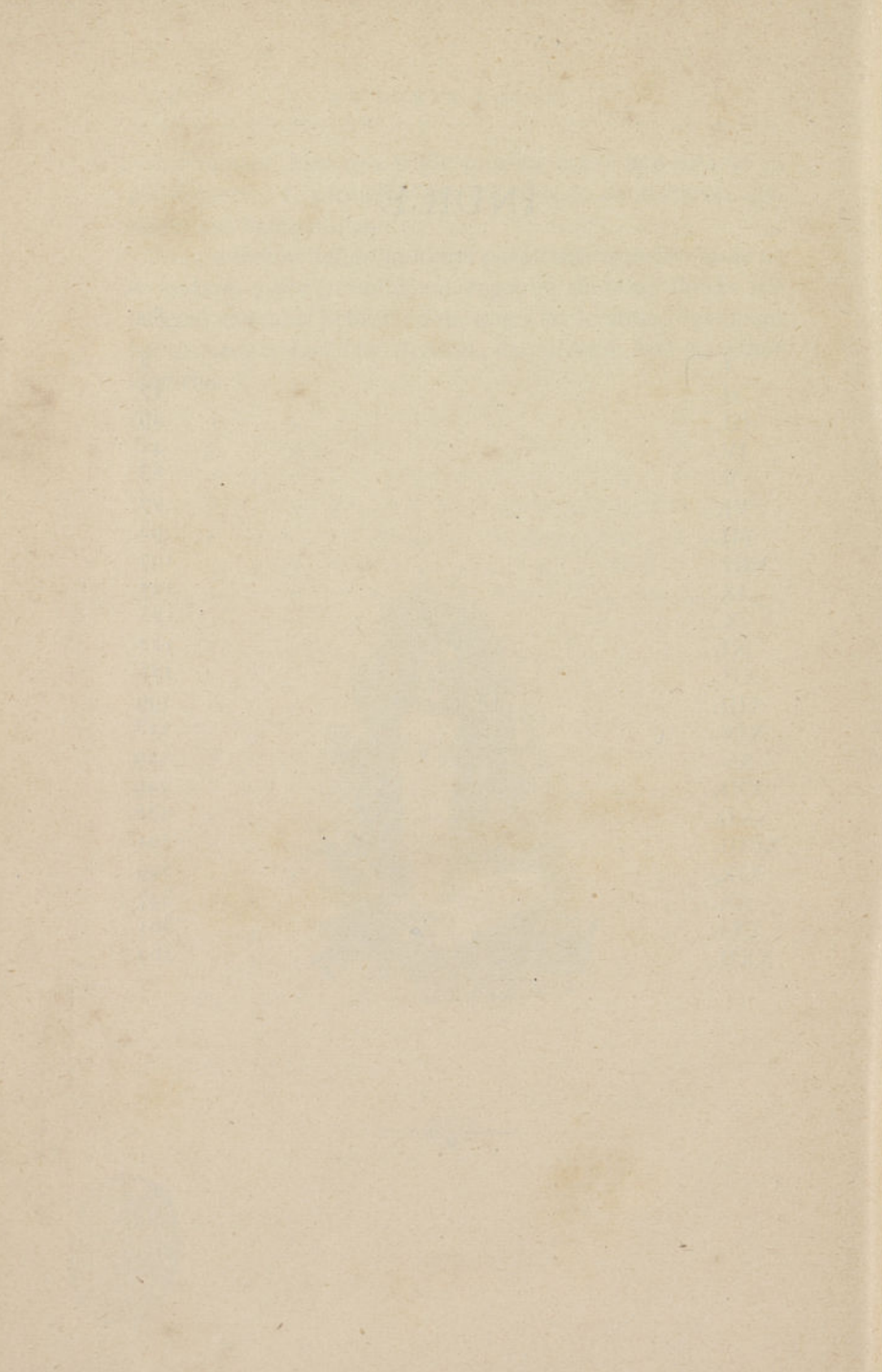
# ÍNDICE

---

	<u>Pág.</u>
I.. . . . .	5
II.. . . . .	17
III.. . . . .	29
IV.. . . . .	41
V.. . . . .	53
VI.. . . . .	77
VII.. . . . .	93
VIII.. . . . .	107
IX.. . . . .	127
X.. . . . .	135
XI.. . . . .	153
XII.. . . . .	175
XIII.. . . . .	199
XIV.. . . . .	213
XV.. . . . .	229
XVI.. . . . .	249
XVII.. . . . .	285
XVIII.. . . . .	301
XIX.. . . . .	329
XX.. . . . .	347
XXI.. . . . .	361
XXII.. . . . .	369















BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105470520

